



¡Mucho gusto!

Mi nombre completo es Juan Ángel Dieuzeide Olivera. Nieto de franceses y de criollos, nací el 7 de enero de 1936 en Lincoln, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Desde el 8 de noviembre de 1959 soy sacerdote católico. Como es de suponer, me tocó vivir, desde el corazón del siglo XX, un tiempo de grandes cambios: en mi país, en la Iglesia, en el mundo.

Por el camino fui dejando señales: poesías, cuentos, canciones, artículos periodísticos. Aquí están, hilvanados por mis RECUERDOS Y ESPERANZAS, no con la pretensión de ser una autobiografía, que sólo interesaría a un puñado de amigos, sino como intento de un testimonio personal de LA HISTORIA QUE YO VIVÍ.

Gracias por recibirlo.

**RECUERDOS Y ESPERANZAS
LA HISTORIA QUE YO VIVI**

JUAN ÁNGEL DIEUZEIDE

Prólogo de Miguel Esteban Hesayne, Obispo Enerito de Viedma

Primera Edición del Autor

Registro de la Propiedad Intelectual en Trámite.

A los compañeros de camino que ya no están.

A los amigos y amigas con quienes comparto los recuerdos.

A los jóvenes, con quienes comparto la esperanza al dejarles estos testimonios

PRÓLOGO

He leído que algunos aprovechan la invitación a escribir un Prólogo para comunicar su propio pensamiento sobre la temática ó, lo que es un desacierto mayor, adelantar una síntesis del contenido del libro prologado.

No quiero caer en ninguno de estos fallos ni tampoco en un salir del paso para cumplir con el pedido del autor.

Juan Ángel Dieuzeide tuvo la delicadeza fraterna de enviarme su Libro RECUERDOS Y ESPERANZAS ya editado. Me pide, amistosamente y hasta con cierto temor de ocupar mi tiempo, que prologue una segunda edición. Complacido he aceptado. Quiero aprovechar estas líneas para cumplir una deuda de gratitud pastoral para el que fue un fiel y lúcido colaborador en mis años de episcopado patagónico en la Diócesis de Viedma - Rio Negro.

Doy FE de que Juan Ángel Dieuzeide es colaborador fiel del Obispo porque ha querido y quiere siempre ser fiel a Jesucristo, el Señor de la Iglesia y de la Historia. Su fidelidad no es servil. Desde un primer momento, conocí a Juan Ángel como a alguien que busca vivir y anunciar a Jesucristo y su Evangelio en las buenas y en las malas, Jamás nos habíamos visto y ni siquiera sabía de su existencia... Una tarde, llegando de Bariloche a Viedma, en la abultada correspondencia general leo una primera carta de un sacerdote que ofrecía su servicio ministerial con una intención preferencial: tener un lugar eclesial para orar y dedicarse a los más pobres Esta carta fue el origen providencial de mi encuentro con Juan Ángel en fraterna amistad sacerdotal y en la fecunda vida pastoral patagónica que hasta el presente desarrolla, actualmente en la nueva Diócesis de San Carlos de Bariloche. No necesité ninguna otra recomendación y al leer RECUERDOS Y ESPERANZAS cuyo subtítulo es la «Historia que yo viví» en lo más profundo de mi corazón de Obispo (padre - hermano y amigo) expreso mi agradecimiento al Abba de Jesús por las maravillas que hace a quién le responde

¡ ¡ ¡SÍ, PAPITO DIOS!!! EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS.

Y ¿el libro RECUERDOS Y ESPERANZAS? Hay que leerlo. Lo he leído con fruición pastoral como en un encuentro de dos antiguos amigos en una «mateada» entretenida con confidencias, recuerdos, y proyectos- Dos amigos...- mi impresión personal no porque me haya citado en algunas anécdotas - sino que en cada página Juan Ángel abre su corazón tan lleno del Amor de Dios que vuelca en el trato fraternal y evangelizador con quienes se va encontrando, tejiendo una historia de amistad con Dios a través de las diversas circunstancias de su existencia. Con sencillez y claro estilo, sembrando buen humor y poesía, cuenta su vida personal reflejando como en aguas profundas y límpidas la presencia del Dios de Jesucristo buscando la «liberación de todos los hombres y todo el hombre»

Miguel Esteban Hesayne. Obispo.
Octubre de 1995, Azul, Prov. De Buenos Aires, Argentina

1 – El Golpe cívico-militar

- **Mañana dan el golpe. ¡Tenés que irte ya, Juan!**

Ana me trasmitía ese mensaje, de parte de los otros compañeros, en la cocina de la Casa de la Juventud, en Mercedes, Provincia de Buenos Aires, el 16 de marzo de 1976.

Recordé enseguida el ofrecimiento de Mamerto Menapace, Prior por entonces del Monasterio Benedictino de Los Toldos:

- Si pasa algo, te venís al monasterio, por lo menos unos días, y allí vemos qué se puede hacer.

Todos sabíamos que en cualquier momento «pasaba algo» en el país: «Isabelita» ocupaba solamente el sillón presidencial; los militares ejercían el poder, con los paramilitares y las Fuerzas de Seguridad como socios menores.

En realidad, todos eran socios menores de un poder que iba imponiendo implacablemente dictaduras militares en toda América Latina.

Y en nuestra pueblerina ciudad bonaerense sabíamos también que del Casino de Oficiales del Regimiento 6 de Infantería habían trascendido cuatro nombres, el de los primeros que iban a ser detenidos apenas se hubiera dado el golpe. El mío figuraba entre ellos, junto con el de Martín -un joven odontólogo de nuestra comunidad, activo militante de la Juventud Peronista-, el de Horacio -abogado laboralista que había cometido el delito de defender siempre a los obreros- y el de Mario, que era Concejal por el Partido Revolucionario Cristiano.

Con Horacio y Martín compartimos luego la misma celda; al concejal le perdonaron la libertad.

El día 16 por la noche yo había caído inesperadamente a casa de mi hermana, en la ciudad de Junín. Alguna excusa inventé. Pero la verdadera razón era que allí estaba a sólo 60 km. del monasterio.

Mamerto me había hecho su invitación, sincera y comprometida, sólo unos días antes, en Victoria -Entre Ríos-, «la ciudad de las siete colinas». En una de esas colinas, la de la Abadía del Niño Dios, se habían reunido 500 jóvenes de todo el país, durante los días del carnaval, bajo el lema del Concilio de Jóvenes:

«Lucha y contemplación para llegar a ser hombres de comunión».

Querían compartir la oración con aquellos monjes y los de otros monasterios, que habían venido también. Bernardo Olivera, trapense de Azul, que luego sería Abad General de su orden, les había dicho claramente una noche:

- Estén preparados. ¡Ustedes no saben lo que se viene!

En realidad no sabíamos todo el horror que se venía. Hacía un año y medio que mis amigos me habían prohibido dormir en mi cama; fui un vagabundo nocturno durante ese tiempo. Abel y Titina, Beco y Marta, Lito y Susana, Pepe y Alicia...

Mario y Silvia hasta me habían dado la llave de su casa. ¿Por qué? De vez en cuando alguno de los muchachos o chicas de la Casa de la Juventud, al atender una llamada telefónica, escuchaban:

- El Padre Juan Ángel Dieuzeide, Fulano, Mengano y Sutano... están condenados a muerte.

Nada más que eso. La lista podía sufrir ligeras variantes. Pero siempre empezaba por mi nombre y coincidía, fundamentalmente, con la que había aparecido en un panfleto firmado por la A.A.A. Recuerdo que en aquella oportunidad la Policía Federal nos llamó uno por uno a los integrantes de la lista: ¡para ofrecernos seguridad!

En esos tiempos uno vivía todo esto con una extraña e ingenua valentía. Lo recuerdo y me asombro. Cuando alguien me trasmitía, pálido, el contenido de aquellas fatídicas llamadas telefónicas, yo me sonreía. Eso sí: tenía hecho un pacto con Dios. Le decía:

«Señor, yo no le tengo miedo a la muerte;
pero no dejes que me torturen».

La verdad es que tuve «la suerte» de ser detenido y no secuestrado. Y de los 25 que compartimos luego aquel pequeño pabellón en la cárcel de Mercedes, algunos la habían pasado muy mal; pero ninguno había sido torturado. Sentíamos muy fuerte la protección del Señor y la oración de los demás. Tardé muchos meses, ya en libertad, en darme cuenta de que mi oración había sido escuchada con creces.

-¡Piedra libre para mí y para todos mis compañeros! - era el grito liberador, cuando, de niños, jugábamos a las escondidas. Sentí que algo así era lo que había pasado conmigo.

¡Qué fuerza te da la correspondencia cuando estás en prisión! Conservo las cartas de entonces. Pero no encuentro la de Andrea, mi amiguita de ocho años.

Le daba mucha pena que yo estuviera preso - ella sabía bien por qué - y rezaba por mí.

¿Cómo le contesto a Andrea para que me entienda? - pensé. Y me puse a escribirle este cuento:

2 – Escrito en la cárcel

El pájaro que yo digo no era muy grande que digamos.

Las plumas de su cuerpo eran blancas, como la alegría de los chicos buenos. Las de la cabeza eran amarillas, como los girasoles, que siempre dan la cara a la luz. Las alas y la cola, azules, como una lagunita limpia en una mañana de primavera. Y en el pecho tenía unas plumitas rojas, que parecían una herida.

No era lo que se dice un pájaro hermoso.

Era un pájaro... lindo, simpático, juguetón.

Cantaba bien.

En realidad, había en el monte otros pájaros mucho más hermosos y que cantaban mucho mejor.

Pero el canto del **PÁJARO ALEGRÍA**

- que así se llamaba el de la cabeza amarilla como los girasoles, que siempre dan la cara - era un canto... popular.

Él iba por todos los rincones del monte
y se juntaba con los gorriones y otros pájaros por el estilo,
que no son tan hermosos ni tienen un canto tan suave que digamos.

Alegría los escuchaba y los escuchaba.

Hasta que aprendía el canto de ellos.

Después, lo cantaba él.

Cuando los gorriones y los otros pájaros escuchaban su propio canto repetido por Alegría, le decían:

- Alegría, ¡enseñanos a cantar!

Entonces Alegría les enseñaba la misma musiquita que ellos hacían, pero mejor.

Y se armaban unos coros bárbaros.

Porque el canto de todos, juntos, sonaba que era una maravilla.

Un día, los pájaros más hermosos y que cantaban mucho mejor se enojaron con Alegría: porque ya nadie se paraba en los árboles vecinos para admirarlos y escucharlos a ellos.

Dijeron:

- Ahora que los gorriones y esos otros pajarracos están aprendiendo a cantar juntos, ninguno se interesa por nosotros.

Y el culpable es Alegría. Lo sacamos de en medio ¡y listo!

Entonces llamaron a un hombre que tenía una jaula y le entregaron a Alegría para que lo encerrase.

¡Cómo lloraron los gorriones cuando lo supieron!

Pero entonces sucedió...

que cuando Alegría estaba detrás de las rejas,
las plumas de su cabecita se pusieron más amarillas;
las alas y la cola, más azules;
el cuerpo, más blanco;

y el pecho rojo, rojo: como la sangre, como la vida, como el amor.

Alegría comenzó a cantar mejor.

Su gorgojo empezaba por abajo, como recogiendo el canto de la tierra, de los ríos, de las ranas, de los grillos y de los aljibes profundos y misteriosos.

Luego subía un poco y se juntaba con la risa de los chicos, con el canturreo de las señoras que barren la vereda a la mañana, con el llanto de los que sufren en las cárceles, en los hospitales, en la pobreza, en la soledad.

Después vibraba en la copa de los árboles.

Y ahí empezaban a cantar toooodos los gorriones y los otros pájaros que no son tan hermosos ni tienen un canto tan suave que digamos, pero que habían aprendido a cantar juntos.
¡Era una fiesta!

Y el canto de Alegría, unido a todos los demás, era cada vez más sonoro y más armonioso.

Y subía a las torres para juntar el canto de las campanas.

Y trepaba a las altas montañas y al aire, para robarles su silencio.

Y llegaba hasta el sol, hasta las estrellas más lejanas.

Y al final subía tanto, tanto, que llegaba hasta Dios;

y le ofrecía todos los cantos del mundo.

Y así todos los días.

Hasta que los pájaros hermosos y presumidos vieron que era peor el remedio que la enfermedad;

y le pidieron al hombre de la jaula que soltase a Alegría.

¡Que increíble fue el canto cuando Alegría volvió al monte!

Todas las cosas nacían de nuevo.

Y los niños aprendieron que la mayor alegría es compartir con los otros el canto de la vida, las risas y las lágrimas: todo.

Y los girasoles se pusieron muy contentos al saber que el que da la cara es un valiente

y no tiene nada que ocultar.

Y la lagunita soltó la carcajada cuando las alas azules de Alegría

le hicieron cosquillas

en la puntita de sus pequeñas olas.

Y una perlita de agua brilló sobre aquel pecho rojo, rojo, como la sangre, como la vida, como el amor.-

— — — —

Muchos años después encontré este cuento, con algunos retoques, en un libro de Luís Pérez Aguirre, jesuita uruguayo: «La Opción Entrañable». Después de haber desarrollado con mucha profundidad y verdadera pasión el tema de la opción por los pobres, el autor dice:

Nuestra parábola está inspirada y adaptada de un texto anónimo brasileño que llegó a nuestras manos hace muchos años y que me dijo tantas cosas que yo había querido expresar, como en este libro, y no encontraba la manera adecuada. Es la parábola de El Pájaro Alegría.

Lo que pasó fue esto, simplemente: yo le mandé el cuento a mi amigo, el Hno. Michel, de la comunidad de Taizé, que era coordinador de su fraternidad en Vitoria, Brasil. A él le dijeron mucho mis metáforas, tradujo el cuento al portugués y se lo mandó a unos cuantos amigos. Conservo con mucho cariño esa traducción. Así fue como le llegó a «Perico» este «anónimo brasileño».

3 – 24 de marzo de 1976

Dos días me habré quedado en casa de mi hermana Eder - mi entrañable amiga y cómplice en las travesuras de la niñez -. Como el golpe no se dio en esos días, yo me volví ingenuamente a Mercedes, porque no quería dejar sin la Misa dominical a los de Pampa Chica, un barrio pobre junto al río Luján, de los que inundaban las sudestadas. Solía ir en bicicleta.

Una semana más tarde, cada día que pasaba era una evidencia más de que el golpe militar era inminente. Cuando los legisladores del oficialismo y de la oposición quisieron ponerse de acuerdo para impedirlo, ya era demasiado tarde.

¿Por qué no me fui el 23, cuando ya no había alternativas y todavía era posible empezar a poner distancia de por medio? Nunca me lo expliqué. Más de una vez he pensado que «Dios me encegució», según la expresión de los profetas bíblicos, porque tenía otros designios. Extrañamente, porque quería conservarme la vida y la libertad.

Cuando desperté la mañana del 24, en casa de uno de mis amigos, los chicos volvían con sus guardapolvos, sus libros y sus cuadernos.

- ¡No hay clases porque cambió el Gobierno!

Encendimos el televisor. El escudo nacional volvía a ser el símbolo de los comunicados militares.

- Decile a Lito que me venga a buscar para sacarme de la ciudad.

Al rato vino Susana, su mujer.

- Si querés lo intentamos. Pero sabemos que a las 6,00 de la mañana fue gente del Ejército a buscarte a tu casa. Todas las rutas y caminos están controlados.

- Entonces andá a decirle al Obispo, por favor, si puedo ir a la Curia, como lo habíamos planeado antes.

Por lo visto, no conocían todos mis movimientos. Hacía ya tiempo que el cura capellán del regimiento, que había sido mi director espiritual y luego mi rector en el Seminario, me había advertido:

- Tené cuidado. La Policía Federal te está siguiendo todos los pasos.

- ¡Se van a aburrir de lo lindo! - le había contestado yo.

Sinceramente, creo que su intención era buena: tan ingenua en su empeño por conservar el orden establecido, como la mía por transformarlo de raíz.

Al agradecerle la advertencia, ni se me pasó por la mente la posibilidad de dejar de decir o hacer lo que hacía tiempo venía haciendo y diciendo. Estábamos jugados.

El camino había sido largo. El camino de la concientización, digo. El 8 de noviembre del '59 yo había recibido la ordenación sacerdotal. Algo se movía ya en la Iglesia universal. El P. Eduardo Francisco Pironio, nuestro maestro de teología, ya hablaba de la teología del trabajo y la teología de las realidades terrenas: temas de algunos franceses y alemanes, por entonces.

En el '62 volví al Seminario, como profesor: el mismo año en que comenzó el Concilio convocado por el gordo Juan XXIII, el Papa Bueno, para el famoso «aggiornamento». El tenía conciencia de que había sido elegido como Papa de transición: el candidato era Juan Bautista Montini; pero el futuro Pablo VI todavía no era cardenal. ¡Vaya si fue de transición el breve papado de Juan XXIII! Pero no simplemente entre un Papa y otro, sino entre un antes y un después del Vaticano II.

Durante los cuatro años que duró el Concilio yo cursé mi profesorado de letras. A veces tenía algún respiro entre mis tareas de profesor (preparar clases, corregir pruebas...) y de director espiritual, mis estudios y mi condición de presidente del Centro de Estudiantes, durante tres años, además de la asesoría de la Pastoral Rural. Entonces escribía versos. Como estos:

VIENTO DEL SUR

¡Ahí está! ¡ahí está el viento!
¿Lo oyes?
¿Lo sientes en la cara?
¿No lo ves irrumpir por las ventanas?
¡Es él! Es un ser nuevo:
un ser eterno y nuevo.
Que nunca estuvo aquí
y siempre estuvo.
Es el viento del sur,
el viento absolutorio.
Espíritu de tribus que no existen
y que desde el recuerdo vienen a perdonarnos,
a barrer nuestras culpas como nubes,
a arrearlas hacia el trópico
en un galope irrefrenable.
¡Quédate, viento sur!
quiero verte los ojos.
¡No huyas!
que contigo se va el tiempo.

Seminario de Mercedes 196...3

PELEABAN CONTRA EL TIEMPO

Peleaban contra el tiempo.
El tiempo los rodeaba, como un pulpo.
Y los gigantes verdes subían hasta el cielo
a embriagarse de luz.
Madre Tierra,
con sangre de su seno dolorido,
hinchábalos los músculos calientes.
Yo presenciaba desde mi ventana
la lucha de los cíclopes.
Peleaban contra el tiempo.
¡Qué fuerza tiene Chronos! (*) ¡Cómo aprieta!
Sus dedos se aferraban
a la carne mortal de la madera.
Sangraban.
En horas de la siesta,
cuando Sol fecundaba a Madre Tierra,
el abrazo mortal de los titanes
era sudor y sangre.

Días duró la lucha...
Años...; Siglos!
El Orbe muchas veces giró sobre sí mismo.
Nuestro Orbe,
viajero hacia Osa Mayor.

Y murieron los cedros.
El plomo de los cielos,
deshecho en un misterio de cristales,
acongojó la tierra, como un llanto.
Y bañó los arbóreos esqueletos: las ramas como huesos.
Y el luto se hizo noche.
Y el sollozo, silencio.

Seminario de Mercedes 196...3

(*) *El dios del tiempo en la mitología griega.*

SÓLO PARA MÍ

Reclinaba en la tierra mi cabeza,
sobre una gran montaña,
con las manos cruzadas
tras la nuca;
la sombra de mis codos,
como alas titánicas,
cubría valles y colinas azules
y verdes lagos infinitos.
Y sólo para mí
se adornaba la grácil primavera;
y el labrador sudaba para que yo pudiera
regalarme los ojos en el oro
que sólo para mí agitaba el viento.
Y para mí tan sólo se cansaban las aves
en su tonto ballet y sus canciones.
Y si las flores fabricaban perfumes
y las estrellas bailoteaban frenéticas,
y si los hombres conjugaban gemidos
y si los cedros apresaban la tierra,
todo era para mí,
para mí solo.
Para que yo pudiera olerlo y escucharlo,
para que yo pudiera verlo y paladearlo,
pudiera poseerlo y desecharlo.
Pero me hirió el dolor.
Y heme aquí, de rodillas,
ante una espiga sola,
dando gracias.

Seminario de Mercedes 1963

CEDRO

Desde el fondo
de mi larga caverna
yo vi, por la mañana,
un cedro solo,
un sol de rayos verdes,
único, indestructible.
Y de sus brazos fuertes,
como de un gigantesco árbol de Navidad,
colgaban nuestras vidas...
y nuestras esperanzas.

Seminario de Mercedes 1963

La figura recurrente de los cedros tiene una explicación muy simple: dispuestos en dos semicírculos, como brazos abiertos hacia una entrada que por entonces no existía, era lo primero que se veía desde mi ventana del primer piso, desde mi escritorio, ubicado junto al departamento del Rector.

Por aquel entonces yo guardaba mi secreta esperanza de ser obispo: ¡como muchos curitas! Algunos lo sueñan, nada más. Otros lo procuran. Y algunos lo logran. Por supuesto que hay también quienes llegan a la consagración episcopal sin haberse tomado nunca en serio esa posibilidad, pero bien preparados, de verdad: hombres sencillos, humildes, verdaderos pastores, con espíritu de oración y de servicio, que nunca le prendieron una vela al ídolo del poder.

Según mi madre, desde los tres años yo decía que iba a ser cura. ¡Vasco porfiado, el hombre! Aunque Fray José María de Alsasua, capuchino, párroco de O'Higgins, mi pueblo, decía, golpeando fuertemente la mesa y pronunciando bien las «s» y la «c»:

- Los vascos no somos porfiados. ¡Somos tenaces!

(Pasaron muchos años antes de que los Dieuzeide de Argentina, al ponernos en contacto con los parientes de Francia, supiéramos que en realidad no éramos descendientes de vascos, sino de berneses).

Fray José María me tiraba hacia su Orden. Yo los quería muchísimo a los capuchinos; pero había algo que no me entraba en la cabeza: la imposibilidad de ir a visitar a los míos mientras durase mi formación (13 años). Una vez, sin saber ya que argumento utilizar, le dije:

- Sí. ¡Pero los capuchinos no pueden ser obispos!

No era verdad, como me lo demostró. Pero cuando, ya vencido, fue a hablar con Mons. Anunciado Serafini, Obispo de Mercedes, por mi ingreso al Seminario Diocesano, se lo contó, por lo visto.

El Jueves Santo de 1948 hacía menos de un mes que había empezado mi vida de seminarista (a los 12 años). Por entonces, en esa solemnidad, no sé por qué, el obispo debía trasladarse a la Catedral luciendo una capa de armiño, corta, debajo de la cual vestía otra, muy larga, de seda roja. Wilmar y yo habíamos sido designados para llevarle la cola: más que monaguillos, pajes. Mis amigos no me creen cuando les digo que, de chico, yo era lindo y bueno.

- Y vos, ¿cómo te llamas y de dónde sos? - pregunta paternalmente Mons.

Serafini, mientras terminan de vestirlo, en la Curia.

- Juan Ángel Dieuzeide, de O'Higgins - respondo, con un hilo de voz.

- ¡Ah! ¡Vos sos el que quiere ser obispo!

Recuerdo el rubor subiéndome a la cara, más roja que la capa episcopal.

Pero quince años después yo estaba en carrera: profesor del Seminario a los 26, director espiritual a los 27; un poco después, primer secretario del Consejo Presbiteral... Hasta que empecé a hacer mala letra: los jóvenes, los pobres, la política, eran áreas peligrosas allá por los '70.

De ahí este diálogo que se dio mucho tiempo después, en 1989, con el Padre Obispo Miguel Esteban Hesayne aquí, en Bariloche. Íbamos en el coche de Arturo López Dávalos, director por entonces del Centro Atómico y del Instituto Balseiro; Carola, su esposa, nos esperaba a cenar. En el trayecto salió el tema de las edades. Cuando le dije la mía – 53 -, Hesayne comentó:

- Todavía podés ser obispo.

- Bien que me gustaría - respondí yo -. Pero lamentablemente no va a poder ser.

- ¿Por qué?

- No te olvides de que estuve preso durante la dictadura militar. Nadie con ese prontuario puede ser obispo en la Argentina. ¡El Episcopado argentino no sabe el obispo que se pierde!

Hesayne, que tiene un corazón de niño, quedó desconcertado: no sabía si yo hablaba en serio o en broma.

Si algún paciente lector llegó hasta aquí, espero que no se confunda con los saltos de mi memoria hacia atrás y hacia adelante.

Retomemos el hilo de lo recuerdos.

4 – El perro verde

Era Presidente de la República el Dr. Arturo Frondizi. Por una de esas extrañas alquimias de la política, su partido, desprendimiento del radicalismo, había recibido el apoyo masivo de los peronistas, que seguían proscriptos y cumplían las directivas que Perón enviaba desde Madrid.

Frondizi - a quien le gustaba repetir la difícil palabra «institucionalización» y pronunciar las elles en sus discursos - había sido un defensor del patrimonio petroquímico argentino. Terminó firmando contratos petroleros muy convenientes... para las empresas extranjeras.

En el '64 yo tenía veintiocho años: la edad en que somos inmortales y omnipotentes. Un día, aburrido de corregir pruebas de latín, me puse a escribir estas

DIVAGACIONES CONCATENADAS

Teníamos...

un perro.

Un perro verde.

Verde y elegante.

Tan elegante como un niño bien
de la calle Santa Fe.

La calle Santa Fe:

donde el sol calienta menos
porque hay más sobretodos.

Sobretodos azules, pardos, rojos,
amarillos...

y verdes.

Verdes: como las caras de esos muchachos frágiles
y muy norte-american-izados.

Izados: en el mástil de herencias fugitivas.

Fugitivas, como todas las cosas aún no poseídas,
que irremediamente tendremos que tener.

Tener: nosotros no valemos

por lo que poseemos,
sino por lo que somos.

Lo dijo

Monseñor Fulton Sheen.

Y dijo cosa cierta.

Aunque el, pobre, sea
norte-americano.

Norte-americano: yo no soy comunista;
pero sueño mis sueños:

los sueños de un artista de Industria Argentina.

Argentina: era un suelo.

Ahora es un sub-suelo.

Subsuelo petroquímico,
del que manos extrañas,

sin amor por la tierra, le sacan las entrañas.

Entrañas que nosotros hacemos kerosene,
que calentará un guiso la semana que viene.

¿Qué viene ahora, Patria?

¿Sabes que eras más linda

cuando cebaba mates la negra Gumersinda?
¿o cuando Martín Fierro rodaba por los campos
verdes?
¿o cuando el gringo te rasguñaba el lomo
para que dieras trigo?
¡Eras más linda, Patria, que te pierdes.
Y era tu cielo limpio.
Y era tu suelo...
azul!

Seminario de Mercedes 1964

Estaba leyendo estos versos en mi curso del Instituto, antes de la primera clase, cuando entró el profesor de literatura. Tanto insistió, que no tuve más remedio que leérselos también a él.

- ¿Hace mucho que ha leído a «Jerónimo del Rey»? - Preguntó, apenas terminé.

«Jerónimo del Rey» era el seudónimo del Padre Leonardo Castellani. Y era verdad: yo también me había dado cuenta de que mis «divagaciones» - o «El perro verde», como lo titularon mis amigos - estaban influenciadas por su estilo.

Así vamos construyendo nuestro modo de ser, en realidad, descubriendo y encarnando nuestro propio yo: a través de las imitaciones, la prueba y el error... aparentando seguridad, cuando a tientas, a los tropiezos y a los empujones vamos buscando nuestro propio equilibrio.

Ana María González, gran amiga, me diría, años más tarde:

- Yo veo tu equilibrio no como el de una cosa quieta, sino como el equilibrio de un coche de carrera lanzado a gran velocidad.

Nunca me lo creí. Tampoco ahora. ¡Pero qué hermoso sería ser así!

Yo, que había vivido en el Seminario desde los 12 años hasta casi los 24, recibía con mucho entusiasmo la apertura al mundo y los caminos nuevos que nos proponía el Concilio.

La realidad externa era cada vez más desafiante. Caducaban las recetas y los estereotipos. Nuevamente tenía razón la sabiduría popular: «El que no arriesga no gana».

Y entre tanto había que bucear dentro de uno, despojarse, desechar todo lo que no fuera verdadero. Hasta encontrar a Dios: al verdadero Dios.

- Lo más inmanente es lo más trascendente, Juan. - me dijo una vez Lucio Gera. Nunca lo olvidaré.

CALLADAS PALABRAS (Díptico)

Cuando habité la casa del silencio
se me hicieron sonoras las cosas.
Y el tiempo.

Los hombres se rodearon de palabras
como de una coraza.

Yo no envidio a las flores
sus colores
ni la embriaguez de sus perfumes,
sino sus himnos silenciosos.

He descubierto un arma
para dar vida y muerte a la verdad.
Y su nombre es: palabra.

Un día he de lograr que no me crean
y aborrecer así lo que aparece
sin engañar, sin engañarme: ¡Ser!

A pesar de los hombres,
Tú, Verdad, vivirás.
Y serás la Palabra.
Para siempre.

*Publicado en la Revista del Centro de Estudiantes del Instituto Ciudad de Mercedes -
1965.-*

5 – Martín y María Inés, muerte y vida

Estas «memorias» no pretenden ser una autobiografía - que sólo le interesaría a un racimo de amigos - sino el testimonio de cómo uno fue viviendo estas décadas de profundos cambios en nuestro país, en el mundo y en la Iglesia: el paso de una conciencia ingenua de la realidad a una conciencia crítica y comprometida, como diría Paulo Freire.

Hace algún tiempo intenté comenzar a escribir este libro. No pasé de la primera página. Luego me dí cuenta de que en el camino habían ido quedando señales - como las de Pulgarcito - : poesías, canciones, cuentos, artículos periodísticos...

De la década del '60, que para muchos de nosotros significó un crecimiento casi subterráneo, plagado de contradicciones pero crecimiento al fin, quisiera rescatar un par de recuerdos más.

El primero tiene que ver con San Carlos de Bariloche, donde estoy escribiendo ahora. Es difícil imaginar algo más hermosos, como diría mi querido amigo Orlando Yorio. Cuando yo conocí esta región acababa de cumplir diecisiete años y estaba a punto de comenzar mis estudios de filosofía en el Seminario de Mercedes. Durante años vinimos, en enero, a compartir tanta belleza: primero en campamento a Colonia Suiza y más tarde a la otra orilla del lago Moreno.

Parques Nacionales le había cedido, en propiedad precaria, 52 hectáreas a Mons. Anunciado Serafini. En el '58 inauguramos una cabaña.

Aquellas experiencias de montaña nos cambiaron bastante. Empezamos a descubrirnos como amigos y a relacionarnos con otra gente. Eso nos abría la cabeza y el corazón; nos desacartonaba; nos humanizaba. Nunca olvidaré nuestras canciones a tres o cuatro voces en los cerros, a orillas de un lago o en el descanso de una caminata.

En la cabaña conocimos a tres chilenos: Don Erardo Modinger, «Chito» como lo llamaba cariñosamente su esposa, María Gumersinda Mansilla; ella era «la Gume» para todos; y Martín.

Cada año volvía a verlos cuando, como profesor, venía acompañando a mis alumnos. Cada enero les contaba qué había hecho durante el año y me enteraba de cómo habían andado las vacas, las gallinas, la huerta, y empezábamos a hilvanar recuerdos comunes.

Estos versos creo que son del '67:

MARTIN, EL MAPUCHE.

Un cenicero rústico.
Lo hizo un coihue y mi amigo Martín.
Martín con sus dos manos,
un cuchillo
y un cariño casero y silencioso.
Martín era un chileno medio indio.
Nunca supe su edad.
Ni su apellido.
El apellido puedo haberlo olvidado.
Pero la edad
nunca la pude adivinar.
Supe en aquel verano
que el buen Martín realmente me quería.
Bajo la nieve del invierno
había tallado aquel madero
pensando en regalármelo.

Y la canoa.
Un coihue, un hacha y paciencia araucana.
- ¡Martín! ¡Esta canoa es izquierdista!
Y Martín sonreía a la orilla del lago.
Cuando las olas la rompieron contra las rocas,
dijo:
- Para el año que viene hacemos otra.

Pero Martín murió
aquel invierno.

Bariloche - Mercedes, 1967

El otro recuerdo tiene que ver también con la muerte. Pero el escenario es totalmente distinto: una villa miseria.

Yo me relacioné con la pastoral rural y después con los barrios más pobres de la ciudad gracias a un grupo de señoras de Acción Católica que buscaban un cura que fuera a celebrarles Misa una vez por mes. Me ayudaron a descubrir un mundo distinto.

O mejor dicho, a redescubrir, en cierto modo, el mundo de mis padres.

Juan Luis Dieuzeide se llamaba mi padre: un hombre de campo, siempre de botas y bombachas, pañuelo al cuello y chambergo. Hijo de franceses, conocía perfectamente, por supuesto, su lengua materna; pero sólo hablaba castellano.

Nunca supe por qué. Si le preguntábamos cómo se decía tal cosa en francés, respondía de inmediato. Pero nada más. Nunca levantaba la voz; ni la mano. De eso se encargaba mi madre. Papá era uno de esos hombres mansos y firmes, dotados de natural autoridad. Era un buen narrador de relatos camperos; le gustaba escribir versos criollos y escuchar música clásica. Yo, el menor de sus cinco hijos, gozaba cuando nos leía cuentos por las noches o cuando me llevaba aparte para enseñarme a recitar, verso por verso, gesto por gesto, ademán por ademán, como el más exigente director de teatro.

Mamá llevaba el dulce nombre de Fermina, porque había nacido el día de San Fermín, el 7 de julio. Una criolla ¡de aquellas!: Olivera, López, Mendoza.

Los escribo así porque sin coma parecerían apellidos de alcurnia. Mi abuelo Santiago tenía el almacén Monserrat, allá por Gral. Pinto, provincia de Buenos Aires, en un cruce de caminos cerca de la Estancia Ancalú, con su cancha de bochas y los palos de largada para las carreras cuadreras. Mamá cantaba y silbaba muy bien. Y siempre estaba cantando o silbando. Si no se la oía mientras cocinaba o lavaba la ropa, era porque estaba entregada a sus rezos.

De mi padre heredé el amor por la poesía; de mi madre, el canto; de ambos, una sencilla fe cristiana y una cultura campesina que yo creía haber perdido entre el latín, el griego, la filosofía y la teología tomistas....

Pero cuando me encontré con las gente de los barrios, digo, me re-encontré con mis raíces. Y poco a poco empecé a ser yo mismo.

Lo que dicen estos versos sucedió de verdad.

LOS RICOS TAMBIEN MUEREN

Acabamos de enterrar a María Inés.
María Inés tenía nueve meses.
Sarampión.
Tos convulsa.
Bronconeumonía.
María Inés era linda y rosada;

era un amanecer de otoño.

Entramos, agachándonos, a la única pieza, oscura.

Suelo.

Ladrillos sobre barro.

Techo de cartón prensado.

Cuatro velas.

Rezamos, con un llanto resignado.

Hágase tu voluntad.

Tierra y flores de papel sobre el ataúd pequeño,
casi gracioso.

Allí donde entierran a los niños.

(Bulbos en el jardín).

Tumbas de medio metro.

Al volver, Jorge me preguntó:

- ¿Nos vamos, Padre?

Quiero ver a mi abuelo.

Lo enterramos ayer.

Apoyó la nariz y las manos sobre el cristal de una bóveda.

- Esto es para los ricos - dijo.

Sin odio.

Con la objetividad de los niños.

Pensé: los ricos también mueren.

Y sus sobrevivientes los traen a estas bóvedas suntuosas.

Y vienen luego a pasar una escoba.

Y a derramar algunas lágrimas.

Hasta que se acostumbran.

Con este material de construcción

María Inés hubiese tenido una casita

sin agujeros en el techo.

Y quizá no habría muerto.

«Vengan, benditos de mi Padre...

Tuve hambre y me dieron de comer...

Estuve desnudo y me vistieron...»

María Inés, tú que estás junto al Padre,

ruega por los ricos que mueren

y cuyos huesos envejecen en sus bóvedas.

Y por los pobres que viven

en tu villa,

en sus casas de lata y de cartón.

Mercedes, 19 de mayo del '68

6 – Jóvenes de América Latina

- Me hablaron del regimiento para decirme que tienen que detenerte – me dijo, preocupado, el obispo de Mercedes, Mons. Luís Tomé, cuando llegué a la Curia.- Pero yo no soy tu carcelero. Si querés irte, andate.

Y abrió la puerta por la que yo acababa de entrar. Sus palabras sonaban sinceras y paternas. Sentí que empezábamos a querernos.

Nos quisimos hasta su muerte.

- Si me voy ahora, tengo que vivir huyendo - le respondí -. Y yo no tengo motivos para huir.

- Dicen que podés ir a la cárcel o quedarte aquí, con detención domiciliaria como quieras.

- Aquí estoy y aquí me quedo.

Lo desconcerté con esa respuesta. Me lo dijo. El esperaba que yo eligiese la dureza de la cárcel y no la comodidad del obispado: de tal manera habían ido evolucionando mis actitudes, más de una vez innecesariamente irritativas.

Muchas cosas cambiarían para mí a partir de ese momento. Para todos. Pero yo tengo grabada esa escena como el comienzo de la segunda parte de mi vida.

El 7 de enero había cumplido cuarenta años.

- Bueno. Ahora vamos a almorzar y entre tanto vemos qué se puede hacer. - Intervino sensatamente Américo Aguirre, que había sido compañero mío en el Seminario. Se había ordenado dos años antes que yo. Nunca habíamos sido grandes amigos. Pero durante los meses que duró mi prisión, Américo se manifestó como uno de esos tipos que, llegado el momento, se juegan de verdad. Para ayudarme, se alió con un entrañable amigo mío, Pedro Abate, que muchas veces me había servido de sostén intelectual, teológico y humano.

Después de almorzar me asignaron una habitación. Cuando quedé solo con Dios, me puse a llorar de bronca y de impotencia.

«Desde lo más hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
al clamor de mi plegaría.» (Salmo 129)

En realidad, yo «me la había buscado», como dirían muchos de mis antiguos amigos que habían ido tomando prudente distancia. «El que siembra vientos cosecha tempestades» había advertido, en un artículo periodístico, otro cura que no simpatizaba con nosotros.

En el '68 yo había dejado el Seminario porque no me convencía el sistema que utilizábamos para formar a los futuros sacerdotes. Sobre todo el Seminario Menor, un secundario humanista del que la mayoría de los alumnos desertaban. La adolescencia, indudablemente, ha de ser vivida en el seno de la propia familia. Una opción vocacional verdadera sólo es posible desde una cierta madurez humana.

Yo no había descubierto la pólvora; pero en los ambientes eclesiales había mucha pólvora por descubrir.

Me trasladé a la catedral para dedicarme a la pastoral juvenil. «A los ponchazos», por supuesto. Pero en el '69 recibimos un aporte muy interesante: de un grupo de muchachos colombianos, de la Central de Juventudes de Bogotá.

A partir de una rica experiencia, habían colaborado en la preparación del Documento sobre Juventud de Medellín, la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, de 1968.

Vinieron con su asesor, «Pafer» (simpática manera de apocopar Padre Fernández). La propuesta que traían nos resultaba interesantísima, tanto por la coherencia y novedad del método como por su encarnación en la historia y en la cultura. Se trataba de «Casas de la Juventud», donde los jóvenes pudieran recibir - y trasmitirse unos a otros - una formación extraescolar integral, que desde una perspectiva explícitamente cristiana y sacramental, intentaba abarcar todas las realidades de la vida: el estudio, el trabajo, el deporte, la diversión, la música, el arte, los problemas sociales y políticos. Estas dos últimas dimensiones fueron ganando espacio progresivamente. Con ese bagaje ingresábamos en la década del '70, que habría de ser tan significativa para nuestro continente y para nuestro país.

Comenzamos con dos Casas, según el modelo recibido: una para muchachos y otra para chicas. Más tarde se unificaron, conservando cada una su autonomía en determinadas actividades, sobre todo en los «Cursos de Promoción» y las «Microescuelas». Los primeros eran encuentros de iniciación que duraban tres días; las segundas, de una semana, ayudaban a profundizar la propuesta. El desarrollo de los temas y de las dinámicas corría por cuenta del Equipo Coordinador, conformado por jóvenes. Yo, el cura, debía atenerme a mi función de asesor espiritual. Y lo hacía con gusto. «No hacer nada que pueda hacer otro» era uno de mis lemas preferidos. La respuesta consabida, cuando me consultaban acerca de algún problema práctico, era:

- ¡Ah! No sé: ¡yo soy el asesor!

Era mi manera de hacerlos crecer en responsabilidad y en organización. En realidad, íbamos creciendo juntos. Aprendí mucho de los jóvenes en aquel entonces. Nunca dejaban de admirarme sus avances continuos, en la Fe y en el compromiso.

En una canción traté de expresar lo que vivíamos y sentíamos por entonces:

JÓVENES DE AMÉRICA LATINA

Somos jóvenes de América Latina,
de un mundo al que ilumina,
como una bendición,
la Cruz del Sur.

Construiremos un continente nuevo
y por él lucharemos,
mientras haya en el alma
juventud.

Un hombre nuevo la meta será.
Y en nuestros ojos, cual único ideal,
brillará para siempre la luz
de la Cruz.

Aspiramos a que un sol de bonanza
alumbre la esperanza
de unir la humanidad
en el amor.

A los jóvenes tenderemos la mano
y será nuestro hermano
todo el que luche y busque
la verdad.

Un hombre nuevo...

Junto a Cristo, la lucha compartida
hará de nuestras vidas
un gigantesco himno
de amistad.

El Señor nos conceda la alegría
de ser, como María,
testigos de su amor
y su bondad.

Un hombre nuevo la meta será.
Y en nuestros ojos, cual único ideal,
brillará para siempre la luz de la Cruz.

Mercedes 1970

Más tarde encontré esta canción en un cancionero recopilado por Osvaldo Catena, ese gran cura, poeta y músico, que yo admiraba y envidiaba, porque era capaz de poner sus enormes cualidades y carismas al servicio de un compromiso valiente con el pueblo, con los pobres, con la verdad y la justicia, junto con una humildad que le brotaba hasta por los poros y que le permitía estar siempre abierto al diálogo y al pluralismo sin perder su identidad.

La canción aparecía como de autor anónimo.

«Querido Osvaldo - le escribí - : eso me alegra mucho, porque las canciones de autor anónimo forman parte del folklore; pero lamento comunicarte que esta tiene padre conocido, que soy yo».

Le causó mucha gracia, según me comentó luego, y en la siguiente edición publicó el nombre y apellido del autor de letra y música.

7 – Country Club y Villa Miseria

Entre tanto, sucedían cosas. Y yo empecé a escribir en los periódicos locales dando mi opinión. ¡Recuerdo el lío que se armó con aquella nota sobre Country Club y Villa Miseria! La publicó el diario «El Oeste», el 13 de abril de 1971.

Decía, entre otras cosas:

¿Es posible que en nuestra ciudad se siga pensando en el pasatiempo de los ricos y en otras cosas innecesarias, mientras hay que mendigar penosamente para instalar un Centro Asistencial en favor de la villa que rodea al Barrio Obrero? ¿Se consigue tan fácilmente campo para un Country y no se puede conseguir terreno para que edifique su casa gente que no tiene más recursos que sus dos manos?...

No vamos a ponernos a discutir sobre el origen de los bienes de cada uno, que puede ser absolutamente justo; pero es suicida tratar de imitar estilos de vida de países superdesarrollados, cuando una gran mayoría sufre cada vez más las injusticias del subdesarrollo.

No vamos a creer ingenuamente que la gente de las villas son ángeles en la mala. Pero tampoco vamos a dar las consabidas soluciones fáciles: «Son unos borrachos». «En este país el que no trabaja es porque no quiere». Etc. Etc.

Terminaba rogando a Dios, sinceramente, que la reivindicación no fuera violenta.

Días más tarde el diario volvió sobre el tema en una nota editorial, hubo cartas de apoyo...

— — —

Lo que motiva que me ponga a escribir una nueva nota - el 24 del mismo mes - es que la polémica suscitada ha tomado tal cariz, que la comisión del Golf Club (autora de la iniciativa) creyó conveniente enviarme una delegación para ponerme al tanto de algunas cosas y pedirme que aclarase conceptos de mi carta: es lo que voy a hacer ahora, con mucho gusto.

Estos señores interpretaban que yo ponía en tela de juicio su honorabilidad, cuando en realidad yo decía exactamente lo contrario acerca del origen de sus bienes. Decían que yo incitaba a la violencia.

Yo creo que no: es sencillamente constatar que hay una Latinoamérica en armas, cada vez más; es recordar que los turistas argentinos no fueron este verano a Punta del Este, por miedo a los actos de violencia; es pensar que en nuestro propio país estamos tan acostumbrados a los asaltos organizados, que casi no nos llama la atención.

Luego apelaba a la responsabilidad de todos: del Gobierno en sus diversos estamentos, de los individuos y de los grupos humanos que tienen capacidad de organización e iniciativa y cuyos esfuerzos son ciertamente dignos de mejor causa. Es responsabilidad de la Iglesia también. Y esto es necesario aclararlo porque, al firmar yo «sacerdote católico», todas las diatribas se dirigieron no contra mí, sino contra la Iglesia.

Y continuaba citando uno de aquellos gloriosos textos de Medellín:

«Que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de Una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y auténticamente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres. »

Bastaba tomarse en serio el magisterio de la Iglesia para transformarse en un cristiano «revolucionario», en el mejor sentido de la palabra. Eso es lo que me pasó a mí... y a unos cuantos más.

Muchos años después, en el Templo Mayor de Bariloche, al terminar la Misa de once un domingo. Viene a saludarme una señora y me dice:

- Yo no soy de aquí.

- No. Usted es de Mercedes.

Sorpresa de la señora.

- Yo soy el Padre Juan Dieuzeide.

La señora se da vuelta.

- ¡Paco! ¡Es el Padre Juan Dieuzeide! ¿Te acordás de aquel Padre con el que tuviste una polémica?

¡Ah!... ¡Sí!... - responde el hombre, un poco confundido. Era el presidente del Golf en el '71: el que me había ido a ver con la delegación. Por aquel entonces lo del country no se concretó.

8 – Prisión domiciliaria

Durante cuarenta días estuve en el Obispado, con prisión domiciliaria, hasta que me pusieron a disposición del Poder Ejecutivo. Por sugerencia de Américo, Mons. Tomé pidió que no mandaran una guardia especial, ya que los dos porteros pertenecían a la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

Aceptaron. Pero como la Policía estaba acuartelada, yo era mi propio guardián. Atendía el teléfono o la puerta si era necesario. A determinada hora subía a la terraza, a gozar un poco del sol otoñal. Mario y Silvia me saludaban desde el balcón de un departamento, a menos de una cuadra; a veces me mostraban a sus hijos. Pero, en realidad, podían también venir a visitarme: yo recibía a mis amigos y los acompañaba hasta la puerta. No la trasponía, eso sí.

Diariamente celebraba la Misa con el Obispo, almorzaba y cenaba con él. Retomábamos el diálogo que yo había ido interrumpiendo. No era fácil atravesar sus esquemas mentales. Pero él hacía esfuerzos por entenderme y yo, humillado, no tenía más remedio que deponer mi soberbia.

Hasta ese momento yo había sido profesor de «teología» en el Instituto del Profesorado en el que había estudiado anteriormente. «Teología» era una manera de denominar a una catequesis para futuros docentes secundarios. Una de las cosas interesantes que recuerdo es el modo de evaluaciones que Pedro Abate, el rector, me había permitido llevar a cabo: jornadas de revisión de toda la materia, en las que la autoevaluación tenía mucho que ver.

Pero también me tocaba «formar mesa» de exámenes en otras materias. Cuando me aburría, garabateaba versos. Por ejemplo:

Los estudiantes secundarios
sueñan con notas
- musicales y las otras -
Algún algunos universitarios
sueñan con ricos hechos pobres,
sueñan con pobres hechos ricos,
sueñan con sociedades justas.
Pero los mismos mismos,
una vez recibidos de burgueses
- o de profesionales -
sueñan consigo mismos.

Este juicio tan lapidario sobre los profesionales tenía una motivación personal. Un día, mientras preparaba un asado a la parrilla en el hermoso parque de su casa, José Luís me confesaba:

- Cuando yo te conocí me pareciste un curita piola, pero muy lejos del compromiso que yo sentía, al comienzo de mi carrera universitaria. Después me fui a Buenos Aires y te seguía de lejos. Te veía cada vez más cerca. Después, a la par.

Y ahora, vos seguís cada vez más adelante; y yo aquí estoy, con mi profesión, un coche para mí y otro para mi mujer, mi casa, mi parque...

Y José Luís no era una excepción.

— — —

Hacia varios años, Arturo Illia había llegado a la Presidencia de la Nación con el voto de la minoría «radical» (UCR), que estaba de acuerdo con la proscripción del peronismo decretada por los militares. En realidad, había ganado el voto en blanco que Perón había ordenado desde Madrid.

Nunca entendí como, a posteriori, se ha querido reivindicar a Illia como adalid de la democracia. Lo que pasó es que después lo destituyó el Gral, Juan Carlos Onganía. Al Gral. Onganía lo destituyó el Gral. Lanusse, que puso de Presidente a un subalterno suyo, el Gral. Levingston, quien cumplía tareas de «inteligencia» en los Estados Unidos de Norteamérica. Posteriormente hubo una desinteligencia entre ellos; el Presidente quiso destituir al Comandante en Jefe, pero el Comandante en Jefe tenía el poder. La Junta Militar respondió con obsecuencia.

- ¡Saquemelón a ese hombre! -
gritó un día el mandamás;
y al punto, sin más ni más,
lo distituyó al maldito.
Pero el otro pegó el grito:
- ¡Saquelón al mandamás!

Los ñatos que habían firmao
dijieron: - ¡ »Yo no firmé!
Yo siempre patié pa' usté;
porque el otro era un cochino
cuatrero, mal argentino.
¡Y bien hecho que se jue!»

Un gaucho que los miraba
dijo:- «¿Cómo es el asunto?
Porque entiendo que a este punto
ustedes se lo trajieron.
¿Y ahura ya lo depusieron?
¡Váyanse los cuatro juntos!»

«¡Ahura nos vamos !» - gritaron.
Y el gaucho dijo: - «!Que estraño!
Pa' mí que hay algún engaño.
Y güeno: ¿Cuándo se van?»
- «¡No se apure, ganapán:
sólo dentro de dos años!»

Apenas dijieron eso
se alborotó el comité.
¡Que revuelo! ¡Viera usté!
Uno dijo: - «¡Vuelvo al mando!»
y otro dijo:»¿Dende cuándo?
¡Yo tampoco terminé!»

Un chino gordo (*) repuso (*) Ricardo Balbín
a un viejito tranquilón.(*) (*) Arturo Humberto Illia
Pero vino un narigón
anteojudo y petrolero;(*) (*) Arturo Frondizi
dijo: - «¡Yo estaba primero!»
Y se sentó en el sillón.

Se oyó un grito: - «¡Compañeros!»
Se armó un lío macanudo.
Y cada cual, como pudo,
se escapó por su rincón.

- «¡Señores, yo soy Perón!»
Todo el mundo quedo mudo.

Los que mandaban dijieron:
- «¡No joda, mi General!
Pa' mí que usté entendió mal.
No se gaste en la campaña
y tómesela pa' España.»
Y así todo siguió igual.

Mesa de exámenes, 24 de marzo de 1971

Pero casi dos años más tarde, después de la bendición de una Unidad Básica, que la gente aplaudió, cambié la última estrofa y le agregué otra; era antes de las elecciones del '73:

...No se gaste en la campaña
y tómeselá pa' España.
Así todo sigue igual.»

Mas la cosa no fue así:
la tuvieron que perder.
El Pueblo se hizo valer
y así lo quiso el Eterno.
Y fue **Cámpora al gobierno**
y fue **Perón al poder.**

(Este era el lema electoral del Frejuli -
Frente Justicialista de Liberación-)

9 – Curas del Tercer Mundo

Este cambio «literario» suponía, sin duda, cambios importantes en el país y en mi interior. En eso había tenido mucho que ver el **Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo**. Hay que recordar algunas cosas.

En el '65 había terminado el Concilio Vaticano II. Los cambios que proponía me asustaron al principio; me alegraron al final, cuando se publicaron los Documentos y algunos de mis compañeros sacerdotes empezaron a llamarme a sus parroquias para dárselos a conocer a la gente. Yo no era un especialista. Nunca lo he sido. Pero esa tarea simple de tener que leer y comentar los Documentos Conciliares me hizo mucho bien.

Recuerdo que una vez tuve que ir a Chivilcoy. Concluía una semana, de estudios de las Iglesias Evangélicas de allí, y nos llamaron a dar una charla sobre el Concilio al Pastor Federico. Pagura, que luego sería Obispo Metodista, y a mí. (¡Cuántos impulsos enormes en la Iglesia! Entre ellos, el del ecumenismo.

Impulsos que más tarde se fueron adormeciendo en la conciencia de los católicos y sobre todo, de los mediadores de la religiosidad). Grande fue mi sorpresa al constatar que los conceptos de Pagura no sólo no se oponían a los míos, sino que los corroboraban y los ampliaban.

Yo había subrayado, en especial, un párrafo del Decreto sobre el Ecumenismo, que me había impresionado poderosamente:

«Humildemente, por tanto, pedimos perdón a Dios y a los hermanos separados, así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido».

Que no se los llamara «herejes» sino «hermanos separados» y que se les pidiera humildemente perdón era algo verdaderamente impensable varios años antes.

En otra oportunidad, el Vicario General de la Diócesis, Roberto Bescós, me pidió que lo acompañara a Luján, en reemplazo de un laico, fiscal del crimen por entonces, que se había enfermado, a dar una charla sobre el Concilio. Al terminar, alguien me confesó:

- Mientras hablaba Mons. Bescós, yo pensaba: Y este curita, ¿qué nos va a poder decir sobre los laicos?

Su sorpresa vino, creo yo, no tanto por lo que yo les dije, sino por lo que decía el Documento. Sobre todo en lo que respecta a la responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Aquella frase de San Pablo: «¡Ay de mí si no evangelizara!», que nosotros tradicionalmente aplicábamos a los curas y en especial a los obispos, el Concilio lo aplicaba a los laicos. Cuando lo expliqué, vi que un matrimonio en la primera fila comentaba algo entre sí. Como los conocía, me atreví a pedirles y a insistirles que nos participaran a todos el comentario. Finalmente lo hicieron:

- ¡Decíamos que esta noche no vamos a poder dormir!

- ¡Eso es, precisamente, lo que pretendía!: que pierdan el sueño al asumir su responsabilidad de laicos en la Iglesia.

Hay que recordar que hasta aquel entonces se decía que el laicado era «el brazo largo de la Jerarquía». El Concilio dio un gran salto. Pero el clericalismo tiene muchos siglos de arraigo.

Los años del post-concilio fueron muy interesantes... y críticos. Pablo VI publicó «*Populorum Progressio*» en el '67. Ese mismo año, el 15 de agosto, aparece el «Mensaje de 18 obispos del Tercer Mundo», que interpreta la encíclica desde la perspectiva de los pueblos pobres y de los pobres de los pueblos.

La mitad eran brasileños: Dom Helder Camara, Dom Fragoso, Dom Luis Fernandes - que más tarde sería mi amigo -. Y los otros nueve, de Colombia, Oceanía, China, el Sahara, Yugoslavia y Medio Oriente.

En la Argentina empezaron a aparecer cartas de adhesión, firmadas por curas de distintas partes: 270 al principio, más de 400 después. Yo no firmé. No porque no estuviera de acuerdo, sino por aquello de Ortega y Gasset, que en un tiempo me había escandalizado tanto: «El hombre es él y sus circunstancias».

Mis circunstancias en el '67 sólo daban para que me alegrara de que esto sucediese.

De aquellas adhesiones se originó el Movimiento que el periodismo llamó «Curas del Tercer Mundo». Propiamente se llamó «Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo». De ahí nació el peligroso mote de «tercermundista», aplicado a cualquier cura, monja o laico católico que se preocupara por los pobres no desde la beneficencia sino desde la justicia.

Mi dificultad con el Movimiento radicaba en su opción por el peronismo: yo tenía 19 años en el '55; estaba estudiando filosofía en el Seminario. Los enfrentamientos entre Perón y la Jerarquía Católica se habían ido agudizando.

Para la famosa procesión del Corpus de ese año, habíamos colgado nuestras respectivas sotanas y, mal vestidos de civil, allá fuimos.

El «gallego» Menéndez, apurado como siempre, llegó primero a la estación de trenes y, en lugar de sacar pasaje para Plaza Once, pidió un boleto para Plaza de Mayo. ¡Como para disimular quiénes éramos y a qué íbamos!, digamos.

Días más tarde volvimos a la Capital, a participar en aquella luctuosa e indignada peregrinación por las iglesias quemadas. Teníamos en la retina la fotografía de los incendiarios vestidos con ornamentos sacerdotales y mostrando, como estandarte, un afiche con la cara de Perón.

Varias veces interrumpimos luego nuestros estudios para marchar cada cual a su casa, por nuestra seguridad. Finalmente los superiores se cansaron y no nos dejaron salir más. ¡Justo cuando se dio el golpe militar definitivo! Nadie estudiaba en esos días, por supuesto. Cada recreo subíamos corriendo las escaleras hasta el cuarto del Director Espiritual, el más condescendiente de los profesores, para escuchar en su viejo radio-receptor las noticias de Radio Colonia.

Era difícil superar esos recuerdos. Muchos de mis compañeros nunca los superaron. Eso explica, aunque sólo en parte, el «gorilismo» de muchos curas; por lo menos de mi generación: el de los más nuevos es harina de otro costal.

¡Y pensar que en el '45 yo me había alegrado tanto cuando Perón ganó las elecciones! Mi padre, que era capataz en la Estancia San Luis, de O'Higgins, era peronista, por supuesto, como todos los peones: le debían el «Estatuto del Peón», de cuando el Coronel era ministro. En Lincoln, mi ciudad natal, era párroco por entonces el P. Antonio Surce, un vasco-francés, al cual papá le había oído decir desde el púlpito que había que votar al «nuevo partido». Y Surce no era el la Unión Democrática no dejaba otra alternativa para los católicos, al incluir en su plataforma la separación de la Iglesia y el Estado, la enseñanza laica, el divorcio, etc.

Claro que diez años después muchas cosas habían cambiado de una y otra parte. Otros lo podrán explicar mucho mejor que yo.

Lo cierto es que, a quince años de la «Revolución Libertadora», ¿como hacía yo para superar mi antiperonismo y acercarme a los Curas del Tercer Mundo?

10 - ¡Menos mal que Dios es Dios!

CONOZCO UN NIÑO JESÚS

1

Conozco un niño Jesús
que dice malas palabras,
que se escapa de la escuela,
pide limosna en la plaza.
pide limosna en la plaza.
Su madre, madre María.
Pero no es virgen rti es santa;
y sufre, grita y se enoja
en una casa de lata
en una casa de lata.

Estribillo

¡Qué mal que lo pasarías
entre nosotros, Señor!

Pero entre tanta injusticia,

¡menos mal que Dios es Dios!

¡menos mal que Dios es Dios!

¡menos mal que Dios es Dios!

2

Su padre José, a la sombra
de la miseria, descansa:
el trabajo no le llega
y don José se emborracha
y don José se emborracha.
Hay un Herodes de ahora
que tiene un reino de plata
y en un plan de economía
al niño Jesús lo mata
al niño Jesús lo mata.

Esta última frase fue, en realidad, la que me inspiró la canción. Se la había escuchado al Padre Tomás.

Tomás Rolando Soto era un cura gordo, siempre de sotana, a quien le gustaba agasajar a sus amigos con vino y salame «de quinta». Nos había invitado a cenar a los curas de Mercedes.

Corría el año 1971 y el Gobierno Militar había hecho detener al Padre Alberto Carbone, de Buenos Aires, acusándolo muy burdamente de haber participado en un ataque al puesto naval de Zárate.

Alrededor de ese hecho giraba nuestra conversación, cuando, inesperadamente, Tomás dijo:

- ¡Y quién sabe si estos Curas del Tercer Mundo no tendrán razón! Al fin de cuentas, nosotros ahora «mandamos al cielo» a la gente por las mismas razones por las que antes las mandábamos al infierno. ¡Menos mal que Dios es Dios!

— — —

Para los primeros días de marzo del '72 el Movimiento había convocado a una «Semana Sacerdotal» abierta, en San Antonio de Arredondo, Córdoba. Yo fui. De los 150 participantes, más de la mitad no pertenecíamos al Movimiento. Era una buena oportunidad para aclarar mis dudas.

En una charla de pasillo lo encaré a Aldo Büntig, un cura sociólogo de Santa Fe, muy inteligente, de quien había leído cosas verdaderamente interesantes en «Catolicismo Popular en la Argentina», una serie de cuadernos que lamentablemente se interrumpió después.

- ¿Cómo es eso de la opción por el peronismo?

- Yo no soy peronista - me dijo Aldo, palabra más, palabra menos-. No todos en el Movimiento lo somos. Pero entendemos que si queremos de verdad acompañar a nuestro pueblo, no podemos dejar de acompañarlo en el terreno de lo político. Y en este momento, en la Argentina, el camino de la

liberación pasa por el pueblo peronista.

Conversamos un rato sobre el tema. Sentí que un muro empezaba a derribarse en mi interior. (Los jóvenes y los acontecimientos harían el resto, meses más tarde).

Con algunos nos conocíamos: encuentros de Pastoral Juvenil u otras actividades. Quizá por eso me designaron para coordinar un grupo. (Tarea, por otra parte, que me tocó desempeñar durante años en encuentros de diversa índole). Recuerdo que en mi grupo estaba Rómulo García, un cura de Bahía Blanca, que luego sería obispo de Mar del Plata y más tarde arzobispo de Bahía.

Aquella Semana Sacerdotal me marcó fuertemente. Me encontré con un tipo de curas al que no estaba acostumbrado, de verdad. Algunos eran obreros; otros trabajaban en villas; unos eran curas de barrio; otros, profesores; o ambas cosas a la vez. Los había intelectuales muy sólidos, que asumían su condición sin problema. Pero todos hablaban, por lo general, un lenguaje sencillo: el lenguaje del pueblo, malas palabras incluidas.

Siempre me sonrío cuando recuerdo una parodia que me leyó el «Turco» Dip, de Tucumán, acerca de una ponencia de Justino O'Farrell. Después le pedí que la leyera para todos, y nos hemos reído a mandíbula batiente. Se le había pedido a Justino una improvisada reflexión antropológica sobre la realidad latinoamericana y el cristianismo; o algo así. (Lucio Gera había hecho lo mismo desde el punto de vista teológico). Justino había expuesto conceptos muy claros, pero en un enrevesado lenguaje filosófico, nada fácil de seguir, mezclado con sonoras puteadas. Materia prima excelente, tanto para la reflexión como para el humor.

Uno de los días nos agrupamos por áreas pastorales. Yo elegí la de universitarios, como desafío, porque varios de los muchachos y chicas de la Casa de la Juventud estaban ingresando a la universidad, y ese era un mundo bastante desconocido para mí. Uno de los presentes, a quien yo había conocido como profesor de Teología, dijo en un momento:

- Yo confieso que estoy viviendo un ateísmo práctico, con algunos valores cristianos.

A mí «¡se me cayeron las medias!», como decíamos entonces. Pienso ahora que quizá uno vivía, un poco, en una cápsula. Había situaciones que tal vez uno se negaba a ver en su justa dimensión. La crisis sacerdotal del post-concilio se daba en diversos sectores del clero; no sólo en el más comprometido en lo social y político, como a veces se dijo. El Concilio había desnudado las falencias de una estructura clerical que sólo servía de andador y de coraza.

(El P. Manuel Moledo nos había dicho una vez a 150 curas que trabajábamos con jóvenes, reunidos en Embalse Río Tercero:

- Los animales que tienen una vertebración débil necesitan una caparazón. Los que tienen una vertebración fuerte, no la necesitan. A los jóvenes no hay que crearles caparazones: hay que ayudarles a vertebrarse.)

«Un fuerte aliento a la labor realizada lo constituyó la presencia del Obispo de La Rioja, Monseñor Angelelli, y el de Rafaela, Monseñor Brasca, quienes al concluir las jornadas destacaron la cordialidad del clima logrado y la seriedad del compromiso por una sociedad más justa. » Así decía el comunicado de prensa del Secretariado Nacional del Movimiento. Aunque lo dos prelados-pelados no hubieran dicho nada, lo importante era que estaban entre nosotros como uno más. Me quedó grabado el cariño con que los aplaudimos todos, particularmente los que tenían conflicto con sus respectivos obispos: podían constatar que otra relación con la Jerarquía era posible.

Cada día comenzábamos con una meditación a cargo de Arturo Paoli. Hablando, una mañana, de la espiritualidad pobre y disponible que hacía falta, dijo, con su sencilla profundidad y su gracioso cocoliche:

- Es más fácil sere kesuita que sere franciscano.

Los jesuitas presentes reían y asentían.

11 – Allá por los '70

EL JURAMENTO DE LOS EJECUTIVOS

JURO defender el Sistema
y tener el espíritu de la Empresa. Y ejecutar las órdenes
de la Sagrada Sociedad Anónima y Apátrida a la que represento.
Y ejecutar a todos los demás.
Amén.
Y que revienten los que no tienen nada y los que nada saben.
La Empresa ya regaló una silla de ruedas y muchas cosas más.
JURO respetar la bandera de mi patria.
Y ponerle el emblema de la Empresa en los rayos del sol.
JURO adorar a todos los dioses
que sea necesario
para el provecho de la Empresa Sacrosanta. ¡Viva la libertad!
La de nosotros, los mejores, claro.

Mercedes, 1972

CASINO

No te preocupes por no tener trabajo: pondremos un casino;
y las ruletas al girar
harán llover sobre Mercedes
un milagro de plata, ¡mucho plata!
Y tus hijos tendrán pingües limosnas.
Eso sí: que no se acerquen demasiado,
porque queda muy feo un casino
con gente rica adentro
y pordioseros en la puerta.

¡Ah!...y haremos una iglesia: una iglesia moderna.
Así, cuando te mueras
- te pagaremos el entierro: no hay cuidado -
te echan un poco de agua bendita en el atrio:
en el atrio, no más; con eso basta.
Podés estar contento, ¿no?
Nuestra ciudad avanza.

Mercedes, 1972

EL PUEBLO Y LOS AMIGOS

El jefe de estación
llamó a la casa de un amigo
que mandó al hijo de otro amigo
a avisarme a la casa de un amigo común.
No perdí el tren gracias a eso.
Tren de las seis y media
de la tarde,
que en realidad pasó
por O'Higgins, mi pueblo,
como a las ocho menos veinte .

En este mismo coche
viaja un chico travieso de cuatro arios,
que bambolea en libertad por el pasillo
su cabello castaño
y su gabán azul
con su capucha monacal.
Cuatro hombres grandes
se entretienen con él.
Uno de ellos
es un anciano corpulento que le hace pito catalán con su robusta mano campesina.

El chico, a quien llaman Carlitos,
salta de banco en banco
y pide los boletos.
Cuando, para asustarlo,
su madre grita:»¡Guarda!, él dice:
«Yo no le tengo miedo al guarda.»
Los hombres ríen con él.

Finalmente,
la madre le porte la capucha,
lo toma de la mano,
y ya baja Carlitos, despidiéndose.

Yo sueño con un pueblo
en que los jefes de estación son tan amables
y los amigos tan amigos;
un mundo en que las horas no nos corren,
en que los hombres grandes
miran con ojos tiernos
a un niño de cuatro arios,
que sonrío feliz
porque no tiene miedo.
Yo sueño con un pueblo...
que ya existe.

En el tren de O'Higgins a Mercedes, allá por los '70

12 – Opciones sucesivas

Aquellos cuarenta días de detención domiciliaria en el Obispado de Mercedes serían el comienzo de un largo «tiempo sabático». Tengo muy presente mi solitario llanto, apenas instalado en la habitación que me asignaron: impotencia, desesperación y súplica. Disponía de todo el tiempo para orar, para leer, para escribir... Lo primero que se me ocurrió fue enviarle una carta al Abad Eduardo Ghiotto para agradecerle, a él y a todos los monjes de la Abadía del Niño Dios, la sencilla fraternidad con que nos habían recibido, hacía apenas unos días, para aquel encuentro del Concilio de Jóvenes.

Sorpresivamente me encontré escribiéndole algo así: «Lo que más deseo ahora es quedar en libertad para entrar en un monasterio.»

Conservo diapositivas de la peregrinación que hicimos hasta el Cerro de la Matanza, en Victoria, y de la celebración penitencial que me tocó presidir. En la homilía dije, entre otras cosas, que los enemigos del pueblo, de la libertad y de la justicia eran nuestros enemigos. Dije que Jesús nos había advertido que los íbamos a tener; pero que no debíamos odiarlos, sino amarlos y orar por ellos.

Meses más tarde mi hermano Carlos fue a verlo a Mons. Adolfo Tortolo, Arzobispo de Paraná, Vicario Castrense y Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina. El era Vicario General en Mercedes cuando yo entré al Seminario Menor, a los doce años: me conocía desde entonces, me ayudó más de una vez y me quería. A mi hermano le hizo un comentario de aquella homilía: - El mensaje de Juancito es muy evangélico. ¡Pero el lenguaje, Carlos, el lenguaje!...

Evidentemente, alguien le había acercado una grabación al Arzobispo. Nosotros estábamos acostumbrados a la infiltración de «informantes» o de policías de civil en nuestros encuentros. Uno, incluso, intentó meterse dentro de nuestra elemental organización. Se llamaba Oscar. Se les había metido en la Congregación a los Hermanitos de Jesús como un supuesto aspirante.

- Manda a decir José que lo que le dijo a Olga se confirmó - le transmitió a Néstor, apenas éste bajó del tren en la estación de Mercedes, para una reunión preparatoria del encuentro de Goya.

Lo que no sabía era que le había dicho el Hno. José a Olga:

- Sospechamos que Oscar es policía.

En Vitória, Brasil, al terminar una Celebración de 1500 jóvenes de todo el país, le escuché decir a Dom Luis Fernandes:

- ...Y a los suspicaces observadores de esta pacífica asamblea les digo que estos jóvenes no están impulsados por ningún partido político...están impulsados por la fuerza del Evangelio.

Cuando lo comenté, admirado, me contaron actitudes similares de otros dos grandes obispos brasileños.

Dom Helder Camara:

- Acabo de decir «comunitario». Lo aclaro porque los grabadores de la policía, cuando yo digo «comunitario», suelen grabar «comunista».

Dom Fragozo solía agregar en la Oración de los Fieles:

- Oremos por nuestros hermanos de la Policía Federal que nos acompañan en esta celebración.

Uno había ido haciendo progresivamente sus opciones, y el enfrentamiento con el poder se hacía cada vez más inevitable.

Respondiendo al reto del Gral. Lanusse («Perón no vuelve al país porque no le da el cuero.»), Perón volvía desde Madrid. Y mucha gente iba a ir a esperarlo al aeropuerto de Ezeiza: peronistas y no peronistas. Yo no quería dejar de ir. ¿Con quiénes? Decidí hacer el viaje con los de la Juventud Peronista.

17 DE NOVIEMBRE DE 1972

He visto un pueblo en marcha.
He sido un pueblo en marcha.
Hacia la libertad y la esperanza.

La noche en La Tablada,
la risa niña en los amigos,
el vino, el bombo y la guitarra
y el estribillo renovado
estrepitosamente, para que la alegría no se duerma
en la «vigilia de armas».
Y la amistad que crece con la noche,
en Adviento de zambas,
en esta Navidad de las bagualas.

Y cuando vino el día nos encontró cantando;
cantando organizamos la partida
y cantando, la gente
engrosaba las filas
de aquella enorme procesión:
la procesión prohibida.
Los jóvenes bailaban
al compás de la marcha y las consignas.
Las viejas fieles y aguerridas
se hundían en el barro, caminando bajo la lluvia fría.
Aquello era la paz y era la guerra.
Era la lucha y era el triunfo. Era el combate y a la vez
¡la fiesta!
Las armas de los sabios y prudentes,
las de los poderosos,
que «guardaban el orden y cuidaban la vida»
del que llegaba a Ezeiza,
eran los tanques y los gases y los fusiles y metralas
del miedo que se vuelve prepotencia.
Y las armas del pueblo,
que iba a campo traviesa,
eran manos vacías
y eran gargantas llenas

Nunca terminé estos versos. Me faltó describir las ráfagas de ametralladora en los bosques, para atemorizarnos, aquel alto jefe hablándonos por megáfono y diciéndonos que «una sonrisa puede más que todo» (citando una canción de Palito Ortega), los 35.000 efectivos flanqueando la autopista mientras volvíamos bajo la lluvia sin haber llegado, algún que otro milico desplegando a escondidas la foto de Perón...

Pasé dos días con aquellos jóvenes y aquellos villeros con quienes había viajado. Una semana después vino a verme Alberto Torres, un obrero del barrio Pampa Chica.

- ¡Che, Juan! ¿Así que vos habías sido cura?...

13 – Navidades

Un mes después, para la Navidad, publiqué, en un diario local, unos versos que dieron bastante que hablar, sobre todo en ciertos sectores.

La Navidad siempre ha sido inspiradora. Sólo que cada uno la siente y la vive a su manera. Así lo veo en mí mismo, al recorrer mis apuntes.

VILLANCICO (Bailecito)

I	II
Un Niño chiquito que nació en Belén. Son puros y blancos la nieve y él. La nieve y él. Adoran al Niño María y José. Y le dan su aliento el burro y buey. El burro y buey.	La Virgen María y el Niñito Dios me tienen el alma partida en dos. Partida en dos. Nievecita blanca, no seas cruel, que el Niño divino llora en Belén. Llora en Belén.

(Estríbillo)
Ríete, mi Niño,
mi Niño Jesús,
que para tu llanto
tendrás la Cruz.

Mercedes, 1962

El ritmo era criollo. Más aún: la letra respondía, sin saberlo, a la tradición de los villancicos del Norte argentino, que ordinariamente unen la Navidad con la Cruz. Pero seguía presente la nieve de la Navidad europea y los ojos estaban fijos sólo en el Niño de Belén.

Siete arios después la perspectiva empezaba a cambiar:

VILLANCICO PARA UN NIÑO ENFERMO

Navidad, Navidad, la campana suena
y la Virgen se ríe: es la Nochebuena.
Mi Jesús, que naciste en un pesebre,
ten piedad de mi niño, que tiene fiebre.

**Quiero que el Niño Dios
te vea sonreír.**

**Que no empañe el dolor
tu Navidad Feliz.**

Hay un niño que sufre en silla de ruedas.
Otros tristes se van; él alegre queda.
Mira: junto a su silla está su consuelo.
Es el Niño Jesús, que vino del cielo.

Quiero que el Niño Dios...

Señor rico, todo lo que a usted le sobre,
¿por qué no lo devuelve a su hermano pobre?

Usted rico, y él pobre, como Jesús,
que sediento y desnudo murió en la Cruz.

Quiero que el Niño Dios...

Mi Jesús, que naciste allá en Belén,
todo llanto de niño es tuyo también.
Rogaré por el niño que está en la guerra:
¡Gloria a Dios en el cielo, paz en la tierra!

**Quiero que el Niño Dios
te vea sonreír.
Que no empañe el dolor
tu Navidad Feliz.**

Mercedes, 1969

De todos modos, el verso

«¿por qué no lo devuelve a su hermano pobre?»

es un cambio impuesto varios años después por mis jóvenes amigos. Inicialmente decía así:

«Señor rico, si tiene algo que le sobre,
«démelo, por favor, para un niño pobre.»»

¡No es lo mismo!

NAVIDAD AL REVÉS

Mercedes, mi ciudad,
ha muerto tu árbol de Navidad.
Junto a los muros anacrónicos
de nuestra catedral, el esqueleto cónico
de lo que fuera un pino con una estrella muerta
de luces apagadas.

Yo me paré a mirarlo
y vi colgados en sus ramas
nuestros regalos de Navidad.

Los paquetes decían:
Para la ciudad culta
hecha ciudad de los prostíbulos.
Para el palacio de las injusticias.
Para las fábricas cerradas.
Para los ricos y opresores.
Para los monopolios.
Para los usureros.
Para los drogadictos
y sus explotadores.
Para los dueños de la coima.
Para los jóvenes indiferentes.

Para el profeta que no grita.

Para los que detentan el poder
e imponen su santa voluntad.
Para los que hacen trampa.

Para la multitud de los adúlteros.
Para los crédulos y los cobardes.

.....

Y la gente miraba los paquetes
y seguía. Ninguno
reconocía el suyo.
Yo tampoco.
Pero un niño, corriendo,
vino hacia mí,
trayendo mi paquete.
Reza: Para el profeta de calamidades
que dice y no-hace.
Mercedes, mi ciudad,
ha muerto tu árbol de Navidad.

Mercedes, 1972

Estos eran los versos a los que me refería al comienzo de este capítulo. Meses más tarde vi que el recorte lucía sobre la madera de un mueble, en la cocina-comedor de un empleado de Tribunales. Me contaba que aquello de «el palacio de las injusticias» había caído muy bien en el personal; pero muy mal entre los jueces. No era para menos.

Un cura me comentó, por otro lado, que él le había dicho al Obispo: - Eso del «profeta que no grita» se refiere a usted.

Pero en realidad se refería a todos nosotros, ese cura incluido.

En el '73, el primer intendente elegido después de la dictadura de Onganía, Levingston y Lanusse, lo primero que hizo fue emprenderla contra los prostíbulos (o «quinchos»), que habían llegado a ser una verdadera plaga en esa zona, y hacer arrancar el famoso pino seco. Nunca supe si fue una mera coincidencia.

A fines del '74 Isabelita hacía de Presidente, López Rega intrigaba como eminencia gris y los militares volvían a mostrar las garras.

VEN, SEÑOR

Ven, Señor, en esta Navidad
y líbranos de la mentira.
Ven, Señor, y líbranos de la injusticia.
Ven, y líbranos de las falsas apariencias.
Líbranos del invierno importado,
de Papá Noel y de la «paz en nuestras copas».
Danos la paz del corazón
que se hace hermano y compañero.
Trae la paz al corazón de nuestro Pueblo;
la única posible, de la que dice el Salmo:
«La Justicia y la Paz se abrazarán».
Líbranos de los jingles de las Sociedades Anónimas,
que nos saludan para vendernos más,
para vendernos la felicidad
en un estuche navideño.
Líbranos de ese niño Jesús que empalaga

cuando le besamos el pie, y que nos deja
la conciencia tranquila.
Ven, Señor, tú, el verdadero,
el que fue puesto como «signo
de contradicción,
para la ruina y la salvación de muchos».
Ven a darnos la luz para el camino:
estamos extraviados.
Ven a amarnos: porque hemos prostituido
el verdadero amor.
Ven a dar esperanza a nuestros pies cansados.
Ven «a darles la Buena Noticia a los pobres;
a liberar a los cautivos».
Y ellos se alegrarán.

Mercedes, Adviento de 1974

14 – Iglesia y Pueblo

A los cuarenta días de mi prisión domiciliaria vino un oficial del Regimiento a llevarme a la cárcel: dijeron que me habían puesto a disposición del PEN (Poder Ejecutivo Nacional).

Mons. Tomé me acompañó a la cárcel. Y en repetidas oportunidades vino a visitarme, con mucho afecto. También vino alguna vez el hermano del oficial que me había llevado, un sacerdote exalumno mío.

La primera vez que pudimos recibir visitas, estábamos en fila los 25 «presos políticos» alojados en un pequeño pabellón, totalmente aislados de los «presos comunes». Luciano, que estaba al lado mío y que me había conocido en esos días, me pregunta:

- Y a vos, Juan, ¿te vendrá a visitar alguien?

Y él mismo se responde:

- Al fin de cuentas, ¿a vos que te importa? ¡Si todos nosotros somos tus hermanos!

Todavía ahora me emociono cuando lo recuerdo.

Poco a poco había ido descubriendo esa fraternidad universal. Poco a poco me había ido haciendo Pueblo.

¡Cuántas discusiones, durante años, sobre esta palabra: «Pueblo»!

Proscripto Perón, el 25 de mayo del '73 había asumido la Presidencia de la Nación Héctor J. Cámpora, «el Tío». En la Plaza de Mayo yo estaba entre los que gritaban entusiasmados:

¡Perón, Evita!

¡La Patria socialista!

Recuerdo la impresión, tan extraña, ante la sorpresiva presencia de aquella multitud de jóvenes que avanzaba por la calle Rivadavia, por la izquierda, con grandes carteles desplegados en los que se leía: MONTONEROS. Hasta ese momento eran clandestinos. Recuerdo la ovación a Salvador Allende, presidente de Chile, y Dorticós, presidente de Cuba, que estaban presentes.

Pero de otros ángulos de aquel hervidero salía otro grito:

¡Perón, Evita!

¡La Patria peronista!

No era lo mismo. A pesar de que Perón había dicho que el Socialismo Nacional de que él hablaba no era otra cosa que el Peronismo. La división ya estaba instalada en la Plaza. Al final de la lista de ministros figuraba el de Bienestar Social: José López Rega.

— — —

El caso es que Doña Silveria Fernández, que vivía en Villa Evita, un barrio de emergencia de Mercedes, había hecho la promesa de ir a pie al santuario de la Virgen de Luján - 35 km - si ganaba el Frejuli (Frente Justicialista de Liberación). Los muchachos y las chicas de la Juventud Peronista le dijeron que había un cura que podía acompañarlos. Fue así como conocí a Doña Silveria, como nació nuestra amistad y como quedé enganchado en aquella peregrinación.

El Frente ganó en febrero. Pasó marzo y no habíamos cumplido con la promesa. Con el otoño, el tiempo empezó a desmejorar. Finalmente fijaron la fecha: tal sábado a la noche.

- Imposible -les dije yo-: es justo el Sábado Santo y yo tengo la Vigilia Pascual. Cuando se lo comenté a Pedro Abate, mi «asesor teológico», me sorprendió con su respuesta.

- Juan - me dijo- ; esa gente no va a ir a la Vigilia Pascual. Creo que lo más pastoral que podés hacer

es darle un sentido pascual a la caminata.

Y fue así como, en aquella medianoche del Sábado Santo, nos juntamos en medio de la niebla a proclamar el Evangelio de la Resurrección: Doña Silveria, sus doce hijos, sus amigos, unos cuantos muchachos y chicas de la J.P., de los que iban del centro a la Villa, y yo. Pudimos celebrar la Misa de Pascua nada menos que en el altar mayor de la Basílica de Luján.

Luego nos fuimos a la orilla del río, para concluir con todo el rito popular, y de los bolsos empezaron a salir empanadas, milanesas, pan, trozos de pollo, alguna botella de vino...Allí me encontré cantando «La Lujana», una zamba a la Virgen que había compuesto apenas ordenado sacerdote y que después había olvidado durante varios años: los que duró la «revisión» de nuestra devoción mariana.

LA LUJANA (Zamba)

I

Hay una imagen bella
como una estrella
del cielo;
en Luján está:
de la Madre de Dios
que aquí se quedó.
¡Ay, mi Virgencita!
Una Virgen morena,
carita buena
de cielo:
Madre de Luján.
De luz y de carbón
tus dos ojos son.
¡Ay, mi Virgencita!

II

Y yo, después de tanto
rehusar tu manto,
me llevo
a tu santo altar.
Vengo, de corazón,
a pedirte perdón.
¡Ay, mi Virgencita!
No he de olvidar, Señora,
tu protectora
mirada.
Pronto he de volver
para cantar así
solo para ti,
¡Ay, mi Virgencita!

(Estríbillo)

**Para pedir a Dios
por su Patria querida,
todos los criollos van
a rezarte a Luján.
¡Ay, mi Virgencita!**

Bariloche - Mercedes, 1959 - 1960

Yo sentía ahora que me iba haciendo pueblo nuevamente, que como pueblo, guitarra en mano, podía cantarle a María mi ternura. Sentía la libertad de lo simple. Y por eso podía soñar en construir, junto con mis hermanos, la liberación de mi pueblo.

«**Iglesia y Pueblo**» fue precisamente el primer título de mis espontáneas colaboraciones dominicales para el diario «La Hora», de Mercedes. Fechado el domingo 16 de setiembre de 1973, comenzaba así:

La coordinadora de mi equipo era una campesina de Corrientes, una chica perteneciente a las Ligas Agrarias; el secretario era un profesor universitario y uno de los integrantes era Mons. Angelelli, obispo de La Rioja, que pedía permiso para dar su opinión, como cualquier hijo de vecino. Esto sucedía en las afueras de San Miguel, la semana pasada, durante un seminario sobre Pastoral Popular.

Éramos unas sesenta personas de diversas partes del país: laicos, curas y monjas, por partes más o menos iguales; los laicos llevaban cierta ventaja, gracias a Dios. Y dos obispos: Mons. Pironio también estaba.

La nota recordaba luego las palabras de Juan XXIII: *La Iglesia es de todos; pero es sobre todo la Iglesia de los pobres*. Aludía más adelante al monumental Documento de San Miguel '69, de los Obispos Argentinos, con su opción fundamental por la Pastoral Popular, que tan rápidamente cayó en el olvido; y agregaba:

Se trata no sólo de un pueblo al que hay que catequizar, sino de un pueblo al que hay que reconocerle su lugar de privilegio, un pueblo al que hay que escucharlo, respetarlo, comprenderlo, un pueblo que ha de poder expresar libremente los valores evangélicos que existen en él. Claro que existen mezclados con otras cosas; pero existen.

Quince días después escribía:

Ha comenzado a sucederme lo mejor que podía sucederle a un periodista improvisado como yo: hay gente que se toma el trabajo de discutir mis artículos, de comentármelos personalmente, por teléfono o por carta.

Hubo que volver sobre el tema del Pueblo porque, sin lugar a dudas, algunos conceptos no habían quedado claros. Acudí a los apuntes que había traído del Seminario de Pastoral Popular Allí se leía algo que nos sirvió por entonces como una definición a los que trabajábamos en pastoral popular:

Integran el pueblo - que es una realidad histórica y cultural -los oprimidos y los que no oprimen, en la medida en que se insertan en su dinámica y se identifican con su proyecto.

No dejo de sorprenderme cuando releo lo que escribía hace 30 años:

Jesucristo, en definitiva, no dejó de predicarle a nadie, ni si quiera a los ricos ni a los publicanos - que eran el prototipo del vendepatria-; pero les predicó desde los pobres, porque él mismo era pobre.

...Hay quienes temen que así como la Iglesia se sectorizó cada vez que anduvo del brazo de los poderosos, también se sectorizaría al preocuparse demasiado por los pobres. No hay peligro: la pobreza no es excluyente; la riqueza sí.

15 – Columna dominical

«**IGLESIA Y...**(Educación; Familia; Juventud...)

Así fueron los títulos de mi columna dominical durante los últimos meses del '73 y los primeros del '74. Conservo unas cuantas. De vez en cuando me gusta repasarlas. Y leo, por ejemplo:

Lo que yo digo es que la Iglesia...eventualmente podría desentenderse de la enseñanza privada: no es absolutamente indispensable para que la Iglesia ejerza su magisterio. ¿Y quién dice que, en una de esas, no teniendo que preocuparse por sus colegios, la Iglesia tenga más tiempo para dedicarse a problemas más fundamentales?

Yo creo que la cosa no está en tener o no tener colegios católicos, sino en saber si están prestando un verdadero servicio al pueblo y si están cumpliendo con los objetivos que se proponen. (14-10-73).

Hay expresiones que hoy debería modificarlas; otras que podría firmarlas sin dificultad.

A los jóvenes la Iglesia les interesa cada vez menos. Esta es, ciertamente, una afirmación demasiado taxativa: lo sé. Pero lo cierto es que a la Iglesia - a las Iglesias tradicionales, en general - este problema se le presenta como uno de los que necesitan una solución más urgente; sobre todo en América Latina, donde el 70 % de la población tiene menos de 25 años.

...Hay muchos jóvenes en nuestro medio que, cómodamente instalados en la sociedad de consumo, prefieren desinteresarse de un mensaje que cuestiona y compromete, como es el mensaje evangélico, y se aferran a argumentos que les sirven de excusa, aunque muchas veces sean verdaderos: los tesoros del Vaticano, el aburguesamiento del clero, etc.

Hay muchos, en cambio, que de verdad «se esfuerzan por construir un mundo más comunitario que vislumbran quizás con más claridad que los mayores» (Medellín). Muchos de ellos quisieran ver a la Iglesia en una actitud mucho más acorde con el espíritu de los documentos aparecidos en estos últimos años, y la ven, por el contrario, como una «fuerza retardataria». Es duro y ofensivo que digan esto; pero lo dicen.

...Hay otros sectores de la juventud que viven, sin saberlo, muchos valores cristianos; pero que, por estar «marginados» de la sociedad, lo están también de la evangelización. ¿Cómo llegar a ellos? (28/10/73).

...Se trata, entonces, de radicar industrias, pero no de cualquier manera: una fuente de trabajo puede ser una fuente de explotación.

Bienvenidas las industrias que no sólo impulsen el progreso de zonas como la nuestra, sino que verdaderamente aporten a la liberación nacional, contribuyendo a que salgamos de la economía dependiente que siempre caracterizó a nuestro país.

(4/11/73)

En **IGLESIA Y POLITICA** citaba varias veces la Carta “Octogesima Adveniens”, que Pablo VI le enviara al Cardenal Roy con motivo de los 80 años de la publicación de «Rerum Novarum».

A fines del '73 se podía decir esto:

Es lógico, entonces, que cada día más cristianos perciban con mayor claridad que su compromiso de fe implica también un compromiso político. Es lógico que la Iglesia los acompañe, de alguna manera, en ese difícil camino, respetando la pluralidad de opciones, claro está, siempre y cuando sean compatibles con el Evangelio: la ideología marxista y el capitalismo liberal no lo son, según Pablo VI.

Lo que se ve con claridad es que a la Iglesia se le exige una actitud más coherente con sus principios - de justicia, de amor a los pobres, de identificación con los humildes - para poder

tener una autoridad moral que le permita recordar a cada uno sus deberes.

Para aportar a la consecución de una sociedad más justa, deberá decirles claramente a los privilegiados que sus privilegios son injustos, que se sustentan sobre el esfuerzo de los demás. Pero eso supone despojarse de sus propios privilegios.

Deberá apelar a la conciencia de los gobernantes para que sean fieles al pueblo que los consagró como tales. Pero eso exige de ella misma una fidelidad creciente con ese pueblo, que es la Iglesia.

Deberá recordar una y otra vez a los militantes políticos, sobre todo a los jóvenes, la necesidad de llevar su compromiso hasta sus últimas consecuencias, para que no exista contradicción entre lo que proclaman y lo que en realidad viven; la necesidad de no sectorizarse excesivamente, en una radicalización idealista que puede llegar a ser inoperante; la necesidad de cultivar cada vez más su capacidad de diálogo. Y muchas otras cosas más, que los jóvenes militantes podrán aceptarle a la Iglesia cuando la vean a ella misma luchar por liberarse de sus contradicciones, esforzarse por comprender los motivos, abrirse desprejuiciadamente al diálogo.

Ojo, que estas exigencias no son sólo para la Iglesia Jerárquica, sino para todos.

IGLESIA Y CULTURA (I)

(25 de noviembre de 1973)

El 14 de marzo de 1948, a las tres de la tarde, yo, un chico de familia campesina, penetré en una galería laaarga y umbrosa, como sólo había visto en las películas. En medio del silencio se escuchaba una música «culta» - después me enteré de que se trataba de la Pasión Según San Mateo, de Johan Sebastian Bach -; me condujeron a un escritorio, junto con el cura de mi pueblo que me acompañaba; me hundí en un sofá de cuero, insólito para mí, y cuando me atreví a levantar los ojos vi sobre la mesa una calavera humana auténtica; tuve unas ganas locas de salir disparando. Había ingresado al Seminario. Era aquí, en Mercedes.

Después de varios años la galería me resultó rutinaria, me familiaricé con Bach (que me sigue gustando, por supuesto). Con quien nunca pude hacer buenas migas fue con la calavera, que finalmente desapareció, gracias a Dios y al cambio de rector

Me había convertido en una persona «culta», que cuando iba a pasar las vacaciones a su pueblo debía traducir mentalmente para que lo pudieran entender su madre, sus hermanos y sus vecinos.

¿Quién nos habrá hecho creer - digo yo - que cultura es solamente la europea, que una persona culta es la que habla en términos difíciles y preferentemente en varios idiomas? Creo que muchos de nosotros necesitamos con urgencia descubrir la existencia de una cultura popular y convertirnos a ella de corazón.

«La cultura popular se expresa en la actitud común frente a la naturaleza, frente a los otros hombres, frente a los otros pueblos, frente a sí mismo y a Dios; una actitud común frente al desenlace de la vida y de la muerte.»(Seminario de Pastoral Popular, 1973).

No se trata, según esto, de una acumulación de conocimientos, fundamentalmente, sino de algo mucho más hondo: se trata de un modo de ser compartido, de una historia común, de experiencias solidarias, de una manera de valorar, de obrar; de vivir

Yo he notado, por ejemplo, que cuando muere alguien en una familia de clase media o alta, a los chicos, habitualmente, se los trata de alejar «para que no sufran». Entre los pobres, en cambio, la cosa es distinta: los chicos participan del velorio con la misma naturalidad con que participan de una fiesta familiar o de un acto político; se los enfrenta con la realidad de la muerte. Y eso me parece un acto cultural más profundo, más cristiano.

Llegue usted a almorzar a su casa con un amigo a quien no ha anunciado. Su mujer va a renegar, seguramente, aunque tenga la heladera llena. Entre la gente que menos cosas tiene para compartir no sucede así, comúnmente. Quizá porque no tienen heladera. Hay pautas culturales distintas, y eso es importante.

Mi opinión es que los que hemos recibido una ilustración mayor tenemos muchas cosas que aprender de aquellos a quienes consideramos «incultos»; que con ellos debemos volver a las raíces más profundas de nuestra cultura nacional, sin desechar los valores extranjeros. Pero sin dejarnos dominar tampoco por los falsos valores importados, extraños a nuestro verdadero modo de ser y a nuestra fe cristiana (que no es occidental, por supuesto).

IGLESIA Y CULTURA II

Comenzaba explicando por qué el cristianismo no es occidental, sino universal. Y para eso citaba al Concilio Vaticano II y a Enrique Dussel, un historiador, filósofo y teólogo mendocino (¿por qué

no puede ser mendocino? ¿o acaso todos los pensadores tienen que ser alemanes?)

...Cuando los obispos argentinos dicen en San Miguel que «se ha de asumir la cultura de nuestro pueblo y sus hallazgos, para difundir el mensaje de Cristo...» están haciendo una expresión de deseos, o mejor aún, están contrayendo un compromiso; compromiso que compartimos solidariamente todos los que nos sentimos responsables de la Iglesia, seamos curas o laicos, frailes o monjas.

Asumir una cultura no significa rescatar un lenguaje folklórico o ciertas modalidades externas; simplemente «Cultura» - según el Concilio- es «todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil...»

Asumir una cultura no significa tampoco teorizar desde un parapeto intelectual prefabricado, sino bajarse del caballo, caminar junto con el pueblo, compartir sus necesidades y aspiraciones, identificarse con su proyecto histórico, que en América Latina es un proyecto de liberación. La cultura no es algo estático, sino algo que se va haciendo.

Pero resulta que nuestros pueblos latinoamericanos cada vez parecen tener menos posibilidades de ir haciendo su propia cultura: los países dominantes intentan imponerles, de todas formas, pautas culturales y económicas. Es verdad que sería ilusorio y negativo pretender frenar el proceso mundial hacia un «cultura universal». Pero también es cierto que esta cultura universal no será verdaderamente tal si sus características son dictaminadas por quienes poseen un mayor desarrollo económico y técnico y monopolizan la información y la propaganda.

«La solidaridad mundial - decía Pablo VI en “Populorum Progressio” - debe permitir a todos los pueblos el llegar a ser por sí mismos artífices de su destino...Los pueblos más jóvenes o más débiles reclaman tener su parte activa en la construcción de un mundo mejor, más respetuoso de los derechos y de la vocación de cada uno. Este clamor es legítimo. »

17 – Carlos Mugica

«Iglesia y Diálogo», «Iglesia y Trabajo» fueron los títulos siguientes. Es probable que haya habido otros, pero no los conservo. Tengo sí el recorte del 12 de mayo del '74; junto a mi columna sobre «Iglesia y Justicia Social», un recuadro:

**Fue Asesinado
el Padre
Carlos Mugica**

Anoche a hora avanzada,
al hacer abandono de
la Parroquia de San Francisco
Solano, ubicada en
el barrio de Mataderos,
fue muerto de cinco tiros
el Padre Carlos Mugica.

Martes 14 de Mayo de 1974

A CARLOS MUGICA, SACERDOTE.

El sábado a la noche, cuando nos enteramos de tu muerte, yo no supe decir otra cosa más que: « ¡Pobre Carlos! » ¡Es que uno se vuelve tan tonto frente al misterio de la muerte!...

Durante varios días nos vamos a acordar de vos, seguramente. Discutiremos tu muerte como hemos discutido tu vida. Se dirá: «Lo mataron los fachos». »Lo mataron los zurdos». «Al final, no se va a saber quién lo mató». Estaremos de acuerdo, probablemente, en decir que es una muerte inútil, un descuelgue, un blanco bien elegido para sembrar la confusión.

No faltará quien diga: «Se lo tenía merecido: murió víctima de la violencia que él mismo pregonó. Tanto hablar de injusticia, de la violencia institucionalizada. Los curas no tienen que meterse en esas cosas».

Lo peor del caso sería que tu muerte fuera verdaderamente inútil para nosotros: que nos dejara tranquilos en nuestra pasividad, críticos espectadores de la miseria y de las luchas por superarla, por lograr la igualdad fraterna entre los hombres.

No era fácil discutir con vos: eras un tipo apasionado, verdaderamente apasionado por la justicia, por el Evangelio, por la Iglesia, por los pobres, por la verdad. Solíamos echarle en cara algunas actitudes agresivas. Recuerdo, eso sí, que cuando sonreías tenías la picardía de los pibes y parecían borrarse todas las preocupaciones. A mí eso me hacía pensar siempre: «Si no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los cielos ». Nadie se acercaba a vos sin que en algún momento le recordaras el Evangelio. Solías decir que el Nuevo Testamento es el «Libro Rojo () de los cristianos.*

Pienso que cuando dije: « ¡Pobre Carlos! » quise decir, en realidad: « ¡Pobres nosotros, si solamente sabemos encontrar este camino: acallar las voces que nos molestan!» No le encuentro mucho sentido a una lamentación, porque no creo que estés arrepentido de tu vida ni de tu muerte. Estoy seguro de que, en este atardecer prematuro de tu vida, al ser juzgado en el Amor, has de haber sido declarado inocente.

(*) Alusión al «Libro Rojo» de Mao Tse Tung, vademécum de la revolución china.

Por eso, rogá por todos nosotros, para que no equivoquemos el camino hacia la paz por la justicia; rogá por los cristianos para que, como lo anunció Isaías y lo hizo Jesús, seamos capaces de proclamar a los pobres el Evangelio y tengamos la valentía de vivirlo.

Hacia dos semanas que lo había visto a Carlos: solamente lo había visto pasar, solo, con su humilde camperita negra, ingresando a la Plaza de Mayo para la concentración del 1° de Mayo. Yo estaba oteando desde la columnata de la catedral de Buenos Aires. La multitud se iba concentrando. O mejor dicho, tres multitudes: los sindicatos ingresaban por la derecha, la J. P. de las Regionales, con un impresionante despliegue de bombos y redoblantes, por la izquierda; y finalmente, por el centro, la J.P. Lealtad.

Esta última agrupación se había creado hacía poco y, según decían, Carlos y otros curas de la Capital habían tenido bastante que ver en eso. El nombre se debía, precisamente, a la intención de permanecer leales al peronismo, frente a la progresiva marxización de las Regionales, sobre todo a partir de la unificación de Montoneros y F.A.R.(Fuerzas Armadas Revolucionarias).

Fue ese 1 de Mayo cuando Perón trató de «imberbes» a los jóvenes que hacían fuertes críticas a su gobierno y exigían actitudes más acordes con la revolución social que se había prometido. Por la izquierda nos fuimos los que por la izquierda habíamos ingresado, corridos por los palos de los de la derecha. Para evitar la guerra de carteles, los distintos grupos sólo podían llevar banderas argentinas (cosa que se cumplió, aunque con algunas excepciones). Las astas de las banderas fueron los palos con que nos corrieron.

Había llegado, finalmente, el famoso «punto de ruptura» que hacía tiempo preveían los de J.P. Yo lo había discutido, recuerdo, con los de Mercedes: no me parecía honesto integrarse en un Movimiento tan identificado con su conductor sabiendo de antemano que ese punto de ruptura iba a llegar inexorablemente, y tratando, en consecuencia, de que se diese lo más tarde posible.

Pero la suerte estaba echada. El 20 de junio del '73, ¿cuántos éramos los que fuimos a recibir a Perón en su retorno definitivo? La prensa dijo 3.000.000.

Lo que hubo fue una matanza: la matanza de Ezeiza. Otra de las grandes frustraciones de nuestro pueblo. Y van...

Me fui del tema: lo sé. Pero los recuerdos no fluyen ordenadamente. Como dirían los personajes de Calderón de la Barca, «volvamos a nuestra conversación».

18 – La Procesión

Domingo 19 de mayo de 1974 **LA PROCESIÓN**

Llegué sobre la hora la capilla, a través de los interminables pasillos de la Villa de Retiro. El pequeño templo y los frentes de las casas aledañas estaban cubiertos de flores: coronas que ostentaban los más diversos nombres.

« Jara qué este gasto inútil? - habrá dicho Carlos Mugica, cuyos restos íbamos a despedir Pero allí estaban las flores, dándole al lugar un clima como de fiesta. Las caras no estaban ciertamente de fiesta: reflejaban congoja, bronca, desconcierto y a mismo tiempo un hondo sentimiento religioso.

Celebramos la Misa los curas presentes (unos 150, según mis cálculos) y luego iniciamos la procesión. Otra vez los pasillos de la villa, cada vez más pobres, intrincados y barrocos. Los sacerdotes se alternaban para llevar el cajón sobre los hombros, o un enorme crucifijo que lo precedía. Cuando llegamos a la calle Salguero pensamos que el féretro pasaría al coche fúnebre, que esperaba allí, acompañado por los coches de flores. Pero sucedió exactamente al revés: la gente sacó las coronas para llevarlas sobre los hombros y el cuerpo de Carlos siguió donde estaba.

Así fue avanzando esta extraña procesión. La llamo así porque no sabría llamarla de otra manera: era mucho más que un cortejo fúnebre y no se parecía en nada a un acto político. Recuerdo que, una vez depositados los restos en el panteón de los sacerdotes en la Recoleta, un grupo de estudiantes quiso darle un carácter político a la cosa y se quedaron solos, a la entrada del cementerio, gritando: « ¡Te vamos a vengar! » Nada tan lejano como la venganza para esa multitud que había venido cantando cantos religiosos y rezando también por los que lo habían matado.

La gente más sencilla, los testigos más directos de lo que Carlos había hecho durante diez años, sabía muy bien la significación política de su figura; y sin embargo, en el momento del reconocimiento final, veían claramente que su misión había trascendido lo político, porque era una misión religiosa desde su raíz hasta su fruto último: la muerte. Los intelectuales eran los que se equivocaban.

Alguien dijo:

- Dejen pasar a los sobrinos.

Y una voz áspera, que nosotros hubiéramos calificado de «maleducada», respondió:

- ¡Ma qué sobrinos! Para Carlos todos éramos iguales.

Pensé en el Evangelio: «Estos son mi hermano, mi hermana y mi madre». Desde el techo de una bóveda un obrero gritó con voz muy fuerte:

- ¡Venimos a despedirte, Carlos Mugica! ¡Adiós, compañero! ¡Que tu ejemplo sirva para que otros curas aprendan que no solamente hay que decir, sino que hay que hacer!

Y así, en ese momento, el fue el profeta que nos predicó la Palabra de Dios. La procesión había terminado.

19 – Parábola

Domingo 2 de junio de 1974 **PARÁBOLA** (basada en un antiguo juego de niños).

AL GRAN BONETE...

...se le ha perdido la fe en el hombre y dice que el Filósofo la tiene.

– ¿Yo, Señor?

– Sí, Señor

– No, Señor Yo tenía antes fe en el hombre; pero la he ido perdiendo con el tiempo. En una esquina de mis dudas metafísicas se me armó un bodrio tal de conceptos y tal galleta de palabras, que «no sé más quién soy», como dice el tango. Vivo preguntándome: « ¿Qué es el hombre?». No, Señor.

– Pues entonces, ¿quién la tiene?

– Don Equis, el Supercientífico.

– Al Gran Bonete se la ha perdido la fe en el hombre y dice que Don Equis, el Supercientífico, la tiene.

– ¿Yo, Señor?

– Sí, Señor.

– No, Señor. Yo sólo creo en lo computable y en lo mensurable. Mi dios es la ciencia y «si no veo no creo», como dicen que dijo no sé quién. Y en el hombre hay muchas cosas que no se pueden verificar, ni computar ni medir y ojos que no ven corazón que no siente. Yo no la tengo. No, Señor

– Pues entonces, ¿quién la tiene?

– -Míster Dólar, el Economista.

– Al Gran Bonete se le ha perdido la fe en el hombre y dice que Míster Dólar, el Economista, la tiene.

– ¿Yo, Señor?

– Sí, Señor.

– No, Señor. Tanto tienes, tanto vales. Tanto produces, tanto vales. Tanto consumes, tanto vales. Todo hombre es mi peón y/o mi cliente o «la competencia». Creo en mi Padre Dólar todopoderoso y en la Madre Bolsa de Valores. Amén. ¿Fe en el hombre? No; no la tengo. No, Señor

– Pues entonces, ¿quién la tiene?

– ¡Qué sé yo! Para esas cosas de fe pregúntele a Candela, el Rezador - Al Gran Bonete se le ha perdido la fe en el hombre y dice que Candela, el Rezador, la tiene.

– ¿Yo, Señor?

– Sí, Señor

– No, Señor Yo creo en el Dios Altísimo que está muy lejos de nosotros, el Juez Supremo que ha de juzgar nuestras almas. El hombre no es nada. «No somos nada», como dicen en los velorios. No valemos nada. El hombre, en cuanto cuerpo, es polvo. El alma hay que salvar: ¡el alma! La otra vida es la única verdadera. ¿Cómo voy a creer en el hombre? No, Señor.

– Pues entonces, ¿quién la tiene?

- *Yo no sé. Yo no sé nada. El único que tiene derecho a saber es el Gran Oficiante.*
- *Al Gran Bonete se le ha perdido la fe en el hombre y dice que el Gran Oficiante la tiene.*
- *¿Yo, Señor?*
- *Sí, Señor.*
- *Toda fe pasa necesaria e ineludiblemente por mí. Que nadie se atreva a creer en nada que yo no le haya enseñado previamente.*
- *Pero ¿la tiene o no la tiene?*
- *La Palabra sólo se hace presente a través de mi palabra. En mí, sólo en mí, reside la sabiduría y la fe en las Esencias Trascendentes.*
- *Pero la fe en el hombre, ¿la tiene?*
- *¡Pregúntele a la cocinera!*
- *Al Gran Bonete se le ha perdido la fe en el hombre y dice que Doña Ramona, la Cocinera, la tiene.*
- *¿Yo, Señor? Sí, Señor Yo creo que el Hijo de Dios se hizo hombre. Creo en el Romualdo, el padre de mis hijos, que se mata trabajando para que ellos tengan pan, y siempre dice:*

*«Gracias a Dios y a mis lomos,
que por ellos vivo y como.»*

20 – Una Misa por Perón

UNA MISA POR PERÓN (Agosto de 1974)

El miércoles de la semana pasada el Sindicato de Trabajadores de Luz y Fuerza de Mercedes hizo celebrar una Misa por el Gral. Perón. La presidió, se ofreció espontáneamente a presidirla, Mons. Tomé, nuestro Obispo, en su Sede Catedral, y concelebramos con él el Padre Arévalo y yo.

Como a mí me tocó la parte de la homilía, me pareció oportuno transcribir algunos párrafos de lo que entonces dije:

Nosotros, siempre que nos encontramos frente al misterio de la vida y frente al misterio de la muerte, sentimos una necesidad podría decirse instintiva de levantar nuestro corazón a Dios: en este caso, para pedirle por el eterno descanso del Gral. Perón y para pedirle también por nosotros; porque todo este pueblo que comenzaba a reconstruir su historia con una esperanza muy clara y con un proyecto histórico que le permite avanzar hacia la liberación, se siente así como probado por la mano de Dios y se siente, además, con la necesidad de estrechar sus filas para poder seguir en este camino comenzado y para poder llegar poco a poco (tender, por lo menos, con todas sus fuerzas) a ser un pueblo en el que todos podamos ser verdaderamente libres y verdaderamente hermanos, un pueblo donde reine la justicia, un pueblo que viva en la verdadera paz.

— . -- .--

Es importante que, junto con este sentimiento de dolor que compartimos, compartamos también la esperanza y la decisión de llegar a ser verdaderamente un pueblo. Porque sabemos que, desde que Jesucristo pisó nuestra tierra, se hizo uno de nosotros, siendo Hijo de Dios, esta promesa de la liberación de los oprimidos, como El mismo lo dice, «se ha cumplido hoy». Se ha cumplido, sí. Y de alguna manera podemos decirlo también de nuestro país, desde que nuestro pueblo pudo expresar su voluntad, empezar a ser el dueño de su propio destino. Pero este no es, ciertamente, un don ya acabado, sino una tarea que nos queda por realizar, una tarea que recién comenzamos y en la que es necesario que cada uno de nosotros ponga toda su fe, su esperanza, y toda su voluntad también: su voluntad de servicio.

—

A mí me parece que cuando cada uno de los Delegados aquí presentes y que han intervenido en esta Asamblea Extraordinaria, aceptó su designación como Delegado, tiene que haberla aceptado como una tarea, como una responsabilidad, como un sacrificio: no para beneficio propio, sino para beneficio de los demás. Evidentemente, el Señor Dios se manifiesta siempre a través de los hombres. Y nosotros encontramos en el Gral. Perón alguien que dio ejemplo de esto: aún a pesar de su salud y de su edad, sin embargo, requerido por el pueblo, Perón asume esa responsabilidad e incluso reconoce sus anteriores errores y llama a la conciliación y trata de aunar las voluntades de los argentinos. ¿Qué beneficio personal podía traerle esto? Lo que le importaba era el beneficio de los demás. En ese sentido debemos imitarlo nosotros ahora. Al asumir nuestros cargos, cada uno su cargo - yo el mío, de sacerdote, Uds. su cargo sindical - debemos pensar si cada uno lo hace buscando verdaderamente el bien de su pueblo.

—

¿Para qué querríamos nosotros un país que tuviese acumulados millones de divisas, si nouviéramos en el pueblo justicia, igualdad, la verdadera fraternidad de los hijos de Dios?

Es necesario que nosotros ahora realicemos la función que ese cuerpo - nuestro pueblo - nos pide. Y en este momento yo quisiera, simplemente, ayudarles a reflexionar sobre esta misión que tenemos con todo nuestro país, para con todo nuestro continente; y particularmente para con los que forman la gran mayoría de nuestro continente, que son los más débiles, los más pobres, los más desposeídos, los trabajadores: todos los trabajadores.

21 – El Cura Loco y Doña Silveria

Sábado 16 de agosto de 1974

EL CURA LOCO

Mis amigos están preocupados: se ha detectado en Mercedes la presencia de un cura loco. Y anda suelto. Cuando se disfraza de pobre anda en bicicleta; pero a veces se disfraza de profesor - corbata, chaleco y todo lo demás - y entonces toma un taxi o se hace llevar en coche por algún amigo oligarca.

No es mucha la gente que lo conoce ni es un personaje importante (aunque dicen las malas lenguas que le gustaría serlo y por eso trata de promocionarse a toda costa). Pero su fantasma vaga a veces por las confiterías bailables y hace que algunos jóvenes, en lugar de divertirse, se pongan a discutir sobre lo que a él se le antoja hacer o decir; en otras oportunidades se mete en las reuniones de grupos cristianos para que lo abominen; o deambula por los pasillos de los tribunales suscitando polémicas: una vez habló del «palacio de las injusticias» y ¡para que te cuento!

Es un cura loco y demagogo: ¡dijo, en un sermón, que la Exposición Rural era el Templo de la Oligarquía Terrateniente Argentina! Y en una Misa que le encargaron del Colegio Nacional, hace unos años, ¿no va y les dice a los alumnos que tenían que ser rebeldes? ¡Cuando no se le da por tirarse en contra de los honorables señores del Country Club!

Cuentan que una vez estaba en una peña folklórica, hecha a beneficio de unos obreros que se habían quedado sin fábrica; se subió al escenario con una guitarra (porque es un guitarrero en el peor sentido de la palabra) y una tremenda mancha de grasa en el pantalón. No tuvo mejor idea que disculparse así: «Me manché con la grasa de una empanada; no pierdo la esperanza de que los curas nos manchemos algún día con la grasa de nuestro pueblo».

De-ma-go-go. Demagogo y politiquero. Ha andado por ahí bendiciendo Unidades Básicas y cantando la Marchita abrazado al negraje. Pero lo más escandaloso son los casamientos. ¡Como el del sábado pasado! Resulta que se casaba una pareja de militantes políticos amigos de él; parece que tanto el cura como los novios estaban de alpargatas; que el cura no consagró el vino; y el colmo de los colmos: un muchacho habló después del Evangelio (¿o era después de la primera lectura?) e hizo un juramento en nombre de los Montoneros (0 es que el muchacho habló «en nombre de los compañeros y amigos »?). Bueno: no importa; de ese cura se puede esperar cualquier cosa. Y si la gente lo dice debe ser cierto.

En realidad se trata, según otros, de un maniático religioso que anda siempre con la Biblia bajo el brazo, citando constantemente al Concilio, Medellín y San Miguel, hablando y hablando del culto, de los Sacramentos, de San Cayetano y otras yerbas. Se ha hecho en la casa una capilla con durmientes de ferrocarril y celebra allí unas ceremonias raras con un grupito de maniáticos como él.

— —

Lo peor del caso es que ese cura se llama exactamente igual que yo, y yo tengo que aguantarlo todos los días.

Tres veces rogué al Señor, como San Pablo: «Señor, líbrame de este cura loco que me complica la existencia».

Y cuando yo creía que me iba a responder solemnemente como a Pablo: «Te basta mi gracia», el Padre Eterno me guiñó un ojo y me dijo: « ¡No lo tomes demasiado en serio! »

— —

Hacía un tiempo yo había ido al Monasterio Benedictino de Los Toldos, a hacer unos días de retiro. Le había contado a Pedro Alurralde las cosas que me pasaban. Aquel sabio monje me escuchó con infinita paciencia, y al final me dijo algo así: “Está bien que sigas luchando...Pero no te tomes demasiado en serio”. Confieso que la expresión no me cayó demasiado bien en ese momento. Pero indudablemente me quedó grabada. Por eso, cuando creí llegado el momento de escribir algo en mi propia defensa, recordé esas palabras.

La nota estaba cargada de ironía. Demasiado, me parece ahora, al releerla. Y pasó algo inesperado: ese sábado yo estaba durmiendo la siesta cuando llegó Mario Fernández, el albañil, el hijo de Doña Silveria, muy preocupado.

- ¿Qué pasa, Mario?
- ¿Vio lo que apareció hoy en el diario, en contra suyo?
- ¿Qué cosa? ¡Uy! ¡No me digas que eso del cura loco!
- ¡Sí, eso!
- ¡Lo escribí yo, Mario!
- ¡¿Cómo?!

En la villa - Villa Evita - todos me conocían como el Padre Juan; pero nadie sabía mi apellido. Nunca compraban ni leían el diario, además. Yo nunca pensaba en ellos como lectores cuando escribía un artículo. Esta vez, alguien «del centro» lo leyó y lo llevó al barrio. Creyeron que lo había escrito el cura que estaba yendo a la capilla San Vicente, muy cercana a la villa, y que también se llamaba Juan: Juan Carlos.

Menos mal que pudimos aclararlo a tiempo con Mario. De lo contrario, al pobre colega se le hubiera armado un lío terrible sin que él supiera de qué se trataba. De rodillas le tuve que pedir perdón a Doña Silveria por la confusión que había creado con mi inocente nota.

DOÑA SILVERIA FERNÁNDEZ (Milonga -1974)

Voy a tirarle una flor,
Doña Silveria Fernández:
esa cha queña de ley,
la que anduvo en el obraje.
revoleando el hacha, ahijuna,
con el Justo, los gurises y el coraje.

Yo que soy de acá nomás, de los pagos del
durazno,
quiero pronunciar su nombre
pa' ennoblecerme los labios,
y gritarlo como un canto
a la vida, al cariño y al trabajo.

**Déjeme cantarle así,
Doña Silveria Fernández.
Siga cumpliendo nomás
con el oficio de madre:
usté que no se echa atrás
cuando se enoja el patrón,
y seguirá trabajando,
rezando, pariendo la liberación.**

22 – Experiencia de cárcel

El comisario Vasallo, director de la cárcel de Mercedes, era un tipo...humano y considerado. Parece que el haberlo sido con nosotros, los presos políticos, le costó el puesto posteriormente. Lo mismo le pasó a «Pino» Francescutti, el cura capellán, que verdaderamente se jugó por nosotros. Vasallo dispuso que yo compartiera la celda con Horacio y Martín, mis dos amigos, y «Pino» se preocupó para que yo pudiera celebrar Misa todas las tardes, en la celda, para lo cual traía y llevaba cada día las cosas necesarias...además de las cartas y mensajes que nos llevaba y nos traía. Después lo sacaron por haber colaborado con los «Montoneros». ¡Pobre «Pino»!: ¡Nada que ver!...

Los 25 prisioneros, por otro lado, éramos de distinto signo ideológico: había sindicalistas derechosos, peronistas moderados, peronistas de izquierda y cuatro comunistas. Estos cuatro estaban juntos, en la celda contigua a la nuestra. Eran los únicos que no iban a Misa los domingos, cuando celebrábamos en la capilla: yo presidía y «Pino» predicaba.

Unos cuantos arios después, él era párroco de San José, justo en frente de la cárcel. Yo estaba de paso por Mercedes el día en que Guadalupe Asenzo, hija de un matrimonio muy amigo, cumplía 15 arios. Concelebramos la Misa de acción de gracias. «Pino» me pidió que predicara. Cuando llegamos a la sacristía me preguntó:

- ¿Te acordás de aquellos tiempos en que vos presidías y yo predicaba?

Por «aquellos tiempos», el párroco de San José era José Antonelli. Un día en que los presos políticos teníamos visitas, un guardia estaba vigilando la fila fuera de la cárcel; al verlo llegar al cura, comentó:

- Acá adentro tenemos uno de estos.

Antonelli se le acercó y le dijo:

- ¿Sabés por qué ese está acá? ¡Porque piensa! ¿Y sabés por qué vos estás aquí? ¡Porque no pensás!

Uno de los cuatro comunistas me había dedicado este poema:

De la vida sacerdotal has sacado tu experiencia: los consejos que a los pobres
en peregrina actividad has llevado
por las villas, por los barrios y ciudades.

«Es la prédica revoltosa»,
es la mano solidaria,
la palabra de consuelo.

Todo sirve al inquieto despertar.
Sin embargo, ¿has pensado si tu lucha
(nuestra lucha)
ha servido a las masas irredentas
en la búsqueda de la nueva sociedad?
Padre Juan,
pobre padre aherrojado con candado y con barrotes,
te han privado de la hermosa libertad.

Carceleros sin conciencia:
¡Si supieran que eres preso solamente

del amor hacia los tuyos,
del amor hacia tu cristo
y a toda la humanidad!

¡Si supieran que el calvario de tu vida
–es la vida de los presos, Padre Juan - terminará
–con el triunfo de la causa, nuestra causa,
por el pan, la paz y la verdad,
por lo cual estamos presos tú...yo...y todos los demás!

Julio Plácido Balboa Espineira

–15 de mayo de 1976-Cárcel de Mercedes-

Más adelante, recordando esos tiempos, yo escribiría estos versos:

El hombre se movía, daba gritos, mandaba.
Tenía miedo.
El hombre cerraba los candados,
hacía sonar las llaves.
Se cuadraba ante sus superiores, reía
sólo con sus iguales,
apuraba el paso de sus subalternos.
Tenía miedo.
Un puñado de hombres, separados del mundo,
ya no tenían hombres inferiores a ellos:
sólo iguales o sólo superiores.
Ellos obedecían, simplemente.
Levantarse, baldear,
ir al barío en las horas señaladas.
Detrás de los candados
reían
o cantaban sin levantar la voz. Rezaban o leían.
Dialogaban.

Estaban suspendidos en el tiempo. Reunidos en un solo lugar
Cual si fueran hermanos.
¿O lo eran, realmente, sin saberlo?

A veces parecían olvidar los candados. Pero a pesar de la esperanza,
ante la incertidumbre,
ellos también tenían miedo.

El Hombre vino sobre el agua,
sobre la tempestad,
y gritó a los amigos:
¡Soy yo! ¡No tengan miedo,
hombres de poca fe!

23 – Concilio de Jóvenes

En lo personal, yo había ingresado en la década de los '70 desde un ámbito pastoral novedoso y entusiastamente: el de la Casa de la Juventud. Obedientes a las pautas del Concilio Vaticano II, de Medellín ('68) y San Miguel ('69) habíamos ido descubriendo la opción por los pobres y la dimensión política de la fe, y tratamos de poner en práctica esos valores, cada vez con mayor firmeza y compromiso.

Los años '74 y '75 estuvieron, además, marcados por la inserción de nuestra comunidad en el Concilio de Jóvenes, una iniciativa surgida en Francia, alrededor de la comunidad monástica ecuménica de Taizé.

Setenta jóvenes de siete países latinoamericanos se reunieron en la Puerta de la Quebrada, en una escuela, a varios kilómetros de la ciudad de La Rioja, para los carnavales de 1974. Tuve la alegría de acompañarlos.

- ¿Qué hacés vos acá? - me dijo el «Pelado» Angelelli cuando me vió. Y yo me sentí verdaderamente feliz de que me reconociera y me saludara como un viejo amigo. Vino varias veces a vernos. ¡Qué lindo era escuchar su tonada cordobesa en medio de aquellos cerros poblados de cardones! Su conversación siempre era sencilla y poética. Parecía conocer por su nombre a cada una de las ovejas de su rebaño. Estaba dando la vida por su pueblo, en situaciones cada vez más difíciles, y no dejaba nunca de transmitir paz, alegría y esperanza.

Recuerdo su cordial abrazo con Don José Jesús Oyola, «el padre de la chaya», que había ido a darnos un recital con sus hijos. En la homilía, el obispo había citado al poeta: «Yo soy mensaje nomás».

La «chaya» es un ritmo típicamente riojano. Pero también es el nombre del carnaval por aquellos pagos. Una tarde reiniciábamos los trabajos en grupo a la sombra de los árboles; en aquel ambiente de reflexión resultó verdaderamente impactante y cómica la llegada de los que habían ido a «chayar» con los jóvenes del lugar: totalmente enharinados. Recuerdo en especial la pinta de Patricio, un muchacho habitualmente serio y circunspecto, que había ido conmigo desde Mercedes; lucía un collar de hojas y flores, porque lo habían elegido Rey de la Chaya.

En el clima de aquel encuentro, hecho de esperanza, de compromiso cristiano y de alegría, parecía empezar a encarnarse para nosotros, en rostros con nombre, apellido y procedencia, la tan deseada integración latinoamericana. Desde esa perspectiva concreta habíamos acogido con entusiasmo la «Gozosa Noticia» que un equipo intercontinental había redactado como punto de partida del Concilio de Jóvenes:

Cristo resucitado viene a animar una fiesta en la más íntimo del hombre.

Él nos prepara una primavera de la Iglesia: una Iglesia desprovista de poder, dispuesta a compartir con todos, lugar de comunión visible para toda la humanidad.

Él nos va a dar la imaginación y el coraje necesarios para abrir un camino de reconciliación.

Él va a prepararnos a dar nuestra vida para que el hombre no sea más víctima del hombre.

El lema del Concilio de Jóvenes era, como ya lo dije:

«Lucha y contemplación para llegar a ser hombres de comunión».

En agosto del '74, en Reducción, cerca de Río IV, Córdoba, participé de un encuentro de más de 150 jóvenes argentinos, acompañados por grupos de paraguayos, brasileños y uruguayos. De Brasil también vino el Obispo auxiliar de Vitória, Dom Luis Fernandes. Su presencia fue tan humilde, que casi no se notó en el conjunto. Claro que su principal actividad fue sobre todo apoyar al Equipo Coordinador. Nos sorprendió tanto su humildad como su saludo de despedida:

«Hemos vivido la Pascua: hemos vivido un momento de comunión fraternal, liberadora, en el cual ninguno se sintió oprimido por nadie. Y eso me parece que sería una muestra de esta nueva humanidad que es nuestro sueño grande, continental y mundial. Llevo de aquí una profunda certeza de que nosotros

nacimos para ser pueblos libres, fraternales, felices.»

Con gran sorpresa mía, antes de finalizar el encuentro me pidió insistentemente que en septiembre viajara a Brasil para encontrarme con él y con los Hermanos de Taizé, que tenían una fraternidad en Vitória. Habíamos conversado muy poco durante el encuentro. Pero él, como todos los verdaderos sabios, había visto y oído.

Sólo a principios de noviembre, una vez terminadas las clases en el Instituto del Profesorado, pude cumplir su deseo y mi promesa. Conservo un «diario» de aquel mi primer viaje fuera del país: una experiencia interesantísima para abrir el corazón a una vivencia latinoamericana.

24 – Diario de viaje I

Sólo algunos párrafos de mi diario de viaje:

- En el aeropuerto de Ezeiza (lunes 4 de noviembre).-

* *...Inesperadamente, gente de Mercedes: uno, cinco, dieciséis. La camioneta de Lito es una conejera. Angelito entiende que voy a volar y quiere volar conmigo. Una pequeña multitud de manos en alto me despide.*

Angelito era sordomudo. Lito y Susana Vázquez, mis grandes amigos, lo habían adoptado, con el regocijo de sus siete hijos. Cuando escribo estos recuerdos, hace un tiempo ya que Ángel, a los 28 años de edad, ha muerto a raíz de un accidente de moto. Nos ha quedado la añoranza de su cariño, de su alegría, de su vitalidad.

- En Brasil:

* *Volamos sobre el mar, luego sobre montañas y nuevamente el mar. ¡Vitória! Siento una alegría incontenible. Estoy verdaderamente emocionado. Y me acuerdo de Renata: « ¡Qué emoción! »*

* *No es para menos: ya estoy abrazando estrechamente a Dom Luis, que ha venido en su pequeño Wolks-Wagen, con Bruno, uno de los Hnos de Taizé, y Doce (Dulce), religiosa. Encontramos a otra hermana: Elsa. ¡Arriba!: donde caben cuatro caben cinco.*

- *¡Vitória es un lugar hermoso!*

- *¿Qué pasa en Argentina?*

* *- Todo esto te daré - dice Dom Luis, mostrando orgullosamente la ciudad - . Les confieso mi emoción. Rien conmigo. Es increíble. Silvia y Mario me habían dado una medalla de Ntra Sra de Lourdes para que me acompañara en el viaje. Hasta ahora, «tudu bon», Señora. (Excepto lo del taxi de la primera noche, en Río, que me cobró demás).*

* *La fraternidad de Taizé en Vitória. Bruno habla bien el castellano porque antes estuvo en Chile; pronuncia la zeta. Pascual es yankee; estuvo 13 ah' os en Taizé. Ha llegado al Brasil hace un mes; se ocupa del portugués y de las flores. Hablamos en castellano, portugués y francés mientras tomamos un café con Dom Luis. Pascual entiende bien mi descripción de la situación argentina, porque el lenguaje de la opresión es universal. «Ce n' est pas une chose unique ».*

* *Llega Miguel (el Hermano Michel Otto Bergmann, coordinador de la fraternidad y de las actividades del Concilio de Jóvenes en América Latina, a quien yo había conocido en el encuentro de La Rioja). Ha estado dando una clase sobre antropología y psiquiatría a estudiantes de medicina. Charlamos alegremente. Quita mi carta de la cartelera.*

Mientras cenamos llega Tiago («o galego», porque es rubio). Dom Luis y Michel hacen el calenditinerario de mi estadía. Buenas perspectivas. Dejemos lugar a la Providencia.

- *Você é muito importante - me dice Tiago, con picardía.*

- *¡Amizade! - respondo en mi portugués básico.*

* *A la mañana siguiente, después de bajar a la pequeña capilla de los Hermanos. Citando subo a la «baranda», me encuentro con el arzobispo: Dom Joao Batista da Mota e Arbuquerque, que es un viejito simpático, de largos cabellos blancos, vestido a la moda. Fue compañero de estudios, en Roma, de Mons. Tomé, mi obispo. ¡No parece!*

* *Por la noche participamos de la reunión de una comunidad de otro barrio: Itasibá. Miguel y yo vamos con Jair, un seminarista que vive en el obispado; llegan también Bruno y Magno, un*

mulato muy amigable, que vive con los Hermanos en Morro Santo Antonio. Preside la reunión Alberto, un cura italiano joven, muy piola. Cuando finalmente se habla de los jóvenes que se alojarían en casa de alguno de ellos cuando vengan a preparar la celebración conciliar de febrero, yo digo que los jóvenes no van a venir a ver algo perfecto, sino una comunidad que lucha para llegar a ser una comunidad cristiana. Me entienden antes de que Miguel traduzca.

** Frei Betto, el dominico del que me habló Margarita Moyano, que estuvo preso cuatro años, y Fabiano, un arquitecto de 38 años que no parece tener más de 28, que no ejerce la profesión y que estuvo un año preso, se están haciendo un «barraco» en un morro para ir a vivir allí. Vienen a buscarme a la mañana con Alberto en el coche de Dom Luis. Paola va con nosotros. En Santa Elena me someten a un interrogatorio sobre la situación argentina, los Curas del Tercer Mundo, etc.*

** Viajamos a Colatina con Dom Luis. El paisaje es hermoso: sierras, morros, cafeizales, bananeiras, poblados. Ha llovido y todavía está nublado; el clima está fresco. Una interminable serpiente ondula entre las colinas, quebrándose en 160 partes: es uno de los 45 trenes diarios que traen el «minerio» desde Minas Gerais hasta Porto Tubarao de Vitória. La elaboración del hierro se hará en Europa.*

** El objetivo central del viaje ha sido una charla del obispo auxiliar con una veintena de cursillistas. Dom Luis habla de Jesucristo: resalta su condición de hombre verdadero, concreto histórico; al hablar de su divinidad reivindica la verdadera imagen de Dios; finalmente hace ver la necesidad de valorar al hombre para entender, dentro de lo posible, el misterio de Cristo. Los cursillistas dialogan con él; se mentalizan. Inevitables comparaciones, de mi parte.*

** De ida y de vuelta conversamos sobre el Concilio de Jóvenes, sobre la pastoral de la arquidiócesis, sobre la situación del país y del continente, sobre el CELAM, del cual dice: «C'est fini, fini, fini». (7 de noviembre de 1974).*

** He traído una propuesta argentina para el Concilio de Jóvenes: que un pequeño equipo latinoamericano viaje a Taizé, pase allí varios meses para interiorizarse bien, y recorra luego América Latina. El viernes 8 lo charlamos con Miguel.*

** En la celebración eucarística de la mañana — sábado - Miguel propone el tema, tal como quedamos anoche. Yo ya lo había hablado con Dom Luis, que adhiere entusiasmado. A Magno le parece muy bien.*

** Tiago trabaja de motorista en una biblioteca rodante - en realidad, es el responsable -. Hoy está de licencia y salimos a pasear en el Wolks Wagen de Dom Luis. Paola se agrega en la Curia. Tiago dice que el tema del equipo parece programado «en la cúpula». - ¡Salió de las bases! - saltamos Paola y yo. Tiago es un tipo macanudo; de francés sólo tiene la pinta: dicen los de acá que habla sin el más mínimo acento extranjero. Se invita solo a almorzar en la Curia; a mí me había invitado la jerarquía. Siestita. Vamos a Santa Elena, al Encuentro del Consejo Pastoral. Me lleva Dom Joao. El Consejo está formado por 5 curas, 8 religiosas (sólo dos tienen hábito), 1 Hermano marista (Djalma: camisa floreada, zapatos con plataforma), 2 Hermanos de Taizé, 3 Pastores protestantes, más de 30 laicos.*

** Nos presentamos. Me aplauden por ser argentino. Todo el mundo pregunta por la situación de mi país: es un pueblo que lucha. «Yo creo que Argentina se va a liberar antes que nosotros» me dice un obrero, en una de las charlas informales. Me da envidia este Consejo Pastoral en que se habla de derechos humanos, de opresión y de liberación. Hay distintos niveles; pero la cosa está muy bien orientada. «Opción de la Iglesia por el pueblo» es el primer título de las «Pistas Pastorais».*

Varios pronuncian «Pishtas Pashtorais», remedando el acento nordestino de Dom Luis. Me resulta muy gracioso.

** En mi equipo de discusión hay una Hermana del Sacré Coeur que tiene miedo de que «a*

Igreja» se preocupe sólo de los pobres y deje el trabajo con las otras clases. Los ojos mulatos de Magno y de Marcelo se clavan en mí, sintonizando la respuesta. Pregunto si proporcionalmente la Iglesia de Vitória está más presente en las clases populares o en la clase alta. Parece que el miedo de la Hna. Maria dos Anjos es extemporáneo, porque la Iglesia de Vitória está lejos, todavía, de ser la Iglesia de los pobres. Dom Luis me dirá luego que el 80 % de los habitantes de la diócesis (900.000) pertenece a las clases populares y el 80% de la Iglesia trabaja con las clases media y alta. Admiro el esfuerzo por marchar todos juntos, aunque el avance sea más lento.

** Miguel es mi traductor en el plenario, cuando hago mi aporte: concepto de Pueblo que manejamos en Argentina (los oprimidos y los que no oprimen y tienen conciencia nacional); todo el pueblo de Dios es agente de pastoral; los caminos de liberación no debe proponerlos la Iglesia, sino buscarlos junto con el pueblo.*

** En la evaluación final, alguien enumera entre las cosas más positivas la presencia del argentino. Aplausos. Digo que doy gracias a Dios - Dom Luis traduce - y que esta es la Iglesia en que me gustaría vivir. Aplausos: ¡Fica con nosco! (Quedate con nosotros).*

** El lunes por las mañana salimos a dar un paseo con Dom Luis. Vamos al santuario de Nuestra Señora de la Peña. Le cuestiono fraternalmente su poca valoración de la religiosidad popular. Es un cuestionamiento que le hace Miguel, que es luterano. Reconoce su limitación. Promete conocer la experiencia de San Cayetano cuando vaya el año que viene a la Argentina. Lo que pasa es que ese terreno es de Dom Joao, como así también el de la liturgia, la representación oficial, lo estrictamente curial... El obispo me pide la opinión sobre el Consejo Pastoral.*

Llama la atención la llaneza de este hombre que, por otra parte, es tan fuera de serie. Me pregunta qué me parece que se puede hacer con la gente más apresurada, a quien le cuesta aceptar el ritmo de los demás. Concuerta conmigo en que lo mejor es mantener siempre el diálogo y tener paciencia, esperando que la realidad les vaya mostrando el verdadero camino.

25 – Diario de Viaje II

* El martes viene a almorzar Joao, el francés, con Angelo, un muchacho de Campo Grande. Joab y André son dos curas franceses que animan comunidades de base en los barrios y en centros rurales. Están preparando a los laicos para llevar adelante esas comunidades cuando ellos se vuelvan a Francia en el '76. Joao dice que, aunque regresaran al Brasil, irían a otro lugar, para que los laicos de aquí asuman las responsabilidades. Cree que es mejor que en cada comunidad se nombren dos reponsables, por lo menos, para evitar un nuevo tipo de clericalismo. Piensa que llegará el día en que se ordene sacerdotes a buenos padres de familia.

* Por la tarde vamos con Paola a visitar a Claudio, un muchacho de 25 años, inválido, a quien Dom Luis ha nombrado «patriarca de Aribirí»: anima y coordina varias comunidades de base, redacta «Communhaó» (órgano del Concilio de Jóvenes), contesta la correspondencia del Concilio, le enseña portugués a Pascual, canta acompañándose en guitarra.

En el bus encontramos a Terezinha -una de las tres Terezinhas que había en el Encuentro del Consejo- : es la novia de Claudio. Una chica admirable.

* El miércoles cruzamos en bote a Porto Santa Ana. El remero es un mestizo canoso que quién sabe cuántas veces habrá cruzado este tranquilo brazo de mar que rodea la isla en la que está edificada Vitória.

* Favelas entre los bananeros de cinco morros. En el «morro del medio» viven tres Hermanas del Sacré Coeur que dejaron sus colegios y se vinieron a vivir entre la gente. Tres señoras comunes. Alicia se peina mientras habla como una napolitana. Debe salir Dice que podría hacer una ONU por su cuenta, porque otros le preguntaron si era portuguesa. Marina tiene los rulos puestos. Nos cuenta cómo cerraron el gran colegio de Curitiba. Dice que es mejor alquilar que comprar, porque uno permanece más libre. La semana pasada murió Doña María, la primera vecina que conocieron, a comienzos de este año. Vino la hija casada, se hizo cargo de las dos hermanas menores, vendió el barraco en 4.000 cruzeiros, distribuyó las cosas y se fue. «La gente del pueblo es así, libre: no está atada a las cosas» dice Marina.

* Vamos al sitio donde trabajan dos religiosas, Dulce y Zezé: algo así como una Casa del niño, muy' pobre. Están en reunión con la supervisora. «Pego retratos a os meninhos », que pertenecen a familias desmembradas y miserables, según me explica Paola, que juega con ellos: la conocen porque ya estuvo antes, durante una semana. Cuando volvemos somos unos cuantos en el bote. Dulce se encuentra con sus habituales compañías. El mar está un poco menos calmo y tardamos el doble que a la ida.

* Por la tarde voy a hablar con Dom Luis y le cuento mi conversación de ayer con Joao. Dice que piensan que hay que promover nuevos ministerios, pero que la cosa no está madura para eso. Piensa que el primer paso será promover equipos de responsables. Es posible que eso se haga públicamente durante la Celebración Conciliar de febrero.

* Durante la cena Luis trata de convencerme de que venga a un encuentro que tendrán en Vitória varios obispos y teólogos que están en la línea de la teología de la liberación - entre otros, Dom Helder, Dom Frago, Leonardo Boff, Carlos Mesters- desde el 6 al 8 de enero. Lamento muchísimo que nuestra Celebración en Gaya termine precisamente el 6. Entonces me hace un itinerario posible para que vuelva en febrero.

* Frei Betto me regala la colección de Cartas desde la Prisión - las suyas y las de Ivo y Fernando -. Me reúno con un grupo de reflexión en el que, además de Betto y Fabiano, están Dulce y Zezé, Paola, Tiago, Vítor, etc. : un grupo de personas que se encontraban en todas partes, y resolvieron poner en común su preocupación por la liberación, por el pueblo. Repito mi interpretación del momento argentino y de la posición de la Iglesia. Betto explica el «negocio» del barraco que se estaban haciendo él y Fabiano y que fue destruido por la policía. Parece que ahora les dan permiso

y tienen que devolverles las maderas que les quebraron. Intervino la esposa del gobernador, y eso no les gusta mucho...

* Antes de dormir comienzo a leer algunas Cartas desde la Prisión. Las que narran, simplemente, sin mayor intento doctrinal, me conmueven. Hay dos poesías de Betto que son magníficas, y un poema de Navidad, simple y profundo, escrito por un preso común.

* Jueves. Durante la celebración de la Eucaristía canto «Jóvenes de América Latina». Está Vítor, el médico que estuvo preso varias semanas: forma parte del grupo de reflexión, junto con Lourdinha, su esposa. Ellos se pusieron en contacto con la Iglesia por Dom Luis y Dom Joao: los vinieron a ver después que Vítor estuvo preso. Participaron del encuentro de Ipuarana; como la familia tenía miedo, dijeron que iban a un congreso médico. Hallan que el Concilio de Jóvenes en Brasil no expresa suficientemente su compromiso con la realidad.

* Después de almorzar vamos con Vítor a Campo Grande. Los laicos de allí han llamado a Dom Luis a una reunión: para quejarse de que se les haya destinado el párroco a otro lugar sin haberlos consultado. El Obispo piensa que, en el caso de ellos, tienen razón; de cualquier modo, es cosa decidida. Algo se puede reparar haciendo que se reúnan con el párroco y los dos sacerdotes que van a venir para decidir juntos cuándo y cómo se hará el cambio.

* Pasamos por la fraternidad de Itasibá, en la que vive Alberto (el cura), dos jóvenes y tres monjas, en medio de un barrio pobre. Una señora le pide a Vítor un remedio y dice que pidió turno en el hospital para hacerse revisar y le dieron para diciembre. Hoy es 14 de noviembre.

* Por la noche tenemos la anunciada reunión con los jóvenes que preparan la Celebración conciliar. Algunos llegan antes, a cenar; entre ellos, Dante, cuya participación en nuestro encuentro de Goya ya está confirmada por Miguel. (En Argentina compartimos más las decisiones, indudablemente). Dante entiende bien el castellano; ha estado antes en Paraguay, según creo. Es un estudiante universitario muy listo. Trabaja. Ha sido seminarista. Es un tipo muy alegre. Quiere que lo ponga al tanto de la situación argentina, y yo repito mi rollo, que siempre tiene novedades. Con Dante es más fácil, porque está enterado e interesado profundamente. Sigue con gusto mi relato, mientras llegan otros. Pascual, el norteamericano, interviene en la conversación: no entiende por qué Perón y no otro. Compara a Perón con Hitler. Pienso que a Pascual le va a ser más difícil que a los europeos entender a los latinoamericanos.

* Bajamos a la capilla-salón de reuniones. Nos vamos apretando a medida que aumenta el número de los participantes. Claudio canta en su silla de ruedas; se acompaña con su guitarra. Le traen un colchón y se acomoda en el piso. La mayoría está sentada en el suelo. Llega también el Pe. Luque, de Campo Grande, que ha venido con Angelo. Conozco a muchos: Paulo, que habla, habla y se ríe; Clovis, que siempre parece mirar desde lejos y se muerde los bigotes; Jair, el seminarista; Marlene, que siempre ríe y pelea; Terezinha, que se sienta junto a los pies de Claudio, varias «pretinhas» del barrio... Ruth no ha venido porque hoy murió su hermano en un accidente. (Dicen que era admirable la fortaleza de la madre). Hay otros a quienes no conozco; por ejemplo, a la chica que dirige la reunión y comienza por dar el orden de los temas.

* Cuando me toca hablar a mí sobre la marcha del Concilio en Argentina, Miguel va traduciendo. Aunque no es necesario: sigo el consejo que me dio Margarita Moyano - parece que ella no lo cumplía - : despacio y claro. Les hablo también de nuestro proyecto acerca del equipo latinoamericano. Asienten. Y agradezco a Dios esta experiencia, que me permitió conocer una Iglesia que intenta avanzar unida, al servicio del pueblo. Cuando termina la reunión, todos me despiden con mucho cariño. Claudio asegura que hará traducir al portugués «Jóvenes de América Latina».

* Ultimo día de estadía de Vitória. Nos levantamos más tarde que de costumbre: hoy es feriado porque hay elecciones en Brasil. Todos esperan aquí que el MD.B. (Movimiento

Democrático Brasileño, única oposición permitida) demostrará al Gobierno el descontento del pueblo.

En el Encuentro de Reducción, Dom Luis nos había explicado la situación política brasileña diciendo: «Hay dos partidos: el partido del «Sí» y el partido del... » ¡ Sí, Señor! »

Hoy me trae una caja de «garotos» (unos bombones deliciosos). Dice que coma uno por semana y que cuando los termine es señal de que debo volver Miguel añade que sería bueno que yo viniese para preparar la Celebración de febrero y que, de ser posible, debería venir con algún joven de base. Convenimos en que es un poco difícil, pero veremos.

** Mientras preparan la comida grabo varias canciones, a pedido de Tiago. Miguel dice que es una pena que no haya cantado antes. Tiago me regala la «piedra blanca de Taizé» y Miguel, dos reproducciones de los vitrales: el cordero y la paloma. Como aperitivo tomamos una «cachaça», muy rica, y para el almuerzo tenemos cerveza. La conversación es muy animada: no podía ser de otra manera - y no por la cachaça y la cerveza - sino por la calidad de las personas reunidas. Tiago dice que voy a dejar «muchas saudades» aquí; le respondo que las saudades las voy a tener yo.*

26 - Diario de viaje III

Y fue así nomás. Han pasado muchos años y conservo un cálido recuerdo de aquellos encuentros, de aquellas conversaciones, de aquellos sueños compartidos.

De Vitória volé a Río de Janeiro y de Río a Asunción del Paraguay. En la primera ciudad me alojé en la casa provincial de las Misioneras de Cristo Crucificado, como a la ida.

** Conversamos con María Amelia, que pertenecía a otra congregación, de la que la echaron. Me cuenta que sigue trabajando en el mismo barrio en el que trabajaba antes, cuando vestía hábito, a pesar de que las otras monjas se opusieron. El párroco les dijo: Ustedes la echaron; si quieren mandar sobre ella, admítanla en la congregación. Por otra parte, en mi parroquia mando yo. Amelia habla con apasionamiento y dice que ahora su vocación es más fuerte que nunca. Se queja de los curas de sacristía y de las monjas ovejas que dicen amén, amén.*

** Marcelo, el de Vitória, está en Río. Le hablo por teléfono y viene a verme un momento. Me invita a ir al cine con sus amigos, pero rehúso, porque mañana debo estar temprano en el aeropuerto. Dice que me quede en Vitória.*

- Amelia: ¡No! El debe «libertar» a su pueblo.

- Marcelo: Pero en Argentina hay estado de sitio y amenazas de muerte.

- Amelia: Jesucristo nos liberó muriendo en la Cruz.

** Duermo en la sacristía porque han venido muchas hermanas: algunas para votar, otras para una reunión de mañana. Vitalina se ríe porque esta noche voy a ser un cura de sacristía.*

** Por la mañana me sirve el desayuno y me despido muy agradecido. Vamos juntos con María Amelia hasta la esquina: ella entra temprano a trabajar, «a ganarse la vida con su trabajo».*

** El turbo-hélice despegó a las 8,15. Llegó a Sao Paulo a las 9,07. El turbo para Asunción del Paraguay recién despegó a las 12,04.*

** En Asunción llego a la casa de Angélica y las demás Hermanas: una «comunidad de vida evangélica» que los curas y monjas canadienses han tratado de hacer surgir, con muy buen criterio, en lugar de hacer un trasplante más. Me alojo en la casa parroquial de San Cristóbal, donde viven 5 canadienses que se ocupan de distintos barrios periféricos.*

Como el P. Ignacio Parra, el delegado diocesano de Pastoral Juvenil, no va estar libre hasta el lunes a la mañana - hoy es sábado - decido llegarme hasta Coronel Oviedo, a 140 km. de Asunción.

** El trayecto es hermoso: cerros, colinas, vegetación, Ipacaráí, Caacupé... pero muy largo. Un viejo campesino que viaja a mi lado me explica lo que vamos viendo, en un castellano con tan fuerte acento guaraní que debo hacer un esfuerzo para entenderlo. Pero el cariño lo suple todo. Llego de noche a la Escuela Agrícola «Santa María», de los salesianos.*

De mi brevísima estadía - un día escaso - recuerdo en especial mis diálogos con Daniel, un seminarista que estaba haciendo sus dos años de magisterio, y mi encuentro con una comunidad rural.

** Daniel enseña castellano con el método de Paulo Freire (Educación Liberadora). Ya que no pueden cambiar ese proyecto rural desarrollista, hay varios salesianos que están tratando de aprovecharlo para concientizar a los campesinos. En el diálogo, Daniel analiza la situación paraguaya y critica a su congregación con mucha sensatez. Me dice que hace poco tiempo ha pasado al estado laical un jesuita a quien él aprecia mucho por haber sido uno de sus mejores profesores en la universidad. Daniel se siente cuestionado. Le digo que debemos asumir las contradicciones de la Iglesia si no queremos dejar la institución en manos de los reaccionarios; nos toca también aceptar nuestra tarea de ser signos de contradicción según el*

Evangelio. La contradicción marxista y la contradicción evangélica no son lo mismo, aunque a veces puedan tener ciertas coincidencias. Daniel me agradece la conversación; yo le agradezco a él.

** Después del almuerzo y una brevísima siesta vamos al Encuentro de la Comunidad de Santa María, a pocos kilómetros de la escuela. Al llegar, el P Almonte le dice a una chica: «Aquí el P Juan viene especialmente desde Argentina para invitarte a un encuentro en Goya».*

La cosa tiene sentido porque Mabel había sido elegida por la comunidad para representarla en el fallido encuentro del mes de julio, en Goya (del Concilio de Jóvenes). Con ese motivo había empezado a existir civilmente: se anotó en el registro de las personas y sacó sus documentos. Viajó a Asunción, por primera vez, y se volvió.

** La reunión es un rancho que, como la mayoría, tiene una enramada grande en la parte delantera. Poco a poco va llegando la gente. A pesar de que están prohibidas las reuniones, con el pretexto de que va a pasar Stroessner, no se sabe cuándo, se juntan más de cuarenta adultos, más de treinta jóvenes y unos quince pibes. Llegan mujeres de distintos colores, según el paraguas-sombrilla que trae cada una.*

** El P. Agüero habla en guaraní sobre el Año Santo. Escribe en un pizarrón. Tres o cuatro tornan apuntes. Conversión, reconciliación, Obispo cuera, chamigo cuera, cuñataí cuera («cuera» es el plural). Cantan diversos ritmos, muy bien, a dos voces, y casi siempre en guaraní, con una mezcla de castellano que tiene un nombre especial (en guaraní, por supuesto).*

El cura lee y comenta en guaraní la parábola del Padre Misericordioso y propone que se dividan en grupos. Un muchacho toma la palabra, responde una señora, intervienen varios.

Se reúnen los adultos bajo la enramada, con Almonte, y los jóvenes bajo los árboles, con Agüero. Me quedo bajo la enramada. Hay algunas mujeres descalzas - pocas -. Sigo el tema por las palabras castellanas que mezclan. Es impresionante oírlos hablar de cómo realizar la conversión y la reconciliación en lo personal, en la familia y en la comunidad. Un hombre joven dice algo de lo que sólo entiendo «mía familia», mientras señala a su mujer y a su hijo. Lloro. Los demás se preocupan por él. El dueño de casa se le acerca: es un anciano nobilísimo, que es escuchado con mucho respeto y hace cuestionamientos profundos.

Me despido en castellano; el coordinador me traduce. Digo que los felicito por hacerse responsables de la Palabra de Dios y los exhorto a que participen todos. El coordinador dice que esto también es palabra de Dios.

27 – Diario de viaje IV

* Pablo, uno de los curas canadienses de Asunción, dice en la homilía: « Hoy apareció en el A.B.C. que 1.000 campesinos deben dejar sus tierras porque un señor las compró y las está alambrando. Y eso es injusto. »

Hay un coro y una orquesta - violín, dos guitarras criollas, bajo y órgano electrónicos -. Una hermana canadiense dirige al coro, a la orquesta y al pueblo. Ritmos paraguayos, compuestos por el violinista, un muchacho del barrio. Quizá demasiado barrocos los arreglos: les quitan algo de sabor popular Pero muy bien.

* El domingo que viene celebran las fiestas patronales: Cristo Rey.

Hoy comienzan los festejos con un Festival de los Talentos, en el mismo templo parroquial: dos coros, varios conjuntos - entre ellos una familia -, varios solistas, dos parejas de danza. Toda gente del barrio. ¡Estos paraguayos nacen cantando! Intervengo en el festival. «Martín Pescador» tiene gran éxito, sobre todo por la participación del público. En la última canción del segundo coro la gente se pone a llevar el ritmo con las palmas, dejando de lado todo formalismo; el director del coro se entusiasma y baja a batir palmas él también: nunca le había sucedido eso, según me dice luego.

* Cuatro curas canadienses, de riguroso traje y corbata, cantando una guarania en guaraní, a cuatro voces, es un espectáculo muy Raymundo y Leoncio tienen un gran conocimiento de la situación argentina. Con Leoncio descubrimos que hemos estado juntos en un encuentro de Pastoral Juvenil, en Mar del Plata: cuando vino Pafer.

* El lunes por la mañana me reúno con Nacho Parra, el cura delegado arquidiocesano de Pastoral Juvenil, con Fanny y con Fuensanta, la monja española que estuvo en el encuentro de Reducción. Nacho me impresiona muy bien. Cuando discutimos la circular que proyectamos con Miguel en Brasil, dice que no hay que afirmar que la Iglesia Latinoamericana ha optado por el pueblo, sino que eso es lo que dicen los documentos y que es tarea de todos llevarlo a cabo. Tomamos uno de los destartalados colectivos de Asunción. Nacho se baja junto a la residencia presidencial, para ir al Seminario, donde vive. Fuensanta me acompaña hasta lo de Oscar Pompa, un universitario con quien charlo sobre el Concilio de Jóvenes mientras almorzarnos y en la sobremesa. «Óscar» (como se pronuncia aquí) hará lo posible por participar del Encuentro de Goya.

* Me acompaña a ver al P. Bienvenido (Nido) Maciel, que vive a una cuadra, en el colegio salesiano. Me encuentro con Agüero. Me cuenta que la reunión de la comunidad rural terminó con la Misa, a la hora de la puesta del sol, porque después resulta peligroso por las posibles represalias.

* Nos reunimos con Angélica, Óscar y Nido. Luego Angélica deja de hacer sus compras para acompañarme a conocer el centro de Asunción. Por la noche celebramos la Misa en su comunidad. Traen una copa de vidrio, un frasco de vino, un vaso con agua, un corporal, unas hostias, un misalito, una Biblia. - ¿Necesita algo más?

Afuera, un parlante hace oír un poderoso chamamé y otros ritmos. Comentamos el Evangelio de Juan: «Están en el mundo pero no son del mundo».

* Después les grabo algunas canciones mientras tomamos jugo de naranja. Me acompañan dos cuadras.- «Esto es algo todavía muy frágil» - me había dicho Raymundo. Tiene razón: toda esperanza que nace es frágil.

* Martes por la mañana. Pablo me lleva al aeropuerto. Dice que ellos han cambiado la mentalidad con que vinieron. Ya no vendrán refuerzos del Canadá: lo importante es promover al laicado de aquí, dar origen a comunidades que no necesiten de nosotros. Paraguay es, cada vez más, un apéndice del Brasil. Cuando hay fiesta patria, la aviación brasileña viene a

sobrevolar Asunción. ¡Qué tipo macanudo este Pablo!

** Me siento a escribir este diario de viaje. Alguien se sienta a mi lado y parece leer lo que escribo. Es Óscar, que ha venido a despedirme. Retomamos el tema de ayer No entiendo cómo no aparece ningún proyecto viable para el Paraguay: en Argentina hay encontradas interpretaciones del proyecto popular, pero las hay. Aquí, según Óscar, no parece haber ninguno. El pueblo paraguayo ha sido muy diezmado por guerras y revoluciones, y por eso ahora se contenta con sobrevivir. Óscar dice que la única fuerza que se mueve en la organización del pueblo es la Iglesia; en sus comunidades de base, urbanas y rurales; porque la jerarquía está muy quedada últimamente. En esto coinciden todos los que hablaban conmigo en estos tres días. Mons. Bogarín, en Las Misiones, parece que es la excepción; Óscar piensa irse allá con otros compañeros. El propone que la Celebración conciliar se haga en esa diócesis, porque es la más comprometida.*

** Óscar es un joven en estado de cuestionamiento: cuestiona su vida, el movimiento de jornalistas al que pertenece, todos los movimientos «istas» de América Latina...*

Paola, la chica italiana que estaba en Vitória, encontró la explicación de la actitud de Oscar, que yo, como un tonto, no supe ni sospechar: Oscar era policía. ¡Otro más!

Ella debía ir a Asunción a la semana siguiente. Apenas llegó, la pusieron en contacto con Óscar, como a mí: era el referente joven por antonomasia. Hete aquí que el susodicho comenzó a cortejarla. Paola, con intuición femenina y con mucha perspicacia, pensó: «Yo no soy el tipo de mujer que le gusta a Oscar. ¿Por qué trata de conquistarme, entonces?» La razón más plausible le pareció que podía ser esta: «Oscar pertenece a los Servicios y va a tratar de sacarme toda la información posible».

Con esa hipótesis se manejó y empezó a observar todos sus movimientos y actitudes, hasta que llegó a la convicción de que su intuición se ajustaba a la verdad. Le avisó a Nacho y a los demás miembros del equipo de Pastoral Juvenil, y regresó a Vitória.

Me lo contó varios meses más tarde, cuando yo volví a Brasil. Comencé a «rebobinar» mi viaje a Asunción y a encontrarles lógica a ciertos gestos de Oscar, que en principio había atribuido a un juvenil exceso de confianza. Por ejemplo, irrumpir en el barrio, con algún pretexto, en el momento en que me sacaba la ropa para darme una ducha, antes del almuerzo; tratar de leer por encima de mi hombro lo que yo estaba escribiendo en el aeropuerto; desaparecer de mi vista apenas me despidió... Y sobre todo su obstinada preocupación por alejar al Gral. Stroessner de toda sospecha de contrabando, la principal industria del Paraguay por esos tiempos, impulsada por el Gobierno, por supuesto.

28 – Morro Santa Elena

En realidad, yo no pensaba volver a Vitoria para la celebración del Concilio de Jóvenes, que se iba a hacer ¡durante los carnavales! Cuando estuve de vuelta en Mercedes, en la Casa de la Juventud, por supuesto que tuve que relatar mi viaje con lujo de detalles. Hasta creo que hice un audiovisual con las diapositivas que había sacado.

Entre otras cosas, comenté la invitación reiterada de Dom Luis, de los Hermanos de Taizé y de los jóvenes. Yo consideraba que otro viaje a los pocos meses era irrealizable. Pero los muchachos y chicas de la Casa no estaban de acuerdo conmigo; ¡me reprendieron por mi negativa!

Y para mi cumpleaños, el 7 de enero, me regalaron el pasaje de ida y vuelta.

Así que me puse a aprender portugués: esta vez el viaje iba a ser por tierra, mi estadía iba a ser un poco más larga y, además, me iba a encontrar con jóvenes de todo Brasil. Mi sorpresa fue que mis amigos brasileños no me dejaban hablar portugués: querían aprender español escuchándome. Todo vivíamos un gran deseo de integración latinoamericana; pero no desde las cúpulas, sino desde las bases.

Unos 40 muchachos y chicas de distintas zonas del país habían llegado a la «Grande Vitória» un mes antes de la Celebración del Concilio de Jóvenes, para conocer las comunidades del lugar y preparar el encuentro. Antes de ir a los alojamientos que les habían sido designados para la última semana, se reunieron durante tres días en Morro Santa Elena, en la casa de retiros «Santa Teresinha».

Pude participar, y fue para mí una experiencia inesperada, profunda y divertida.

Los brasileños podían ser muy cuestionadores sin perder su natural alegre y bullanguero. Si bien el espíritu del Concilio era realmente ecuménico, los jóvenes que habían venido eran todos católicos. En uno de los plenarios, exigían una Iglesia menos vertical y más horizontal.

Nos sorprendió a todos la reflexión del Hno. Michel, luterano:

- Tengan cuidado con eso. Las Iglesias reformadas nacieron horizontales. Y llevan en sí mismas el germen de la división.

Los cuestionamientos, por otro lado, tenían que ver con el mismo Michel: unos cuantos pensaban que las decisiones estaban demasiado centralizadas y no eran compartidas. Me tomaron como interlocutor y - ¿la verdad? - me crearon una situación bastante difícil. Más tarde nos daríamos cuenta de que, en general, la relación de los latinoamericanos con Taizé sufría las mismas tensiones: el diálogo «bilateral» andaba bien; pero cuando intentábamos relacionarnos entre nosotros, aparecía cierta desconfianza. Podría ser comprensible, desde el punto de vista europeo: los que nos enganchábamos en la propuesta estábamos también enganchados, muchas veces, con el ideal de la liberación.

Otro de los recuerdos de aquel encuentro en Morro Santa Elena tiene que ver con el samba: ese ritmo tan típicamente brasileño. En una Misa presidida por Dom Luis, en la que solamente él no se sentaba en el suelo, habíamos acordado que cada región ofrecía algún símbolo en la presentación de las ofrendas.

Cuando les llegó el turno a los de Recife, Virginio comenzó a llevar en su bongó ese ritmo tan simple y tan contagioso del samba. Lázaro, su amigo, un «preto» gigantesco, seminarista franciscano, se levantó del suelo bailando y prosiguió su danza sagrada frente a la mesa que hacía de altar. En un determinado momento, Lázaro no movía ni los pies ni las manos ni la cabeza: simplemente vibraba. ¡Todo su cuerpo estaba en oración! Y todos nosotros, boquiabiertos. Bailando volvió a ocupar su lugar.

- ¿Dónde aprendiste a sambar, Lázaro? -le pregunté, como un tonto, al terminar la celebración.

- ¡En ninguna parte! ¡Yo nací sambando! - me respondió, con su enorme sonrisa y su luminosa bondad.

Lázaro había nacido en una favela de Bahía.

¡Ah! ¡Y lo de la cocina!: una de las paredes era la pura roca del morro, junto a la cual había una escalera, que subía hacia una puerta de salida. Terminadas las comidas, nos reuníamos allí para compartir la tarea de lavar la vajilla y los platos. Aquella noche, después de la cena, alguien empezó a

llevar el ritmo de samba golpeando la cuchara contra una olla; al momento siguiente, la percusión se generalizó.

Lázaro no pudo resistir: dejó lo que estaba haciendo, tiró las sandalias y comenzó a bailar. Un muchacho del sur se unió a la danza, y luego dos chicas más. Y, sin decir agua va, empezaron a imitar una macumba.

Los argentinos y chilenos presentes, sentados en la escalera, nos habíamos constituido en asombrados espectadores.

Finalmente apareció Bruno, el suizo, uno de los Hermanos de Taizé, delgado, sonriente detrás de sus anteojitos redondos, tocando una campanita para llamar a reunión. Todos se encolumnaron, se tomaron de la cintura y, formando un «trecito», se dirigieron sambando al salón. Bruno, con su campanita, cerraba la fila. La reunión se realizó con mucha seriedad. Así son los brasileños.

29 – Celebración en la Grande Vitória

Vila Velha, de la Grande Vitoria, había sido elegida como sede de la Celebración del Concilio de Jóvenes en Brasil. Justamente en esos días murió la madre del Pe. Luque, párroco de esa ciudad. Me pidieron que lo reemplazara el domingo, y así presidí la Misa en el templo parroquial por la mañana y en una capilla rural por la tarde. Mi falta de manejo del idioma me permitió una experiencia inolvidable: hacer y decir sólo aquello en lo que el presbítero era verdaderamente insustituible; el resto estuvo a cargo de laicos de las CEBs, tanto en la ciudad como en el campo.

En la Argentina se siguió recibiendo la comunión en la boca por muchos años más. Recuerdo todavía hoy las manos encallecidas de los obreros y los campesinos brasileños en los que yo iba depositando emocionado el Cuerpo del Señor.

Antes de la gran Celebración volvimos a reunirnos con los 40 jóvenes para evaluar la convivencia de Santa Teresinha. Aparecieron nuevamente las tensiones. Y era bueno. Pedí la palabra y hablé, en castellano, despacio y buscando las palabras que pudieran ser similares en portugués. Todos me entendieron; quizá porque hablé con el corazón.

Dije cosas muy simples: que nuestras diferencias no debían dividirnos ni frenarnos; que lo que hacíamos no lo hacíamos desde una ideología, sino desde nuestra fe común en Jesucristo muerto y resucitado; que aquellos que tenían la suerte de vivir experiencias de un compromiso social más avanzado debían tener paciencia y consideración con los que estaban comenzando un camino que todos habíamos comenzado en algún momento.

Esta última era una idea que repetía muchas veces por aquel entonces a los jóvenes. Y aún ahora me sigue pareciendo que de nada sirven las grandes intuiciones de los iluminados si ellos no saben esperar.

Lo cierto fue que, al terminar la reunión, se me acercó un muchacho y me dijo:

- Voce e verdaderamente um profeta.

Nunca antes ni después alguien me dijo cosa semejante. Pero en aquella oportunidad, ciertamente, yo había sentido que el Espíritu del Señor hablaba por mí.

Uno de aquellos días fui a visitar a Juan José, un muchacho de la Casa de la Juventud de Mercedes, que se alojaba en casa de un obrero, en un barrio bastante pobre. Estábamos conversando en el patio cuando escuchamos la melodía de «Jóvenes de América Latina» bajando del morro vecino: la silbaba un muchacho mulato, de unos 14 o 15 años. Me emocionó, realmente. Tanto como cuando, unos días después, durante la Celebración del Concilio de Jóvenes, la entonaron en portugués 10.000 integrantes de Comunidades Eclesiales de Base reunidos en un estadio, en la «Asamblea del Pueblo de Dios».

De esa Asamblea me quedaron grabadas en la memoria varias cosas: por ejemplo, la ovación que recibió a Claudio, el lisiado, que llegaba en su silla de ruedas.

No puedo rezar el Cántico de Simeón (Lc. 2,29-32) sin rememorar la figura tierna de Dom Joao, el Arzobispo, que cuando le tocó hablar comenzó diciendo «*¡Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se marche en paz, porque mis ojos han visto tu salvación* floreciendo en estas Comunidades Eclesiales de Base!...»

Esas palabras sagradas ¡sonaban tan actuales y tan veraces en labios de aquel anciano paternal y cercano a su pueblo!

Dom Luis Fernandes, por su parte, estaba exultante: en esa oportunidad se reconocía por primera vez públicamente el ministerio laical de los animadores de las Comunidades; con ellos me tocó compartir el «palanque» levantado en el campo de juego, frente a la tribuna cubierta. Hubo un político oficialista que se había autoinvitado a ese mismo lugar. Yo pensé: «Si se queda, yo me voy». Este hombre y su acompañante saludaron uno a uno a todos los que estábamos allí, con la esperanza evidente de que alguien les dijera: «Quédense». Pero nadie se lo dijo. Finalmente, se dirigió de nuevo al arzobispo:

- Ate logo, Dom Joao.

- ¡Ate logo, ate logo! - fueron las amables palabras de despedida.

Fueron verdaderamente enriquecedores aquellos días de encuentro con 1.500 jóvenes de todo el Brasil:

- Yo soy de Bahia.

- Yo soy de Sao Paulo.

- Yo vivo en Brasilia. (Por entonces nadie decía: «Yo soy de Brasilia»).

Nos reuníamos en «grupos e grupinhos». En uno de los «grupinhos» nos mandaron a conversar en «binas»; me tocó con un muchacho del Sur, que entendía bien mi castellano. Pero, como él tenía un concepto muy peyorativo de la religiosidad popular, nos pusimos a discutir. ¡Y me encontré, de pronto, hablando corrientemente en portugués!

Un amigo y compadre mío, Néstor Busso, dice que cuando yo soy un poco malo soy un poco mejor. ¡Contradicciones que tiene uno!

30 – De Mercedes a Sierra Chica

Eduardo Parra era integrante del «Los Jaivas», un conjunto chileno de proyección folklórica que se había venido a la Argentina cuando empezó la dictadura de Pinochet. Pero él estaba preso solamente porque su nombre y apellido coincidían con el de un tipo al que buscaba la dictadura cívico-militar argentina: el resto del grupo estaba en libertad y en buena relación con el consulado chileno, que se ocupó del asunto y después de unos cuantos meses logró su libertad.

Eduardo era flaco y largo, como su país. Su cabellera y su barba, por supuesto, pasaron al recuerdo mientras estuvo preso. Lo queríamos todos. Escribió un poema en el que, con mucha perspicacia, iba describiendo a los habitantes de cada una de las celdas; fue algo verdaderamente divertido, dentro de aquella situación tan especial que vivíamos.

Tenía una particular preocupación por conocer el Nuevo Testamento - no era el único - y especialmente el Evangelio de Juan. Un día estábamos haciendo cola para el inodoro, y él me preguntaba cómo se podía conocer mejor a la comunidad que había escrito aquellas vivencias y enseñanzas de Jesús. Después de ponderar su intuición (sobre el tema se ha escrito... bibliotecas, desde Bultmann en adelante), lo remití a la lectura de los Hechos y Cartas de los Apóstoles.

- Juan: vos ni en el baño dejás de hablar de Jesucristo - me dijo Horacio cuando volví a la celda: él nos escuchaba desde el inodoro -.

La verdad es que «los cristianos» no dejábamos de hacer nuestra tarea de evangelización en la cárcel. «Pino», el capellán, estaba sorprendido: no sólo nos habíamos hecho un cancionero manuscrito para la Misa del domingo, sino que cada semana comulgaba alguien más; se iban confesando con el cura que tenían a mano.

A propósito del cancionero, me acuerdo siempre de una ocurrencia de Mario, que era ocurrente por temperamento:

- ¡Che, Juan! - me dijo un domingo, cuando íbamos en fila a la Misa que yo iba a presidir - ¡Yo no quiero vivir en la Unidad!

Aludía a uno de los cantos, tradicionales, que decía:»El Señor que nos llamó / a vivir en la unidad...» Y Mario se refería a la Unidad Carcelaria.

Los días de visita me presentaban a sus hijos para que los bendijera, me presentaban a sus madres y a sus mujeres, ¡que me agradecían que estuviera preso con ellos!

El 29 de junio del '96 los 25 presos políticos supimos que nos trasladaban a un penal. ¿Adónde? No se sabía. Cada cual debía llevar su plato, su jarro, sus frazadas...

Horacio, mi compañero de celda, sufría del corazón. La inesperada noticia le produjo una descompensación muy seria. Hubo que retrasar la partida. Llamaron a su médico particular y al médico de la cárcel.

A los dos los conocía yo desde muy jóvenes. Uno de ellos me dijo:

- Juan; una pregunta: ¿En qué pensás?

- En nada: ¡Rezo!

Estábamos todos muy tensos. La noche avanzaba. El Jefe de la Unidad en persona vino a la celda. Después de interesarse por el estado del enfermo, dijo:

- Los va a trasladar personal del Servicio Penitenciario. No sé si eso los tranquiliza...

¡Vaya si nos tranquilizaba! En esos días no era raro que el Ejército fusilara a campo abierto, durante la noche, en supuestos traslados y supuestas fugas de los detenidos. El Comisario Vasallo sabía de qué estaba hablando. Nosotros también.

Mientras decidían qué iban a hacer con Horacio - que se quedó en Mercedes y fue puesto en libertad un mes después - , nos juntaron a todos los otros en una celda grande. El oficial que nos acompañaba empezó a dialogar con nosotros, en tono amigable y campechano. Y así, como por curiosidad, comenzó a preguntarle a cada uno el motivo de su detención. Y cada cual contó lo suyo. Si la versión era verdadera o no, ¡averígüelo Vargas!

Yo no decía nada. Quedé para el final. Y lo que pasó fue un acto de amor que no olvidaré jamás: todos se pusieron a hablar de cualquier cosa; desviaron la conversación de tal manera, que el oficial no pudo preguntarme nada. Me sentí afectuosamente protegido por aquella tácita conjura.

31 – Semana Santa

Antes de continuar con la narración de aquella noche y de los días siguientes, voy a volver unos pasos hacia atrás, hacia las líneas que escribía un año antes de caer preso, que forman parte del camino que terminó detrás de las rejas para mí: el que elige el inconformismo (o mejor, el que es elegido por el Señor para ser la voz de una denuncia profética que no se puede callar) tiene que atenerse a las consecuencias o renunciar a sus valores y a la misión que le ha sido confiada.

Domingo 16 de marzo de 1975.

LA SEMANA DEL TURISMO

Uruguay es un país con una vieja tradición «laicista y anticlerical». En Uruguay la Semana Santa se llama «Semana del Turismo». Me parece una contradicción. Si yo fuera gobierno en Uruguay (que no me escuchen las Fuerzas Conjuntas) suprimiría directamente la Semana Santa: la haría una semana de trabajo más; no aprovecharía un feriado religioso para darle un sentido totalmente distinto.

En Argentina hay una religiosidad mucho más arraigada en el pueblo. Pero para mucha gente - los que pueden, por supuesto - la Semana Santa es también semana del turismo. Lo comprendo en los que no comparten nuestra fe cristiana. Con respecto a los que nos decimos cristianos, no quiero convertirme en juez de nadie. No quiero decir que el que se va a pasear a Tandil o a Salta y «de paso» participa allá de los cultos religiosos, por eso es un mal cristiano. Sería injusto que lo dijera.

Pero eso no impide que diga, por lo bajo, sin ofender a nadie si es posible, que el sentido de la Semana Santa para los cristianos es otro; es tiempo de celebrar, en el seno de la comunidad en la que vivimos habitualmente, el Misterio de la Muerte y de la Vida, el Misterio de la Pascua de Cristo, que no sólo se realizó una vez, sino que se perpetúa en la historia de la humanidad, en la historia de nuestro pueblo concreto y en la historia de cada uno de nosotros.

Celebrar la Semana Santa sólo en la intimidad de nuestra persona y de nuestra familia sería esterilizarla. Cristo sigue sufriendo y muriendo en los hombres, mujeres y niños que sufren y mueren en la explotación, en la marginación, en la injusticia, en los pueblos a quienes se les impide ser dueños de su propio destino. Cristo resucita en toda búsqueda auténtica de liberación, de justicia, de igualdad de posibilidades para todos los hombres y para todos los pueblos.

La Pascua de Cristo es un acontecimiento público y actual; el que no se esfuerza por realizarla en dimensiones de pueblo, es inútil que se refugie en los ritos; el que viva con profundidad los ritos, oírán en los más hondo de su ser el mandato de Cristo: «Vayan a evangelizar a los pueblos».

Otro extremo, pero ciertamente para una minoría comprometida, es la tentación de darle al Misterio Pascual una dimensión tan exclusivamente colectiva, que olvide lo personal; tan exclusivamente histórica, que olvide lo trascendente o lo vaya postergando siempre. Cristo también muere en mí por mis egoísmos, mis mezquindades, por las injusticias que yo mismo cometo. Cristo resucita en mí cuando siento la necesidad de ser perdonado, cuando lucho por salir de mí mismo, por renunciar a mis privilegios a costa de los demás, cuando celebro junto con mis hermanos en la fe.

La Pascua es un acontecimiento religioso y hay que celebrarlo como tal. He visto jóvenes que han aprovechado los días de la Semana Santa para trabajos comunitarios y verdaderamente fatigosos. Está muy bien: es mucho más generoso que irse a «Mardel» a patinarse unos pesos en el casino. Es un gesto verdaderamente cristiano. Pero eso no puede impedir celebrar religiosamente la Pascua del Señor, si el compromiso con los hermanos parte verdaderamente de la fe.

En estos dos últimos párrafos, evidentemente, yo sangraba por la herida: eran varios los

muchachos y chicas de la Casa de la Juventud que habían partido de un compromiso de fe hacia un compromiso político y no habían sabido vivirlo como un compromiso único. Como se trataba de estudiantes, me quedó desde entonces la pregunta: ¿Será que la clase media no puede superar el dualismo?

La Pascua quiere decir que hemos pasado de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, porque Cristo Resucitado es el Hombre Nuevo para que nosotros también lleguemos a ser ese Hombre Nuevo:

- Hijo de Dios
- Hermano (ni dueño ni siervo) de los demás hombres.
- Señor (no esclavo) de las cosas.-

Domingo 23 de marzo de 1975.

VIERNES SANTO, BACALAO.

- A pesar del Padre Juan, nosotros nos vamos a ir a Tandil a pasar Semana Santa - les dijeron a unos amigos míos hace unos días - ...porque el Padre tiene razón, pero escribe por resentimiento.

A lo primero no tengo nada que decir A lo segundo, sí: ¡Gracias a la Vida, que me ha dado tanto! Por más que analice, no encuentro en mí motivos para estar resentido. Hay gente, sin embargo, que tiene sobrados motivos. Y de eso todos somos responsables. Pero de cualquier manera, el resentimiento hace mal al hígado.

Lo que quiero decir en esta oportunidad es una vieja serenata: me parece una barbaridad darse un atracón de bacalao o de cualquier otra especie marina el Viernes Santo. ¿Alguien puede pensar que a los ojos de Dios hay diferencia entre un banquete de pescado con vino blanco y un asado de ternera con vino tinto?

- No, por supuesto: ¡es simplemente para conservar una tradición! La abuela dice que en Italia...

- La tradición es una cosa sagrada cuando es verdadera, cuando de una generación a otra se van transmitiendo los auténticos valores, cuando se va transmitiendo la Fe, que se expresa en formas permanentemente nuevas. Así sucede con el cristianismo hace veinte siglos. Pero cuando sólo se transmiten costumbres vacías de contenido, ¿para qué?

La verdadera tradición cristiana, en este sentido, es la del ayuno: la de una penitencia corporal en la que reconocemos ante Dios y ante los demás nuestra condición de pecadores y nos privamos de algo para compartirlo con nuestros hermanos más necesitados.

En la Cuaresma de 1966, Pablo VI escribió una carta en la que facultaba a las Conferencias Episcopales a cambiar el ayuno por otras formas de penitencia, de acuerdo con las exigencias de nuestro tiempo.

Y sugería: «Así, donde haya un mayor bienestar económico, es necesario dar testimonio de abnegación, para que los cristianos no sigan la corriente del mundo en que vivimos, y al mismo tiempo es necesario dar testimonio de caridad para con los hermanos que sufren pobreza y hambre».

Y al comenzar la cuaresma de este año decía:

«Este Año Santo, dedicado a la reconciliación, es un desafío a cada uno en todo lo que implica dicha reconciliación: dar y compartir con la familia humana. Si cada uno procura que sus hermanos y hermanas entren en su propia vida, si comparte con ellos sus bienes, y no sólo las sobras, habrá superado los obstáculos que se oponen a la reconciliación y habrá logrado renovarse a través de un real desprendimiento». (El subrayado es mío, por supuesto). «Esto es lo

que les pido al comenzar la cuaresma: una auténtica solidaridad, una solidaridad concreta con los pobres de Cristo. Se lo pido en nombre de Jesús ».

Le sugiero que tome la Biblia y lea el capítulo 58 de Isaías, el Profeta:

¿No saben cuál es el ayuno que me agrada?

Romper las cadenas injustas,
desatar las amarras del yugo,
dejar libres a los oprimidos,
y romper toda clase de yugo.

Compartirás tu pan con el hambriento,
los pobres sin techo entrarán a tu casa
vestirás al que veas desnudo
y no volverás la espalda a tu hermano.

...Si en tu casa no hay más gente explotada,
si apartas el gesto amenazante y las palabras perversas;
si das al hambriento lo que deseas para ti
y sacias al hombre oprimido,
brillará tu luz en las tinieblas
y tu oscuridad se volverá como la claridad del mediodía.

Viernes Santo, ¿bacalao?

32 – Carlos Mugica: un año ya

Domingo 18 de mayo de 1975.-

CARLOS MUGICA: UN AÑO YA.

El 11 de mayo del año pasado lo balearon al Padre Mugica a la salida de Misa. «Ahora más que nunca debemos estar junto al pueblo» dijo. Al rato murió. ¿Cuántos otros murieron durante este año?

Yo no quiero decir palabras y «rendir un homenaje» a Carlos Mugica para quedarnos con la conciencia tranquila. Quisiera que la memoria de su muerte nos empuje a transformar nuestra vida. Creo que no nos sería lícito a nosotros, privilegiados habitantes de la pampa húmeda, quedarnos sólo con lamentar tantas muertes, quejándonos del desabastecimiento y del costo de la vida, felicitándonos por no tener los problemas de las zonas industriales ni conocer la miseria de otras regiones del país, comiendo cuatro veces al día, haciendo régimen para adelgazar, juntando la ropa inservible para dársela a los pobres.

No sería fácil ponerse de acuerdo sobre la manera más correcta y eficaz de solidarizarnos con los más humildes; lo importante sería, sin embargo, que cada uno lo vea como verdaderamente necesario y, sin quedarse en la consideración teórica, obre consecuentemente con su modo de ver las cosas.

A mí me parece que la solidaridad no es simplemente conmiseración, ni es una ayuda circunstancial, ni una asistencia ilustrada, en la que el que asiste pone condiciones al asistido.

Yo creo que la solidaridad va por otro lado: compartir realmente la vida de los humildes, y empezar por escucharlos, comprenderlos y aprender de ellos. Personalmente, confieso que me encuentro muy lejos de esa actitud. Y eso era lo que me gustaba en Carlos Mugica, con todas las limitaciones que él mismo reconocía. Más de una vez dijo que no se iba a vivir a la villa porque no le daba el cuero. Pero sin embargo era capaz de compartir, de escuchar, de aprender de los más pobres, de cambiar de opinión - él, que era un tipo tan tenaz en sus maneras de pensar - cuando las actitudes de los humildes lo convencían de eso.

A mí me parece que hay algo mucho más necesario que preocuparse por los pobres: es «convertirse» a ellos. A la Iglesia, particularmente, creo que se le exige ser no una Iglesia «para» los pobres, sino una Iglesia «de» los pobres, una Iglesia pobre ella misma, donde los ricos tengan también lugar... cuando puedan hacer «pasar el camello por el ojo de la aguja».

«Señor, perdóname por decirles «no sólo de pan vive el hombre», y no luchar con todo para que rescaten su pan.

Señor, quiero quererlos por ellos y no por mí. Ayúdame.

Señor, sueño con morir por ellos; ayúdame a vivir para ellos.

Señor, quiero estar con ellos a la hora de la luz. Ayúdame.»

(Última parte de la oración del P Mugica: Meditación en la villa.)

« ¡Venimos a despedirte, Carlos Mugica! ¡Adiós, compañero! Que tu ejemplo sirva para que los otros curas aprendan que no solamente hay que decir, sino que hay que hacer.»

Estas palabras gritadas por un obrero desde el techo de una bóveda, en la Recoleta, son un reto constante para mí.

Domingo 13 de Junio de 1975.-

Y AHORA, ¿QUÉ?

Lo que más me preocupa en estos últimos días es el susto de la clase media. Cuando la clase media tiene que apretarse el cinturón en Serio, cuando deja el auto en el garage porque la nafta

está muy cara, cuando no compra más el diario, cuando les tiene que decir a sus hijos que no les puede costear más los estudios, sobre todo si tienen que viajar, entonces la clase media pierde el miedo y se larga a hablar en cualquier parte, en la calle, en el bar, en la oficina, sin importarle qué piensa el interlocutor

¡Cuidado! pienso yo: en un país como el nuestro eso es grave. Porque no se trata de que el desmedro de la clase media se deba al ascenso de la clase obrera. Al contrario. Uno piensa: Si esto sucede con el árbol verde, ¿qué pasará con el árbol seco? ¿qué pasa con los changarines, con los jubilados y pensionados, con los desocupados. Uno percibe en el ambiente la sensación de haber caído en un pozo, de estar en un callejón sin salida.

Prendo la radio y escucho una musiquita pegadiza; « ¡Qué lindo que es ser argentino y sentirse así! », Pienso: ser argentino es muy lindo; pero sentirse así, como nos sentimos todos ahora, ¡te la debo! Leo cualquier declaración que termina con la consabida frase «... la Argentina potencia con que todos soñamos » y me suena a falta de convicción. Ese ideal nunca me pareció acertado, porque ningún país llega a ser potencia si no es oprimiendo a otros pueblos; y me parece que los argentinos no queremos pasar de oprimidos a opresores. Pero en estos días particularmente me pregunto si alguien puede estar soñando de verdad con la Argentina potencia, cuando lo importante, para la inmensa mayoría, es cómo subsistir mañana.

Creo que quedan muy pocos que piensen que el tiempo lo soluciona todo, que al final uno se acostumbra, que gente no quiere trabajar... ¡Serán los que tienen la vaca atada! Pero sin embargo se escuchan muchas opiniones que, a mi juicio, son superficiales, se quedan en un análisis muy inmediatista de la realidad. Las posiciones son de lo más variadas. La única que me parece que queda excluida es la del optimismo ingenuo que algunos podían exhibir hasta hace un tiempo: después de lo que dijeron el Ministro de Economía y la Presidente...

Los que dicen que la solución está en que vuelvan los militares al gobierno me hacen acordar a aquellos hebreos que, ante las dificultades que encontraban en el desierto, camino hacia la tierra prometida, añoraban las ollas de Egipto y estaban dispuestos a vender su libertad por un plato de lentejas. Yo pienso que los militares sensatos descartan esa posibilidad.

Por lo visto, yo pensaba por entonces que en nuestro país quedaban militares sensatos.

Están los que atribuyen todo el problema económico a la corrupción de los funcionarios y al lucro de los intermediarios. Creo que no llegan al fondo del problema: porque si bien es cierto que la honestidad en la administración pública y la supresión de las intermediaciones innecesarias son imprescindibles para una economía sana, la cuestión está en que tenemos una economía dependiente de las empresas multinacionales y de las potencias occidentales. (Ojo, que no estoy defendiendo a las potencias orientales, sino señalando un hecho que creo que es objetivo).

Producir más, por otra parte, es algo siempre necesario. Pero va a llevar inevitablemente al enriquecimiento de unos pocos y al empobrecimiento de la mayoría, si no hay a la par una distribución equitativa, no sólo de la riqueza, sino también de las responsabilidades, de las posibilidades, de las libertades reales.

Esto que estoy diciendo es una «sanata», porque no soy economista ni político, sino un cura que de vez en cuando se mete a periodista. Pero quiero decir solamente dos o tres cosas, dedicadas especialmente a nosotros, los de la clase media, que andamos asustados.

No nos está permitido perder la esperanza, porque estaríamos rifando el futuro de nuestro pueblo. Pero tampoco nos está permitido alentar una esperanza fácil, buscando soluciones más o menos rápidas y superficiales. Sería bueno que nos despojáramos de muchos prejuicios y nos pusiéramos a trabajar juntos, no charlando para ganar una discusión, sino dejándonos cuestionar. La verdad es posible.

Nadie puede desentenderse de sus propias necesidades; pero sí puede luchar más

solidariamente, con menos egoísmo. A mí no sólo me parece más cristiano, sino el único camino posible.

Entre mis versos encuentro unos fechados el mismo año y titulados igual que el artículo; no sé si son anteriores o posteriores. Pero dicen lo mismo. Los leo ahora y me parecen bastante prosaicos.

La clase media está asustada.

La clase media ha debido ajustarse el cinturón en serio.

Dejar el coche en el garage: la nafta está muy cara.

Sin importarle lo que piensa el interlocutor,

la clase inedia habla:

en la calle, en el bar, en la oficina.

¡Cuidado! Que si eso pasa en el árbol verde,

¿qué pasará en el árbol seco?

¿qué pasará con los obreros, con los changarines,

los jubilados y los pensionados?

¿Quién sueña de verdad

«en la Argentina, potencia con que todos soñamos»,

si lo importante es subsistir mañana?

33 – Las contradicciones del sistema

Todos los domingos yo escribía mi columna. Pero no conservo todos los recortes. Cuando transcribo estos, hace ya un tiempo que murió en un accidente automovilístico, mientras cumplía una condena en la cárcel, el boxeador Carlos Monzón. Susana Giménez, su pareja por entonces, a la que se refiere el artículo siguiente, es en la actualidad una exitosa conductora de un programa televisivo, que de vez en cuando cambia de amantes, siempre mucho más jóvenes que ella, y lo publicita ostentosamente.

Yo pensaba titular «Monzón o las contradicciones del sistema». Me pareció, sin embargo, un título demasiado ideológico, y entonces titulé así:

MONZÓN O LAS INCOHERENCIAS DE NUESTRA SOCIEDAD.

(Domingo 14 de setiembre).

Cuando Carlitos Monzón filmó «La Mary», todo el mundo se veía venir que ni iba a durar mucho tiempo al lado de su mujer. Y así se hizo.

Cuando realizó el sueño de la vedette propia, tenía que publicitar lo con abundantes y llamativas fotos. Y así se hizo.

Cuando llegó el divorcio salieron demasiados trapos al sol y a él le tocaba sacar una solicitada para defender la intimidad de su vida privada. Y así se hizo.

Y después de eso, escuché por la radio: «Carlos Monzón habla de su divorcio en revista Gente. Carlos Monzón habla de sus ex-mujer en revista Gente. Compre revista Gente».

- ¡En este país estamos todos locos! - dije yo.

Y no me propuse hablar sobre un pobre muchacho de barrio al que lo entrenaron para ser campeón mundial y después lo hicieron también actor y lo enloquecieron para siempre. No me propuse escribir sobre él, porque las malas lenguas pueden decir que un cura solterón, pelado y resentido, habla de pura e inconfesa envidia por los dólares, la pinta o la vedette propia.

Lo que yo digo es que este muchacho es una muestra y una víctima de toda esta sociedad mentirosa en que vivimos. No es la muestra más importante y decisiva ni la víctima más trágica, por ahora. Pero es una muestra y una víctima de la que se puede hablar sin herir la libertad de expresión, que es una cosa tan coherente como la intimidad de la vida privada de este campeón-actor y de tantos otros.

Se ha dicho muchas veces, en este último tiempo, que nuestra crisis es una crisis moral. ¿Quién puede no estar de acuerdo con eso? No seré yo, ciertamente. Pero pienso que eso de la crisis moral resulta también ambiguo: porque si la planteamos en un nivel exclusivamente personal, no salimos del individualismo de siempre. Y uno se pregunta qué puede hacer Carlitos Monzón ante la monstruosa maquinaria montada frente a él y aparentemente “para él”. Es una tentación demasiado grande para un muchacho común. Yo no quisiera anular por eso las responsabilidades personales: digo que están muy, demasiado condicionadas.

Si usted no entiende lo que quiero decir, esta vez no le pido disculpas: es muy posible que le falte entrenamiento para leer entre líneas, ejercicio indispensable en los tiempos que corren. Si usted no aprende urgente a leer entre líneas, a corto plazo no va a entender nada. Usted sabe que cuando se cacarea que una cosa no va a ocurrir, lo más probable es que ocurra; que cuando alguien dice que no se quiere meter, seguro que se está metiendo, y mucho; que cuando alguien alardea de su honestidad, uno desconfiaba de que no esté haciendo alguna matufia.

Es que esta sociedad nuestra, “occidental y cristiana”, se ha vuelto tan embustera, que uno

hasta se acostumbra a que le mientan. Lo peor sería que todos nos acostumbráramos a mentir o a callar, por miedo, la verdad que nos quema por dentro.

¿Qué tiene que ver esta incoherencia con lo de Carlitos Monzón? Tiene, tiene. Y justamente la palabra clave es esa: “incoherencia”.

Carlitos: lo que yo te digo es que en este ring en que te has metido todos pierden. Aunque la vida los deje llegar hasta el último round.

34 – El Vasquito

Por aquel entonces habían metido presos a varios muchachos de la Juventud Peronista, entre ellos a uno que había pertenecido a nuestra Casa de la Juventud, muy querido por todos nosotros. Luego lo desterraron. Por desconocimiento del lenguaje jurídico, alguien dijo que se trataba de una extradición, cuando en realidad se trataba de un exilio forzoso. A eso se debe el título de estos versos:

EXTRADICIÓN

Oscar Ignacio Apezteguía.
Pasaporte número...
Vuelo de la hora nueve con destino a Méjico.
Motivo: extradición.

El cielo de la Patria estaba encapotado
cuando el avión hirió las nubes
y penetró como una flecha
al corazón del sol.
Te habrás sentido libre.
¡Qué triste libertad la del destierro!
¿Cómo sentirte libre
sabiendo que tu pueblo es aún esclavo?

Oscar Ignacio Apezteguía.
Sé que no sos un héroe:
simplemente sos uno de nosotros
que tuvo que partir.
Por eso el corazón se fue con vos,
después de haberte visto,
detrás de nuestras lágrimas,
con tu sonrisa grande, tan serena,
y con tu mano enorme
saludándonos desde el patrullero.

Vasco: yo también volví triste,
reconociendo los lugares
por donde fuimos a buscar a Perón,
el 17 de noviembre,
bajo la lluvia,
a través de la mugre de los ríos
Matanza y Maldonado.
Treinta y cinco millares de efectivos,
con tanques y metrallas
se cuidaban de un pueblo
que como única arma
llevaba la esperanza.
Reconocimos con los compañeros
el puente de la gran frustración,
donde a millones de argentinos
nos dijeron con balas
que no podíamos encontrarnos
con nosotros mismos.

Tu avión partió hacia Méjico.
Yo también soy «culpable»
y me siento orgulloso.
El motivo
no fue la extradición:
fue traición, simplemente.

Aquí queda tu pueblo, nuestro pueblo,
con su bronca guardada,
buscando sin descanso los caminos
para tener su Patria.
Y hacerla justa, Libre y Soberana.
Yo sé que Dios querrá que lo logremos:
que un día los hermanos
volverán del destierro.
Regresará la flecha
del corazón del sol.

35 – Peregrinación juvenil

Aquel año '75 fue el del comienzo de la Peregrinación Juvenil a Luján, desde el santuario de San Cayetano, Liniers. Una genial intuición del «viejo» Rafael Tello. Desde joven lo apelaron «viejo»: era bastante mayor que sus compañeros de seminario (una vocación tardía, como se decía entonces). Un cura excepcional, con una de esas visiones proféticas que saben mirar lejos, mucho más adelante, en la historia del pueblo y de la Iglesia: tanto, que la mediocridad no se lo perdonó y lo condenó al ostracismo.

Fue un comienzo pequeño, comparado con lo que pasaría después, ario tras año. Fui con un grupo de jóvenes a incorporarnos a la columna 15 kilómetros antes de Luján.

Miércoles 29 de octubre de 1975.

SI ESTO NO ES FE...

- Si esto no es fe - dijo la señora, asomándose a la puerta del colectivo - ¿dónde está la fe?

Era un comentario entusiasmado ante lo que veían sus ojos: la columna de más de 50.000 jóvenes que, desde Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, marchaban a pie a Luján a pedir POR LA PATRIA, el domingo pasado.

Expresión simple pero llena de verdad y profundidad la de esa señora. Los que intelectualizamos la fe religiosa - para atacarla o para defenderla - podemos pasar mucho tiempo discutiendo si la fe propone una serie de convicciones claras y subjetivas, si la devoción a la Virgen de Luján es verdadera fe o es simplemente superstición, si no valdría más quedarse en casa y «laburar»...

Lo que dice la señora del colectivo me parece muy importante. La señora del colectivo dice que la fe no es la suma de convicciones abstractas, sino que es, en primer lugar, una actitud de vida. Dice que la fe no se expresa sólo en palabras claras y precisas: se expresa también, y preferentemente, en gestos, en ritos, en hechos físicos, como ese cansarse marchando a Luján no para hacer una competencia deportiva, sino para rendir un homenaje y presentar una súplica.

Otros dirán que eso es un mero masoquismo y una magia interesada con la que se quiere comprar a la divinidad; y otros, que es una mera evasión: es más fácil ponerse a rezar por la Patria que ponerse a trabajar. La señora del colectivo dice que « ¡minga! »: que esos muchachos y chicas villeros y del centro, obreros, empleados y estudiantes, tienen clara conciencia del límite - conciencia de que las fuerzas humanas no son infinitas y que si Dios no nos salva, de esta no nos salva nadie -. La señora del colectivo sabe que estos jóvenes no vienen a descargarse de sus responsabilidades, sino a pedir luz para encontrar el camino y fortaleza para ahondar todavía más en el compromiso con su pueblo, que cada uno está viviendo o tratando de vivir

Algunos dijeron que esta no era una peregrinación, sino una manifestación política. La señora del colectivo dice que esta era una peregrinación política en el más puro sentido de la palabra. No era una manifestación partidaria ni tendenciosa: ni un solo estribillo se escuchó en ese sentido; ni un solo cartel: solamente cruces, varias imágenes de la Virgen y un buen número de banderas argentinas.

La señora sabe que no es que estos chicos se hayan vuelto apolíticos de pronto y quieran refugiarse en la religión para no meterse en líos; sabe que muchos de ellos llevan su opción política en el corazón y sus obras, pero que hay algo que los une por encima de todo y es la certeza de que Dios es, en definitiva, quien conduce la historia, y que antes de seguir discutiendo hay que rezar para entender mejor, para entender amando, para forzar a Dios a que manifieste su misericordia con nosotros; sabe que la política es convivencia y que nada nos puede enseñar mejor a convivir que la fe en un solo Padre que nos hace sentir hermanos, sin desigualdades injustas ni

intentos de dominación.

Hay quienes dicen que no hay que meter la fe en estas cosas. La señora del colectivo dice que la fe verdadera se encarna en la historia, la critica, la empuja; si no, no es verdadera fe: es mojigatería liberal de la más rancia estirpe.

Usted dice que yo le hago decir demasiadas cosas a esta señora. Yo digo que ella quiso decir muchas más y las dijo. Yo me enredo en las palabras, me confundo en los conceptos y, al final, digo mucho menos.

Lo que le puedo asegurar es que cuando miles de gargantas jóvenes (después de la Misa presidida por Mons. Leaden, obispo auxiliar de Buenos Aires, y concelebrada por un montón de curas) entonaron el Himno Nacional frente a la Basílica, el Himno sonó como una verdadera plegaria: pero no a la señora del gorro frigio, sino al Señor que nos salva; no a un personaje alegórico, sino al Dios viviente, capaz de hacernos reencontrar a nosotros, que nos hemos olvidado de vivir como hermanos.

Evidentemente yo no tenía siempre las cosas tan claras como por momentos parecía tenerlas. Apenas unos días después escribía estos versos:

EL SILENCIO DE MI PUEBLO

Pueblo mío: yo quisiera
interpretar tu silencio;
saber qué quiere decir
el que tú no digas nada.
Cuando rugen rotativas,
cuando las radios derraman
su torrente de noticias
y su aluvión de palabras,
tú hablas de algunas cosas
y de otras cosas te callas.

¿Tu silencio es cobardía,
desilusión, agachada?
¿O es que guardas en secreto
tu irresistible esperanza?
Yo, que sólo sé decir
en frases mal hilvanadas,
bien quisiera, pueblo mío,
leer a fondo tu mirada.

Mercedes, 5 -11 -75

36 – Navidad del '75

Y esta es la última nota que conservo de las aparecidas en el diario «La Hora», de Mercedes, a fines del '75. El '76 traería otros vientos para mí y para el país.

NAVIDAD

¿Cómo piensa Ud. pasar la Navidad? ¿Ya compró el perfume de moda para su señora, la pilcha de moda para sus hijos adolescentes o el juguete de moda para los chicos? ¿Ya compró todos los comestibles y bebestibles? ¿Tiene todas las luces para el arbolito y las estatuillas de cerámica para el pesebre? Entonces podrá pasar una Navidad feliz, en paz con todos, con su conciencia y con su estómago...si es que, además, compró los digestivos pertinentes.

Firmado: la Sociedad de Consumo.

¿Quiere que le diga una cosa? Eso no tiene nada que ver con la Navidad. La única diferencia con los paganos que celebraban las Fiestas Saturnales en esta época del año, es que los romanos no tenían luz eléctrica y que, en lugar de las estatuillas del pesebre, ponían las estatuillas de sus dioses lares.

Nadie sabe qué día nació Jesús. En Roma, los cristianos comenzaron a festejar el Nacimiento cuando los días del año empezaban a alargarse, para sustituir a las fiestas paganas.

Hoy en día hay mucha gente que vuelve a festejar paganamente una celebración cristiana.

- Pero, ¿por qué siempre se pone tan amargo para Navidad? ¿Acaso Ud. no va a comer pan dulce ni va a brindar con sidra?

- Yo no me pongo amargo ni desdeño la fiesta familiar. ¿Cómo podría hacerlo, si esa intimidad es una de las características más profundas de la Navidad? A mí también me esperan mis hermanos, mis viejos tíos y mis jóvenes sobrinos. Lo que quiero decir es otra cosa; o mejor dicho, dos o tres cosas.

La primera es que mucha gente va a festejar la Navidad sin saber qué festeja ni qué sentido tiene para la historia de la humanidad: Cristo, el festejado, va a estar ausente de la fiesta. En el brindis y en el baile se va a acabar la cosa, y eso me parece sin sentido alguno.

La segunda es que la Navidad no es una tregua: no se trata de ponerse la careta de bueno por un día, ni de sonreír por unas horas, ni de perdonar por un rato, para volver mañana a sacarse los ojos, a estafarnos, a mentirnos, a robarnos. Si la Navidad no significa una renovación sincera y profunda, no significa nada.

La tercera es que festejamos el nacimiento de un chico pobre, pobre, pobre: la Navidad deberá significar en nosotros una verdadera conversión de corazón, para abrazar efectiva y eficazmente la causa de los pobres. No nos podremos engañar donando unos pesos, comprando una rifa o aportando un juguete usado para un chico pobre y aliviar así nuestra conciencia. Cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, eligió ser un pibe pobre más entre los muchos pibes judíos pobres de su tiempo; y no lo eligió para salir en la foto del pesebre, bien acomodadito entre María y José, el burro y el buey: eligió ser pobre hasta la muerte.

«Los pobres son el sacramento de Cristo, el signo de su presencia, en la misteriosa sociología y humanismo de Jesús. El está encarnado en cada hombre doliente, en cada hambriento, enfermo, desnudo, encarcelado.»

«Por eso la Iglesia honra a los pobres, los ama, los defiende, se solidariza con su causa.»

«Pero Cristo no sólo defendió a los pobres. Siendo rico se hizo pobre: vivió la pobreza en Belén, Nazaret, evangelizó a los pobres, como Mesías de los pobres vino a buscar su salvación, invitó a su mesa a los pobres, lisiados, ciegos, paralíticos, y al fin, para completar el signo y cumplir las profecías, murió pobre...»

(Obispos Argentinos: Documento de San Miguel, 1969 - Pobreza -)

Esto habrá que pensar, ¿no? Claro: para uno mismo, no para que lo cumplan los otros. Más allá de todo sentimentalismo: estos días se prestan para renovarse, más que para empacharse.

Sinceramente: que pase muy feliz Navidad.

Y en alguno de esos papelitos que en algún lado conservé, encontré estas líneas, que expresaban mi obstinada esperanza de un futuro mejor, don de Dios y tarea de los seres humanos:

NAVIDAD 1975

Que crezca como un árbol
la Navidad sembrada en nuestros huesos.
Para que, cuando llegue "Parasceve",
el día santo de la Preparación,
nos crucifique manos cargadas de esperanza
y pies nunca cansados
de andar por el camino de la justicia hacia la paz.
Nos sorprenda la Pascua siendo un Pueblo,
el Pueblo que soñamos,
el Pueblo del Señor.

37 – Cárcel de máxima seguridad

La noche avanzaba y el traslado se retrasaba, aumentando nuestra tensión. Decidieron que Horacio se quedara, debido a su afección cardíaca. (Un tiempo después saldría en libertad).

Finalmente nos metieron en un camión celular, después de la consabida requisa, para la que teníamos que desnudarnos, con» cada vez que íbamos a recibir la visita de nuestros familiares o amigos. Después de ponernos en fila, las manos esposadas en la espalda. Recuerdo que algo le preguntaron a Eduardo Parra; y cuando él habló de su esposa, el policía lo corrigió:

- ¡Concubina!

- Concubina - tuvo que corregir resignadamente Eduardo.

Salimos de a dos, entre dos filas de guardiacárceles, a los cuales no teníamos que verles las caras. Parece que yo levanté demasiado la vista, porque me aplicaron un fuerte golpe en el pescuezo con el filo de la palma de la mano. Con las manos esposadas a la espalda nos tiraron sobre las gomas de camión que hacían de asientos. Por un ventanuco del celular pudimos ver que no nos llevaban a Junín - era una posibilidad que inauguráramos ese lugar de detención - ; seguramente nos dirigíamos a Sierra Chica, a la cárcel de máxima seguridad. Allá llegamos en aquella fría madrugada de fines de junio. Otra requisa, más humillante que la anterior. Cada uno a una celda. La mía estaba completamente a oscuras. Me sentí desolado, en el sentido más cabal de la palabra.

Una voz se oyó a través de la pared. Pero yo estaba demasiado aturdido y a oscuras como para ubicarla. Durante el día pudimos entablar el diálogo: cubierto por el revoque de ambos lados, había un hueco en el muro. Mi desconocido interlocutor era un joven de apellido vasco que estaba preso desde antes del golpe militar: pertenecía al E.R.P. (Ejército Revolucionario del Pueblo). Cuando nos vimos por primera vez, desnudos bajo la gélida ducha, llevábamos varias horas de conversación. A veces nos dábamos cuenta de que el celador nos escuchaba desde afuera; no siempre interrumpíamos el diálogo. Pertenecíamos a dos generaciones distintas y nuestra cosmovisión era muy diferente. Pero éramos prisioneros del mismo régimen, y eso, de alguna manera, nos igualaba.

Sólo teníamos tres horas semanales de recreo y salíamos al patio en grupos de a diez.

Se daban situaciones bastante particulares. Por ejemplo: a una determinada hora de la tarde, uno podía bajar una banderita, y entonces el empleado se encargaba de llevarnos los mandados de una celda a otra; nos mandábamos medias, revistas, diarios, libros... En Sierra Chica yo leí «Las venas abiertas de América Latina» de Eduardo Galeano. Me lo mandaron de otra celda, forrado en papel de diario. Por lo visto no se fijaban mucho en lo que llevaban. No podíamos mandarnos esquelas; pero uno las ponía dentro de una revista o de un libro...¡y chau!

Uno se las ingenia; con Mario, el de Luján, con el que nos habíamos conocido en la cárcel de Mercedes, nos mandábamos largas misivas sobre un tema que a él lo tenía a trasperder en esos días: ¿Por qué Dios permite que me pase esto? El había inventado una «sierra-grilla» y yo había inventado una escritura en clave, numerando las letras de un folleto que me había regalado el Pastor Godino, de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina.

Aquella penitenciaría está construida de acuerdo con un antiguo modelo francés: pabellones distribuidos como rayos alrededor de un semicírculo. Las ventanas eran altas y no podíamos asomarnos; aunque el guardia podía bajarte de un grito por la mirilla, la mayoría se asomaba, por la tarde. Y se armaban interesantes conversaciones de pabellón a pabellón: la mayor parte, en idioma mudo. Un día estaba yo sumido en la lectura de alguno de los libros de teología bíblica que había podido llevar conmigo, cuando el insistente reflejo de un espejito me hizo asomar por la ventana.

Mi interlocutor comenzó por enseñarme el alfabeto mudo. Una vez que terminó, me tomó un rápido examen y me lanzó su primera pregunta:

- ¿Vos sos cura?

(Evidentemente, el vasquito vecino mío le había pasado el dato).

- Sí.

- ¿Sos del Tercer Mundo?

- Sí.

Y aquí se interrumpió el mutismo. Su grito resonó en el patio:

- ¡Bien, carajo!

Mi hermano Carlos me visitó apenas se pudo. Me suscribió al diario «La Nación».

No hacía todavía una semana que nos habían trasladado cuando, el lunes 5 de julio, apareció la noticia del asesinato de los Palotinos de San Patricio de Belgrano: el muchacho de la guitarra, al ver que ninguno aparecía para la Misa del domingo, había forzado la cerradura de la casa parroquial y había encontrado los cadáveres acribillados de los tres curas y los dos seminaristas. Leí la nota una y otra vez: ¡no lo podía creer! Entre los muertos estaba Alfie Kelly, mi entrañable amigo, con quien habíamos compartido muchas horas de trabajo esperanzado en pastoral juvenil.

Alfie había nacido en el campo, entre Suipacha y Mercedes; allí vivían sus hermanos y más de una vez los habíamos visitado con los muchachos y chicas del Vi.Po.Al. (Vivir por algo). Su mamá vivía a pocas cuadras del obispado, y durante mis cuarenta días de prisión domiciliaria allí, cada vez que salía a hacer sus mandados me visitaba, me llevaba algo y charlábamos un buen rato. Alfie también había ido a verme. Recuerdo su recomendación al despedirse:

- ¡Y cuando salgas en libertad, cuidate, Juan! ¡No sea cosa que un día amanezcas en una zanja!

Y ahora el diario me traía la noticia de que era él el que había amanecido acribillado, junto con sus compañeros.

Nuestra amistad estaba hecha de un afecto grande y sincero; pero también de ideales comunes, sobre todo en lo que se refería a nuestro compromiso con los jóvenes. De los dos, él era el más espiritual y yo, el más... revolucionario. Alfie era un tipo firme y sereno, profundamente evangélico; tenía el don de entrar a lo más hondo del corazón humano. Cualidades que hacían de él un excelente director espiritual. ¿Cómo podía yo imaginármelo asesinado por subversivo?

En Sierra Chica no nos vendían estampillas postales. Me quedaba una sola. La utilicé para escribirle a «granny» Kelly.

Meses más tarde me enteré de que aquella irlandesa de fierro, cuando supo de la muerte trágica de su hijo, respondió:

- Prefiero ser la madre de uno de los que han muerto y no la madre de uno de los que los han matado.

39 - ¿En libertad?

Acompañado por el párroco del pueblo de Sierra Chica, que también ejercía la capellanía del Penal, vino a verme aquel santo Obispo de Azul que fue Manuel Marengo. La sede del obispado está a pocos kilómetros.

- ¿Qué hacés vos aquí? - me preguntó, con una sonrisa llena de cariño.
- ¡Eso quisiera saber yo también!

Inmediatamente le escribió al Obispo de Mercedes, Luis Tomé, describiéndole mi situación y contándole nuestro diálogo: que estábamos bien alimentados y bien abrigados (todos vestíamos un grueso uniforme azul), que no me permitían celebrar Misa, que teníamos tres horas semanales de recreo, que el trato a nuestros familiares era inhumano...y fundamentalmente, que mi prisión era injusta, a todas luces.

Tomé llevó esa carta testimonio al Ministerio del Interior. Esta vez fue acompañado por dos curas: Pedro Abate y Américo Aguirre, mis dos amigos, que trabajaban denodadamente por mi libertad. Coordinaba las acciones un abogado de Chacabuco, Jorge Ortega: se había ofrecido espontáneamente a ser mi defensor, en tiempos en que el Derecho no tenía nada que hacer en la Argentina. Entre otras cosas, Jorge pudo averiguar cuál era la carátula de mi acusación: «Presunta prédica subversiva, de corte troskista».

Carlos me había traído esta pregunta, de parte del «equipo»:

- ¿Podemos gestionar tu salida del país?

Yo me había negado anteriormente a esa posibilidad. Pero ahora la intención del gobierno militar era evidente: guardarnos por un buen tiempo. Por lo tanto, mi respuesta fue afirmativa.

El Ministro del Interior, un Coronel, por supuesto, se negó absolutamente a darme la libertad.

- Este hombre - inventó - está seriamente comprometido.

Después de una larga discusión, Pedro y Américo se miraron y acordaron tácitamente lanzar la pregunta:

- ¿Y sería posible que saliera del país?

- ¡Hmmm! Esa posibilidad todavía no está abierta. Pero vamos a estudiar el caso: para ver si cuando se abra...Vuelvan dentro de una semana, el miércoles que viene.

Apenas Carlos me transmitió el mensaje, me puse a orar y a cavilar: si tenía que irme al exterior, ¿Adónde? Una posibilidad era irme en primer lugar al Vaticano, donde mi antiguo profesor Eduardo Pironio era cardenal, y desde allí pasar a Taizé, el monasterio ecuménico de Francia, o a Bélgica: Jean, un cura con el que habíamos cantado folklore argentino a dúo, en lo de Margarita Moyano, me ofrecía generosamente su casa parroquial. Otra posibilidad era ir a Vitória, en Brasil.

Pero al martes siguiente, 20 de julio, la cosa cambió. Por la mañana recibí el diario, que en la contratapa traía una tira de humor bastante extraño, titulado «Punto en boca». El chiste de ese día consistía en la figura de un preso, vestido con el traje a rayas tradicional, que en el primer recuadro recibía un papel enrollado, en el segundo comenzaba a desplegarlo, y en el dibujo final se podía leer lo que decía el papel: «Indulto». La gracia pretendía estar en que esta última figura ya no tenía recuadro. Pero, por el tema, le puse varios signos de exclamación, para pasarle luego el diario a Mario.

No llegué a hacerlo sin embargo: eran las primeras horas *de* la tarde cuando llegan a mi celda un empleado, un suboficial y un oficial.

- Prepare sus cosas - me ordena el empleado.

Sin preguntar para qué, estiro mi frazada en el suelo y comienzo a armar el «mono» con mis pocas pertenencias personales. Pienso:

- ¡Qué pronto se dio lo de mi salida del país!

Pero el empleado me saca de mis reflexiones y de mi mundo interior sin que yo se lo pida:

- Usted se va en libertad.

- ¡Ah! ¿Sí? - fue toda mi reacción. Siempre que lo recuerdo pienso cómo pude ser tan frío en ese momento. Era como si me hubieran dicho: Lo cambiamos a otra celda.

En el depósito donde me devolvieron el rosario y alguna otra cosa que no me habían permitido entrar, me dieron una caja de cartón. El encargado me deseó suerte. Durante esos días sólo salían presos «comunes»: estaban haciendo lugar para traer más presos políticos. Mientras espero junto a la puerta de salida, el oficial de guardia me pregunta:

- ¿Se va a portar bien ahora?

- Yo siempre me he portado bien.

- ¡Todos dicen lo mismo!

El milico que me tiene que acompañar vuelve para buscar un arma. Me corrió un escalofrío. Todo era posible en aquellos días. Cambio la caja de un hombro a otro: quiero ver de reojos cualquier movimiento del que camina dos pasos atrás. Pero llegamos a la oficina donde me devuelven los documentos y unos pocos pesos, y marchó solo hacia la salida que da a la ruta. Me parece mentira. Una vez más me preguntan cómo me llamo, cómo es el nombre de mis padres y si viven.

- No -. (Y menos mal - pienso, como otras veces - porque hubieran muerto de dolor).

- Ahí lo esperan.

¿Quién me podría esperar? Aparece el cura de Sierra Chica. Era verdad: alguien me esperaba. Lo saludo, medio aturdido. Me ayuda amablemente a llevar la caja. Segunda sorpresa: me encuentro con Américo, con Lito y Susana. Pero me falta la tercera: Carlos me espera sonriente junto al coche. Mientras transcurría tranquila mi rutina diaria de preso, ellos habían pasado duras horas de nervios e incertidumbre: del Ministerio habían avisado por teléfono al Obispado que yo quedaba en libertad. Pero el respectivo comunicado tardó muchas horas en llegar al penal.

Bañarme con agua caliente en la casa parroquial, afeitarme, vestirme de fiesta. Mi pesadilla personal había terminado. No la de nuestro pueblo.

Llueve a cántaros cuando pasamos por el monasterio de Los Toldos. Tengo la certeza de que dentro de dos días estaré allí: no para escapar de nada, sino para realizar, finalmente, mi vieja vocación monástica, que ha podido madurar durante esta forzada reclusión de cuatro meses.

Sorpresa y emoción de mi hermana Eder y de su familia cuando pasamos por su casa de Junín. No pude dormir por la noche en Chacabuco. Casi a la madrugada me levanto y me pongo a escribir tres cartas: a los obispos Tomé y Marengo, para agradecerles lo que habían hecho por mí, y a Martín Caracoche, que seguiría preso largos meses, una carta en clave, firmada con el nombre del pájaro que yo había inventado: Alegría.

Muchos años después, alguien me hizo notar que dos días antes, en Chamental, provincia de La Rioja, habían matado a los curas Carlos Murias y Gabriel Longueville. ¿La muerte de ellos puede haber sido la causa de mi libertad, como una especie de compensación de parte del gobierno militar?

40 - Monje

Cuatro años y medio estuve en el monasterio de Los Toldos. Y un año en el de La Pascua, en Canelones, República Oriental del Uruguay.

No quería perder tiempo: dos días después de salir de la cárcel me recibió Mamerto, el Prior Benedictino, sorprendido. Mayor fue su sorpresa a la mañana siguiente, cuando le dije que no iba al monasterio para “guardarme” un tiempo, sino para hacerme monje. Inmediatamente comenzó mi vida de postulante. Un poco crecido: 40 años.

El 29 de septiembre se celebra la fiesta de los Santos Arcángeles.

El himno que cantamos en el Oficio Divino no estaba bien logrado, ni en la letra ni en la música. Esa mañana, al terminar la Misa, me dice Mamerto en la sacristía:

- Juan. Tenés que hacer un himno nuevo para el día de los Ángeles. (Que era el 2 de octubre).

- Yo te puedo obedecer, Mamerto. Pero las musas... no sé.

Me fui a trabajar a la huerta, a las órdenes del inefable Hermano Ambrosio. Inclinado sobre la tierra, azada en mano, pensaba los versos: en la Biblia hay material de sobra sobre el tema. Antes de la oración del mediodía los escribí y se los leí al prior. Le parecieron bien; y me sugirió que se los leyera a la comunidad en el pequeño recreo después del almuerzo. Aprobado. A la hora de la sagrada siesta, con una guitarra y un grabador, me fui a la sombra de un árbol, a suficiente distancia como para no molestar a nadie. En la reunión previa a la oración de la noche, la comunidad aprobó la música: una zamba en Do mayor. El día 30, Meinrado transcribió las notas e hizo las copias. El 1º a la noche nos lo hizo ensayar, y el día de los Santos Ángeles Custodios, al comenzar el canto de maitines, a las cinco de la mañana, yo empuñaba por primera vez la guitarra en el coro monástico de Santa María de Los Toldos.

HIMNO A LOS SANTOS ÁNGELES

1

El ángel, con carbones encendidos,
purificó los labios del profeta. _
Purifica, Señor, nuestros sentidos / bis
y haz que nuestra alabanza sea perfecta. _/

Tu mensajero vino desde el cielo
a anunciar que la Virgen sería Madre. _
María abrió las puertas al misterio / bis
y el Verbo en sus entrañas se hizo carne. _/

Tu luz iluminó la noche oscura
y a los pobres llegó la Buena Nueva. _
Oyeron: “Gloria a Dios en las alturas / bis
y paz para los hombres en la tierra”. _/

2

Jesús agonizó entre los olivos
y enviaste un ángel para consolarlo. _
Escucha a los que sufren oprimidos / bis
y mándanos a tu ángel, Padre Santo. _/

¿Qué hacen, hombres, aquí, mirando al cielo?
Quien se fue, volverá - el ángel dijo. _
Concédenos que en el amor fraterno / bis
preparemos la vuelta de tu Hijo. _/

Los ángeles te eleven nuestro canto,
Padre, que con tu Hijo Jesucristo, _
en la unidad del Espíritu Santo, / bis
imperas por los siglos de los siglos._/

Fue interesante esto: cuando los monjes descubrieron mi afición a los versos y a la música, trataron de potenciar mis escasos talentos. Compuse himnos, antífonas, canciones, salmos en versión criolla...

Aparte de eso, escribía otras poesías sólo por escribirlas. Y las conservo.

ATARDECER EN EL MONASTERIO

Ya los molinos se han quedado quietos.
Ha cesado la brisa.
Con la última nube, sola y roja,
el sol rubrica el día.
En la frontera de silencio
entre las luz y las tinieblas,
la campana
está llamando a Vísperas.
Es hora de encontrarnos, Padre Nuestro;
descansaremos juntos, en familia.

26 - 5 - 77 .-

41 – Bajo la yubia

Juan José, el mayor de mis sobrinos y el primero de mis ahijados, me había escrito dándome la noticia de que estaba de novio y describía entusiasmado a su prometida, María Elma, que es hoy su esposa y la madre de sus cuatro hijos, a quien había conocido a la salida de Misa, cuando llovía a cántaros en Chacabuco.

Poniéndome en su pellejo, se me ocurrió mandarle estos versos, que tienen la particularidad de estar escritos en fonética bonaerense.

E ENKONTRADO AL AMOR BAJO LA YUBIA .

Pero no serán grises mis rekuerdos.
La yubia luminosa me señala el kamino
I ya no abanso solo: bamos juntos.
La yubia luminosa me está bañando el alma
i fekundando el korasón.
I kanta en las eskinas i en los techos.
I me akompaña a la ofisina.
I entra i salta
sobre las teklas de la mákina,
ke sólo eskribe una palabra;
o dos: las de tu nombre.
E komprado kastañas.
Esas kosas ridíkulas
ke hase uno kuando está enamorado:
Tus ojos son kastaños.
Tu kabeyo es kastaño.
I kastaño es el sielo
i kastaños los pájaros
i asta los pastos berdes de la plasa denfrente
se me an buelto kastaños.
Buelbo al departamento.
Mis libros i mis platos.
Los platos i los libros de mi ermano.
I su guitarra ke se ríe konmigo
a pesar del kansansio i los parsiales.
I ayá ban mis rekuerdos
saltando leguas kampo adentro,
asta encontrar el kanto
de una yubia kastaña de lus y de silencio.

Junto las manos y doi gracias
- un niño al fin -
al Padre bondadoso
por el Amor ke te a sembrado adentro.

SÓLO UN GORRION

Cantan tu claridad y tu poder
la luz inaugural de la mañana,
las flechas de bandurrias, que tempranas
cruzan el cielo del amanecer.

Y yo que soy sólo un gorrión,
pobre en la voz y en la apariencia,
quiero cantar a tu clemencia
junto con todos los gorriones de la tierra.

Desde un árbol cercano, el “bichofeo”,
el de pecho amarillo y alas pardas,
levanta su cabeza negra y blanca
y en mi nombre te llama: ¡Ven, te veo!

Y yo que soy sólo un gorrión,
pobre en la voz y en la apariencia,
quiero cantar a tu clemencia
junto con todos los gorriones de la tierra.

La luz del sol se cuele entre los árboles
y, luminosas, pastan las ovejas.
Hasta que viene un peón y las aleja
con sus alegres gritos matinales.

Y yo que soy sólo un gorrión,
pobre en la voz y en la apariencia,
quiero cantar a tu clemencia
junto con todos los gorriones de la tierra.

ERMITA

Clavado allí, en el centro
del horizonte sin medida,
veré nacer el sol
y lo veré morir
sin que nada me lo oculte a la vista.
Y veré todas las estrellas
del hemisferio sur.
y, solo, en el desierto amable de la pampa,
podré sentirme junto a todos mis hermanos
que sufre y que lloren y que esperan,
y recordar que un día, todos juntos,
lo veremos a Dios, cara a cara,
sin velos de tristeza,
sin odios ni injusticias,
sin ausencias:
la noche será día
y el día será noche iluminada.

Vino a trabajar a la quinta un muchacho mapuche, de la tribu Coliqueo, que acababa de terminar su escuela secundaria. Yo aprendía de su trabajo prolijo y de su silencio. No podía dejar de recordar a los mapuches que había conocido en la zona de los Lagos del Sur.

INDIO MAPUCHE

¿De qué color es tu cielo,
indio mapuche?
¿Será de cobre, como tu cara,
como tu cuerpo,
como tus manos y tus pies?

Noble perfil, tallado
en montañas lejanas.
Me resulta solemne y familiar,
aquí, en la mansedumbre de mi pampa.
Y no puedo evitar estremecerme
ante el silencio de tus labios gruesos,
ante la noche de tus ojos y tu pelo.

- Mi cielo no es cobrizo:
es azul, como el tuyo.
Más azul y más limpio.
Yo era el dueño de todas las estrellas,
junto con mis hermanos querandíes,
los pampas, los diaguitas...

18 - 11 - 77 .-

43 – Maitines y Lectio Divina

Estos versos, que voy a transcribir con algunas explicaciones, los canté por primera vez la noche de Navidad de ese año, después de haber consultado el Maestro de novicios, para tener la seguridad de no ofender a nadie. A los monjes les causó mucha gracia y tanto ellos como los empleados del monasterio, cada vez que yo tomaba la guitarra en alguna fiesta, me pedían esta

CHAMARRITA DE MAITINES

Urso ya puso el motor (generator de la electricidad)
y el agua para el café.
Francisco, con la campana,
despertó a Bartolomé.

Meinrado y su diapasón
están persiguiendo un “la”.
Fintan, con su voz de pecho,
está despertando a Max.

Los monjes, medio dormidos,
pero con todo su amor,
se han levantado temprano
para cantar al Señor.

Roberto acomoda a un huésped,
Héctor llega en andador, (era el más joven)
Mamerto, el prior, entona
un bostezo en Do Mayor.

Aldo, con ojos cerrados,
entona el salmo mejor.
Enrique busca en su barba
un piojo que se coló.

Los monjes, medio dormidos,
pero con todo su amor,
se han levantado temprano
para cantar al Señor.

Mientras Javier, por su cuenta, (anciano Hermano suizo)
practica su devoción,
Ambrosio mastica un texto (otro Hermano suizo)
que Luigi le señaló.

Juan Ángel parece un cow boy, (mi tocayo, mucho más joven que yo)
agarrado al cinturón,
y el otro Juan, sin guitarra, (yo)
le chinga que es un primor.

Al año siguiente se había producido un cambio; la estrofa también cambió:

Ricardo arrastra las “erres” (mendocino)
junto a Jorge, el sacristán, (sanjuanino)
y entre San Juan y Mendoza (provincias vitivinícolas por excelencia)
anda sin guitarra Juan.

Los monjes, medio dormidos,
pero con todo su amor,
se han levantado temprano
para cantar al Señor.

- ¡Qué bueno que puedan reírse de ustedes mismos! -comentó el “viejo” Tello, un tiempo después, cuando me la oyó cantar - Es un buen signo de una convivencia distendida.

La sonrisa silenciosa se hacía muchas veces presente durante los oficios. Después de Maitines cada uno se iba a su celda (la palabra sonaba muy distinto que en la cárcel) para la “lectio divina”, hasta la hora de la Misa.

ROMANCES DE AMANECER

1

Señorean las estrellas
sobre el techo de la pampa
y vigilan en silencio
mientras duerme la peonada.
Los tamberos ya empezaron
con su tarea temprana,
cuando hasta mi sueño llega
a buscarme la campana:
es una campana niña,
con timbre de clarinada.
Después, un bronce más grave
se echa a vuelo en la espadaña;
empieza nuestro trabajo:
Oración de Madrugada.
“Abre mis labios, Señor,
y cantaré tu alabanza”.

2

¡Es tñ lindo ese juntarse
en silencio los hermanos
para pronunciar tu nombre,
para cantarte estos Salmos!
Escuchá. Toda la tierra
con nosotros está orando:
los que durante la noche
cumplieron con su trabajo,
los que velaron el sueño
de un enfermo o de un anciano,
los que rumiaron la angustia
de su cruz o su pecado,
los que sufren, los que luchan,

los que están desesperados,
los que ríen, los que lloran
interrogantes amargos,
los que a ganarse su pan
se encaminan, tan temprano:
todos agregan sus voces
a este canto desvelado.
Bienvenida tu Respuesta.
Habla, Señor: te escuchamos.

3

Ahora me envuelve callada
la soledad de mi celda.
Va naciendo la mañana
en la pampa somnolienta.
Ensillo el mate, despacio,
frente a la ventana abierta.
El Libro de tu Palabra
convierte en altar mi mesa,
y al sabor de tu mensaje
le siento un gustito a yerba.
Con el grito de los teros
los del boyero se mezclan,
y hay toda una sinfonía
que poco a poco despierta.
Y cuando agregue su canto
la campana de la iglesia,
todo se hará Eucaristía,
pan y vino de la ofrenda,
Cuerpo y Sangre de tu Hijo
para siempre, hasta que vuelva.-

* * *

A veces, la meditación necesita expresarse hecha poema:

“VENDRÉ Y LOS LLEVARÉ CONMIGO”. Jn.14,3.

Ven, Señor,
y llévanos contigo,
para que estemos allí donde tú estás.

Yo sé que has de venir.

Cuando leo los diarios
y me muerdo los labios de impotencia,
viendo a los poderosos
hacer y deshacer según su antojo,
decidir qué es el bien y qué es el mal,
y fabricarse leyes
que justifiquen el despojo,
y silenciar las cosas importantes

- la vida de los pobres, su dolor,
la esperanza del pueblo
día a día defraudada -
y engañar con palabras rimbombantes...
te grito: ¡Ven, Señor,
y llévanos contigo,
como lo prometiste!

*“No te pido que los saques del mundo,
pero sí que los libres del Maligno”.* Jn.17,15.

No permitas
que olvidemos el mundo en que vivimos
y en el que hay tanto sufrimiento.
Pero danos tus ojos,
danos tu corazón,
danos tus manos,
danos tus labios para orar
al Padre de los cielos,
para mirar las cosas desde su perspectiva,
y para obrar según su voluntad
y no la nuestra:
para tener tus mismos sentimientos.

.....

Ven ahora; no tardes.
Enséñanos a amar:
para que el mundo crea
que vendrás al final
a iluminarlo todo para siempre,
porque tú eres el Día sin ocaso,
y a enjugar toda lágrima,
porque eres la Alegría.

Ven, Señor,
y llévanos contigo,
para que estemos allí donde tú estás.-

* * *

A veces, los recuerdos se hacían oración:

NO SÉ, SEÑOR, POR QUÉ.

No sé, Señor, por qué,
si mis hombros son débiles,
has puesto en mi mochila
la carga de otras vidas.
Cuando extendiendo mis manos hacia vos,
¡las siento tan pesadas!
¿Por qué tan luego a mí
me has hecho responsable,

extrañamente responsable,
de la muerte de Luis, el pacífico,
que vos sabés cómo murió; (en la guerrilla urbana)
del destierro de Oscar, y de su fe;
del olvido de muchos, que en la percha
colgaron ideales y esperanzas;
de los hijos de aquellos
a quienes yo casé...
¡bueno!: que se casaron
y yo les dí tu bendición;
de los hijos del Turco
y los de Ana,
que no se sabe dónde están;
de la cárcel del Negro,
del trabajo del Mecha y de la Mary...?

Yo quiero preguntarte
por qué no puedo ya desentenderme
de todos ellos
y sentirme feliz a tu lado,
simplemente,
sin tener que pedir cada día
por cada uno de ellos...
¡y los nuevos!
Porque seguís cargando la balanza.
Y yo no puedo huir.
¿Adónde podría ir, por otra parte,
si siempre estarías vos,
y esas caras,
y esos ojos que esperan,
y esas manos?

- Cuando hayas aprendido
a decir "Amén" y a callarte,
tal vez empieces a entender.
¿O es que acaso sos vos
quien los llevó en la cruz hasta el Calvario?
Cuando hayas muerto, como yo,
sabrás por qué estoy vivo, para siempre.-

44 – María de Nazaret

Rafael Tello me había pedido... mejor dicho: un día, en la pequeña galería de la hospedería externa del monasterio, me dijo:

- Juan, tenés que hacer una canción para la Peregrinación Juvenil a Luján.

Me llevó su tiempo cumplir con ese mandato. Desde el santuario de San Cayetano, en Liniers, al santuario de la Virgen de Luján hay 70 kilómetros: pensé en un ritmoailable pero tranquilo. ¿Cuál? ¡La chamarrita!

La titulé:

MARÍA DE NAZARET

Dulce muchacha humilde de Palestina:

a vos por Madre suya Dios te eligió. —
Y cuando desde el cielo te mandó un ángel /
para pedir tu consentimiento, / bis
vos le dijiste: "Su esclava soy". —/

Por eso voy a darte mi corazón. —

Y cantando repetiré tu nombre, María de Nazaret. —/ bis

Fue tu materna espera luz de esperanza,
hasta que el gurisito nació en Belén —
y vinieron los pobres y peregrinos /
para adorarlo, y él sonreía, / bis
Dios-con-nosotros, el Emmanuel. —/

Por eso voy a darte...

En aquel tallercito de carpintero,
Dios aprendió el oficio del buen José. —
Y vos, yendo y viniendo en la cocina, /
guardabas cosas dentro del alma / bis
que te sirvieran para después. —/

Por eso voy a darte...

Viendo morir a tu Hijo sobre el Calvario,
te hiciste nuestra Madre junto a la Cruz. —
Y quedaste esperando, porque sabías /
que volvería, resucitado de entre los muertos, / bis
tu buen Jesús. —/

Por eso voy a darte...

Ahora que en cuerpo y alma estás en el cielo,
sentimos tu plegaria junto al Señor, —
y que vas caminando con el que sufre, /
con el que llora, con el que sueña / bis
con la justicia, con el amor. —/

Por eso voy a darte...

Un grupo de adolescentes de la parroquia de Los Toldos se estaba preparando para la Confirmación y vinieron a hacer un día de retiro. Mis superiores me designaron para acompañarlos. Por la tarde, fuimos a rezar el rosario al pequeño camarín de la Virgen Negra. (La imagen, réplica de la de Einsiedeln, Suiza, es bellísima. Lástima que allá en Europa esté tapada por terciopelos y joyas. Santa María de Los Toldos replica la original talla de madera). Llevé la guitarra e hice con ellos la primera experiencia de cantar esta chamarrita. La aprendieron de inmediato y les gustó.

Pocos días después nos visitó el Cardenal Pironio. Después del almuerzo, mientras tomábamos un café con algunos sacerdotes y religiosas que habían venido de la ciudad de Nueve de Julio, me pidieron que cantara algo. Hice la prueba con ellos y el resultado fue el mismo.

Alentado por el buen recibimiento de ambos grupos, mandé la grabación a quienes por entonces organizaban la peregrinación juvenil. No tuve respuesta ni acogida. Comenzamos a cantarla en el monasterio. El estribillo a tres voces ¡quedaba espectacular!

Más tarde hicimos una grabación casera de todas mis canciones y salmos: Fintan se encargaba de la afinación de la guitarra y de la parte técnica; Daniel me acompañaba en voz, en percusión, en arpa paraguaya...

“María de Nazaret” se fue conociendo así, de boca en boca, de grabador a grabador. Me gusta escuchar que cada vez que concluye la peregrinación juvenil a Luján, como cumpliendo un rito no pactado, la enorme multitud la canta, sin saber quién es el autor. Pienso:

- “Viejo” Tello, tu paternal mandato está cumplido.

En la primera estrofa siguen cantando:”...a vos pa' ser su Madre”, a pesar de que Osvaldo Catena, el grande, con todo respeto me había corregido: “a vos por Madre suya”. Osvaldo tenía siempre un gran respeto por el autor, por cada uno de los autores de tantas canciones populares religiosas que recopiló, quienquiera que fuese. Pero también tenía un gran respeto por el idioma y por el pentagrama.

Don Jaime de Nevares decía que esta era la canción mariana que más le gustaba. Me encantaba oírsele decir. A las amas de casa lo que más les llega es eso de “yendo y viniendo en la cocina”. Aunque muchas veces, por desconocimiento del “monoambiente” en que se desarrollaba la vida familiar en Nazaret, hay quienes cantan “de” la cocina.

Una vez recibí un agradecimiento por la chamarrita de unas monjas de clausura de España. Personalmente, la vez que la canté con más gusto fue cuando me lo pidió Jorge Leiva, un curita poeta y músico de Entre Ríos, el hábitat natural de la chamarrita. ¡Qué bien sonaba ese ritmo, en esa guitarra y en ese lugar: ¡Gualeguay!

Me cuentan mis amigos que la han escuchado en muchos ritmos en distintos lugares del país. Pero no importa. Yo me hago la ilusión, infantil, de que cuando llegue ante el trono del Padre Eterno para ser juzgado, María me va a hacer un guiño maternal y una seña, diciéndome:

- Vos, por haber compuesto esa canción con la que ha orado tanta gente, pasá por acá.

45 – El poncho del Señor

Lo que más conservo del año '78 son himnos litúrgicos. Se ve que faltaban himnos para los diversos oficios religiosos, y me los encargaban a mí. A veces componía letra y música; a veces, sólo la poesía: los verdaderos músicos hacían lo demás. Era hermoso.

Meinrado, a quien además le gustaba la historia, había escrito un libro (creo que sigue inédito) basándose en la libreta de apuntes del Padre Salvaire, el fundador de la Basílica de Luján. Lo leyeron en el comedor. Me impresionó mucho una escena en la que el misionero está entre los mapuches y lo señalan como el culpable de una peste; varios de los caciques vasallos de Manuel Namuncurá quieren lancearlo. Y el que le salva la vida es el primo y lenguaraz del gran cacique, Bernardo Namuncurá: le tira el poncho sobre las espaldas. Eso significaba: “Yo lo protejo. El que le haga algo, se las tendrá que ver conmigo”.

Era un gesto lleno de nobleza y dramatismo.

Una mañana de esas me tocó ir a celebrarles Misa a “las monjas de la tribu”. No eran monjas en el sentido estricto de la palabra, sino unas encantadoras hermanas italianas que vivían y trabajaban con la gente de la Tribu Coliqueo. Era invierno y estaba oscuro. Encendí la radio de la camioneta (los monjes no escuchan radio habitualmente) y estaban pasando un chamamé. La primera lectura de la Misa de ese día contaba la vocación profética de Eliseo, en la que el profeta Elías le tira su manto sobre las espaldas.

Comencé a componer un chamamé, cuya primera estrofa formó parte de la homilía. La letra conjuga los dos significados de un mismo gesto.

ELISEO o EL PONCHO DEL SEÑOR.

Vos me tiraste tu poncho,
Señor, sobre las espaldas.
Y me sentí protegido,
como en los brazos de mama

El fuego que vos prendiste
no permitas que se apague,
para arrimar a los pobres
la brasa de tu mensaje.

Me vestiste con tus pilchas,
me prestaste tu guitarra,
y me pusiste en los labios
el canto de tu Palabra.

Me vestiste de hombre nuevo
completá lo que empezaste.
Y junto con mis hermanos
para siempre he de cantarte.

**Y sentí toda tu fuerza
crecer desde mis entrañas.
No tengo miedo a la noche
con la luz de tu Palabra.**

46 – Ana María, el grano de trigo

Mi estadía en el monasterio fue el único tiempo en que tuve mi correspondencia más o menos al día. Había recibido una carta de Ana María, mi gran amiga, que no entendía los caminos del Señor, como nos pasa tantas veces a los humanos.

Sus razones tenía: siendo religiosa, se había comprometido a fondo con los obreros de los hornos de ladrillos de San Andrés de Giles. El trabajo de esa gente y sus condiciones de vida son, muchas veces, verdaderamente inhumanos. Ella y varios jóvenes docentes los alfabetizaron, los sindicalizaron, les ayudaron a organizarse. Un grupo había llegado a tener su propio horno, demostrando que eso era posible, que el trabajo podía ser más humano y la vivienda más digna.

La congregación religiosa a la que pertenecía la había apoyado con todo, aún en momentos muy difíciles, en que ese trabajo generaba conflictos con los empresarios, que querían seguir explotando a sus trabajadores sin interferencias. De pronto, le retiraron el apoyo. Y no tuvo más alternativa que irse a vivir como laica al horno de ladrillos. Llegado el golpe militar del '76, estuvo un día presa en la comisaría. Tuvo que irse.

Sin embargo, la congregación no había abandonado su compromiso con los pobres.
- ¿Cómo se entiende lo que me pasó a mí? - se preguntaba.

Yo no tenía respuesta. Sólo se me ocurrió escribirle esta parábola:

HISTORIA DEL GRANO DE TRIGO QUE QUERÍA SER GRANO Y NADA MÁS.

En la punta misma de la espiga,
yo era el grano que más se soleaba los días de diciembre;
el que más se mecía cuando el viento quería jugar al mar en la llanura.
Era hermoso recibir el primer beso del sol y el último;
la primera confidencia de la luna y la última.
El horizonte entero y perfecto de la pampa era un círculo trazado a mi alrededor.
Me saludaban las nubes con su silencio y los teros con su bulla chacarera.
Pero llegó el monstruo de lata, con sus dientes implacables;
con su ruido infernal y el hombrecito insignificante encima.
Me desmayé mirando al sol, que se quedó en mi piel.

Me desperté en la oscuridad, apretujado por miles y millones de granos desconocidos.
- ¿Por qué estoy yo aquí - me dije -, si me encontraba tan bien allá en el campo?
Tuve nostalgia de mi espiga.
Maldije al cacharro dientudo y al hombrecito del volante.
La oscuridad seguía.
¿Seguiría saliendo el sol y apareciendo la luna?
¿Seguirían pasando las nubes y los teros, ahora que yo no estaba?

Después de mucho tiempo salimos en montón, nos embolsaron en montón,
nos apilaron en montón.
Un día volví a escuchar el ruido infernal.
Y me sentí llevado y traído y vapuleado.
Y finalmente solo, solo.
La oscuridad era húmeda y me apretaba con sus propias manos.
¡Qué terrible es morir sin saber por qué ni para qué!

Y fue entonces cuando afloró la vida de lo más hondo de mi ser.
Fue entonces cuando eché raíces.
Fue entonces cuando de nuevo conocí la luz.
Pero ahora desde abajo; y con un ser enteramente nuevo.

Yo era una brizna apenas, en medio de una esperanza de trival.
Y así fuimos creciendo, compartiendo la fuerza de la tierra,
las caricias del sol y del viento,
el saludo de los teros y el paso de las nubes bienhechoras.

Y finalmente yo, que era un grano solo, fui una espiga.

Cuando llegó la madurez, presentíamos la llegada del hombre,
con la música de la cosechadora.

Y luego la molienda.

Ahora yo soy pan, sobre la mesa.
Y el hijo más pequeño
del labrador
me toma con su mano morena.
Y entre sus dedos tiernos
yo doy gracias a Dios por mi destino de alimento.

47 – Isidro, el peón de campo

Mi cuñada “Coca” me pidió aquel año una nota en relación a las Fiestas Patronales de su ciudad, Chacabuco, el 15 de mayo. En realidad era el Equipo Sacerdotal de la Parroquia el que lo pedía a través de ella. La publicaron en el diario de la localidad.

ISIDRO, EL PEÓN DE CAMPO.

Que la santidad es siempre posible y que no es patrimonio exclusivo de curas y de monjas lo prueba la vida de este trabajador rural que los chacabuquenses, igual que los madrileños, celebramos como Santo Patrono. San Isidro Labrador fue declarado santo en 1622, junto con cuatro religiosos - tres de ellos sacerdotes -: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Felipe Neri y Teresa de Avila, la grande. Pero el peoncito ya hacía mucho tiempo que era venerado como santo cuando los otros vivían: murió el 15 de mayo de 1130, en Madrid, donde había nacido.

Para nosotros, que vivimos en la era técnica, en una civilización cada vez más urbana que abarca aún a los que viven en el campo, en una sociedad que busca desesperadamente la seguridad material, el dinero, el placer, enloquecida por el consumismo y las desigualdades -el lujo junto a la miseria, etc.- ¡qué refrescante nos resulta celebrar la fiesta de San Isidro Labrador! Y no por una romántica vuelta a la naturaleza, sino por los fundamentales que la vida de este hombre representa y que a nosotros nos andan escaseando en forma. ¿Qué valores? Enumeramos tres, que es el número perfecto, para no ser demasiado largos.

- EL VALOR DE LA POBREZA: la carencia de bienes no es un valor en sí, y mucho menos la carencia de los bienes imprescindibles para vivir: es de justicia que estén al alcance de todos los hombres. Pero la pobreza evangélica es una virtud. El pobre según el Evangelio, es el que sabe confiar en Dios y no en el dinero, ni en el poder, ni en la fuerza, y sabe compartir con los demás lo que es y lo que tiene.

Isidro y María, su mujer (santa también), nacieron pobres, se casaron pobres y murieron pobres; de sus padres no había heredado cada uno sino un temor y un deseo: el temor de ofender a Dios y el deseo de orar siempre.

¿Cómo es que no ahorraron y se capitalizaron? - diríamos nosotros. Para el Isidro y la María lo verdaderamente importante era compartir lo poco que tenían con quienes eran más pobres que ellos. Esos ahorros sí que sirven. Porque llegará el día definitivo en que el Señor nos dirá: “Tuve hambre y me diste de comer (o no); tuve sed y me diste de beber (o no)...”

- EL VALOR DE LA CASTIDAD: Dios hizo al hombre sexuado para que creara junto con El transmitiendo la vida en un acto de amor. Nuestro mundo ha endiosado al sexo y busca desenfrenadamente el placer, sin importar el amor y eliminando la vida, muchas veces. Isidro y María conocieron la alegría de ser padres. Pero su hijo se les murió temprano. Entonces Dios les hizo una llamada muy especial y ellos respondieron con generosidad y alegría: vivieron en adelante en perfecta castidad, como hermano y hermana, consagrados a Dios como si fueran religiosos.

¿Imposible? “Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios” - dice el Señor en el Evangelio.

A nuestro Patrono le podemos pedir la pureza para nuestros jóvenes, la fidelidad para los esposos, la unidad de las familias.

- EL VALOR DEL MILAGRO: nos hemos vuelto tan racionalistas, que la presencia del milagro nos resulta incómoda. Sin embargo, un cristiano que no crea en el milagro no es un cristiano realista; en realidad, no es cristiano. ¿La Encarnación del Hijo de Dios no es un milagro? ¿La Resurrección no es un milagro? Cuando se acaban los posibles humanos quedan todavía los posibles de Dios, que son infinitos.

Si miramos la hermosa imagen de San Isidro que tenemos en nuestro templo, vemos que tiene dos bueyes en la mano. ¿Por qué?

“Sus compañeros lo acusaron de que llegaba tarde al trabajo por meterse en la iglesia. Para averiguar la verdad, Don Juan de Vargas - rico propietario a cuyo servicio trabajó el santo como labrador durante toda su vida - se puso personalmente al asecho y comprobó, en efecto, que Isidro llegaba tarde al trabajo; se disponía ya a reprimirlo, cuando vio, con la sorpresa que es de imaginar, que una yunta de bueyes blancos, guiados por la mano de un desconocido, araba el campo junto al arado de San Isidro. Mientras contemplaba la escena, paralizado por el asombro, desapareció la yunta maravillosa, y el propietario comprendió que el cielo se encargaba de suplir el trabajo del santo labrador. Otras personas atestiguaron que habían visto cómo los ángeles ayudaban a San Isidro. Don Juan de Vargas concibió desde entonces gran respeto por su servidor”. (Butler, II.310).

Si el milagro estuvo muchas veces presente en la vida de San Isidro, es para recordarnos una verdad fundamental: si llamamos 'Padre' a Dios, es porque nos cuida como un Padre. “Y lo que pidan al Padre en mi nombre El se lo dará” - nos dijo Jesús. Claro: esto va muy unido a un cuarto valor que no se puede olvidar en este peón de estancia:

- EL VALOR DE LA ORACION.

Quizá tenga algo que enseñarnos a nosotros, evolucionados cristianos del siglo XX, este labrador del siglo XII. ¿Tendremos algo que aprender? Que lo aprendamos. Y que su intercesión nos alcance del buen Dios la fuerza que necesitamos para vivirlo

* * * * *

Y la última semana de aquel año 1978 los monjes tuvieron a bien cantar en el coro este

HIMNO DE NAVIDAD

La Iglesia que te espera, Señor, hoy se reúne
a celebrar el tiempo de tu Natividad,
en que naciste pobre del seno de María,
para cambiar el rumbo de nuestra humanidad.

Ven hoy a nuestras vidas, y muestren tu presencia
la luz de nuestros ojos, la paz del corazón,
la palabra sincera que alienta y reconcilia,
las manos que encallecen construyendo el amor.

Ven al final del tiempo e instaura para siempre
tu Reino de Justicia, Verdad, Amor y Paz:
en él no habrá más llanto, y el sol serás tú mismo,
que alumbrarás un día de eterna Navidad.

48 – Tú me has pedido todo

Tú me has pedido todo
y yo no acabo de entender por qué
precisamente a mí.
Te he dado algunas cosas.
Pero Tú sabes
mucho mejor que yo
cuánto me queda en los bolsillos.
En realidad,
yo no te he dado nada:
me lo has quitado, simplemente.
Y muchas veces, antes de tenerlo.
Me has quitado el amor de una mujer,
la magia de los hijos.
Me robaste toda seguridad.
Casi, casi me quitaste la vida.
Deliberadamente
me has ido despojando, paso a paso.
¿Qué queda ya de mí?
Y sin embargo,
yo no te he dado nada.
Y mientras me rebelo contra Ti,
mientras no acepto quedarme sin mí mismo,
una extraña alegría,
agridulce y salada,
me llena el corazón,
y digo: Gracias.

Además,
me has hecho ver algunas cosas.
¿Y qué quieres ahora?
¿que no las vea más?
¿que me las calle?
¿que haga la vista gorda y me acomode?
¿que diga amén a las riquezas
y me olvide del pueblo y de los pobres?
¿Eso quieres? ¿Acaso
no fuiste Tú quien me mostró todo eso,
venciendo mi ignorancia,
y casi a pesar mío,
desinstalándome,
sin dejar que siguiera mi “carrera”?

Yo sé, por otra parte,
que cuando no te entiendo
es porque, al fin de cuentas,
no me entiendo a mí mismo.
O mejor, no me entrego.
Pero, ¿puedo yo darte algo
si Tú no vienes a quitármelo?

- A eso vengo.
Vengo a seguir quitándotelo todo;
menos aquello que yo te he enseñado.
Pero dilo sonriendo:
es dulce al paladar,
aunque resulte amargo en tus entrañas.

1979.-

YO, ABRAHAM

“Tráeme una ternera...” Gén. 15.

Heme aquí, mi Señor.
He aquí mi corazón dividido,
igual que la ternera, la cabra y el carnero.
Mis pájaros han muerto:
he matado la tórtola
y el pichón de paloma que me diste.
Defiéndeme del buitre y de los cuervos,
hambrientos de carroña.
Ha llegado la noche,
y solo, en mis tinieblas,
espero que tú vengas,
horno humeante,
antorcha ardiente y luminosa,
a quemar estos restos de mí mismo,
a unificar mi corazón y mis entrañas.
Ven a sellar la Alianza, para siempre.
Me basta tu promesa.
Y mi esperanza.

27 – 6 – 79

49 – El horizonte es pentagrama

El horizonte es pentagrama.
Y ese tractor es una nota errante
que avanza, con su ritmo
tenaz y laborioso,
hacia la bóveda infinita.

Julio de 1979

CALANDRIA

El silbido del hombre,
el sonoro gorgojo del canario,
todos los gritos y los cantos de los pájaros,
la luz del sol
y la pasión del viento entre las casuarinas...
todo cabe en tu garganta prodigiosa,
en esa flauta mágica
que Dios te ha dado para nombrar al mundo,
Calandria,
como quien juega a remedarlo,
a crearlo de nuevo,
a decirle que existe.
Alegría vestida de entrecasa:
quiero ser como vos.

Julio de 1979

YO DESDEÑÉ TU MANO

Yo desdeñé tu mano, Señor,
y me perdía.
Hasta que, ya vencido,
al fin tendí la mía
y pobre como un niño
me dejé conducir por tu cariño.

20 - 8 - 79

29 DE FEBRERO DE 1980

Hoy es el día.
¿Es el día que sobra?
Es el día que falta;
el día necesario:
para conservar el equilibrio del tiempo.
O mejor dicho:
de los años con que nosotros lo medimos.
Pobres hombres, mortales,
deudores permanentes de nuestro hermano sol.
Cumplidas cuatro circunvalaciones,
ritualmente,
pagamos el tributo de un día.

Así vemos el cosmos los humanos:

casi con exactitud.
Así proyectamos nuestras vidas:
casi perfectamente.
Pero siempre hay un “deficit”
en nuestra balanza de pagos.
Una deuda de amor
para con Dios,
para con los hermanos,
que todavía no pagamos.

Hoy es el día necesario.

50 – Bienvenida a Margarita Moyano

Margarita había sido Presidenta de la Juventud Católica Internacional y Auditora en el Concilio Vaticano II. El Hermano Roger Schultz la había invitado luego a impulsar desde Taizé el Concilio de Jóvenes.

Vuelta a la Argentina, se comprometió en trabajos de promoción y evangelización en la línea de la Pastoral Popular. Durante ese tiempo nos conocimos y nos hicimos muy amigos. Un hermano suyo, diplomático de carrera, era embajador en Bélgica y tenía un hijo jesuita, Juan Luis, desterrado en Francia durante la dictadura militar. A Margarita le aconsejaron autoexilarse en Bélgica, por su propia seguridad.

Bienvenida a tu tierra, Margarita.

Bienvenida a tu Pueblo;

al pueblo blando y fuerte:

blando para el cariño,

fuerte pa' las desgracias.

Bienvenida a este pueblo sin camino:

sólo puede vivir en la esperanza.

“Pero, ¿quién me guiará a la plaza fuerte?” (Salmo 107,11)

Si ponés el oído

bien pegado a la tierra,

como Enrique Angelelli

(el 4 se cumplieron cuatro años),

oirás viejos malones

- último intento de una raza

para sobrevivir en su terruño -

junto al sordo murmullo del arado

roturando la vida;

oirás gritos que ahogaron las mordazas,

y aullidos de dolor.

Y escucharás bullir la primavera

debajo del invierno:

la savia que no muere.

Hasta que estalle incontenible

ese himno que ensaya la esperanza

por detrás de la muerte y el silencio.

Bienvenida a tu tierra, Margarita.

Bienvenida a tu Pueblo.

Agosto de 1980.-

51- Canción del alma sola

CAMPOS DE INVIERNO

Los campos invernales,
en la pampa,
son horizonte puro,
desnudo e infinito.
Y montes a lo lejos.

Viejos campos doloridos,
viejos caminos gastados,
viejos ranchos:
tan viejos,
que ya no existen.

El amarillo de los aromos
es un pedazo de sol
en los nublados de invierno.
Así es el hombre que pone
su confianza en el Señor.

Agosto de 1980.-

PRIMAVERA

Canto de una sola nota,
cuello tenso y alas lentas,
pasa una garza rosada,
cálida flauta travesa,
que va repitiendo el tono
para que afine la orquesta
de canarios y gorriones,
de calandrias vocingleras,
de teros y benteveos,
de palomas que se alertan.
Ensayan un ¡Aleluia!:
es Pascua si es Primavera.

Setiembre de 1980.-

CANCIÓN SIN MELODÍA

Llevo mi cruz sobre los hombros.
Llevo tu Cruz sobre la frente.
Señor Jesús, crucificado,
resucitado para siempre.

Era...
el campesino aquel,
Simón, el de Cirene,

el padre de Alejandro y de Rufino,
que volvía cansado del trabajo,
con los ojos salados de lágrimas,
con el cuerpo salado de sudor.
Y lo obligaron, Señor,
a llevar tu Cruz detrás de ti.

Llevo mi cruz sobre los hombros.
Llevo tu Cruz sobre la frente.
Señor Jesús, crucificado,
resucitado para siempre.

CANCIÓN DEL ALMA SOLA

Toma, Señor, mi soledad.
Te ofrezco
lo más hermoso de mis días,
 tan iguales.
Esto que conocemos
Tú, las paredes de mi cuarto...
y yo.

Toma esta soledad,
que me circunda
aún cuando estoy rodeado,
cuando mis labios dicen palabras...
 y palabras,
cuando río,
mientras los ojos de mi alma
no pueden arrancarse de tu visión.
Sí, mi Señor:
de tu visión que me atormenta
cuando cae desnuda
sobre mi pobre mediocridad,
como el rayo cruel sobre la tierra.

Toma, Señor, mi soledad.
La soledad del hombre que no se pertenece.
Porque es tu propiedad.
Y la de todos.

1980.-

VERANO DE 1980-81

En la ciudad
hay un ejército de cadetes
y de mucamas y amas de casa
que están barriendo la vereda,
limpiando pisos y haciendo camas,
organizando todas las cosas
para que ocurra la mañana.
Para que vengan los ciudadanos

a despertar las calles
y a realizar operaciones
quirúrgicas y comerciales,
a embarullarlo todo, todo,
según los ritos indispensables,
hasta el silencio de la tregua.

En la ciudad
hay un ejército de cocineras
que encienden hornos y pelan papas...

52 - ¿Hasta cuándo, Señor?

Y ahí quedaron inconclusos estos versos, escritos en los pasillos de la Clínica “Independencia” de la ciudad de Nueve de Julio, a cuarenta kilómetros del monasterio.

Y ahí quedó inconclusa mi vida monástica en Los Toldos. No fui admitido a los votos perpetuos. Cada vez que he vuelto, los monjes me han tratado como a uno de ellos. Mis hermanos sacerdotes de Bariloche, por otra parte, en un tiempo me pusieron un sobrenombre: el monje. Es una vocación irrenunciable; pero mi convivencia monástica no anduvo: al principio puse muchas cosas entre paréntesis; pero, por lo visto, los paréntesis se fueron cayendo y mis contradicciones quedaron al desnudo.

Intenté seguir ese camino en el pequeño monasterio de La Pascua, en Canelones (República Oriental del Uruguay). Tampoco anduvo: cuando uno no cambia el corazón, es inútil que cambie de lugar. Siempre me quedó prendida a la memoria esa última idea de aquel clásico de la picaresca española, el “Guzmán de Alfarache”.

¿HASTA CUÁNDO, SEÑOR?

Así comienza el Salmo 12 (13): “¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?

¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?”

Cambié algunas palabras y escribí:

¿Hasta cuándo, Señor, seguirás despojándome?

¿Hasta cuándo te esconderé mi rostro?

Bien. Acepto.

Sí. Me doy por vencido.

Pero...

¿Por qué a mí, justamente,
me vendaste los ojos desde niño
y me llevaste de la mano?

Ahora estoy aquí,
parado en esta loma desolada,
sentado en este valle que no tiene
el horizonte abierto acostumbrado.

Sólo puedo
tenderme con los brazos en cruz
y suspirar por las estrellas.

Eres tú quien me ha crucificado.

¡Te tomas la revancha!

Bien. Me doy por vencido.

No puedo sino amarte.

Sólo a ti.

Y sin embargo me resisto.

Sé que sólo tu amor
es capaz de llenar de sentido
todo el amor que puedo dar
o recibir.

Y sin embargo...

Pero yo sé que un día

me vencerás al fin.

Yo me daré definitivamente por vencido

y venceré contigo.
Y seré un pan multiplicado
y repartido íntegramente a mis hermanos.
Caminaré con el más débil.
Seré pierna del rengo;
seré mano del manco,
y para el tuerto,
el ojo que le falta.
Y hasta seré capaz de bendecir
y de decirle un chiste
al que venga a cortarme la cabeza
- que rodará sonriente,
con los ojos abiertos para verte -.

Entonces ya
no serán necesarias las preguntas.

Monasterio de La Pascua - 25-8-1981.-

Lo de la cabeza cortada, por supuesto, es una alusión a Santo Tomás Moro, que, cuando iban a decapitarlo, según dicen, pidió permiso para dejar libre la barba...”porque mi barba no ha ofendido a Su Majestad”.

53 – En Uruguay

Durante el año que duró mi estadía en Canelones traté de conocer algo de la historia y la literatura uruguayas. Los orientales tienen excelentes narradores surrealistas. Por aquel tiempo escribí

EL VIEJO

I

A los dieciocho años lo había visto por primera vez. Justo cuando estaba por tomar el tren, en su ciudad natal, para ir a inscribirse en la universidad: el rápido de las diez.

Eduardo y la primavera eran una sola cosa esa mañana. El pantalón y la camisa de mangas largas ceñían su juventud. Su equipaje: un pullover sobre los hombros y un atado de cigarrillos. Las manos libres, el corazón libre para gozar de la vida, para elegir su carrera, para poner en marcha el gran proyecto de ser él mismo.

Recorrió el andén con aire de triunfo. Con la afectada indiferencia y el íntimo placer de quien se sabe objeto de las miradas femeninas. Sacó el boleto y salió a sentarse en el banco que quedaba. Encendió un cigarrillo y abrió los brazos sobre el respaldo. “La vida es bella”. No lo pensaba: lo sentía, simplemente.

Fue entonces cuando vio venir al viejo. Era casi tan alto como él; pero caminaba un poco encorvado. Pelo y barba blancos, desaliñados con una cierta elegancia. Tostada la piel blanca de su cara, de sus brazos y de sus pies: calzaba unas viejas sandalias. También él llevaba un pullover a la espalda. No tan nuevo, claro. En la mano, un bolso ya incoloro, que parecía más vale el “mono” de un caminante.

- ¿Qué querrá este vejete? - pensó, cuando vio que sus ojos grisazules lo miraban-. Seguro que me va a pedir algo.

Era la primera sensación desagradable e incongruente de aquel día. Un día tan especial para él.

El viejo se acercó, arrastrando un poco los pies, y se sentó junto a él. Puso el bolso en el suelo, entre las piernas abiertas. Eduardo miró para otro lado. Trató de interesarse por un cartel de propaganda. Casi lo consiguió. Pero sentía detrás de su nuca y cerca de su mano derecha aquella presencia que le resultaba inquietante. Tuvo que darse vuelta y encontrarse con los ojos firmes y serenos del viejo, que le dijo sonriendo:

- Buenos días - como si ya lo conociera.

- Buen día - contestó casi descortésmente, sustituyendo adrede el plural por el singular.

¿Por qué lo inquietaba el viejo aquel, que no le pedía nada y lo saludaba con amabilidad?

Quizá porque representaba todo lo contrario de lo que el muchacho era y quería ser en aquel momento. Eduardo se ponía en marcha hacia la vida. Y aquel hombre volvía de la vida, arrastrando un poco los pies. Los dos estaban solos. Los dos tenían un pullover sobre la espalda. Pero el brillo de los ojos del joven era una luz de entusiasmo, de esperanza, de vitalidad no domada todavía. En los del viejo, en cambio, lo que brillaba era una extraña paz, una tranquila alegría templada en el dolor.

Se volvió nuevamente, y otra vez encontró los ojos y la sonrisa rodeados de canas. Quedó un poco confundido. Sólo atinó a llevar la mano al bolsillo de la camisa y ofrecerle un cigarrillo. El viejo aceptó, sin extrañarse. También aceptó el fuego y le dio las gracias.

Cambiaron algunas palabras. Al joven le entró una gran curiosidad por saber de qué estaba hecho aquel acento grave, cansado pero no abatido. La voz, desconocida y familiar a un tiempo, algo dijo sobre proyectos o sobre el futuro, que tenía que ver con lo que el estudiante

estaba viviendo en ese momento. Aquella presencia seguía siendo inquietante para él. Pero ahora luminosa. Lamentó que el tren llegase a horario: hubiese gastado horas en penetrar el misterio del viejo.

A su saludo desde la ventanilla había respondido una mano con un cigarrillo entre los dedos, una sonrisa mansa y dos ojos grisazules, desde una aureola de canas en un cierto desorden.

II

Don Eduardo, de saco y corbata, se agregó a la cola frente a la ventanilla de la estación. Revisó el portafolio y su agenda. Entre otras cosas, debía averiguar algunos detalles para la inscripción de su hijo mayor en la universidad. (“¡Ya!” - pensó -). Y se dio vuelta, al oír que depositaban un bolso detrás de sus pies.

¿Cuántos años hacía que había visto por única vez aquellos ojos, aquella sonrisa y aquellas canas? Nunca se la habían despintado.

El viejo le tendía ahora la mano y lo saludaba.

- ¿Cómo está?

La voz era la misma. Todo en él era extrañamente igual que hacía veinticinco o treinta años. La misma paz, la misma alegría, el mismo misterio... la misma edad indefinida.

Aquel apretón de manos era el de alguien que conocía perfectamente lo que en todo ese tiempo le había pasado a él. Todo se le hizo presente en un segundo, iluminado por la presencia del viejo.

Los primeros años de universidad habían sido tranquilos. El estudio lo había absorbido. Luego empezó a agitarse el fondo del mar universitario. Poco a poco el movimiento llegó a la superficie. Con muchos otros, Eduardo había ido entendiendo que su apacible vida de estudio era un privilegio. Y que los millones de seres humanos que trabajaban para proporcionárselo nunca podrían soñar con esa posibilidad para sus hijos. Se comprometió a fondo. Lograba, a duras penas, compaginar el estudio con la actividad política: reuniones, publicaciones, pegatinas, pintadas... exámenes parciales y finales. Fueron tiempos exigentes, agotadores a veces. Pero heroicos. Los vivía con intensidad. Se sentía llevado por una corriente de esperanza y de liberación, a la que él mismo daba empuje, por su parte.

En los ojos del viejo veía reflejada esa llama que nunca se había apagado en él. Y también el dolor de los enfrentamientos y de las incongruencias que vinieron después. La represión, la inseguridad, los compañeros muertos, desterrados o desaparecidos. Y cuando llegó su turno, la tortura inicial y los tres años de cárcel.

Después, volver al pueblo sin haber podido seguir su carrera; conseguir trabajo es esa misma oficina en la que trabajaba ahora.

Una de las mejores cosas que le habían sucedido fue conocer a María Ernestina. Al principio, ella aportó su ternura y su simplicidad. Pero poco a poco se había ido introduciendo en su mundo, compartiendo sus frustraciones e identificándose con sus ideales. Gracias a Dios, mal que bien, todo eso se lo habían podido transmitir a sus hijos. ¡Habían luchado tanto juntos!

Al aceptar el cigarrillo que le ofrecía Eduardo, el viejo le hizo entender que todo eso estaba bien: que a pesar de todo, no se había traicionado a sí mismo, ni a su pueblo, ni a Dios. No lo

dijo así. Pero se entendía. Y algo agregó sobre lo que le faltaba luchar, sobre las calles de la angustia que había que recorrer todavía para llegar al corazón de la felicidad. Algo así.

III

Aquello que dijo el viejo como al pasar le volvería a la memoria durante muchos años. Imposible recordar las palabras; imposible olvidar el mensaje. Comenzó a entenderlo cuando las cosas empezaron a moverse de nuevo, desde abajo.

Era el tiempo en que el segundo de sus hijos había ingresado a la facultad. El y su mujer redoblaban con gusto sus esfuerzos. Los muchachos también arrimaban el hombro, y mucho. El mayor trabajaba y estudiaba. Temió por su salud cuando a eso agregó actividades parecidas a las que a él lo habían llevado a la cárcel.

Su primera intención fue protegerlo, sustraerlo. Pero comprendió enseguida que lo que correspondía era acompañar, alentar, orientar en lo posible.

La represión de los que todo lo tenían y nada querían compartir no se hizo esperar. Y otra vez le clavó las garras. Esta vez fue peor. La tortura y la cárcel que él había sufrido le parecían simples incomodidades frente al dolor provocado por la desaparición de su hijo.

Padre, madre y hermanos movieron cielo y tierra. Sólo encontraron el silencio. Y la angustia de la incertidumbre, peor que la certeza de la muerte. Un año y otro año y otro. ¿Hasta cuándo aguantarían? Cada uno resistía solamente por no abatir a los demás. Insoportable.

Pero esta vez la fuerza del pueblo era irresistible. Había madurado mucho en el dolor, en la paciencia histórica.

Él, que había sido capaz de aguantar tanto dolor, creyó por un momento que no iba a poder aguantar tanta alegría: la liberación del pueblo y el reencuentro con el hijo.

El viejo sueño empezaba a tomar cuerpo. Hubo que aportar muchos esfuerzos para organizarse, para comenzar a vivir de nuevo, en una convivencia realmente humana, para alentar a los que se desalentaban. Pero todo se hacía con una canción.

Faltaba todavía, sin embargo, la última prueba. Llegó cuando María Ernestina cayó mortalmente enferma. Fue ella misma, consciente de que aquel camino no tenía regreso, quien lo preparó para la despedida. Al fin, contrariamente a lo que Eduardo hubiera pensado siempre, pudo ser testigo de su muerte con una extraordinaria paz.

Y así siguió. Sentía que aquella mujer incomparable que había sido su compañera y su amiga, carne de su carne y madre de sus hijos, seguía estando junto a él y trasmitiéndole su serenidad.

Esto se acentuó poco después, cuando vino la jubilación. Los hijos eran grandes. Los dos mayores participaban en el Concejo Popular que coordinaba la vida de la comunidad. En aquella su ciudad, ahora todo un centro industrial y artístico, don Eduardo se fue sintiendo cada vez más libre, menos condicionado, en su manera de vivir, de vestir, de relacionarse con la gente. Conocía a todos. Amaba a todos.

Un día, al pasar cerca de la estación de trenes, entró al baño. Al salir, frente a los lavatorios, se encontró con el viejo aquel. Todo igual. Sólo que ya no tenía el bolso. Su sonrisa, más luminosa que nunca, lo invitó a sonreír. Sin decir palabra le ofreció el último cigarrillo que le quedaba. Y se acercó bien: como para penetrar el misterio de aquellos ojos grisazules que veía por tercera vez en su vida.

Entonces se echó a reír a carcajadas: eran sus propios ojos los que reflejaba el espejo. Y descubrió el misterio: el viejo que Eduardo Martínez había conocido a los dieciocho años era... Eduardo Martínez.

Comprendió entonces que cuando un hombre se ha encontrado definitivamente consigo mismo ha llegado el momento de encontrarse con Dios. Y se murió. Solo, como todos los hombres, en última instancia; pero muerto de risa.

* * * * *

El final está evidentemente influenciado por el surrealismo de los cuentistas uruguayos, cuya lectura me había impresionado mucho. La horrorosa experiencia de represión que vivía nuestro país es la otra marca fuerte. Y la tercera es la utopía. A comienzos de los '80, las utopías de los '70 estaban intactas en muchos de nosotros.

TE CANTARÁ MI ALMA

Te cantaré mi alma
aspirando el perfume
de los blancos jazmines de Adviento.
Adviento prolongado
de esta mi tierra virgen adolescente y grávida
que espera dar a luz un Pueblo Hermano,
un pueblo humilde y pobre (Sofonías 3,12)
pero libre.

Navidad de verano: la plenitud soñada.

Navidad 1981 - Monasterio de La Pascua

Canelones - Uruguay.-

54 – De Nevares y Hesayne

A Don Jaime De Nevares lo había conocido yo en el monasterio de Los Toldos: solía ir allí acompañando a sus seminaristas en el retiro espiritual anual.

Hacía varios años que era conocido en el país y fuera de él por su compromiso con los obreros de la represa de El Chocón, con la comunidad mapuche, con los pobres en general y con los derechos humanos. El sabía de mi existencia porque durante los meses de mi detención algunos amigos habían ido a la Asamblea de la Conferencia Episcopal a pedirle que se interesara por mí.

Recuerdo que cuando me presenté, él exclamó, con admiración:
- ¡¿Vos sos Juan Dieuzeide?!

Parecía sentirse más honrado él por conocerme a mí que yo por conocerlo a él. Me descolocó con esa humildad.

Tuvieron que irse antes de lo previsto porque el Ejército había allanado la sede de la A.P.D.H. (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos). Después de Maitines, la oración de la madrugada, tomaron el desayuno y se disponían a partir; algunos salimos a despedirlos. Uno de los seminaristas quiso sacar una fotografía: nos agrupamos; y Don Jaime dijo:

- ¡Ah, no! ¡Yo me saco al lado de Juan!

Y se puso a mi lado. Nunca ví esa fotografía. Pero el recuerdo no se me borrará jamás. Uno quedaba siempre sorprendido con tanta sencillez.

En otra oportunidad, en que Don Jaime se encontraba nuevamente en el monasterio, habían venido unos amigos a visitarme. Quisieron saludarlo; los presenté y los dejé conversando con él. Me causó mucha gracia el comentario de “Tuco” Ramos, obrero en una fábrica de Mercedes: - ¡Che, Juan! ¡Es “ratón” como nosotros, es!

Cuando finalmente salí del monasterio de La Pascua, lo que significaba volver al clero diocesano, pensé:

“Esta vez, el obispo me lo elijo yo”. (Las 'internas' eclesíásticas son cansadoras e improductivas: uno gasta muchas energías inútilmente).

Lo lógico hubiera sido que ofreciera mis servicios a De Nevares. No fue así, sin embargo: pesó mucho en mi decisión una carta del año anterior, firmada por Miguel Esteban Hesayne, por entonces obispo de Viedma, Río Negro. A principios del '81, creyendo que yo dejaba la vida monástica, me había ofrecido la parroquia de Choele Choel, en el Valle Medio. Le respondí diciéndole que sólo había cambiado de monasterio y que le agradecía cordialmente su invitación.

Un año después, había llegado la hora de aceptarla. Tenía mi carta escrita -junto con un “currículum”, para que supiera qué hacer conmigo-, en la cual me ofrecía para lo que hiciera falta, aunque manifestando también mi más profundo deseo: “vivir pobremente entre los pobres, dedicado fundamentalmente a la oración”.

Pasé por casa de mi hermana Eder, que acababa de trasladarse con su familia a Pilar, provincia de Buenos Aires.

- Está bien que quieras dedicarte a los pobres - me dijo -. Pero ¿por qué irte lejos otra vez? ¡Pobres hay en todas partes!

Tampoco a mí me resultaba indiferente la idea de estar cerca o lejos de mi familia. Aquella noche no dormí.

A Hesayne lo conocía, pero no mucho. Hacía varios años lo había visto y escuchado por primera vez, durante una Semana de Pastoral, en La Plata: estaba dedicado a Pastoral Rural en la diócesis de Azul, y dio una charla sobre ese tema. Era interesante su modo de encarar la problemática de los campesinos, aunque me

daba la impresión de que, a la hora de buscar soluciones, se quedaba a mitad de camino.

Al poco tiempo de ser nombrado Obispo de Viedma, en 1975, los mineros de Sierra Grande declararon una huelga y los jesuitas que estaban a cargo de la parroquia los apoyaron. Una bomba estalló en la puerta de la casa parroquial. Don Miguel Esteban estaba al día siguiente celebrando una Misa con los jesuitas y los mineros en la puerta de la mina.

En el '76 vino el horror de las desapariciones y las torturas. Hesayne “se desayunó” de lo que realmente pasaba cuando vio con sus propios ojos lo que le había pasado a “Bachi” Chironi, a quien él, ingenuamente, le había aconsejado presentarse a la Policía Federal para blanquear su situación.

A partir de ese momento ¡hubo que escucharlo al “Turco”! Se lo escuchó en todo el país. Y en el extranjero.

Todo eso evalué también en aquella noche de insomnio. Y a la mañana siguiente mandé la carta por expreso.

Recuerdo que, después de entrevistar al obispo en Buenos Aires, mi hermana Eder me preguntó qué tal era.

- Muy sencillo - le respondí -. Me invitó a comer en una pizzería, y me llamó la atención que, al llegar, se sacara el saco. (No respondía a la imagen episcopal que yo, como tantos, manejaba entonces). Me resultó tan accesible, que me daba ganas de tratarlo de “che”.

- ¡Ni se te ocurra! - sentenció mi hermana.

Y no convencida de que yo le hiciera caso, insistió:

- Juan: prométeme que, si él no te lo pide, no lo vas a tratar de “che”.

- ¡Te lo prometo!

El 25 de marzo a las 10,00 Hesayne me recibió en el obispado de Viedma. Yo lo trataba con todo respeto:

- Sí, Monseñor, no Monseñor.

- ¡No me trates de “usted” - me dice, a los diez minutos.

- ¡Menos mal que me lo dijiste! - fue mi rápida respuesta -: ¡yo no te trataba de “che” por la promesa que le hice a mi hermana!

55 - Patagonia

Soy patagónico desde el 25 de marzo de 1982: me había entrevistado con Hesayne en Buenos Aires, y aquella madrugada del día de la Anunciación me fue a esperar a la estación de trenes de Carmen de Patagones, junto con su secretario Jorge Kelly, gran amigo mío, y quien era por entonces párroco de la Catedral de Viedma, el recordado Julio Giménez.

Hasta el 25 de diciembre pasaron nueve meses de trabajo muy intenso: Julio se fue a mitad de año, y con Kiko Laforgue fuimos “abarajando” la tarea pastoral que el año anterior realizaban cinco curas. Yo me divertía mucho con Kiko, eso sí; creo que él, no tanto conmigo: luego me enteré de que yo le resultaba demasiado exigente. ¡Pobre!: además de la sobrecarga de trabajo, tener que aguantarme a mí.

Kiko, además de tener un irrefrenable sentido del humor, era un excelente repostero y se distendía, cuando le era posible, inventando tortas y postres. Una tarde estaba en el primer piso, en la cocina, horneando escones. Lo llamaron a la oficina parroquial, en planta baja. La entrevista duró más de lo previsto. Cuando Kiko subió las escaleras - me río de sólo imaginarlo - debió llegar gateando a la cocina: era la única manera posible, ya que el humo lo abarcaba todo. No teníamos otra cosa para cenar más que los “escones” carbonizados.

- No importa, Kiko - le dije - : raspamos la parte quemada y comemos lo que queda cocinado adentro.

Y esa fue nuestra cena.

Al día siguiente quiso resarcirse de su fracaso preparando unas riquísimas empanadas de carne. ¡Cuál no sería su desazón al comprobar que le había pasado exactamente lo mismo! La carne picada se podía rescatar, así que esa noche nos deleitamos poniéndola sobre el pan.

Me hice cargo de la Parroquia “San Pío X^o” en una situación doblemente delicada: había sido fundada hacía dos años sobre la base de una comunidad “neo-catecumenal”, asistida por el Padre Pedro.

Pedro se había ido sin dar explicaciones; y la feligresía nunca las conoció, por lo menos oficialmente: habiendo dejado embarazada a una ex-compañera de facultad, dejó el ministerio sacerdotal y se casó con ella.

Por otro lado, Hesayne había suspendido las catequesis del “Camino” Neo-catecumenal (no quieren que se les llame movimiento); hicimos notables esfuerzos ambas partes: yo debí esforzarme para acompañarlos y ellos para dejarse acompañar por un cura que no pertenecía a su colectividad y tenía otras ovejas que apacentar.

Algo secó mi fuente poética durante mis seis años de Viedma: hasta el año '88, en Bariloche, no volví a escribir ni una sola poesía.

56 – Guerra de Malvinas

A los pocos días de estar en Viedma, el General Galtieri intentó la aventura de la ocupación de las Islas Malvinas. 6.000 soldados a lo largo de los 180 km. que nos separaban de San Antonio Oeste; por las noches, oscurecimiento total de las viviendas; un batallón entero alojado en las partes inconclusas del Colegio “Pablo VI”, propiedad del Obispado, que dirigían los Hnos. Maristas: clima de guerra.

Hesayne dijo desde el primer momento:

- La única victoria deseable es la victoria de la paz.

Hacía varios años que Juan Pablo II venía preparando su histórico viaje a Inglaterra: la primera visita de un Papa desde el nacimiento del anglicanismo, con Enrique VIII. Las inesperadas circunstancias le obligaron a incluir el tema de la guerra. Y dijo en Londres lo mismo que Hesayne había dicho en Viedma.

Debió también improvisar una visita a la Argentina, para no aparecer como parcial. ¡Qué pueblo tan particular que somos los argentinos!: mientras no faltaron quienes dijeron que el Papa había venido a anunciar la derrota de nuestro país, la Junta Militar comulgaba de sus manos en el altar de Palermo y la gente en Buenos Aires vivía un clima de fiesta. Los que habíamos ido desde la Patagonia no entendíamos nada.

Hesayne había pedido a las parroquias, movimientos y colegios católicos que oraran por la paz. Pero el Hno. Enrique, marista, español y franquista, hacía rezar a los chicos por la victoria.

Como yo era capellán en el Colegio Pablo VI, un día me llamaron a confesar a algunos soldados que iban a comulgar en la Misa del día del fundador de la congregación. Quise charlar con ellos para ayudarles a hacer su examen de conciencia. Cuando llegamos al “No matar”, apareció la “objeción de conciencia” frente a la guerra. Claro: cuando habían jurado la bandera, ninguno pensó que la guerra era una posibilidad próxima. Ahora tenían miedo, como era lógico; pero frente a sus superiores militares ya era demasiado tarde.

De todos modos, los 6.000 efectivos no se movieron de la costa norpatagónica hasta la retirada de Malvinas.

57 – El Sínodo de Viedma

La experiencia más intensa de Iglesia que he vivido fue, sin duda, **el Sínodo de Viedma**.

A decir verdad, cuando llegué, en el '82, la cosa estaba bastante confusa: ¿el Sínodo había comenzado ya? ¿nos encontrábamos en la etapa pre-sinodal? Los que estaban en marcha eran grupos sinodales, en distintos lugares de la diócesis - toda la provincia de Río Negro-, coordinados por un excelente equipo, a través de cuadernillos periódicos.

El lema era: **“Para anunciar a Jesucristo”**.

Y el tema central: **Parroquia: - Familia de Dios**

- Fraternidad Misionera

- Taller de la Civilización del Amor.

En el '83 empezó a aclararse el panorama: los curas nos reunimos tres veces, una vez en la zona atlántica, otra en la valletana y la tercera en la andina. Fijamos para agosto las asambleas parroquiales, para setiembre las vicariales y para octubre la sinodal.

No me sorprendió que en nuestra asamblea parroquial apareciera fuertemente la propuesta de las pequeñas comunidades: el camino neo-catecumenal se organiza de esa manera. Me llamó la atención que cuando la Vicaría Atlántica se reunió durante dos días en San Antonio (una sentada memorable) el mismo clamor por la descentralización de las parroquias fuera unánime: la proponían hasta los de Río Colorado, cuyo párroco era un preconiliar militante. Se hablaba de comunidades barriales, de pequeñas comunidades, de Comunidades Eclesiales de Base... Pero la idea era la misma.

En esa oportunidad me habían encargado de la liturgia. La organizamos de la manera más participativa posible. Como parece que salió bien, para la asamblea sinodal me propusieron la misma tarea. Acepté. Lo que no sabía era que eso significaba formar parte de la Comisión Central. Yo, que me había incardinado en la diócesis un mes antes, me encontré metido de cabeza en esta experiencia extraordinaria, para vivirla bien desde adentro.

Carmelo Giaquinta, el Obispo Auxiliar, era el Director del Sínodo. Un día nos empantanamos por una cuestión metodológica. Nos pusimos todos bastante tensos.

- ¡Podríamos celebrar la Reconciliación! - empezaron a reclamar los sinodales, laicos en su mayoría (los curas estábamos casi todos y las religiosas eran unas cuantas).

Durante la celebración, la sorpresa de los laicos fue que, cuando se dió “la voz de ahora”, los curas, en lugar de salir a confesar, empezaron a confesarse entre sí. Era impresionante: dos obispos y unos 50 presbíteros celebrando la Reconciliación entre ellos, antes de ir a ejercer el ministerio de la Reconciliación.

Al día siguiente las conclusiones salieron “¡como por un tubo!”.

Experimenté que el Espíritu Santo asiste a la Iglesia en todos los niveles.

Una jornada estuvo dedicada exclusivamente a escuchar a todo aquel que quisiera dirigirse a la asamblea en plenario: 68 oradores, con un máximo de 5 minutos cada uno. A todos se los escuchó con la misma atención. Las ponencias leídas se conservaron.

Yo fui el N° 46.

Esta mañana yo estaba anotado para hablar después de nuestro querido "Chingolo". Pero tuve que postergar mi intervención porque justo a esa hora tenía que ir a la radio local, por la que cada mediodía tenemos un microprograma del Obispado, "El Evangelio y las noticias". Fui y comenté la hermosa experiencia que estamos viviendo aquí. Digo esto porque creo que es verdaderamente importante prepararnos y animarnos a utilizar los Medios de Comunicación Social, la radio, especialmente, que llega a tantas familias de todas las clases sociales. Muchos hermanos nuestros que nunca van al templo tienen así oportunidad de encontrarse de alguna manera con el Evangelio.

Estoy muy pero muy de acuerdo con aquellos hermanos que me han precedido hablando de la necesidad de las pequeñas comunidades. Pienso que es necesario promover la creación de esas comunidades, especialmente en los barrios más pobres. Para eso, claro, será necesario sin duda dejar de lado otras actividades, quizá no tan prioritarias. No se trata de condenar esas actividades como ineficaces para la evangelización, sino de establecer prioridades.

Lo que decía Luis Kloberstanz acerca de una Iglesia de los pobres que opta por las otras clases o sectores sociales, responde, a mi modo de ver, no sólo a una estrategia pastoral, sino al espíritu de Cristo, que no empezó la predicación de la Buena Noticia desde el centro de Jerusalén, sino desde su realidad de carpintero de Nazareth.

Tengo experiencia de que es muy difícil revertir nuestras tradicionales pautas de evangelización y catequesis. Por eso creo que se han de buscar los modos de coordinar las distintas experiencias que se hagan en este sentido, sin crear, por supuesto, ningún movimiento nuevo.

La presencia de la Iglesia en los barrios marginados tendría que darse a través de esas comunidades, arraigadas en el lugar y encarnadas en la realidad histórica. Esto no lo digo por experiencias hechas, sino por experiencias vistas de mi parte.

Reflexionar juntos la Biblia, conocerla y profundizarla, pero no de una manera teórica, ni individualista, ni espiritualista: meditarla a partir de la propia historia, no sólo personal o familiar, sino también del barrio, de la provincia, del país, teniendo muy en cuenta el Magisterio de la Iglesia Universal, de los Obispos Latinoamericanos y argentinos, de nuestro Obispo Diocesano.

Ir marchando - porque el camino va a ser trabajoso y progresivo - hacia una comunidad de vida, con un gran respeto y aprecio por la religiosidad popular y por las características propias de cada comunidad. Pero cada una, a su vez, integrada en la comunidad de comunidades que debería ser la Parroquia, y coordinadas en una Pastoral de Conjunto.

- La Pastoral de Conjunto es el segundo tema que quisiera tocar. (O el tercero, en realidad, porque el primero fue el de los M.C.S.)

Es verdad que la unidad no es uniformidad. Pero cuidado que eso puede convertirse en una trampa. El Concilio Vaticano II habló de la unidad en la diversidad. Pero podemos acentuar de tal manera la diversidad, que perdamos la unidad, si no tenemos en cuenta los lineamientos ya dados por la Iglesia Universal y aplicados por el Obispo para la Iglesia Particular.

La unidad de criterios y de acción es importantísima, por ejemplo, en una ciudad donde hay varias parroquias o en una zona donde las parroquias son cercanas o tienen cierto tipo de relación.

Una Pastoral de Conjunto permitiría, por ejemplo, hacer una acción coordinada entre las comunidades de la Línea Sur y las comunidades que van recibiendo a mucha gente que proviene de allí.

A nivel diocesano, me parece imprescindible la existencia de un Consejo Pastoral Diocesano que reflexione, evalúe y ayude al Obispo a buscar los caminos

adecuados. Todos los sectores del pueblo de Dios deben estar representados en él: sacerdotes, religiosos/as y laicos. Se reuniría quizá una vez por año durante varios días; pero estaría en contacto permanente, a través de distintas modalidades de intercomunicación.

Creo que hay que ir pensando, durante las sesiones del Sínodo, el modo de que un Consejo Pastoral les dé continuidad a las líneas que le sean propuestas al Obispo y que sean asumidas por él.

Lo de “El Evangelio y las noticias” se debía a que, después de varios años de exilio en Brasil, mi compadre Néstor Busso había “desembarcado” con su familia en Viedma y se había convertido en el Secretario de Comunicaciones del Obispado: muy eficiente, por cierto. Yo “le hacía pata” en su tarea periodística: además de hacerme cargo del micro-programa diario, formé parte más tarde del Consejo de Redacción de la revista “**De Pie**”.

58 – El Evangelio y las noticias

Hesayne quería un programa radial en el que la Buena Noticia iluminara las noticias de la semana. Ninguno de nosotros tenía experiencia de una tarea semejante. Escuchamos y vimos programas grabados, discutimos, diagramamos. Decidimos grabar microprogramas semana por semana para emitirlos de lunes a viernes.

Cuando Néstor y yo fuimos a ver al director de L U 15, la única radio que existía en Viedma en 1983, en pocos minutos nos convenció de que lo que debíamos hacer era un micro en vivo y en directo, comentando las noticias, día por día, desde el ángulo de la fe. Nos ofrecía un horario central: las 12,35. Así nació “**El Evangelio y las Noticias**”. A mí me tocó ser la voz habitual durante los cuatro años que duró el programa.

Desde la Parroquia S. Pío X° iba casi siempre en bicicleta. Cuando me trasladé a la catedral, en el '85, estaba a media cuadra. Más de una vez salía corriendo, con el diario en la mano. Recuerdo siempre que una de esas veces oigo una voz desde la esquina de enfrente:

- ¡En este pueblo es fácil saber la hora: cuando el cura sale corriendo para la radio, son las doce y media pasadas!

Era mi amigo el periodista Carlos Espinoza.

Pero cuando las actividades de la mañana me lo permitían, hasta llegaba a escribir lo que iba a decir; o por lo menos el esquema. Entre mis papeles conservo una carpeta con algunos de esos apuntes; son del '83 y del '84.

El primero se refería a un tema internacional.

Leía hace unos días la noticia de que el Papa Juan Pablo II ofrecería su mediación, o sus buenos oficios, para que se reanuden las conversaciones de Ginebra sobre el desarme. Claro: después de la cuestión de los euromisiles ubicados en Alemania Occidental y el retiro de la Unión Soviética de la conferencia de Ginebra, la inestable paz mundial pasa por una de esas peligrosas crisis a las que nos tiene acostumbrados, y que no por la costumbre son menos peligrosas, porque uno nunca sabe cuándo la cuerda se va a cortar realmente.

Las relaciones internacionales a nivel verdaderamente mundial son algo propio de este siglo: nunca se habían dado antes así, ni podían darse sin el sistema de comunicaciones que actualmente rige en el mundo. Bueno: en este estado de cosas, las potencias y superpotencias vienen mintiéndose de tal manera desde hace varias décadas, que ya no se creen más, desde hace tiempo. Se cumple aquello del Salmo: “hablan de paz a su prójimo, mientras su corazón está lleno de maldad”.

Pues bien: ese es el motivo por el cual el Cardenal Casaroli, Secretario de Estado de Juan Pablo II, dice que el Papa podría “actuar como portavoz para unos y otros, para exponer la sinceridad del deseo de paz del interlocutor y la búsqueda concreta de lo que es posible, en cierto momento, para superar las dificultades”.

Eso es lo que hace falta en nuestro mundo: poder creer en la sinceridad del interlocutor, en la vida internacional, en el diálogo interno de cada nación y en la relación mutua entre las personas.

Pero aparte de eso, yo pensaba algo que creo haber dicho ya: ¿Quién le manda a Juan Pablo II meterse en todos esos líos, en vez de quedarse predicando lo estrictamente religioso, como quieren algunos, la salvación de las almas, etc.? ¿Quién le manda? Dios mismo: el imperativo del Evangelio. Porque el mensaje cristiano no puede quedarse en un llamado individualista a la conversión. La Iglesia ha de llamar a la conversión al mundo entero: a las personas y a las naciones. Tiene que evangelizar de una manera concreta la historia de la humanidad, con todo lo que implica.

Esta actitud de Juan Pablo II debería servirnos de ejemplo a todos nosotros. Si pretendemos salir ilesos de todo compromiso, conservar la buena imagen y no ser nunca blanco de crítica alguna, entonces nos quedamos en casa y defendemos sólo nuestros propios intereses. Lamentablemente nuestros propios intereses nos limitan muchas veces: buscamos el rédito social, o el rédito económico, o el rédito político. Especulamos con nuestro servicio a los demás.

Dicen que se está dando mucho en nuestro medio en este tiempo: gente que trata de aferrarse al poder o a un puesto de cualquier manera, y sin importarles nada la coherencia, los principios, la propia dignidad. Dicen. Dicen que hay gente que podría prestar un servicio; pero que no lo hace “para no quemarse”. Y que hay otros que estarían dispuestos a prestarlo, pero a quienes el interés de terceros se lo impide.

(No recuerdo ahora a qué me refería en ese momento).

En fin: ¡Se dicen tantas cosas! Algunas han de ser ciertas. Tampoco faltan los que nunca se meten en nada más que en sus propias cosas, y por eso justamente se creen con derecho a criticar a todos los demás, sobre todo al que quiere hacer algo.

Es difícil, ciertamente, ponerse a hacer algo por los demás, desde una función de gobierno, por ejemplo, y resistir a la tentación de buscar la propia seguridad, el propio beneficio, etc. Se necesita una pizca de heroísmo: de ese heroísmo que, a mi juicio, demuestra el Papa cuando no le escapa a los problemas, en nombre no de una política determinada ni un afán de poder, sino en nombre de Jesucristo.

59 – Retorno a la democracia

El segundo apunte tiene que ver con un tema muy local: las elecciones del '83 habían significado el retorno a la democracia, y como la Constitución de la Provincia de Río Negro entonces vigente no tenía la figura del Intendente Municipal, sino la del Presidente del Concejo, esto había originado en Viedma una situación especial.

La noticia de que “ya tiene Intendente el pueblo” fue ayer, sin lugar a dudas, una buena noticia para los viedmenses. Los oyentes que no son de Viedma sabrán que aquí, en las elecciones para concejales, ganó el Justicialismo por escaso margen. Lo que hizo que tanto ese partido como el Radicalismo tengan 4 concejales cada uno. Eso motivó una prolongada indefinición, y la capital de la Provincia de Río Negro era hasta ayer el único municipio que no sabía quién iba a ser el Presidente del Concejo.

Ahora bien; los concejales, en lugar de esperar pasivamente a que hubiese una definición, optaron por buscar los puntos de coincidencia entre las plataformas comunales de sus distintos partidos, que son muchas, lógicamente. Resultó electo Presidente del Concejo Héctor Larregui, justicialista, y Vicepresidente, Jacobo Abrameto, radical.

Al rato, Omar Videla, de L U 15, reportó a uno y a otro por separado. Por lo que cada uno dijo, se puede ver que la búsqueda de coincidencias no ha sido en vano, y que les va a permitir poner manos a la obra cuanto antes. Me gustó que el Vicepresidente se refiriese al Presidente del Concejo diciendo: “El 'Vasco' Larregui lo va a hacer muy bien”. Me gustó, sobre todo, que los dos fijaran como prioridad N° 1 el agua para los Barrios Lavalle y Ceferino y el catastro y servicios para los Barrios Las Flores y Miraflores. Coincide que todos esos barrios pertenecen a mi parroquia. Pero no es el caso.

Se ve que hay coincidencia en una sensibilidad social, y eso es lo importante. Habrá muchos otros temas que abarcar, de acuerdo con la evolución económica del país y de la provincia, como obras de infraestructura, radicación de empresas, utilización del Valle Inferior, etc. Pero hay una convergencia en el problema humano fundamental, en la promoción del pobre.

Me quedé pensando: “¡Ojalá que les dure y madure! Que las dificultades que nunca van a faltar, que los desacuerdos lógicos en toda democracia no les hagan perder de vista este acuerdo inicial tan importante. Que las especulaciones partidarias no se sobrepongan nunca al deseo común de trabajar por Viedma y por su gente.”

Pero pensaba también que eso depende así mismo de todos nosotros: si tenemos voluntad de unión para buscar el bien de todos, trataremos de encontrar caminos comunes. Si nos atrincheramos cada uno en sus propios intereses, o en sus propios principios, o en sus propios criterios de acción, vamos a conspirar contra el fortalecimiento de la democracia naciente, le vamos a poner un palo en la rueda al carro de la convivencia.

La cosa no va a ser fácil en el plano comunal, teniendo en cuenta, sobre todo, los problemas que debe enfrentar la Provincia y los que debe solucionar la Nación. Pero ahora ha llegado el momento de poner a prueba la tan proclamada reconciliación de los argentinos. Yo pienso que esto que han hecho los concejales de Viedma (buscar las coincidencias aún con serias divergencias políticas) es un buen ejercicio para todos y en todos los niveles. Fíjese qué bien le vendría en su vida de familia, en su diálogo matrimonial, en su círculo de amigos, con su compañero de trabajo o con su vecina. ¡Qué bien me vendría a mí en la vida de mi comunidad, en la Iglesia entera!

60 – Vacaciones de verano

Ayer terminaron las clases. Las situaciones frente a este hecho son de lo más variadas: desde el que tira los libros para no volver a agarrarlos hasta que empiecen de nuevo las clases, hasta el que los tiene que frecuentar más que nunca porque se llevó unas cuantas materias. Eso, por supuesto, entre los estudiantes secundarios: está el que termina de pagar su derecho de piso en primer año y el que deja las aulas del bachillerato, del comercial o de la escuela técnica o agraria, y se enfrenta con su futuro, a veces muy incierto, a veces perfectamente programado por papá y mamá. ¡Cuántas situaciones distintas! ¿No?

Entre los que no se llevan ninguna materia, hay quienes lo han conseguido con responsabilidad, con esfuerzo, con autodisciplina, y quienes “se han salvado” especulando con la nota, o con su capacidad intelectual, o con su memoria, simplemente. Yo siempre digo que los talentos que Dios nos da no son para acostarnos a dormir sobre ellos, sino para desarrollarnos al máximo de manera que, con ellos, podamos servir a los demás. Porque está también el que se exige y se empeña, pero solamente por orgullo, por soberbia, porque quiere sobresalir o adquirir sus propias seguridades: es el “traga” típico, que se preocupa un comino por los demás.

Y entre los que se llevan materias habrá quizá una gran mayoría que se las lleva “por vagos”; pero hay sin embargo quienes, a pesar de eso, tienen conciencia de haber trabajado y haberse esforzado. Desde el punto de vista cristiano, eso es lo que le importa a Dios.

Pienso también en los que se reciben: en los que ya tienen todo solucionado para entrar a la universidad, y en los que van a tener que trabajar duramente para pagarse los estudios. Y también en los que no van a poder estudiar de ninguna manera y verán frustrada su vocación profesional. Uno no puede dejar de soñar en una sociedad verdaderamente fraterna y justa en la que todos tengan las mismas posibilidades y oportunidades.

Pienso en tantos que van a elegir - o han elegido - una determinada carrera porque es la que les va a dar más dinero y más poder; y algunos que buscarán el modo de ser más útiles al prójimo, a su pueblo, a los que necesitan más. Ese es el sentido cristiano de la vocación: no mi propia realización en el sentido individualista, sino mi realización en el servicio a los demás.

Y si nos referimos a los alumnos primarios, no podemos dejar de pensar en las mamás.

Una dirá: ¿Quién los aguanta ahora a los nenes todo el día en casa? Voy a tener que aumentar el personal.

Y otra dirá: ¿Dónde dejen a los muchachitos para poder ir a trabajar, ahora que no van a la escuela?

Y muchas dicen: ¿Cómo hago para darles de comer si no hay comedor escolar? Menos mal que, según tengo noticias, parece que ya están implementando las escuelas de verano, comedor incluido.

61 – En el Sínodo propongo las CEBs

Al finalizar la primera sesión del Sínodo - con 265 participantes - se acordaron 14 desafíos, de los cuales el más votado se refería a la “renovación estructural de las parroquias”. Había que elaborar el material producido, para preparar la segunda Sesión. Propuse a la Comisión Central que esa tarea la realizara un Equipo de Trabajo Sinodal. El “Vasco” Bengochea adhirió a la propuesta, con una condición: que yo fuera el coordinador. Yo acepté con una condición: que el “Vasco” formara parte del equipo. Coordinar aquel pequeño grupo de hombres y mujeres fue un lujo para mí: gente responsable, con un pensamiento ordenado, con mucho sentido de Iglesia, con una gran sensibilidad social...

La tendencia hacia las Comunidades Eclesiales de Base - denominadas de diversas formas - era muy evidente: a eso apuntaba lo de la renovación estructural de las parroquias. Hesayne tuvo que charlar mucho con su auxiliar para ayudarlo a superar el miedo que la causaba la posibilidad de las C.E.Bs. De todos modos, Carmelo Juan fue reuniéndose con los sinodales de cada Vicaría, tratando de poner el acento en las Estructuras esenciales de la Iglesia: sacramentos, catequesis, homilética, etc.

Me acuerdo de la discusión que tuvimos cuando se reunió con los de Viedma, que éramos un montón; nosotros pensábamos que lo importante era, precisamente, renovar las estructuras accidentales que impedían una evangelización más eficaz, como la organización centralizada de las parroquias.

En la segunda sesión - agosto de 1984 - fuimos 311 los sinodales: la nueva convocatoria había rellenado algunos baches, y constituíamos una hermosa mezcla, en cuanto a edades, extracción cultural, etc.

También entonces cada uno tuvo la posibilidad de dirigirse a toda la concurrencia durante 5 minutos. En el transcurso de la mañana habíamos escuchado varias ponencias de tinte conservador. A la hora del almuerzo, al pasar, me pregunta Graciela Belli, de Bariloche:

- Juan Ángel, ¿no pensás hablar?

- No.

- ¡Hay que hablar: la cosa viene demasiado pesada para un solo lado!

Me convenció: me anoté en la lista y me fui a mi casa, a escribir esto, que a mi turno leí en la asamblea plenaria:

¡Cuántos frailes y monjas se han hecho santos rezando el Breviario en latín, sin entender una palabra! ¿Son menos santos por eso? ¡No, Señor! ¿Entonces el latín es santo, sagrado e intocable, ya que tantos se han hecho santos rezando en latín? ¡Tampoco! El latín no es una lengua sagrada. No existen las lenguas sagradas. Las palabras de la institución de la Eucaristía, que fueron pronunciadas en arameo por Jesús, fueron transmitidas por los Apóstoles en griego macarrónico, que era el que podía entender la gente que no pertenecía a la cultura judía. No existen las lenguas sagradas, como no existen las culturas sagradas, inmutables, intocables.

Pablo VI dice que el Evangelio no está atado a ninguna cultura en particular. Y sin embargo, en nuestra pobre América Latina, más de una vez se ha confundido la Evangelización con la imposición de culturas extrañas, arrasando a las culturas autóctonas. ¡Que lo digan si no los mapuches, que adoraban a Futa Chao, el Gran Padre, un Dios único y espiritual representado en el sol, y no fueron comprendidos por los que adoran a Cristo, “sol naciente, luz de las alturas”. Y esto, lamentablemente, no es sólo historia antigua.

No existen culturas sagradas. Por eso es necesario evangelizar y re-evangelizar permanentemente a las culturas, a todas las culturas.

¿Existen las estructuras sagradas? Según las sabias palabras de nuestro querido Carmelo Juan, (aquí Carmelo pegó un respingo) hay que distinguir entre estructuras esenciales y estructuras accidentales en la Iglesia. Las esenciales son inmutables, hasta que Cristo vuelva: porque cuando Cristo vuelva, ya no van a ser necesarios los Sacramentos, ni los sermones, ni la fe ni la esperanza. Pero entre tanto, ¡cuidado con tocar la Pascua, cuidado con tocar el Bautismo, la Eucaristía o cualquiera de los Sacramentos! ¡cuidado con tocar la homilía o la catequesis! Esas son estructuras esenciales; por lo tanto, sagradas. Han de ser revitalizadas constantemente, como ha de ser revitalizada la oración y la meditación de la Palabra de Dios, en cualquier sistema parroquial que adoptemos.

¡Pero cuántas estructuras accidentales tenemos en la Iglesia, absolutamente obsoletas, que no nos atrevemos a tocar, porque las hemos sacralizado falsamente! Por ejemplo: para nosotros los católicos es esencial que en el Obispo de Roma, sucesor de Pedro, se centre la unidad de la Iglesia Universal; pero que la sede del Obispo de Roma sea el Estado Vaticano, es absolutamente accidental.

Un hermano mío, vasco bruto como yo, el pobre, cuando los curas de su parroquia dieron vuelta el altar, después del Concilio, les dijo:

- Bueno, macanudo: ya dieron vuelta el altar; ahora les falta dar vuelta la cabeza.

Y eso es lo que más nos cuesta a los curas, y me incluyo, porque hemos estudiado teología a partir de un lenguaje filosófico del siglo XIII, muy actual para su tiempo, pero no para el nuestro. No hemos estudiado teología a partir de la historia, la Historia de la Salvación que es la historia de la humanidad, como nos decía nuestro Padre Obispo ayer.

Para mí, la cuestión se plantea así: ¿Cómo renovar las estructuras accidentales para que las estructuras esenciales sigan siendo vigentes, para que constituyan una respuesta auténtica a los interrogantes del hombre de hoy?

Creo, personalmente, y ya lo dije el año pasado, que el camino va por la descentralización de la parroquia, en pequeñas comunidades, centradas en la Palabra de Dios: Palabra de Dios que está en la Biblia y está en la historia concreta, en esta historia, en esta cultura, y no sólo en mi historia personal o familiar. También; pero no sólo. Cada uno de nosotros es parte de un pueblo, y ese pueblo es el que hay que evangelizar, respetando su religiosidad, ayudándole a profundizarla, para que pueda construir su propia historia según el camino del Evangelio.

Yo creo que las C.E.Bs. no pueden seguir siendo un cuco para nosotros. Si reafirmamos en ellas las estructuras esenciales - Palabra de Dios, Sacramentos, Oración...- no tenemos por qué tener miedo. Y por otro lado, tampoco las C.E.Bs. son una estructura sagrada.

¡Que el Señor nos dé la libertad de los hijos de Dios!

62 – Desde los pobres a todos

Para esa segunda sesión habíamos previsto un paso interesante: la formación de grupos espontáneos para formular propuestas. No sé por qué, al llegar ese momento me invadió cierto temor. Había que ir a buscar a un matrimonio para el trabajo de la cocina, y aproveché para “hacerme humo”. Cuando volví, me encontré con una agradabilísima sorpresa:

- ¡Juan Ángel! ¿Dónde te habías metido? ¡Todos los sinodales de la parroquia decidimos formar un solo grupo!

Eran unos cuantos, por diversos motivos: además de los elegidos por la comunidad, había representantes de movimientos, de organismos diocesanos, etc., que residían en la jurisdicción de la Parroquia San Pío X°. Nos habíamos reunido varias veces para preparar la segunda sesión, pero cuando llegamos al tema de las comunidades nos empantanamos. Nadie volvió a manifestar interés en reunirse y a mí tampoco me pareció oportuno.

De ahí la sorpresa que me causó la formación de este grupo espontáneo. La segunda sorpresa fue que llegáramos a homogeneizar cinco conclusiones valiosísimas. Cada uno de los 20 grupos que se formaron podía formular hasta cinco propuestas. La tercera sorpresa me la llevé en la puesta en común: a pesar de lo previsible, no había propuestas contradictorias; al contrario, había muchas coincidencias.

Me quedaban todavía algunas tareas que realizar con respecto al Sínodo de Viedma: terminada la segunda sesión, que fue la última, Hesayne nos pidió al Equipo de Trabajo Sinodal que le sistematizáramos las propuestas que le habían sido presentadas. Luego, durante el verano, él trabajó con todo el material recibido y preparó la Exhortación Pastoral Post-Sinodal “Para Anunciar a Jesucristo” (el famoso “librito verde” para la Iglesia rionegrina).

Al Vasco Bengochea lo nombró Vicario General residente en el Alto Valle, y a mí me designó para sustituirlo como párroco de la catedral.

Apenas asumí, desaparecí por una semana: reclusos en mi habitación, Néstor Busso y yo nos dedicamos a la penúltima redacción del documento. Después el Obispo volvió a trabajar el texto y para la Pascua del '85 lo promulgó: 43 páginas en 9 capítulos, enunciados así:

- . Evangelizar
- . al hombre rionegrino
- . a partir de su realidad
- . iluminada por la verdad sobre . Jesucristo
 - . la Iglesia
 - . el hombre
- . desde los pobres a todos
- . formando comunidades integradas en Parroquias
- . signos vivientes de comunión y participación en la Iglesia particular rionegrina
- . familia de Dios cuya misión es construir fraternalmente la nueva Civilización del Amor,
- . anunciando y anticipando así el Reino de Dios definitivo.

Pónganse DE PIE: la liberación está cerca. Ese era el título completo de la revista que apareció apenas terminado el Sínodo. Néstor era el director y varios laicos de toda la provincia constituían el Consejo de Redacción, acompañados por dos monjas y dos curas: mi gran amigo, el franchute Miguel Anquetil y yo. Modestia aparte, ¡era un equipazo!

Empecé a escribir y a colaborar: notas firmadas, notas sin firmar, editoriales...

Como teníamos buena conexión con agencias informativas, dos por tres algún amigo me comentaba:

- Escuché a tal periodista de Buenos Aires leer por radio lo que escribiste en DE PIE.

A decir verdad, no dejaba de halagarnos. Una de esas notas era de marzo del '85:

TIEMPO DE SOLIDARIDAD

“Pienso en los agricultores que no reciben la justa retribución por sus duros trabajos; pienso también en la situación de los campesinos despojados de sus tierras productivas por personas o grupos ya abundantemente provistos que acumulan fortunas al precio del hambre y del sufrimiento de los demás”.

- *¿Quién dice eso? ¡Algún revolucionario de ocasión que se está mandando su campaña política!*

- *No. Lo dice el Papa en el Mensaje de Cuaresma de este año.*

- *¡Cuaresma! ¿Qué es eso? Perdoname la ignorancia. Pero lo que yo sé es que mi mujer me hace comer pescado los viernes porque dice que es Cuaresma. Después hay un viernes especial en que nos mandamos una gran comilona de pescado o de alguna cosa así, sin carne, y ¡chau! ¡Ah! Y salimos a buscar los huevos de Pascua. ¿Qué es todo eso?*

- *Mirá... ¿Cómo te lo explico? Tendría que empezar por el abecedario. Los cristianos creemos que Jesús es el Hijo de Dios hecho Hombre, que murió en la cruz para salvarnos y resucitó al tercer día para darnos la vida. Ese es el eje de nuestra religión. Y lo llamamos el Misterio Pascual. Siempre lo estamos celebrando; especialmente los domingos, cuando nos reunimos. Pero en la Semana Santa lo celebramos más que nunca. Eso que vos decís de la comilona de pescado es el Viernes Santo: el día que murió Jesús. Pero ¡jojo! No es que tenga que ser así: ese tendría que ser un día muy especial de ayuno; no un simple cambio de dieta.*

- *¡Mirá vos! Yo que siempre digo que soy católico y ni siquiera sabía eso, siendo un día tan importante. ¿Y los otros viernes, por qué?*

- *Cuarenta días antes de la Pascua nosotros nos preparamos - o nos tendríamos que preparar, mejor dicho - dedicándole más tiempo a Dios en la oración, privándonos de algunas cosas para reparar por nuestros pecados. Ese es el sentido del ayuno o de la abstinencia de carne, especialmente en estos cuarenta días que nosotros llamamos “cuaresma”.*

- *Es sencillo, entonces. Yo me las arreglo con Dios; ayuno un poco, rezo otro poco, y ya está: soy un cristiano con todas las de la ley.*

- *No: pará. La cosa no termina ahí. Cuando yo me privo de algo, no es con un sentido egoísta, para castigarme y basta. Es como dice el Papa:*

“Compartir lo superfluo (lo que te sobra) e incluso lo necesario: esto es precisamente la práctica del ayuno”.

- *¡Ah, caray! Entonces es un asunto serio. Si los católicos tomaran las cosas en serio...*

- *¡Tomáramos!...*

- *Bueno: si tomáramos las cosas en serio, la Cuaresma sería el tiempo de grandes cambios. Imaginate vos que todos los “catoliquísimos”, “ya abundantemente provistos”, como dice el Papa, “que acumulan fortunas al precio del hambre y del sufrimiento de los demás”, devolvieran en Cuaresma todo lo que no es de ellos, todo lo que amontonaron injustamente...*
- *Y no sólo eso. Juan Pablo II dice que la conversión de corazón se manifiesta concretamente “en primer lugar, en la medida de nuestras responsabilidades, grandes a veces, no colaborando en cuanto pueda contribuir a causar el hambre...; y, si lo hemos hecho, reparando”.*
- *¡Uh; pero ahí caemos todos! Porque ¿quién puede decir que de alguna manera no ha colaborado a crear o mantener esta situación injusta en que vivimos? ¡Y que se hace cada vez más grave! Porque mirá que yo conozco unas cuantas familias que les está escaseando el trabajo, y en consecuencia la comida; que van a mandar a los chicos a la escuela y no van a tener para comprarles zapatillas...¿Y dónde queda el derecho de todos a la educación y todas esas cosas?*
- *Y claro que caemos todos. No se trata de pensar la Cuaresma para los demás solamente. El que predica la justicia tiene que ser justo; el que reclama solidaridad tiene que ser solidario. Si no, ¡qué chiste!...*
- *Me están dando ganas de tomarme mi catolicismo en serio. Así vale la pena. Porque yo...de chupacirios... Si la cosa es así como la plantea el Papa, la Cuaresma no es sólo bacalao.*
- *¡Qué va a ser!... Mirá lo que dice acá: “El hambre del cuerpo no es la única que padece la humanidad: tantos de nuestros hermanos y hermanas tienen también hambre y sed de dignidad, de justicia, de alimento para su inteligencia y su alma; hay también para los espíritus y los corazones”.*
- *Está genial. Pero hay mucha gente a la que no le gusta que les recuerden esas realidades: están demasiado cómodos en su mundo.*
- *No aprendieron a conjugar el verbo “compartir”. Escuchá esto: “Compartir es entregar a los otros lo que Dios les destina y que nos es confiado”.*
- *Por eso digo: si vos tenés mucho, no te gusta un comino que te recuerden que eso que tenés no es tuyo solo, sino de todos. ¡Qué embromar!...*
- *“Dar fraternalmente, dejándonos inspirar por el Amor que viene de Dios es contribuir a aliviar el hambre corporal, a nutrir los espíritus y a alegrar los corazones”.*
- *Está todo dicho. La cuestión es vivirlo.*

64 – Amor y cosas por el estilo

Septiembre del '85

AMOR Y COSAS POR EL ESTILO

...Y prometo serte fiel...

Secuencia N° 1

- *Mire, Padre: mi hija está embarazada y se quiere casar. Los dos tienen 16 años. Yo, como padre, estoy de acuerdo en que se casen. Pero por civil solo, como querían ellos, no. Nosotros somos una familia de tradición católica y queremos que se casen por iglesia.*
- *Díales que vengan a charlar conmigo. Y veremos qué pasa. Si ellos quieren realmente recibir el Sacramento del Matrimonio, yo los preparo con varias charlas...y lo hacemos. Y si no...*

Secuencia N° 2

Primera charla

- *¿Ustedes son los que se quieren casar?*
- *Sí, Padre. Nosotros somos.*
- *¿Y están seguros de que se quieren casar por Iglesia o no? Porque me parece que el que quiere es tu papá, Cristina.*
- *No. Pero nosotros también. Lo hemos estado pensando y creemos que va a ser lo mejor, para hacer las cosas como Dios manda.*
- *Pero ustedes son muy jóvenes. Miren que el Matrimonio cristiano es un Sacramento indisoluble. ¡No hay ley del divorcio que valga!*
- *Sí, sí, Padre. Lo sabemos.*
- *Fijate, Alberto, que, aunque los dos tienen la misma edad, vos sos más chico que ella. Porque una chica a los 16 años puede ser una mujer; ¡pero un muchacho a los 16!...¿Y con qué se van a mantener?*
- *Mi padre dice que puedo trabajar con él allá en...(un pueblo del interior de Río Negro). Tenemos lugar para nosotros dos y el bebé. Y además, mis viejos la quieren muchísimo a Cristina.*

Segunda charla

- *Es mejor que ustedes mismos lean la fórmula de la mutua aceptación y no que se limiten a decir: “Sí, Padre”. Yo no soy el que se casa. Son ustedes. Ustedes son los ministros del Sacramento del Matrimonio. Yo soy el testigo por parte de la Iglesia y el encargado de bendecirlos por parte de Dios. A ver: empiecen por leer la fórmula.*
- *“Yo, Alberto, te recibo a vos, Cristina, como esposa, y prometo serte fiel, tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándote y respetándote durante toda mi vida”. - “Yo, Cristina...”*
- *¿Linda la fórmula, no?*
- *¡Hermosa!*

Tercera charla

- *Bueno. La mejor manera de prepararse para el Sacramento del Matrimonio es que se reconcilien con Dios y con el prójimo, con una buena Confesión de todas las macanas que se*

han mandado desde que tienen uso de razón hasta ahora, y que le pidan a la Virgen que los ayude a crecer juntos: no sólo en edad; no sólo en amor mutuo, sino también en fe cristiana.
- *Sí, Padre. ¡Cómo no! La verdad que no pensábamos que iba a ser tan lindo.*

El caso es que Alberto y Cristina se confesaron, en la Misa de Esponsales comulgaron bajo las dos especies (de pan y de vino) y al final se casaron mucho mejor que los padres de ella, “de familia tradicionalmente católica”.

Secuencia N° 3

(Varios meses después)

- *Padre: estoy desesperada. ¡Alberto se fue de casa!*
- *¡Caramba! ¿Qué pasó?*
- *¿Se acuerda de que nos íbamos a vivir con los padres de él y que él iba a trabajar con el papá?*
- *Sí. ¿Y no se fueron?*
- *Resulta que mis padres hicieron una pieza más y nos insistieron en que nos quedáramos acá. Y que Alberto consiguiera un trabajo. Ud .sabe que eso no es fácil. Y además, él no tenía ganas. Así que mis viejos empezaron a discutir con él. Las cosas se pusieron espesas...y empezamos a pelearnos entre nosotros. Los otros días él me pegó. ¡Se imagina la trifulca que se armó en casa! Al final, Alberto se cansó. Hoy hizo las valijas y me dijo: “Yo me voy con mis viejos. Si vos querés venir, vení. Si querés quedarte con los tuyos, quedate. Pero que delante del cura vos me dijiste que me ibas a seguir en las buenas y en las malas. Chau.” ¡Y ahora no sé qué hacer!*
- *Mirá, Cristina: Alberto tiene toda la razón del mundo. Lo mejor que podés hacer es irte detrás de tu marido. Porque vos te casaste con él; no con tus padres.*
- *A lo mejor todavía no se fue. Puede estar en la casa de una tía de él que vive aquí.*
- *Vamos a buscarlo. Subí al coche. ¡Che, Jorge! Su viene una pareja a casarse y yo no estoy, deciles que me esperen un rato.*

No lo encontramos. Pero la dejé a Cristina en la casa de una tía de ella, con la firme decisión de cumplir lo que le había prometido a su marido delante de Dios y de la Iglesia.

Secuencia N° 4

(Un mes después)

- *¡Padre! Vengo a preguntarle: ¿es cierto que usted le aconsejó a mi hija que nos dejara a nosotros para irse con el marido?*
- *Mire, Señora. Yo no tengo por qué decirle a usted lo que le aconsejé a su hija. Pero si eso es lo que hizo, me alegro en el alma. Es lo mejor que podía hacer. Alberto aprendió muy bien lo que significaba la fórmula del Matrimonio.*
- *¡El no tenía ningún derecho!...*
- *Tenía todo el derecho del mundo. Los que no tenían derecho eran ustedes a meterse en la vida de su hija, contrariamente a lo que se había hablado. Y si usted les ha prohibido volver a su casa, ha hecho muy mal.*
- *Llegó tarde, Padre. Porque yo ya le dije que ella puede venir cuando quiera. ¡Pero que el marido no pise en casa!*

- *Está equivocada, Señora. Prohibirle la entrada a uno es prohibírsela a los dos. Porque la Biblia dice en el Libro del Génesis: “Dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer. Y serán dos en una sola carne”.*

¿Qué habrá pasado? ¿Conocerán ya a su nieto estos padres-abuelos posesivos? Puede ser. Dios quiera que sí. No lo sé: es que cuando esta suegra me ve, da vuelta la cara.

¡Cosas que nos pasan a los curas!...

Al mes siguiente de publicada la nota, recibo una llamada telefónica en la casa parroquial de la Catedral:

- Soy fulana de tal y le hablo desde... Cuando leí su nota en la revista DE PIE, me dije:”Esa es la historia nuestra, aunque los nombres sean distintos.” Cuando llegó mi marido se la leí, y él también pensó lo mismo que yo.

(“Estos ahora me hacen una demanda judicial” fue lo que se me ocurrió pensar.) ¡Cuál no sería mi sorpresa al seguir escuchando!:

- Le hablo para agradecerle que se acuerde de nosotros. Y le aseguro que nos gustó muchísimo que lo que a nosotros nos pasó sirva para hacer pensar a otros.

- ¿Y cómo están ahora? - pregunté, ya más tranquilo.

- ¡Bárbaro! Mi marido trabaja bien, hubo que agrandar la casa de mis suegros porque ya tenemos dos chicos...

65 – En tiempos del “adviento”

Diario LA CALLE de Viedma, 1 de diciembre de 1985.

EN TIEMPOS DEL “ADVIENTO”

Si yo no fuera cristiano, puede usted estar seguro de que de ninguna manera levantaría una copa a la 0 hora del 25 de diciembre. ¿Qué sentido tendría? No me gustan los convencionalismos.

Recuerdo que cuando tenía 11 años - en la Navidad del '47 - mis hermanos mayores dijeron en casa:

- Norma y María Helena - dos de las amigas de su “barra” - no pueden ir a la Misa de Gallo. El viejo las obliga a estar en casa para brindar a la medianoche.

Confieso que ya entonces eso no me cabía en la cabeza. Si ese señor no compartía la fe de sus hijas y la nuestra, esa fe que nos hacía ir con alegría a celebrar la llegada del Señor Jesús en la Misa de la medianoche, ¿qué era lo que festejaba en ese brindis? ¿Por qué no se iba a dormir como todas las noches, o bien esperaba el regreso de sus hijas para unirse a su alegría por la celebración de un Misterio que no entraba dentro de sus creencias o convicciones?

Como se ve, desde chico me cuestionaba los convencionalismos sin sentido. Recuerdo también que cuando iba al cine en esa época - época de la pantalla chica, en la que el technicolor constituía el mayor avance - yo presentía que ese sinsentido iba a ir en aumento. Y que el cine iba a tener mucho que ver en todo eso. Aunque parezca antediluviano, la T.V. pertenecía a la ciencia-ficción.

“Navidad” viene de “Natividad”: el nacimiento de Jesús. ¿Por qué el 25 de diciembre? ¿Dice algo el Evangelio sobre la fecha? Nada, en absoluto. El origen de la celebración en esta fecha tiene que ver con los festejos que hacían los romanos en los días más cortos del año en el hemisferio norte: el equinoccio - la noche igual al día en su duración -.

Los cristianos reemplazaron las Fiestas Saturnales, en las que los paganos celebraban con un gran desenfreno al sol naciente, por la Fiesta del Nacimiento de Cristo, “sol naciente, luz de las alturas”, como se lo llama en el Evangelio escrito por San Lucas. La fecha es convencional, como se ve. Pero no se trata de un convencionalismo sin sentido: lo importante es el Misterio que se celebra, el de un Dios que asume nuestra naturaleza humana, con todas sus consecuencias, para salvarnos. ¿Para salvarnos de qué? Para salvarnos del sinsentido precisamente.

Los cristianos tenemos un tiempo de preparación para la celebración de este Misterio de bondad: cuatro semanas especialmente a la oración y al ayuno, es decir, a privarnos voluntariamente de algo para compartirlo con el hermano necesitado. Este es el tiempo al que nosotros llamamos “Adviento”, o sea, “llegada”. ¿Algo que ver con la preparación de la Navidad consistente en acumular regalos y manjares de invierno?

Nuestros festejos, muchas veces, están más cerca de las Saturnales paganas. Pero es igualmente un sinsentido hacer hermosos pesebres y pulcras celebraciones religiosas sin reconocer al Jesús que llega hoy. Llega sobre todo en la persona de mi hermano que sufre, que está solo, que tiene hambre, que no tiene trabajo, que tuvo que cruzar la frontera... Me vienen a la memoria unos versos de Caamaño, con música de chamamé:

*¿A quién abriste la puerta
la pasada Navidad?
¿A quién se la vas a abrir
la Navidad que vendrá?
Pensá si no están afuera
la María y el José,
porque cada aniversario
esto vuelve a suceder.*

66 – Adviento II

Mi amigo el periodista Carlos Espinoza, que me había pedido la nota anterior, insistió en que continuara con el tema. Y así lo hice dos semanas después.

... "Adviento" tiene para mí una dimensión de expectativa universal. Si alguna vez la esperanza tuvo para mí sentido solamente individual, no lo recuerdo. Quizá sea esa la característica más "católica" de mi personalidad. Porque "católico" significa eso: universal.

El año 2000, del cual sólo nos separan 15 años, es como un símbolo de esa esperanza de la humanidad: esperanza de desactivar la carrera armamentista, de arrinconar el hambre, de lograr una mayor igualdad entre los pueblos y entre las clases sociales... Difícil. Pero la verdadera esperanza es siempre esperanza de lo difícil. Por eso es necesariamente activa: porque la paz y la justicia son un don de Dios; pero son también una tarea de los hombres.

"Adviento" en la historia de nuestro continente latinoamericano y de todos los países subdesarrollados. Una larga espera. Tanto más larga cuanto más tardemos en salir de nuestro aislamiento, buscado y fomentado por los dominadores, cuanto más tardemos en valorar nuestra propia cultura y en descubrir a los verdaderos causantes de nuestra pobreza. Adviento de la liberación.

"Adviento" en la Argentina de hoy, que busca su propia identidad, que quiere volver a tener confianza en la justicia para defender la libertad política conquistada; pero que no acierta a sacarse el lazo de la sumisión económica, aunque los más débiles "paguen el pato", como siempre. Conjugación de una manera concreta la democracia y la justicia social, más allá de los discursos, ese es el gran desafío. Y esto está dando lugar a todo un reacomodamiento de fuerzas sociales y políticas: a mi juicio, uno de los más profundos de nuestra historia. La gran alternativa: una patria dependiente, de amos y de siervos, o una Patria Libre, de Hermanos.

"Adviento" para nuestra Iglesia local rionegrina, que está intentando caminos nuevos, modelos nuevos de una Iglesia que encarna, una vez más, la permanente novedad del Evangelio. "Anunciar a Jesucristo desde los pobres a todos, formando comunidades integradas en parroquias, signos vivientes de comunión y participación".

Se están dando pasos de participación. Los resultados tardarán en verse. Pero el árbol ya fue plantado. Prueba de ello, el primer encuentro del Consejo Pastoral Diocesano, en noviembre. Y hay en el mundo muchas otras Iglesias Particulares que están viviendo esta experiencia profética. Terminará por universalizarse. Yo tengo fe, aunque sé que me voy a morir viendo sólo desde lejos la tierra prometida, como Moisés desde el monte Nebo, desde la cima del Pisgá. La saludaré con las dos manos en alto.

Adviento del que espera salir de su ignorancia.

Adviento del trabajo, del pan y de la propia casa.

Adviento de "Belén", que es la Casa del Pan.

Adviento de la madre embarazada:

la vida que redime la esperanza.

Adviento del que quiere superar su egoísmo, encontrar al hermano y encontrarse a sí mismo.

Adviento del que quiere encontrarse con Dios.

Navidad no es mirar para atrás,

levantar una copa y comerse un turrón.

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Nos trae la esperanza: de ahora y para siempre.

Ese Jesús que estuvo quiere seguir estando.

Es el Señor que vino, que viene y que vendrá.

67 – Un techo para mi hermano

Diario LA CALLE, Viedma, 16 de marzo de 1986.

UN TECHO PARA MI HERMANO

Así se llama la campaña que el Padre Obispo Miguel Esteban Hesayne ha encomendado organizar a la Vicaría de la Fraternidad de la diócesis de Río Negro, a partir de esta Cuaresma de 1986.

Como se recordará, en 1984 el Obispo de Viedma lanzó una campaña denominada “Una oveja para mi hermano”, como un gesto evangélico y efectivo de solidaridad para con los paisanos de la Línea Sur a quienes las grandes nevadas de ese año habían despojado de gran parte de sus majadas.

La generosa respuesta de muchos rionegrinos, de hermanos de otras provincias argentinas y aún del extranjero dio lugar a que se pusiera en marcha el Proyecto de Promotores de la Línea Sur, bajo la exclusiva responsabilidad del Obispado, que ha designado como coordinador general del mismo al Dr. Grenville Arturo Morris, que es en realidad el padre del proyecto. Este cuenta con el apoyo económico de “Misereor” - un organismo católico alemán - y prevé la contratación de tres supervisores capacitadores y 20 promotores durante tres años.

El objetivo es promover la participación y organización de los pobladores y responder a las necesidades de los mismos atendiendo a la forma de organización que vaya surgiendo de ellos y apoyándolos técnicamente.

La campaña que ahora tendrá que organizar la Vicaría de la Fraternidad tiende a dar una respuesta cristiana y participativa a un problema que ya no está limitado a una región, sino que abarca a toda la provincia, al país entero y a todos los pueblos del Tercer Mundo: el problema de la vivienda.

En una carta dirigida a los párrocos y fechada el 30 de enero de este año, dice el Padre Obispo Hesayne:

“En coherencia con la reflexión cuaresmal de Juan Pablo II, que entre muchas preguntas hace ésta: ¿Cómo podemos, leyendo nuestro diario o viendo nuestra televisión, ser espectadores fríos y tranquilos, hacer juicios de valor sobre acontecimientos, sin ni siquiera salir de nuestro bienestar?, he dispuesto que la “ley de abstinencia” de todos los viernes del año 86, a partir de esta cuaresma, se cumplirá en el territorio diocesano con el sacrificio de una contribución monetaria, destinada a iniciar una campaña de construcción de casas para nuestros hermanos carenciados de vivienda o vivienda digna. Encomiendo a la Vicaría de la Fraternidad la organización diocesana de esta campaña que llamaremos “Un techo para mi hermano”.

.....

Es frecuente que alguien “caiga” por la oficina parroquial después de haber rodado por distintas reparticiones públicas, con la angustia de la falta de vivienda; están amontonados en la casa de un pariente, de un amigo, les exigen dejar la pieza que están alquilando, se han quedado sin trabajo y no pueden pagar...

Creo que cada uno de nosotros algo puede hacer: si está en un cargo público, luchando contra la pesada rueda de la burocracia; si tiene holgura económica, poniéndose en el lugar del que sufre y que en justicia necesita una ayuda. Quizá uno no tenga ni poder ni dinero; pero tiene tiempo y energía como para ayudar a organizar quizá una cooperativa de autoconstrucción... ¡qué sé yo!...

Quiera Dios que de esta iniciativa de “Un techo para mi hermano” pueda surgir algo como lo de la Línea Sur, ¿no? Porque la falta de vivienda es un problema de toda nuestra sociedad.

Se hace aparecer a la “teología de la liberación” como algo condenado y condenable. Los primeros días de abril leímos en algún diario : “nueva condena del Vaticano a la Teología de la Liberación”. Así se crean fantasmas. Tratamos aquí de presentar los últimos documentos del Vaticano y del Papa sobre este tema.

Ese fue el copete que escribió el Flaco Busso, en junio del '86, en nuestra revista “de pie”, para introducir una nota mía, que tituló:

NO SÓLO OPORTUNA

SINO ÚTIL Y NECESARIA

El uso de la palabra “liberación” en el lenguaje religioso no es un invento de Gustavo Gutiérrez; ni de los Obispos Latinoamericanos en Medellín 1968. En la Biblia encontramos que Dios se da a conocer, se revela, antes que nada a través de un hecho histórico de liberación: política, económica, cultural y religiosa. Así conoce el pueblo de Israel a Yahvé, su Dios: “Este es el Dios que te liberó de Egipto”. A partir de esa experiencia los va a ir llevando a un sentido cada vez más profundo de la libertad: la libertad del pueblo, la libertad de las personas y la libertad de cada uno con respecto al pecado, que es, en definitiva, la raíz de toda esclavitud. Es la gran tarea de los Profetas.

Y en la culminación de todo este camino, Cristo: El nos libera del pecado y de la muerte por su Muerte y Resurrección. El dice: “Si el Hijo los libera, ustedes serán realmente libres” (Jn.8,36). Y San Pablo dice: “Para ser libres nos liberó Cristo” (Gal.5,1).

El término tampoco es nuevo en el magisterio - la enseñanza “oficial” - de la Iglesia: el Papa Pablo VI, por ejemplo, le dedicó un buen espacio al tema en la Exhortación “Evangelii Nuntiandi”, acerca de la evangelización del mundo contemporáneo.

El asunto se popularizó más entre nosotros, sin embargo, hace cosa de año y medio. El 6 de agosto de 1984, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, un organismo de la Santa Sede, dio a conocer una Instrucción sobre algunos aspectos de la “Teología de la Liberación”. Estaba firmada por el Cardenal Ratzinger y aprobada por el Papa Juan Pablo II.

El documento no condenaba la Teología de la Liberación, ni mucho menos. Dice, por el contrario: “...es una expresión plenamente válida: designa una reflexión teológica centrada sobre el tema bíblico de la liberación y la libertad, y sobre la urgencia de sus incidencias prácticas”. Lo que hacía, eso sí, esa Instrucción del '84, era advertir acerca de ciertas desviaciones, reales o posibles, de las “teologías de la liberación”. Fundamentalmente tres: la reducción del Evangelio de la salvación a un evangelio puramente terrestre; la utilización - sin crítica previa - del análisis marxista (el tema de la lucha de clases); y la justificación de la violencia como camino inevitable para la liberación.

El énfasis puesto en estas advertencias, además de ciertas generalizaciones, dieron pie para que muchos interpretaran el documento como una condenación. ¿Quiénes? Todos aquellos que, dentro o fuera de la Iglesia, quieren que las cosas sigan como están ¡y que no toquen mis privilegios!...

Nuestro Padre Obispo dijo entonces (De Pie, N° 1): “Lamento, como pastor, que se haya publicado el aspecto negativo, y de algunos casos, y que no se haya comenzado por el aspecto positivo. Eso se lo he dicho personalmente al Cardenal Ratzinger”.

Pasaron 19 largos meses y el aspecto positivo llegó al fin: el 22 de marzo de este año, 1986, apareció la Instrucción sobre Libertad Cristiana y Liberación. El documento no

nombra a la “teología de la liberación”; pero se refiere claramente a ella cuando dice, después de hablar de las Comunidades Eclesiales de Base: “Una reflexión teológica desarrollada a partir de una experiencia particular puede constituir un aporte muy positivo, ya que permite poner en evidencia algunos aspectos de la Palabra de Dios, cuya riqueza total no ha sido aún plenamente percibida” (Nº 70).

Pocos días después, el 9 de abril, el Papa Juan Pablo II fue mucho más explícito y contundente, en una carta a los Obispos Brasileños:

“Estamos convencidos, tanto ustedes como yo, de que la teología de la liberación es no sólo oportuna, sino útil y necesaria”. Esa carta se la mandó personalmente con el Cardenal negro Bernardín Gantín. Cuando éste terminó de leérsela, en Iaticí, los Obispos Brasileños se pusieron a cantar espontáneamente el “Aleluia”.

¿Qué había pasado? Muchas cosas. Entre otras cosas, el Episcopado de ese país latinoamericano, en pleno, había ido a ver al Papa en la Visita “ad límina”, que hacen todos los episcopados cada cinco años. Y después de eso, Juan Pablo II invitó a unos cuantos de ellos, los más representativos, y pasaron juntos tres días - del 13 al 15 de marzo - en el Vaticano. Comieron juntos, rezaron juntos... dialogaron. Juan Pablo les habla después, en la carta, de “una nueva y más profunda forma de colegialidad”. Les dice que, después de esta visita, “el Papa y sus colaboradores ciertamente conocen mejor esas realidades que son la Iglesia en Brasil y su Episcopado”.

La Instrucción sobre la Libertad Cristiana y Liberación trae una serie de temas que nos pueden resultar familiares si hemos leído la Exhortación Pastoral surgida de nuestro Sínodo Diocesano: la opción preferencial por los pobres, que no es sectaria, sino que manifiesta la universalidad del ser y la misión de la Iglesia; la necesidad de trabajar simultáneamente en la conversión del corazón y el cambio de las estructuras; el sentido histórico y el sentido trascendente de la liberación; el anuncio de la salvación y la denuncia de todo tipo de opresiones; la defensa de la cultura de los pueblos y su autodeterminación...

El documento vuelve sobre el tema del “Evangelio del Trabajo” trazado por el Papa en la Encíclica “Laborem Exercens”; y llega a hablar de una verdadera civilización del trabajo, para lo cual propone “una revolución pacífica en profundidad”. Rechaza, por supuesto, el recurso sistemático a la violencia, tanto libertaria como represora, como así también la tortura y el terrorismo. No descarta la lucha armada como último recurso para obtener la liberación de un pueblo; pero advierte que “la aplicación concreta de este medio sólo puede ser tenida en cuenta después de un análisis muy riguroso de la situación”.

Es sugestivo el título del último capítulo de esta Instrucción: “La Doctrina Social de la Iglesia: por una Praxis Cristiana de la Liberación”. Eso es lo que importa: la praxis, es decir, la vida. Como decía Gustavo Gutiérrez en el reportaje del número anterior de De Pie: “Yo contesto sobre la Teología de la Liberación porque esas son las preguntas de ustedes; pero quiero hacer notar que mucho más importante que una reflexión es una vida”.

69 –Posta de Curas

Revista De Pie - Agosto de 1986 -

POSTA DE CURAS

Un centenar de sacerdotes, de diferentes lugares del país, se encontraron desde el lunes 30 de junio hasta el jueves 3 de julio en la Casa de Retiros “Cura Brochero”, en la diócesis de Quilmes. Compartieron experiencias de Pastoral Liberadora, reflexionaron, oraron, cantaron, rieron...

Alegría de reencontrarse viejos amigos, a quienes en chiste y con cariño se les llamó “los Históricos”. Alegría por la presencia de curitas recién salidos del horno. Dijo uno de ellos en la última Eucaristía compartida: “Concelebrar con ustedes me produce la misma alegría que cuando me ordené sacerdote, hace siete semanas. Me da la impresión de ordenarme de nuevo”.

Para estos muchachos curas era emocionante encontrarse con sacerdotes que conocían de mentas, que llevan largos años entregados a Cristo en los pobres y en la causa de la liberación integral de todo el hombre y de todos los hombres; compañeros de mártires como el Padre Carlos Mugica, Mons. Angelelli y otros; testigos sobrevivientes, en los que alienta una esperanza siempre viva.

Para los mayores significaba un empuje nuevo y alentador ver que la antorcha no se apaga, que está en buenas manos, que hay curas jóvenes con ganas de conocer la verdadera historia y de seguir realizando con Cristo, desde los pobres, la Historia de la Salvación: posta de curas.

Las experiencias contadas fueron muchas. Y más las que quedaron en el tintero. Algunas, que tienen unos cuantos años de existencia: realizadas silenciosamente, sorteando dificultades, atravesando los oscuros años de la represión. Otras, recientes y prometedoras. Pastoral Popular y trabajo con jóvenes en Buenos Aires y Gran Buenos Aires; Comunidades Eclesiales de Base; Pastoral Obrera: fueron las primeras experiencias que se expusieron. También Pastoral de Enfermos, Pastoral de Migrantes...

Interesante el testimonio de CRIMPO (Comunidades Religiosas Insertas en Medios Populares). Sobre 17.000 religiosos y religiosas que hay en la Argentina, unos 800 pertenecen a estas comunidades; 100 de ellos, varones. Reducida proporción, pero con mucha fuerza: punta de lanza en más de un caso.

Los Obispos Hesayne y Novak, que se hicieron presentes en este “Encuentro de Amigos”, hablaron con entusiasmo de los Sínodos realizados en sus respectivas diócesis de Viedma y de Quilmes, como de vivencias muy intensas de comunión y participación y como inserción de los laicos en la decisión pastoral.

Los dos alentaron a los presentes a seguir ahondando en su opción por los pobres. Terminada la exposición de las experiencias de pastoral liberadora, un grupo de “intérpretes” designados por votación encontraron tres elementos comunes fundamentales y algunas “zonas oscuras”, es decir, enfoque que habrá que ir aclarando.

Los tres puntos fundamentales:

- fidelidad a la historia*
- experiencia de una novedad de Iglesia*
- un Cristo que viene: identificación muy honda con el pueblo pobre.*

Del trabajo en grupos que se hizo después surgieron una gran coincidencia en el análisis de la realidad y una gran variedad y riqueza de propuestas.

La propuesta más unánime: seguir reuniéndose, al menos una vez al año, invitando a otros sacerdotes y obispos; realizar encuentros zonales, para permitir una mayor participación;

fomentar el contacto con grupos de laicos, religiosos y religiosas que comparten este proyecto de pastoral liberadora, los contactos ecuménicos y los contactos latinoamericanos.

La coordinación hasta el próximo encuentro se le encomendó al grupo de Santa Fe, llamados “los prehistóricos”, porque vienen reuniendo se ininterrumpidamente desde hace 20 años y dieron origen a este encuentro intergeneracional.

Es probable que el próximo tema sea uno que preocupaba a muchos, especialmente a los jóvenes: la relación entre religiosidad popular y pastoral de masas y las Comunidades Eclesiales de Base; entre teología de la liberación y teología de la cultura. Los jóvenes, evidentemente, quieren aprovechar todo lo vivido, caminado y reflexionado anteriormente, para llegar a una síntesis superadora.

70 – Viene Juan Pablo II

Varias veces le escuché al Padre Obispo Hesayne lo que él le dijo al Papa en su primera entrevista personal después de la visita de Juan Pablo II a la Argentina en el '82:

- Cuando Ud. vaya a la Argentina, para su anunciada visita pastoral, trate de ir a lugares donde los pobres puedan encontrarse fácilmente con Ud. Y nosotros, los Obispos, tendremos que ayudarlo a reparar el pecado que le hicimos cometer en Buenos Aires: darle la Comunión a torturadores.

- ¡¿A torturadores?!

- ¡A torturadores, Santidad! Los jefes militares fueron los responsables de las muchísimas torturas y desapariciones que se han dado en la Argentina.

Lo cierto es que a fines de octubre del '86, mientras Hesayne se encontraba en Roma, precisamente, llegó a Viedma el encargado de preparar los viajes del Papa, el jesuita napolitano Roberto Tucci: venía a anunciarnos que el martes 7 de abril del año siguiente Juan Pablo II haría una escala de una hora y media en Viedma.

Revista De Pie - Noviembre de 1986 –

...El Padre Tucci fue muy claro en su breve exposición, en castellano, y no nos impuso ningún secreto. El Papa va a hablar en el aeropuerto, acompañado por una reducida comitiva, exclusivamente eclesial: se quiere subrayar el carácter pastoral - y no político - de la visita.

Sugiere preparar una Celebración ("la gente de Iglesia sabe cómo hacerlo"- dijo -): ...solamente el Obispo dará la bienvenida, de 5 a 7 minutos; el discurso del Papa durará aproximadamente media hora. Será un discurso importante: hay que tener en cuenta que este es el encuentro con la Patagonia, desde el lugar que ha sido históricamente la capital de todo este territorio tan extenso y el punto de partida de su evangelización.

Dos cosas llamaron la atención de modo muy especial: 1) el Papa quiere que nosotros le digamos qué temas nos gustaría que trate aquí; 2) quiere encontrarse con el grupo étnico más típico - los mapuches, entre nosotros -, saludarlos en su propia lengua y llevarse algún recuerdo de ellos.

Al regresar en el ómnibus al aeropuerto, el Director de Protocolo de la Nación nos decía que la visita del Papa a Viedma de ninguna manera está condicionada a que el proyecto relativo al traslado de la Capital Federal sea aprobado o no. Esto es importante para no confundir las cosas: venir a nuestra ciudad significará honrar a los misioneros de hace un siglo y animar a los evangelizadores de hoy. Nos gustaría que signifique también reivindicar y pedirles perdón "a la 'gente de la tierra', los mapuches, dominados, avasallados, despreciados y oprimidos por el 'huinca', el blanco cristiano", como dice la Exhortación Pastoral Para anunciar a Jesucristo, de nuestro Sínodo Rionegrino (2.2.).

...Varias diócesis argentinas - la nuestra (Hesayne), Quilmes (Novak), y Neuquén (De Nevares) - y tres editoriales católicas (Paulinas, Guadalupe y Don Bosco) han elaborado un folleto para ayudar a las comunidades cristianas a preparar la Visita Pastoral del Papa.

Le cuento: se trata de una historietita en 7 capítulos, con varias preguntas para reflexionar después de cada capítulo. Cuenta, justamente, cómo una comunidad de barrio piensa su propia vida a raíz de esta misión del Papa en nuestra patria y trata de profundizar en el conocimiento y en la vivencia de su fe cristiana.

Van apareciendo las expectativas de cada uno: el que ve al Papa y a la Iglesia como un factor de poder que puede aprovechar para sus propios intereses, el que prepara su negocio turístico o comercial, el que hace del Papa un mito - una mágica presencia de Dios sobre la tierra - y el que trata de saber cómo son realmente las cosas. Un grupo de teatro, una fiesta,

un sueño, un retablo de títeres y otros elementos le sirven a la historieta para ir planteando los distintos temas. Uno de ellos es el de la historia de los Papas.

En la historia del Papado hay grandes luces y grandes sombras, empezando por el primero, Simón Bar Iona, a quien Jesús le puso el sobrenombre de Cefas, que quiere decir Piedra (Pedro): negó tres veces a su Maestro en los momentos decisivos de la Pasión. Y sin embargo Jesús, una vez resucitado, lo puso al frente de su rebaño: “Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas”. Sabemos que, al final, Simón Pedro dio su vida por el Maestro, crucificado cabeza abajo en Roma.

Precisamente por eso, porque Pedro fue el primer Obispo de Roma, sus sucesores han sido reconocidos desde antiguo como cabeza visible de la Iglesia Universal (que eso quiere decir “católica”). El Obispo de Roma no es un “Hijo del Sol” o algo por el estilo: su misión consiste, fundamentalmente, en mantener y acrecentar la unidad entre todas las Iglesias Particulares, o sea, en términos jurídicos, las Diócesis presididas por un Obispo.

Lamentablemente cuando la Iglesia dejó de ser perseguida y el Cristianismo se constituyó en la religión oficial del Imperio Romano, fuimos olvidando aquello del Evangelio: “El que quiera ser el primero que se haga el último y el servidor de todos”. La Iglesia copió los esquemas de poder del imperio. El poder temporal ocupó más de una vez el lugar del poder de Dios. A pesar de eso, hubo muchos Papas santos, verdaderos Pastores.

Hay un camino por andar - o desandar -. Pero lo hemos empezado a hacer. Sobre todo desde el Concilio Vaticano II (1962-65). Sólo que esa no es tarea del Papa solamente: es responsabilidad de todos los cristianos. Todos somos Iglesia.

Por eso el folleto del que le hablaba trae una propuesta que hay que tomarla en serio: “Escribanle al Papa”. En esta Familia que tiene que ser nuestra Iglesia, el Padre quiere escuchar a sus hijos. ¿Querrán los hijos hacerle saber lo que realmente piensan?

...A MI ME RECIBE

En casa de Don Agustín y Doña Sofía están reunidos algunos de la comunidad. Se sabe que no van a estar todos porque hubo un problema en el aviso de la fecha y hora. Hay una pequeña discusión acerca de quién tuvo la culpa...cosas que siempre suceden.

El Padre Antonio interviene.

Padre Antonio: ¡Bueno! ¿Para qué vamos a discutir? Lo importante es que nosotros estamos aquí, que Doña Sofía ha preparado unos mates y unas tortas fritas y que podemos charlar un rato sobre la venida del Papa.

Alberto y su mujer Elena: (Empiezan juntos) ¡Eso digo yo!...

Alberto: Bueno. Hablá vos.

Elena: No. Hablá vos.

Alberto: Lo que yo digo es eso: que charlemos igual. ¡Porque la verdad es que uno escucha cada cosa con esto de la venida del Papa! Que van a cobrar entrada para verlo, que viene a Viedma para bendecir la piedra...

Rodolfo: ¿Qué piedra?

Elena: ¡La de la Catedral de la nueva capital!

Rodolfo: ¡Pero si Viedma ya tiene Catedral!

Alberto: ¡Bueno! ¿Qué sé yo? Pero la gente dice.

Padre Antonio: ¿Y ustedes qué dicen? ¿Para qué viene el Papa a nuestra Iglesia Particular Rionegrina?

Doña Rosa (Que siempre cita a la Biblia cuando habla): Yo recuerdo lo que le dice Jesús a Pedro: “Simón, Simón, Satanás los va a zarandear como el trigo. Pero yo he rogado por vos para que no te falte la fe. Y vos, después que hayas vuelto, confirmá a tus hermanos”. Yo pienso que el Obispo de Roma, como sucesor de Pedro, viene a cumplir con esa misión: viene a confirmarnos en la fe.

Agustín: Así se habla, comadre. Eso tendrían que escucharlo muchos que andan hablando por ahí del Papa como si fuera un dirigente político. Todos saben que yo estoy metido en un partido y pienso que todos tendríamos que interesarnos en esas cosas, porque si no, siempre nos van a llevar de las narices los pocos que tienen mucho poder y mucha labia. Pero pienso que no hay que confundir las cosas. El Papa tiene que hablar de todo; porque el Evangelio tiene que ver con todo. Usté me corrige, Padre, si meto la pata.

Padre Antonio: No, Don Agustín. Siga, siga, que va bien.

Agustín: Tiene que hablar de la familia, de la educación, de los jóvenes, de la economía, de la política... (¡El Evangelio tiene algo que decir!) Pero no viene a “hacer política”. No hay que recibirlo como a un jefe de estado.

Sofía, su mujer, mientras pone sobre la mesa las tortas fritas: Al Papa hay que recibirlo como si fuera Jesucristo.

Doña Rosa: Eso dice el Señor Jesús cuando envía a los apóstoles: “El que los recibe a ustedes, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió”.

Roberto, un muchacho de 22 años, que había llegado un poquito tarde, cuando doña Rosa estaba hablando la primera vez: ¡Pero esta señora es una Biblia abierta! Ahora... Yo no sé. Pero hace poco, en la Misa, leyeron un Evangelio que dice una cosa parecida, porque hablaba de los pequeños: “El que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, a mí me recibe”. O algo así.

Elena: Es que los apóstoles eran de los de abajo; eran gente de pueblo, sencilla, ignorante.

Padre Antonio: Eso es cierto. Pero tiene razón Roberto, porque cuando Jesús dice eso de los pequeños está abrazando a un niño.

Rodolfo: *Conclusión: al Papa hay que recibirlo como a Jesucristo; pero a todo ser humano hay que recibirlo igual. Porque además está aquello del juicio final, que comentábamos el otro día: “Tuve hambre y me dieron de comer...” y todo eso. Jesús termina diciendo: “Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicieron”.*

Sofía: *¡Hoy estamos todos afilados! Han de ser los mates y las tortas fritas. Pero yo no quise decir que solamente al Papa hay que recibirlo como a Jesús. Ustedes tienen razón. Si hacemos tanto alboroto para recibirlo pero no recibimos de corazón al prójimo, ¿de qué sirve? Pero... ¡El Papa es el Papa!*

Agustín: *Claro, mujer. Pero el asunto está en que nosotros no nos saquemos el fardo de encima. Si insistimos en eso de que los responsables de anunciar a Jesucristo son el Papa, los obispos, los curas y las monjas, y nosotros nos quedamos piolas...*

Roberto: *¡Por supuesto! A mí me impresiona mucho eso de la mujer samaritana: esa que había tenido cinco maridos y el que tenía no era de ella. ¡No era ninguna joyita!*

Rodolfo: *¡Más vale! (Todos se ríen).*

Roberto: *Bueno. A esa mujer la elige Jesús para que vaya anunciando a la gente de su pueblo la buena noticia. Me parece bárbaro. No se preocupe, doña Sofía. Yo no le estoy quitando importancia a Juan Pablo II. Al contrario. Lo que digo es que si él viene a confirmarnos en la fe y en nuestras opciones pastorales, como decía el Padre Obispo el otro día, la responsabilidad nuestra es cada vez mayor.*

*Y así siguió la reunión,
entre mate y torta frita,
charlando de la visita
de Juan Pablo, el gran Pastor,
que esperamos con amor
en esta tierra bendita.*

72 – Del obispo de Viedma al obispo de Roma

El Obispo Hesayne hizo algo insólito en el Episcopado Argentino: mandó una circular a las parroquias preguntando de qué queríamos que nos hablara el Papa. Como siempre pasa, algunas parroquias “dieron bolilla” y otras no. Con las respuestas recibidas se hizo una síntesis y Hesayne se la mandó al Obispo de Roma, después de hacérsela leer a varios.

También nos consultó a unos cuantos acerca de qué le diríamos nosotros al Papa en cinco minutos. Yo escribí una página; y me sentí luego reflejado en el saludo de bienvenida, en el aeropuerto, sobre todo en lo referente al “nunca más”.

El Gobierno de la Provincia no tuvo que hacer un gran gasto para preparar el lugar del encuentro: en medio de la meseta patagónica, sobre una pista en desuso, un discreto estrado cubierto: tan discreto, que Alicia, la locutora de LU 15, me hizo este gracioso comentario: - ¿Qué pusieron en el aeropuerto? ¿Un puesto de venta de choripán?

A ambos lados, un alhambrado de 7 hilos, para contener a la gente, con dos amplios lugares reservados: uno para los enfermos y otro para la comunidad mapuche. Estos últimos llegaron en un tren especial despachado desde Bariloche: hasta allí fue Don Jaime De Nevares acompañando a los paisanos del Neuquén; los otros fueron subiendo a través de la Línea Sur.

Llega el “Papamóvil” y da una vuelta por la pista. Antes de arribar al estrado, Juan Pablo II accede a la invitación de Hesayne e inesperadamente se baja a saludar a la comunidad mapuche y a los enfermos: un gesto de verdadera cercanía pastoral.

En el estrado había un sillón, algunas sillas, un atril y la imagen de la Virgen Misionera de Río Negro: esa imagen peregrina con cara y poncho de india, que lleva a su “guagua” envuelta. Arriba se leía el lema del Sínodo Pastoral Rionegrino: “Para anunciar a Jesucristo”.

Allí leyó Hesayne sus breves palabras de bienvenida, muchas veces interrumpidas por aplausos.

Querido Juan Pablo II:

Bienvenido a la Patagonia. Esta tierra que pisas ha sido una de las últimas de nuestro continente latinoamericano en recibir el mensaje evangélico.

Ese trato tan familiar, con el “tú” en lugar de “Vuestra Santidad”, era música para nuestros oídos. Habló de los primeros misioneros, comenzando por los Jesuitas y terminando por los Salesianos. Se refirió a las cuatro “Iglesias Particulares” de la Patagonia. Y prosiguió:

La Patagonia es compleja y promisoria. Los que habían sido dueños de este suelo fueron avasallados y despreciados por el blanco cristiano. Los descendientes de mapuches, aún hoy, se encuentran confinados en inhóspitas reservas o dispersos en barrios marginales de nuestras ciudades. Todavía no hemos reparado el pecado histórico cometido. Tu visita es una luz de esperanza que les permita dar pasos, firmes y en paz, hacia la posesión real de la tierra, derecho actual, inalienable, de nuestros hermanos mapuches.

Nuestra Patagonia hoy es un nuevo crisol de razas y pueblos: crece día a día con migraciones internas y externas, de modo especial con el aporte de nuestros hermanos chilenos.

Luego aludió, por supuesto, al Sínodo Pastoral Diocesano y a sus conclusiones. Y añadió: *Así entendemos que tu visita nos ayudará a convertirnos, más y más, en una Iglesia-Comunidad, orante y misionera, pobre y libre, servidora de la Justicia, el Amor y la Paz, transparencia viviente de la Pascua - el Paso - del Señor a través de los rionegrinos.*

Quiso tener presentes a Ceferino Namuncurá, nacido en Chimpay, y a Don Artémides Zatti, laico consagrado salesiano, recordado en Viedma como el pariente de los pobres y enfermos.

Y estos fueron los párrafos finales:

En estos últimos años, en la Argentina, ser fiel al Evangelio fue una audaz aventura que llevó a dar la vida a muchos hermanos en la fe: sacerdotes, laicos, religiosas y hasta un obispo, nuestro hermano Obispo Enrique Angelelli. Hoy, querido Juan Pablo II, desde la Patagonia queremos comprometernos a seguir el camino de la fidelidad evangélica y pedir perdón porque como Iglesia no siempre nos identificamos con el pobre, el necesitado, el perseguido.

*Será nuestro aporte diocesano a la Argentina que soñamos: que nunca más conozcamos la demencia de la guerra interna y externa; que **nunca más** tengamos que lamentar la muerte de jóvenes, soldados y civiles, ni desaparecidos ni torturados, ni gente con hambre y sin trabajo. Por el contrario, que vayamos forjando una gran familia que cante las glorias del Tata-Dios, porque vivimos hermanados en el Espíritu del Resucitado, a la espera de la plenitud del Reino, comprometidos, solamente, con el “Evangelio de Dios”.*

Queridísimo Juan Pablo II: en nombre de todos los habitantes de este vastísimo territorio patagónico, te decimos: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

73 – Respuesta del obispo de Roma

La respuesta del Obispo de Roma -¡qué interesante!- siguió paso a paso los temas que le habíamos sugerido a través de nuestro Obispo de Viedma.

Para decir que todos los cristianos participamos de la misión evangelizadora de Jesús, empezó nada menos que con la cita de Lucas 4,18-19: *“El Espíritu del Señor está sobre mí...”* y recalcó especialmente: *“Me ha enviado para evangelizar a los pobres”*.

En seguida se refirió a la Evangelización de América Latina y de la Patagonia en especial. *“Viedma -dijo- fue uno de los centros desde donde se impulsó aquella primera acción misionera. Desde esta misma ciudad os animo a seguir dando cumplimiento al mandato misional...”*

“¡La Iglesia de Dios que está en la Patagonia, heredera de una tan rica tradición evangelizadora, ha de seguir siendo siempre misionera! Queridos hermanos y hermanas: no podéis quedaros indiferentes ante la salvación de los hombres.”

...”En el Evangelio que acabamos de escuchar hemos oído cómo Jesús se da a conocer como Mesías precisamente por la evangelización de los pobres, por el anuncio redentor a los cautivos, ciegos y oprimidos; es decir, por su amor preferencial a los más necesitados. También la Iglesia, a pesar de las debilidades y de los errores en que hayan podido incurrir algunos de sus hijos, ha manifestado siempre esa predilección por los pobres.”

Cosa curiosa: en el texto del discurso que se distribuyó a la prensa figuraba este reconocimiento de las debilidades y errores de algunos de los hijos de la Iglesia. En el que leyó el Papa, no.

“La evangelización no sería auténtica si no siguiera las huellas de Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres. Debéis hacer propia la compasión de Jesús por el hombre y la mujer necesitados. El auténtico discípulo de Cristo se siente siempre solidario con el hermano que sufre, trata de evitar sus penas - en la medida de sus posibilidades, pero con generosidad -; lucha para que sea respetada en todo instante la dignidad de la persona humana, desde el momento de la concepción hasta la muerte. No olvida nunca que la misión evangelizadora tiene como parte indispensable la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre.”

Luego aclaraba que *“... la primacía de esta atención a las formas espirituales de la pobreza humana impedirá que el amor preferencial de Cristo por los pobres - del que participa la Iglesia - sea interpretado con categorías meramente socioeconómicas, y alejará todo peligro de injusta discriminación en la acción pastoral.”*

Después volvió a referirse específicamente a la Patagonia:

“De modo especial deseo dirigir mi saludo en este día a los queridos hermanos y hermanas mapuches y a todos los descendientes de los primitivos habitantes de la Patagonia. Dad gracias a Dios por los valores y tradiciones de vuestra cultura y esforzaos en promoverla, al tiempo que os empeñáis por avanzar en todos los aspectos de vuestra existencia”.

“De cara a los problemas que os quejan, quiero haceros, en nombre de la Iglesia, un firme llamado a la esperanza...”

“Mi llamado a la esperanza se extiende a todos, y en particular a los que son responsables de la vida económica y política, para que, con empeño y sentido de justicia, aprovechéis todas las riquezas naturales de esta región y dirijáis eficazmente todas las energías al bien común de la Patagonia, de modo que se alcancen condiciones de vida cada vez más humana, y, a pesar de los rigores de vuestro clima, se pueblen más y más estas dilatadas extensiones. A la vez, os animo a promover generosas y eficaces iniciativas de solidaridad con los más necesitados. Que nadie se sienta tranquilo mientras haya en vuestra patria un hombre, una

mujer, un niño, un anciano, un enfermo, ¡un hijo de Dios!, cuya dignidad humana y cristiana no sea respetada y amada.”

A todos los que padecéis necesidades - mapuches, emigrantes, y tan-----tos otros en el campo y la ciudad - quiero manifestaros mi particular afecto y recordaros que sois vosotros mismos los primeros responsables de vuestra promoción humana.

...No olvidéis que más insidiosa que la pobreza material o las opresiones, es la falta de dignidad humana en el actuar: ¡y nadie os puede arrebatarse esa dignidad!

Toda esa parte ¡no tiene desperdicio!

A continuación hay un breve párrafo referido a la “reconciliación”, palabra bastante conflictiva en nuestro país por entonces; y también ahora: los partidarios de echar un manto de olvido sobre el horror vivido, siempre utilizaron esa palabra como excusa. El párrafo deja por un momento el paisaje patagónico y dice:

“Queridos argentinos, con motivo de esta visita pastoral, os pido una profunda reconciliación fraterna que hunda sus raíces en la reconciliación de cada uno con Dios, nuestro Padre, que destierre para siempre los odios y rencores en esta hermosa y hospitalaria tierra argentina, de modo que triunfe en todos los corazones la justicia y la paz de Cristo.”

¿Quién puede ponerse en contra de esa reconciliación teológicamente concebida y expresada? A mi modesto modo de ver, faltaba decir que la reconciliación histórica sólo puede darse a través de la verdad: lo han demostrado los años pasados sin esclarecimiento de las desapariciones, de los chicos robados a las madres desaparecidas y entregados a los represores o a sus amigos...

Es sabio el refrán: “De Roma viene lo que a Roma va”. Pero nosotros, los rionegrinos, no habíamos sugerido ese tema a través de nuestro Obispo. Doy fe. Sí habíamos pedido que nos hablara de uno de los temas centrales del Sínodo Diocesano: las comunidades. Y de eso nos habló a continuación, con mucha claridad.

Para que de veras resulte eficaz la nueva etapa de la evangelización que el Señor espera de vosotros, deberéis formar verdaderas comunidades cristianas, como las de nuestro primeros hermanos en la fe. Se conseguirá de este modo una profunda renovación de todas las comunidades parroquiales, tal como queréis poner en marcha entre vosotros. Y si en el cumplimiento de su misión están impregnadas del amor a Dios, serán verdaderas comunidades misioneras y servidoras de los hombres.

Era muy importante este respaldo a una de las opciones fundamentales del Sínodo diocesano: “formando comunidades integradas en parroquias”. El Papa lo reafirmó desde el concepto de “Iglesia-comunión, animada por Espíritu Santo, comprometida todo ella en una nueva evangelización”.

Antes de finalizar le dedicó un largo y enjundioso párrafo a la necesidad de la formación y de la espiritualidad, indispensables para la realización de esa misión evangelizadora. Con respecto a la primera subrayó la lectura asidua de la Sagrada Escritura, y con respecto a la segunda, la vida sacramental y la oración.

Terminó con un saludo en mapuche, tal como estaba previsto, en el que aludió, por supuesto, a Ceferino Namuncurá. Aquí hubo, sin embargo, otra significativa omisión: en el texto traducido que Don Jaime de Nevares había hecho llegar al periodismo un rato antes, se hablaba del derecho de la comunidad mapuche a la tierra; pero este reclamo no apareció en labios del Obispo de Roma. ¿Error del copista? ¿“Prudencia” de los asesores?

Don Jaime me contó después que le había preguntado a un viejo mapuche:

- ¿Y, Don Fulano, qué le pareció el saludo del Papa en la lengua?
- ¡Se empeñó el hombre! - fue la simpática respuesta.

74 – Amigos y compañeros

Cuando los curas de la región se acercaron a saludar personalmente al Papa, yo los observaba desde la casa rodante que la Televisión oficial (A.T.C. por entonces) había dispuesto para que Carlos Espinoza y yo trasmitiéramos “en off” la visita papal a nuestro terruño; más tarde, esa pequeña frustración se vio compensada por la alegría de saber que desde distintos lugares del país mis amigos habían escuchado mi voz y se habían alegrado por nuestro mensaje.

“Mis amigos creyeron que me había vuelto loca - me escribía Ana María desde Tilcara, Jujuy -, cuando me puse a dialogar con el televisor: había reconocido tu voz”.

~~~~~

Aunque parezca mentira, la visita del Papa, que había avalado nuestras opciones, no significó para nosotros lo que podría haber significado desde el punto de vista pastoral.

Lo que le dije a Hesayne, con ese espíritu crítico que siempre me ha creado tantos problemas, fue que para preparar esa visita, y para trabajar luego sus consecuencias, se prescindió de un organismo de participación que había surgido de nuestro Sínodo Diocesano y nos había costado mucho esfuerzo poner en marcha: el Consejo Pastoral.

Me llama la atención que el Código de Derecho Canónico de 1983 obligue a los obispos a tener un Consejo de Asuntos Económicos y sólo les aconseje la creación del Consejo Pastoral: a mi modo de ver, es una estructura clave para “la participación del laicado no sólo en la fase de la ejecución de la pastoral de conjunto, sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión”. (Documento de Puebla 808).

En Viedma nos significó varios años volver a empezar con ese Consejo. Después vino la subdivisión de la Diócesis... En estos tiempos de cambios tan vertiginosos, evangelizar es empezar siempre. Pero mi impresión es que en la Iglesia no tenemos mucho entrenamiento para eso. Perdemos mucho tiempo, cuando muchas veces podríamos prever una mayor continuidad.

\* \* \*

De aquel año 87 conservo dos notas más, publicadas en DE PIE: “**Encuentro de comunidades de Río Negro y Neuquén**” y “**Nuevo rostro de la evangelización**” (sobre el Primer Encuentro Nacional de CEBs, en Santiago del Estero).

Tres fotografías ilustran la primera nota; la primera es de conjunto y trae unos cuantos rostros queridos, más jóvenes, por supuesto, y algunos que ya pertenecen al recuerdo: como el de “Paco” Fernández, un cura mallorquí, medio italianizado, que se manifestó como un hermano y defensor de los mapuches y de los pobres de la Línea Sur. Cuando supo que tenía cáncer de sangre, se fue a morir a su tierra; y mandó desde allí cartas y grabaciones llenas de amor a Dios y a sus hermanos, que expresaban de una manera muy sencilla y clara su temor y su indestructible esperanza frente a la muerte, que él ofrecía como un holocausto para la liberación. La gente de Jacobacci y los alrededores lo recuerdan con mucho cariño y todos nosotros con admiración.

La segunda foto es del “Tano” Héctor Galbiatti, párroco por entonces de Bouquet Roldán, un barrio de Neuquén: se lo ve frente a los papelógrafos que utilizó en una exposición muy esclarecedora sobre la Teología de la Liberación. En ese tiempo nos preocupaba, sobre todo a los curas, la relación entre Teología de la Liberación y Teología de la Cultura, religiosidad popular y Comunidades Eclesiales de Base.

*“...la Teología de la Liberación tuvo una característica particular en la Argentina, desde un comienzo, como es la de rescatar y fomentar los valores auténticamente evangélicos que tiene la cultura de nuestro pueblo, asumir su historia y su proyecto histórico.*”

*Este enfoque está proféticamente delineado en un documento que hemos olvidado: la Declaración del Espiscopado Argentino de 1969, en San Miguel (Cap. VI. Pastoral Popular) los Obispos Latinoamericanos lo corroboraron en Puebla, diez años después, cuando hablan claramente de la evangelización de las culturas, siguiendo la línea marcada por Pablo VI en “Evangelii Nuntiandi”.*

*Lamentablemente, en nuestro país se pretende más tarde levantar la bandera de la Teología de la Cultura como opuesta a la Teología de la Liberación. Es necesario hacer ver que esta pretendida oposición es falsa.”*

La tercera fotografía tiene para mí un gran valor afectivo: registra el momento en que, mientras yo coordinaba un plenario, llegó a visitarnos Don Jaime de Nevares, que venía a alentarnos y a contagiarnos su alegría y su esperanza, en aquel encuentro que resultó una gran celebración, del principio al fin, gracias, en gran parte, a la “acordeona” del Tano, a las guitarras que los acompañaron y a las canciones que nos enseñaron. Lo interesante fue que no sólo nos contamos experiencias pastorales, sino que también las evaluamos: ¿son liberadoras o no?

## 75 – CEBs, nuevo rostro de la evangelización

En la Argentina, el Primer Encuentro Nacional de Comunidades Eclesiales de Base se realizó en Santiago del Estero. 405 asistentes: 290 laicos, 42 religiosos y religiosas, 66 sacerdotes y 7 obispos.

### COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE,

### NUEVO ROSTRO DE LA EVANGELIZACIÓN

*Este fue el lema del Encuentro, en evidente relación con la invitación del Papa a una nueva Evangelización de nuestro continente latinoamericano “con nuevo espíritu, con nuevos métodos y con nuevo entusiasmo”.*

*Uno de los animadores del encuentro era el “Paí Julián”. Sí: el del chotis criollo de Antonio Tarragó Ros. El Padre Julián Zini, conocido poeta y compositor de música popular religiosa; actualmente, Vicario General de Goya. El Paí Julián, que piensa en verso, resumía así la metodología de las Comunidades Eclesiales de Base:*

*Adivina adivinador.  
¿Qué se hace en comunidad?  
Se ve, se juzga y se actúa;  
pero además se evalúa  
y es una ley celebrar.*

*Estos son los cinco pasos imprescindibles, según aclaraba el P. José Marins, que ayudó a conducir el encuentro, junto con dos religiosas, Teo y Carole: un equipo que hace años recorre América Latina y otros países del Tercer Mundo al servicio de las Comunidades.*

*En una CEB, según Marins, puede participar todo aquel que hace opción por seguir a Jesús asumiendo su proyecto de Comunidad - Misión - Liberación. Nadie está excluido, con tal de que haga esa opción. Pero de hecho lo que hasta ahora han respondido son los pobres, los marginados, que se encuentran con la Buena Noticia de que ellos son importantes en el Reino de Dios.*

*Era imposible que todos escucháramos las exposiciones (15 minutos) de todas las diócesis. Nos dividimos en grupos, bastante mezclados, para tener una visión lo más global posible. A Rí Negro le tocó junto con Mendoza, Resistencia, Santiago del Estero y San Justo.*

*... Las diócesis, reunidas luego por regiones, trataron de evaluar*

- 1) el origen de las CEBs en cada lugar;*
- 2) su manera de asumir, o no, los valores ya existentes, dentro o fuera de la Iglesia;*
- 3) los errores cometidos;*
- 4) la metodología utilizada;*
- 5) la espiritualidad, la profundidad, la mística;*
- 6) los servicios a los demás, a la sociedad;*
- 7) su sentido escatológico, espera activa del Señor que viene.*

*Después de escuchar a las regiones, José Marins sacó algunas conclusiones y aclaró algunas cosas:*

*- Lo que se hace se está haciendo sin rupturas, sin amargura. Carole puso un ejemplo interesante: “como la víbora, que para cambiar de piel no se arranca la que tiene, sino que va construyendo otra por abajo”. Es un proceso, en el que algunos están comenzando. Que los últimos no se desanimen; que los primeros no se impacienten. Es importante buscar el protagonismo de la gente, y no del agente pastoral”; conservar el equilibrio entre lo que se*

*dice y lo que se hace, para no ser así: una gran boca para hacer declaraciones, pero un cuerpo muy pequeño.*

*- Ni acción sin análisis; ni análisis sin acción; ni acción sin proyecto. No basta la intuición, la opinión. Es necesario analizar con más elementos, con más seriedad; y no solamente los efectos, sino también y fundamentalmente las causas - en la comunidad y en la realidad social del mundo en que vivimos-.*

*- El gran proyecto del Reino: que no viene al final, como un postre, sino que se va realizando ahora, en sus cuatro dimensiones: personal (cada uno frente a Cristo); social (con los otros); eclesial (la Iglesia es primicia del Reino, sacramento del Reino: Buena Noticia que comienza a ser Buen Acontecimiento); y de sorpresa (o escatológica). Esta última dimensión es la que da sentido a las otras.*

*El Reino tiene un punto de partida que es una nueva manera de entender a Dios: El es el "abba" (papito) de todos. Tiene un punto de llegada: una nueva fraternidad, ya que todos somos herederos de su promesa. La participación es parte esencial del contenido de la fe.*

*La Iglesia no es para sí misma sino para el Reino: para manifestarlo y ayudar a que se realice. Por eso lo importante no es llevar al pueblo a la Iglesia, sino llevar la Iglesia al pueblo, para que el pueblo sea Reino.*

*- Hay una conciencia nueva, aunque la experiencia sea ambigua. Se puede usar un lenguaje nuevo sin cambiar de vida; y al revés: se puede tener una experiencia enteramente nueva, aunque el lenguaje sea el de antes. No hay que pretender mucha exactitud en el lenguaje de la gente sencilla. La creatividad se da sobre todo en los símbolos y se manifiesta en los cantos.*

*- La Biblia ocupa un lugar central. Se está dando un descubrimiento de la Palabra de Dios muy ligado a la vida (no el libro por el libro mismo, como en las sectas) y muy ligado a la comunidad (Palabra - Realidad - Comunidad Iglesia).*

*- Se recupera el contenido liberador de la religiosidad popular. Y María aparece en el centro de una devoción fuertemente comunitaria. En esa religiosidad, Cristo expresa la encarnación y el sufrimiento; María expresa la esperanza.*

*El aspecto trinitario se da en la vida misma de la CEB, porque "la Iglesia es la comunidad que 'socializa' la Trinidad".*

*Dos cosas, finalmente, que es necesario tener en cuenta:*

*\* La relación con otros que luchan por el pueblo (desde sus partidos políticos, organizaciones populares, cooperativas, sindicatos, etc.): cómo no ser ni "idiotas útiles" ni "alienados", gente que está en las nubes. Ser como Jesucristo, que se definió y al mismo tiempo conservó su libertad frente a los poderes del mundo.*

*\* Lo importante es que todo el conjunto realice el proceso. Para lo cual necesitamos un nuevo modelo de Iglesia.*

*Paí Julián, con su poder de síntesis rimada, decía todo esto en una cuarteta que repetíamos con gusto:*

*Con un oído en el pueblo  
y el otro en el Evangelio,  
el Encuentro de Santiago  
es una señal del Reino.*

## 76 –Ver, juzgar, actuar, evaluar, celebrar

### Ver, Juzgar, Actuar, Evaluar,

### CELEBRAR.

*Todo el Encuentro de las CEBs fue una gran celebración. Pero hubo algunos puntos culminantes:*

*- La Misa del viernes por la noche. Un momento muy emocionante fue cuando la Cruz de Matará empezó a pasar por todas las filas, sostenida en alto por la manos levantadas, que pedían a Dios que por la sangre de Jesús perdone nuestros pecados. La presentación de las ofrendas fue verdaderamente significativa: un tronco, una caña de azúcar, una planta de algodón, minerales, representaban el duro trabajo de los hacheros, los zafreiros, los mineros y tantos otros. Un pan casero, unas brasas encendidas, artesanías de los hermanos aborígenes... El altar quedó “tapado” de objetos sumamente significativos. Un matrimonio joven de trabajadores presentó su hijito como símbolo del hombre nuevo de ese pueblo liberado que está naciendo en nuestra patria y en toda América Latina.*

*Los santiagueños llevaron una tinaja vacía y derramaron agua en su interior, pidiendo lluvia. Llovió desde la madrugada hasta el mediodía.*

*- La Noche de Fe y Cultura tuvo lugar después de esa Misa: compartir un rico asado, exponer algunas de las muchas manifestaciones de la cultura popular en nuestras regiones. Chacareras y chamamés se mezclaron alegremente con tangos, cuecas y zambas, con recitados y relatos de tradiciones: historia viva de ese pueblo en el que las CEBs quieren ser fermento del Reino.*

*- “Marcha-procesión” podría llamarse la caminata que se hizo el sábado a la noche hasta la iglesia de San Francisco Solano, que estuvo evangelizando en esa zona. Presidía la marcha una antigua imagen del santo, que había estado esos días en el salón de la Universidad Católica donde se realizó el Encuentro de las CEBs. Durante y la ida y la vuelta las distintas diócesis fueron presentando sus advocaciones marianas, los santos de su devoción, sus testigos, sus mártires. Junto a nuestro Ceferino Namuncurá, el Cura Brochero, los Obispos Angelelli, Devoto, Ponce de León, sacerdotes, religiosos y laicos que dieron testimonio fuerte de Cristo con su vida; y a veces, con su muerte o su desaparición. La marcha fue larga; pero valía la pena.*

*- En la Misa final, del domingo al mediodía, el Padre Obispo Stöckler, de Goya, manifestó sus temores acerca de la posible desviación ideológica de las Comunidades Eclesiales de Base; leyó las condiciones que pone Pablo VI, en 'Evangelii Nuntiandi', para que sean consideradas verdaderamente eclesiales. Pero dijo algo muy importante: “Las CEBs nacen por obra del Espíritu Santo”. De la misma manera el Padre Obispo Manuel Guirao, de Santiago, dijo: “Lo que era motivo de desconfianza se transforma en motivo de esperanza”.*

*El broche de oro, después de la Oración de los Fieles, lo puso Santiaguito. Pero eso merece un título aparte.*

### SANTIAGO EN SANTIAGO

*Juan Carlos y Celia son un joven matrimonio originario de Los Toldos, provincia de Buenos Aires, que hace años están viviendo y trabajando en Formosa, con los campesinos. Su tercer hijo, Santiago, empezó a caminar en los días del Encuentro.*

*Al presentarlo como ofrenda, Celia dijo conmovida: “Así como Santiago empezó a caminar en estos días y seguirá caminando durante toda su vida, yo sé que las CEBs en la Argentina han comenzado a caminar; y nadie nos podrá parar, porque es el Espíritu Santo el que las impulsa”.*

*Santiago saludaba, como si entendiera, desde los robustos brazos del Obispo Guirao, visiblemente emocionado. Abrazado a ellos, Mons. Stökler lloraba y sonreía.*

*Diría Paí Julián: Iglesia Argentina,  
levántate y anda.  
Juan Pablo te invita;  
¡Jesús te lo manda!*

¡Qué emotivo fue, diez años después, en el Cuarto Encuentro Nacional, en Formosa, ver a Santiaguito avanzar con el cirio pascual encendido, en medio de 1.200 miembros de las CEBs de todo el país! Yo, diez años más viejo, lagrimeaba sin intentar disimularlo.

## 77 – A Bariloche

Se necesitaba un representante del Sur para el Equipo Nacional de CEBs. “A dedo” me nombraron a mí.

Pero poco duró mi representatividad: al mes siguiente, Hesayne me pidió que me hiciera cargo del Templo Mayor de Bariloche. Dos párrocos de la ciudad lo atendían de la mejor manera posible, pero no faltaron los “catoliquísimos” que se quejaron al Nuncio Apostólico, el cual ofreció un equipo de sacerdotes del Opus Dei. Por otro lado, yo no había sabido trabajar en equipo con los dos jóvenes y muy capaces sacerdotes que me acompañaban. (Años más tarde, cada uno de ellos solicitó dejar el ministerio. Pero en aquel momento, yo no supe entenderlos).

Aceptar el ofrecimiento del obispo me costó una semana de insomnio: no sólo sumaba un fracaso más, sino que se frustraba mi esperanza de una Pastoral de Conjunto en el Valle Inferior.

En 1987 estaba en marcha el proyecto, aprobado por ley, de trasladar la Capital Federal a Viedma y Carmen de Patagones. El Papa en persona le había encargado especialmente a Hesayne la evangelización de la nueva capital. A raíz de eso, cada mes nos reunía a los curas para ir pensando juntos un plan de evangelización. Yo tenía esperanza en que, lo que no había logrado el mensaje del Concilio y la insistencia de Pablo VI, lo consiguiera la situación política.

Pero después de una semana, pensé: “Si Hesayne quiere que yo vaya a Bariloche y yo me quedo aquí, voy a ser un hueso fuera de lugar”. Así que terminé por aceptar.

A partir de ese momento, sentí una gran paz. “Por aquí ha de andar el Espíritu Santo”, pensé: uno de los frutos del Espíritu es precisamente la paz.

## 78 - ¡Consuelen a mi pueblo!

### ¡CONSUELEN A MI PUEBLO!

(Diario “La Calle” de Viedma, 16 de diciembre de 1987)

*Con esas palabras comienza el Libro de la Consolación, en la Biblia, que fue escrito por un profeta anónimo, al que conocemos como el Segundo Isaías. El pueblo de Israel estaba desterrado y cautivo en Babilonia. El Señor quiere que le anuncien la liberación, porque el pueblo ya ha pagado la culpa de su infidelidad, por haber abandonado el camino de la fraternidad, de la justicia, de la solidaridad.*

*“¡Consuelen, consuelen a mi pueblo! dice el Señor”. (Is.40,1)*

*Estas palabras parecen cobrar muy fuerte actualidad al acercarse la Fiesta del Nacimiento de Jesús. El 25 de diciembre es una fecha convencional. No sabemos qué día del año, o qué noche, mejor, fue testigo de ese hecho fundamental para la historia de la humanidad entera: el Dios hecho niño pobre y marginado, reconocido en primer lugar por los que eran socialmente iguales a él -los pastores eran los pobres y marginados por excelencia -.*

*Lo importante es lo que esta Fiesta significa: no sólo el recuerdo de algo que pasó, sino la celebración de un Misterio siempre presente y de una esperanza siempre renovada - “un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia” (Segunda Carta de Pedro, 3,13)-.*

*Cuando cada vez es mayor el número de los que padecen necesidades y penurias, cuando lo que aumenta son las frustraciones, qué necesaria se hace una palabra de esperanza. Pero la esperanza que nos trae la Navidad no puede ser una ilusión ni una mera tregua en nuestras rivalidades, en nuestras ambiciones, en la pugna de nuestros egoísmos.*

*¿De qué sirve levantar una copa y decir “Feliz Navidad” si vamos a seguir sacándonos los ojos o buscando nuestros propios intereses, sin preocuparnos para nada de lo que estamos sufriendo como pueblo? Si la Navidad no es solidaridad en la justicia y en las luchas comunes, si no significa un corazón fraterno junto al que sufre, no pasa de ser una burbuja de sidra o de champagne.*

*El pesebre y los pastores no son un mero dato folklórico, superficialmente tierno. La ternura de Dios se manifiesta precisamente en asumir nuestra realidad humana “desde el pie”, desde los que son nada a los ojos de los hombres, desde los que nada pueden.*

*Decir “Feliz Navidad” significa comprometerse en hacer un mundo más feliz para todos. O no significa nada. O lo que es peor: es el gesto más hipócrita que hacemos en el año.*

*La Navidad es el “Manifiesto” que proclama ante el mundo el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre. El que asume ese proyecto de solidaridad - eso significa la palabra “amor” en el Nuevo Testamento - puede estar seguro de que Dios estará con él (“Emmanuel, Dios con nosotros”). El que no lo asuma, y sobre todo si detenta algún poder, puede estar seguro de que Dios estará contra él. Porque el Señor siempre se pone del lado del pobre y del débil. Ese es el verdadero Dios de los cristianos; y no el que se pone del lado de los poderosos para bendecir las arbitrariedades. Ese es un ídolo; no es el Dios del que dice el Evangelio según San Lucas, en el Cántico de la Virgen María: “Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes; colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías”(Lc.1,52-53).*

*¿Qué barreras tendremos que voltear para que Jesús nazca en nosotros? Para unos será el orgullo, el arribismo, la ambición de dinero o de poder, el negociado,*

*el soborno... para otros será la falta de diálogo en la familia, la infidelidad matrimonial, la incomprensión. Para todos, la barrera del individualismo que nos divide, que nos enfrenta, que nos hace sectarios, que nos impide ser un Pueblo. Por ahí empieza la Liberación que anuncia la Navidad.*

\*\*\*\*\*

Después de Navidad me fui a pasar unos días con mis familiares y amigos, y en enero marché a mi nuevo destino, sobre todo para ir adaptándome al clima cordillerano. Volví a Viedma, a pedido del obispo, a fin de recibir una despedida, que algunos aprovecharon para decirme fraternalmente que no habían entendido mi mensaje; otros sintieron de verdad mi alejamiento. Siempre sucede así.

Pero antes de asumir mi nueva responsabilidad pastoral, participé de dos interesantes encuentros.

## MÚSICA, LITURGIA Y PASTORAL.

*A la localidad e Benito Juárez - entre Azul y Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires - le llaman en la zona “la capital de la amistad”. Vieras con qué cordialidad nos recibieron en sus casas a los que fuimos llegando de partes tan distintas (Orán, Formosa, Río Negro...)*

*Éramos unos 90 en total los que nos reunimos entre el 7 y el 10 de enero, convocados por el “Grupo Pueblo de Dios”, siguiendo la huella de ese hombre de Dios y de su Pueblo que fue el Padre Osvaldo Catena. Te puedo decir que Osvaldo, que murió hace un año y medio, es un ser viviente en Benito Juárez. El estuvo presente en todo momento. Y no era que se quisiera hacer un culto a su persona. Simplemente, “estaba”: con su sonrisa, su cigarro, su voz ronca, su flebitis, su amor a los pobres, a la música, a las cosas sencillas, al Señor. Su “presencia” abría las puertas, juntaba a los amigos, contagiaba alegría.*

*Por supuesto que entre tantos musiqueros juntos no podía faltar la alegría. Hubo momentos culminantes, como la noche en que salimos a darle una serenata a la gente del pueblo, o el fogón del sábado a la noche. Y sobre todo las celebraciones de la Eucaristía. Era un gusto.*

*Por la mañana teníamos exposiciones teóricas, algunas bastante “conversaditas”: sentido de la Liturgia, historia del movimiento litúrgico en la Argentina y en el mundo antes y después del Concilio, perspectivas hacia el futuro, función del canto y de la música en cada momento de una celebración, proyección pastoral de todo esto, relación entre el Culto y la cultura de nuestro pueblo.*

*Por la tarde se desarrollaban los talleres: de guitarra, de órgano, de canto.*

*Nos costó mucho separarnos.*

## LOS POBRES, PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA

*Este fue el lema y el tema del Tercer Seminario de Formación Teológica, organizado por un grupo de laicos que pertenecen al SEDIC (servicio de intelectuales católicos) y a las diócesis de Quilmes, Río Negro y Neuquén. El primero se hizo en Quilmes, como sabés, el segundo en Viedma y el tercero tocaba hacerlo en Neuquén. “Y así se hizo”. (Del 29 de febrero al 5 de marzo de 1988).*

*Esta vez éramos “como quinientos”. Sí: ¡quinientos!; y desde Jujuy y Misiones hasta Comodoro Rivadavia: de 21 provincias argentinas. Además vino un grupo de uruguayos y un delegado de los laicos chilenos que hacen Encuentros similares a éstos y que el año pasado habían invitado al grupo organizador de aquí. Por supuesto que participaron también hermanos de otras nacionalidades, residentes en nuestro país.*

*El Colegio “Don Bosco” nos abrió sus puertas: las puertas de sus salones, de sus aulas, de sus gimnasios y sobre todo las puertas de su corazón. Beto Zatti, el Padre Director, trabajó como un león. En realidad habría que decir “como un burro”, porque los leones no trabajan, que yo sepa. Lo mismo hay que decir del resto de la gente de Neuquén, que sería largo nombrar, entre los que se movían de acá para allá dos curas flacos: Magín Páez y Bernardo Busso. ¡Pero eran un montón!*

*La verdad es que la convivencia en un mismo lugar, aunque trae sus problemitas prácticos (¡si lo sabrán los locales!), tiene la gran ventaja de ayudar a la integración. La primera integración fue la de los grupos de trabajo, en los que el dedo de los organizadores trató de barajar lo mejor posible gente de distintos lugares, edades, estados civiles, etc.; para compensar, después se pudo trabajar en “talleres”, que cada uno elegía a su gusto y paladar.*

*Primer trabajo, el de siempre: ¡ver la realidad! Cada cinco o seis grupos, miraron la realidad de nuestro país desde un determinado ángulo: cultural, social, político, económico, eclesial y teológico. Con anterioridad se había designado a alguno de los participantes para exponer la síntesis de estos puntos de vista y hacer una breve reflexión sobre el tema. La Secretaría funcionó muy bien; así que, al final de Seminario, estas síntesis y reflexiones estaba en cada una de nuestras carpetas.*

*El teólogo invitado para conducir el desarrollo de la temática fue un gran obispo brasileño: Dom Luis Fernandez, titular de la diócesis nordestina de Campina Grande. Para mí personalmente, fue una alegría inmensa reencontrarme con este gran amigo, que hacía doce o trece años que no veía; por entonces, él era obispo auxiliar de Vitória, capital de Espírito Santo.*

*Hace veinticinco años que Dom Luis trabaja en el tema y en la realidad de las Comunidades Eclesiales de Base. Y los primeros Encuentros Nacionales de las CEBs, llamados “Intereclesiales” en Brasil, lo tuvieron como uno de sus principales propulsores.*

*De manera que el Seminario tuvo una característica muy definida: una fraterna comunicación de experiencia pastoral, muy lejana tanto de las recetas fáciles como de las teorías abstractas, y una reflexión desarrollada por los grupos mismos. Por supuesto que esta metodología fue muy exigente: para los participantes, para los coordinadores y para Dom Luis, que después de una exposición inicial fue elaborando los temas a partir de las reflexiones e inquietudes de los equipos. “No sé trabajar de otra manera”, decía, con su inalterable y contagioso buen humor, cuando le comentábamos el esfuerzo que esto requería.*

*Comenzó distinguiendo cuatro formas de relación de la Iglesia con los pobres: la Iglesia que se preocupa por los pobres, los asiste; la Iglesia que se acerca a los pobres; la Iglesia que se solidariza y compromete con los pobres; y la Iglesia de los pobres, donde el pobre es el efectivo “sujeto” eclesial, con participación y decisión real.*

*Cuando el tema se centró en las Comunidades Eclesiales de Base, Dom Luis las describió como asentadas en un trípode -tres pies- con el que se logra la unidad y la comunión: la Palabra de Dios, interpretada por la comunidad desde su realidad misma; el Compromiso social y político, en los distintos organismos intermedios; y el Culto dominical, que tiene una grandísima importancia en la vida concreta de las comunidades.*

*Resultaba muy gracioso y didáctico a la vez escucharle describir en su “portuñol” - mezcla de portugués y español - esas reuniones comunitarias en las que nadie tiene apuro por terminar, en las que se lee la Biblia a los tropezones, donde se reza, se canta y se canta.*

*Fue lindo, en verdad, volver a casa y leer detenidamente esas mismas anécdotas, y otras más, en esos apuntes que nos dieron - tan bien traducidos por Margarita Moyano - y que Dom Luis tituló “Cómo hacer una Comunidad Eclesial de Base”. Lo primero que dice es: “Comienzo pidiendo disculpas por el engaño. Aquí nadie va a encontrar la receta prometida: Cómo hacer una comunidad eclesial de Base”. ¡Genio y figura!*

*Pero no solamente el obispo brasileño demostró tener sentido del humor; también lo demostraron los dos obispos “nuestros” que nos acompañaron: Don Jaime (de Nevares), el local, y el Padre Obispo Miguel Esteban. Sobre todo una noche en que se dio un diálogo abierto entre ellos dos y los participantes del Seminario. Era reconfortante ver y escuchar a estos dos obispos que se tomaban el pelo uno al otro y se daban pie tanto para el chiste como para la respuesta seria. Cuando Don Jaime hablaba de todo lo que le enseñaban los pobres, o Miguel Esteban decía que nunca había rezado tanto - cinco horas seguidas - como antes de declarar ante la Cámara Federal en el Juicio a los Comandantes, para estar seguro de no obrar con espíritu de venganza, una invisible paloma de silencio revoloteaba por la sala.*

*Habría muchas cosas para recordar y comentar; pero...*

*El viernes fue un día dedicado a la oración y reflexión. Por la tarde hicimos un Via Crucis por las calles del barrio; y fueron llevando la Cruz los hermanos de los diversos países latinoamericanos que estaban presentes; al principio y al final, una hermana mapuche. Y después, para culminar, una Misa en el patio del colegio, con esas ofrendas interminables y tan significativas, que son el mejor lenguaje de nuestro pueblo. Cuando una señora de un asentamiento de Quilmes hizo chorrear de un balde agua sucia y gritó: “¡Esta es el agua que toman nuestros hijos!”, te temblaba la pera, hermano. Esos no son pobres de figuritas: esos son pobres de verdad, que recuperan la palabra y te la cantan.*

*También fue emocionante cuando los “talleres” presentaron al final sus conclusiones, la mayoría dramatizadas. ¿Cuántos talleres había? Aborígenes, Migraciones, Pastoral Obrera, Pastoral Barrial, Juvenil, Comunicación en Medios Populares, Mujer y Pobreza, Fe y Política, Catequesis, Drogadicción, Metodología para ambientes populares y Comunidades Eclesiales de Base.*

*Recibimos visitas importantes. El Rector Mayor de los Salesianos, el Padre Egidio Viganó, llegó para darnos un saludo que se convirtió en una interesante charla sobre el Sínodo de Laicos en el que había participado. También llegaron al Colegio Don Bosco, una delegación de las Madres de Plaza de Mayo con Hebe Bonafini,*

*su Presidente, que emocionadas recordaron a sus hijos y nos contagiaron su fuerza para defender la vida.*

*Una cosita más: acerca de los cantos. Admirable la constancia de los que tuvieron a su cargo la animación musical. Sólo que a mí me gustaría que hurgáramos un poco más en “lo nuestro” y que fuésemos más creativos.*

*Por todo, mil gracias a los laicos que organizaron este Seminario, de parte de un cura que se atrevió a participar, como un miembro más del Pueblo de Dios. Al fin de cuentas, “laico” quiere decir eso, ¿no?*

## 81 – Arco Iris del '88

El 6 de marzo de 1988, apenas terminado el Seminario, Hesayne y yo tomamos el avión a Bariloche. El viaje fue corto: Neuquén está a 400 km de Bariloche. La tarde era “de cristal”. Tan radiante era el día, que el comandante del avión nos regaló un maravilloso sobrevuelo, a escasa altura, sobre los lagos y la cordillera. Esa misma tarde el Obispo me “instaló” como Rector del Templo Mayor. Ese fue, recuerdo, el último día que me afeité.

Siete años duró mi actividad pastoral allí. Poco a poco “le fui encontrando la vuelta” a esa tarea que tenía como principales destinatarios a los turistas, pero también a residentes que se encontraban a gusto compartiendo allí la liturgia dominical. Cada domingo cambiaba la mayor parte de la comunidad eucarística. ¿Cómo crear un ambiente comunitario entre gente que no se conocía y que venía de distintos lugares del país y del mundo? Minutos antes de la Misa ensayaba algunos cantos; luego me presentaba, les preguntaba de dónde venían y les pedía que se presentaran entre sí, con los más cercanos. Se armaba un pequeño barullo mientras iba a revestirme; pero el resultado era sorprendente: un clima... casi comunitario.

Inmediatamente me encontré con una lastimosa realidad: el enjambre de niños y niñas que pedían limosna en la puerta de la “Catedral”. Esa mendicidad, heredada en algunas familias, es deseducadora y, muchas veces, umbral de la delincuencia o de la prostitución.

“Algo tengo que hacer” – me dije. A los pocos días, me entero de que el Sindicato de Obreros y Empleados Municipales (el SOYEM) realizaba un curso sobre “Sindicalismo y marginación social”, que abarcaba dos temas específicamente: Los presos y los chicos de la calle. Este último tema era el que me interesaba en especial. Pero quedé enganchado en los dos: con el correr del tiempo, y después de muchas alternativas, daríamos vida al “Grupo Encuentro”, que se ocupa de los menores en situación de riesgo. Pero también sucedió que los presos de la Alcaldía necesitaban un cura que les fuera a celebrar Misa; y allí fui yo, y al poco tiempo fui nombrado Capellán, y eso duró 15 años.

### ARCO IRIS DEL '88

He visto un arco iris en el bosque.  
Arco iris doméstico, pequeño:  
nunca he visto algo así.

Arreciaba la lluvia desde la cordillera  
y este sol otoñal  
que juega con las nubes  
dibujaba de a ratos  
el fugaz semicírculo de los siete colores  
sobre el verde de coihues y cipreses  
y de augustos radales.

Luego he salido al campo.  
Un enorme arco iris  
unía, como un símbolo,  
la fragorosa agitación del lago  
con la serenidad de la montaña.

Bariloche - 1988

Después de seis años me reencontraba con la poesía. Los P.P. de Don Orión me brindaron un lugar en su casa de vacaciones: durante el año, un lugar lleno de paz y serenidad. Desde mi ventana, a través del bosque, veía el reflejo del sol en las tranquilas aguas del Brazo Campanario, del lago Nahuel Huapi.

No podría describir las sensaciones de aquel primer invierno andino: el silencio de la nieve al caer, el rumor de mis zapatones al pisarla, cada vez que recorría los ochocientos metros que me separaban de la ruta para tomar el micro o para regresar, la luminosidad nocturna del paisaje nevado.

## EL BORRACHO

(publicado en la revista DE PIE en octubre del '88)

*Pagué mi boleto y me di vuelta para buscar un asiento en el colectivo, casi vacío. Alguien me saludaba cordialmente desde el fondo. Miré bien, para ver si lo conocía. Pero no.*

*- Me habrá confundido con otro - pensé.*

*A los pocos minutos, sombrero en mano, agarrándose como podía, vi que el que me había saludado venía a ocupar el asiento doble paralelo al mío. Era él: “el borracho”.*

*Comenzó a canturrear. De pronto le oí decir:*

*- ¡Vamos Alfonsín todavía!*

*Me pareció extraño: estábamos en vísperas del gran tarifazo del 3 de agosto, y ni siquiera los más oficialistas consideraban oportuno manifestar públicamente sus sentimientos. Más tarde, cuando se puso a cantar “Los Muchachos Peronistas”, aquella primera exclamación me pareció que tenía una carga de ironía. O quizá no: a lo mejor quería probar nuestros propios sentimientos. Porque, durante aquella media hora, “el borracho” fue algo así como el subconciencia colectivo de los que nos íbamos amontonando en la jaula rodante, desnudado de una manera alegre y desvergonzada.*

*Como si fuera un estribillo de su alocada poesía, repetía de vez en cuando:*

*Yo soy parte de mi pueblo  
y le debo lo que soy. - Dijo Alberto Castillo -  
Hablo con su mismo verbo,  
canto con su misma voz.*

*Y la verdad era que, en aquel colectivo de personas respetuosas y circunspectas, “el borracho” era el verbo y la voz del pueblo. A mí, esa cuarteta me recordaba mi infancia. Y como si adivinara mis pensamientos, agregaba en su antífona otros versos, que solía repetir mi madre:*

*Aquí estoy porque he venido,  
porque he venido aquí estoy;  
si no le gusta mi canto,  
como he venido me voy.*

*Pero nadie le pedía que se fuera; aunque a todos nos hubiera gusta do que se callara la boca, que no nos interpelara, que no nos desnudara tan impudicamente. Aquellas sardinas en lata nos sentíamos incómodas porque alguien estaba rompiendo el círculo de nuestra incomunicación.*

*Cuando “el borracho” había venido a ocupar el asiento paralelo al mío, después de empezar su canturreo, se dirigió a mí. Yo me hice el tonto, mirando por la ventanilla. Pero él insistió. Me tocó con su sombrero. Me llamó “compañero y amigo”; y me dijo:*

*- Si quiere ser mi amigo, deme la mano.*

*- Sí; quiero ser su amigo - le dije, mientras le estrechaba la mano que me tendía. Pero no me atreví a entrar en su juego. Nadie se atrevía. “El borracho” ocupaba cómodamente el asiento doble, mientras la gente seguía amontonándose en el pasillo.*

*Y él, compadecido de nuestra soledad -y quizás de la suya propia - cantaba:*

*- ¡Qué solo estoy, qué triste estoy!*

*Pero se consolaba luego con el antiguo refrán:*

- *Buey solo bien se lame.*

*Todos tratábamos de disimular que le estábamos prestando atención. Sin embargo, se oían risas contenidas cuando se sinceraba diciéndose a sí mismo:*

- *¡Estás más borracho que la ...!*

*O cantaba:*

- *¡Me gusta el vino y las mujeres!*

*El no disimulaba. Cuando todavía quedaba lugar para sentarse, subió una chica muy bonita, que atrajo las miradas de todos. “El borracho” expresó el subconsciente colectivo diciéndole con gracia y con respeto:*

- *¡Hola, piba! ¿Cómo te va?*

*Luego subió un hombre alto y de anteojos, con una boina, al que yo siempre le veo la cara de cura. Pero no es cura: es un científico, creo. Pues bien: ¿cómo lo saludó nuestro hombre?*

- *¡Hola, Padre! ¿Cómo le va?*

*Pero como además el señor tiene cara de extranjero, “el borracho” se dio vuelta, imitó unas palabras en inglés, y agregó:*

- *Reagan: ¡o pistolero más grande do mundo!*

*No pudimos dejar de reírnos: ¡nos sentíamos expresados!*

*Subió una señora con su hija, de unos once años. No quedaban más asientos. El hombre se puso de pie, como pudo, se agarró del pasamanos de arriba, y le dijo con todo respeto:*

- *Aquí tiene dos asientos, señora.*

- *Gracias – respondieron, y se sentaron.*

*Entonces él se inclinó un poco y empezó a cantarles. La señora, al parecer, se olvidó del gesto de cortesía que había tenido con ella. Y le dijo:*

- *¿Se puede dejar de molestar?*

- *¡Si, por supuesto! ¡Si yo canto, nada más! Porque si no, me van a bajar: “Este borracho está diciendo demasiadas pavadas”. Y me van a llevar en cana.*

*Se quedó medio minuto callado y luego, como para demostraba que él no guardaba ningún rencor contra la señora y toda la gente de su sexo, sentenció:*

- *La mujer tiene tanto derecho como el hombre. ¡Sí, señor! ¡Y a veces es más inteligente todavía!*

*En un momento, cuando el colectivo estaba detenido, vio a un hombre de cierta edad parado en una banquina.*

- *Viejito -le gritó, como si el otro pudiera escucharlo- ¿estás toman do sol? Es porque Dios te lo da ¡y nada más!*

- *¡Cuántas verdades está diciendo este borracho! - pensé yo. Y saqué mi libretita para no olvidármelas y poder contárselas a ustedes. El hombre, como para que nadie dudase de la convicción con que había dicho lo anterior, empezó a recitar el Credo:*

- *Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.*

*Pero se interrumpió cuando se dio cuenta de que también en el pasillo lo dejaban solo. Nos acercábamos al centro, y un grupo de jovencitas atiborraba el pasillo en la parte de adelante. “El borracho”, siempre con el mismo cariño, la misma alegría y el mismo respeto, se dirigió a ellas:*

- *¡Vengan, amorosas: aquí hay lugar!*

*Y las chicas, menos prejuiciosas que nosotros, se corrieron hacia atrás.*

*Me bajé en la misma parada que él. Lo perdí de vista. Pero me quedaron rondando algunas de sus palabras, incoherentes en apariencia, hermosas de verdad:*

- *Yo no soy guardaparque ni nada: ¡soy libre! Pero conozco todas las plantas y todas las flores.*

*Me gusta que todos tengan  
y a mí no me falte nada.*

-----

*El alcoholismo es una de las peores enfermedades en nuestro medio. De alcohólicos se llenan no sólo las comisarías, sino también los hospitales y las cárceles.*

*Me pregunto, sin embargo: ¿Será posible que solamente con unas copas de más uno se atreva a comunicarse y a decir lo que piensa? ¿No será posible intentarlo estando frescos?*

*¿Usted qué piensa? O ustedes, si están reunidos en comunidad. Podríamos, quizá:*

*\* enumerar las cosas que dijo “el borracho” con los que estamos de acuerdo.*

*\* discutirlos.*

*\* analizar la reacción de las sardinas.*

## 83 – Capellán de los presos

### S.C.BARILOCHE 1er FESTIVAL DEL DETENIDO (Hacia la Libertad)

En diciembre del mismo año DE PIE reproducía este título, con la ilustración de dos manos esposadas que rompían las cadenas.

*“Estoy aburrido de asistir a festivales para detenidos. Pero éste es el primero al que asisto, y del que tengo noticias en nuestro país, en que el festival es del detenido”.*

*Así decía Daniel Barberis al iniciar este acontecimiento, verdaderamente significativo, en que los detenidos de la Alcaldía de San Carlos de Bariloche ofrecían a la comunidad un espectáculo animado por ellos mismos: cantores solistas, conjuntos musicales y grupo teatral. Era el 23 de julio de 1988.*

*Varios factores se habían conjugado, providencialmente, para que se produjera este “milagro”: en primer lugar, la organización interna de los detenidos, con el apoyo de los funcionarios de la Alcaldía; luego, el aporte de Luis Caram, un director de teatro; y en tercer lugar, la organización local del S.A.S.I.D. (Servicio de Acción Solidaria Integral del Detenido).*

*A través de una nota enviada a la radio, los internos dieron a conocer a la comunidad sus necesidades y sus propuestas: la más importante, un taller de carpintería para ayudar a las escuelas e instituciones de bien público con los trabajos que se realicen. Después de diversos contratiempos, que nunca falta, este taller está a punto de ponerse en marcha, junto con otro de encuadernación y posiblemente un tercero de electricidad. (\*)*

*Entre las necesidades las había materiales (colchones, frazadas, utensilios de limpieza, etc.) y espirituales: libros, la celebración de una Misa semanal...*

*A raíz de esto, el P. Juan Angel Dieuzeide comenzó a ir todos los sábados, acompañado por un grupo de jóvenes cantores de la Capilla María Madre de la Iglesia y, a pedido de los mismos presos, el Padre Obispo lo nombró, finalmente, capellán de la Alcaldía.*

*Volviendo al festival: “La Farsa del Corregidor” fue la gran sorpresa, por el nivel teatral de la representación. El programa, cuya tapa reproducimos y que, por supuesto, fue confeccionado también “adentro”, decía con respecto a la obra teatral: “es un farsa donde se exageran las actitudes de los representantes de la Ley en la época de la Inquisición en la Madre Patria. Nosotros la hemos tratado de adaptar a nuestros días”.*

*Este festival tuvo una segunda edición: el tercer domingo de octubre se ofreció en homenaje a las madres.*

*S.A.S.I.D. es una organización privada sin fines de lucro, que se ocupa de la vigencia de los Derechos Humanos en los lugares de detención. El “alma mater” de esta institución es, sin lugar a dudas, Daniel Barberis, a quien nombrábamos al comienzo: él era, justamente, uno de los presos sociales que empezaron a organizar el S.A.S.I.D. en Buenos Aires. Liberado posteriormente, es autor, junto con otros, del libro “Los Derechos Humanos en el Otro País”.*

*En mayo de 1988 Daniel fue invitado por el Sindicato de Obreros y Empleados Municipales (SOYEM) a coordinar un seminario sobre sindicalismo y marginación social, a raíz del cual se organizó en Bariloche una filial de S.A.S.I.D. Los objetivos sustanciales de esta institución, que se va extendiendo por diversos lugares del país, son dos:*

*a) Humanización del sistema penal y carcelario.*

*b) Elaboración de planes que, contando con la opinión de los propios marginados, sumadas las opiniones de los profesionales del área, posibiliten la inserción social, laboral y familiar en una sociedad que tienda a ser más justa y distributiva.*

*El Concejo Deliberante de San Carlos de Bariloche ha convocado al S.A.S.I.D. a formar parte de una Comisión dedicada al estudio de un convenio entre el Municipio y la Alcaldía. Allí, el grupo “de afuera” vuelca el fruto de su contacto permanente con los detenidos encausados. Cada lunes, a las 15,30, los de adentro y los de afuera se reúnen fraternalmente; el martes, a la misma hora, otro grupo dialoga con los menores. Hay una meta común: la verdadera libertad. “Nadie es plenamente libre mientras no lo sean todos los demás”.*

(\*) El taller de carpintería nunca fue una realidad; el de encuadernación, tampoco; sólo durante un corto tiempo pudo ir un instructor de electricidad: la burocracia es más persistente que la militancia.

## COMPROMISO CRISTIANO Y OPCIÓN POR LOS POBRES

*Así se tituló el IVº Seminario de Formación Teológica, que tuvo lugar desde el 19 al 25 de febrero de 1989.*

*Cuatrocientos fueron los participantes de este Seminario, que en el Colegio “Don Bosco” de Ramos Mejía se reunían esta vez, para reflexionar juntos sobre el compromiso cristiano y la opción por los pobres desde la realidad argentina.*

*La Iglesia diocesana de San Justo y su Obispo, Rodolfo Bufano, no sólo abrieron las puertas para realizar allí el Seminario, sino que alentaron a los participantes y a los animadores, desde el inicio, a seguir adelante.*

*La animación de los tres Seminarios anteriores había estado a cargo (como lo recordarán los habituales lectores de “de pie”), de Gustavo Gutiérrez, del Perú, de Romualdo Muñoz, de Chile, y de Dom Luis Fernández, obispo brasileño.*

*Esta vez no hubo un “teólogo animador”, sino un equipo de animación teológica, integrado por curas argentinos que están en distintas actividades pastorales. Orlando Yorio, Secretario de Pastoral de Río Negro, tuvo a su cargo la coordinación; Joaquín Carregal, Vicario General de Quilmes, hizo sus aportes históricos (también hizo los suyos “Yoyi” Mallimacci, uno de los laicos organizadores); los enfoques bíblicos corrieron por parte de Rubén Oyarzo, párroco de Plaza Huincul, de Neuquén, y de Roberto Musante, el salesiano “alma mater” de CRIMPO (Comunidades Religiosas Insertas en Medios Populares); Juan Ángel Dieuzeide llegó desde Bariloche y se encargó de la oración de cada día e hizo la síntesis del análisis de la realidad. José Mariani, de Córdoba, no pudo venir; el que sí pudo venir, aunque un poco más tarde, fue Domingo Bresci, párroco de San Vicente de Paul, en la Capital Federal.*

*Pero lo importante era lo que anunciaba el programa-invitación: “El Seminario se constituirá en un sujeto hacedor de teología”.*

*“Se trabajará sobre textos bíblicos, documentos de la Iglesia, también desde la experiencia de nuestras comunidades argentinas y latinoamericanas.”*

*“La reflexión partirá desde la inserción de cada uno: por lo tanto será imprescindible definir desde qué ámbito de la realidad argentina trabajar, reflexionar y profundizar durante la semana. Los ámbitos que proponemos son los siguientes: barrio, trabajo, campesinos, marginados, educación, mujeres, indígenas, jóvenes, comunicaciones, política, otros”.*

*Y así fue, nomás. Lo más importante sería el trabajo de los distintos grupos, intentando proyectar el Misterio de Cristo sobre nuestra realidad comunitaria, teniendo muy en cuenta las vivencias personales compartidas. Para que esta realidad fuera el punto de partida, el análisis inicial trató de ser no sólo una descripción de las situaciones, sino también de las causas que las motivan y de las respuestas que de una u otra manera se están dando en el seno de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia. Además de la síntesis antes mencionada, fueron muy significativos los sociodramas representados por los grupos, que describieron realidades crudas pero insistieron siempre en la esperanza.*

*Mirando el Misterio de Cristo, lo que importaba era encontrar, en nuestra historia, los parecidos (analogías, en el lenguaje técnico) y las falsificaciones.*

*A partir, entonces, de los Signos del Reino que hizo Jesús, se analizaron algunas signos que se han dado en nuestra historia y qué signos esperanzadores podemos dar hoy, que anuncien el Reino, que denuncien todo lo que se opone a él y que de algún modo desestabilice las situaciones injustas que vivimos.*

## 85 – Versos de despedida

Desde 1988 han ocurrido muchas cosas en el mundo, en el país y en mi vida. He seguido escribiendo, ha seguido palpitando mi corazón al ritmo de los tiempos y de los acontecimientos. Ha seguido buscándome el Señor.

Henos aquí, en la primera década del siglo XXI, en los albores del tercer milenio después de Cristo. ¿¡Quién hubiera dicho!?

“Si Dios me da vida y salud” – como decimos los viejos – más adelante intentaré recopilar mis sentimientos, los de estos últimos años. Por ahora, copiando a Atahualpa Yupanqui, “voy a entrar a salir”. La intención era simplemente testimoniar “la historia que yo viví”, como dice el subtítulo de estos “Recuerdos y Esperanzas”.

Permítame el lector despedirme con algunos versos.

### ATARDECER SOBRE EL CHOCÓN

Los ojos no me alcanzan  
para tanta belleza  
desolada:  
la ternura de un sol que desciende  
sobre los acantilados de este mar interior,  
mar dulce “creado” por el hombre.

Podés domar el potro de las aguas  
y someterlo mansamente  
y convertirlo en energía  
y transformarlo en luz.  
Yo sueño con un día  
en que puedas dominarte a vos mismo,  
hijo de los hijos del hombre,  
y dominar tu orgullo y tu ambición  
y convertirte en luz y en energía  
puestas humildemente  
al servicio del otro.

Entonces viviremos la alegría  
de transformarnos definitivamente  
en el que es todo Luz  
y desde ya nos acaricia con ternura  
como acaricia el sol de ocaso  
a los acantilados de este mar interior.

15 – 5 – 94

### AGOSTO EN BARILOCHE

Es flauta y es trombón  
el viento entre los pinos  
nocturnos:  
es violín, violoncelo y contrabajo.

Esta llovizna horizontal  
que llama a mi ventana  
con la urgencia de un niño

solitario y con frío,  
es la mano de Dios,  
el soplo del Espíritu  
que viene de lo alto,  
que desciende “del alto”  
a despertarme el corazón:

“Si vigilan y oran  
no podrá doblegarlos  
la tentación del egoísmo  
ni de la indiferencia.  
Simón: ¿ni siquiera una hora  
han podido  
compartir la vigilia conmigo?”

9 – 8 - 94

“El alto”, en la ciudad de Bariloche, son los barrios más pobres, donde el invierno y la nieve se sienten de otra manera que sobre los esquíes del Cerro Catedral.

Al volver a leer esta poesía, me llama la atención el contraste entre los primeros versos, tan adheridos a la música, y la segunda estrofa, que no puede apartarse de la doliente realidad.

Así me pasa siempre: la música acompaña tanto la toma de conciencia de la realidad presente, como los recuerdos.

No podría dejar de compartir lo que en algún momento (en enero del '97) suscitó en mí una melodía escuchada por la radio:

Llora el violín su triste melodía  
y, agazapado en el compás del contrabajo,  
como un puma al acecho,  
tu bandoneón se arrastra,  
se contrae, se estira,  
salta sobre la presa de mis sentidos  
...y la atrapa.  
Frescura que acaricia el verano porteño.  
Fantasma luminoso  
entre los faros fugitivos,  
entre las luces de neón.  
Tu bandoneón,  
**Piazzolla.**

Y otra vez el invierno. En Bariloche se dice que hay dos estaciones: el invierno y la estación del ferrocarril.

Esto que dicen estos versos sucede, lamentablemente, cada año.

### **LA HELADA TE MATÓ**

- La helada te mató, de madrugada,  
hacia fines de junio.  
Al lado había otro “changa”.  
Lo salvaron. Poco a poco  
va volviendo a la vida;  
por unos días, con suero y antibióticos.

Estará calentito y abrigado.  
Se irá recuperando.  
Tomará desayuno y merienda,  
comerá almuerzo y cena.  
Por unos días.  
¿Y después?

Probablemente  
Habrían compartido alguna changa  
Y luego algunos vinos.  
Demasiados, quizá.  
Se quedaron dormidos  
antes  
de llegar a la pieza.

- Yo había traspasado,  
sin sentirlo,  
las puertas de la muerte.  
Y vi delante mío  
dos ojos de infinita bondad,  
inmensamente comprensivos.  
“Este es tu Reino – dijo - ¡para siempre!”  
Yo empecé a disculparme. No entendía.  
Pero aquella sonrisa,  
maternal y paterna,  
me lo explicaba todo.

Recordé la sonrisa de mi madre.  
Era de vez en cuando, nada más.  
¿Mi viejo? Yo no lo conocí.  
A la escuela fui varios años, sí.  
¡Pero iba a las perdidas!...  
Y así se aprende poco.  
Y se olvida muy fácil.  
Peón de albañil.  
A veces peón de campo.  
Nunca pude levantar cabeza.

Una vez empecé a ser feliz:  
un amor, por supuesto;  
dos guagüitas.  
Lo bueno dura poco.  
No pude. ¡Te lo juro!  
Nunca pude levantar cabeza.  
Me subí a un tren de carga.  
Fui cobarde. Lo sé.

Desde entonces fui de acá para allá.  
Siempre sucio.  
Alguna vez estuve preso.  
No lo pasé tan mal:  
comía, me bañaba,

tenía ropa limpia.  
Y aunque parezca raro,  
al no poder chupar  
me sentía más libre,  
más... yo mismo.

No te sientas culpable por mi muerte.  
Pero ojalá que abras los ojos para vernos.  
Ojalá que te avives a tiempo  
y sepas que a nosotros nos llama Dios,  
todos los días,  
para juzgar al mundo.

---

**María,**  
**Madre de la verdadera libertad,**  
del servicio fraterno,  
del amor sin medida ni cálculo,  
de la justicia y de la paz.  
No es fácil el camino  
de la liberación.  
Necesitamos  
el Espíritu de Cristo:  
para que todos los hombres y mujeres  
puedan vivir de veras.  
Como vos, envidiable María,  
que te abriste al misterio,  
que te abriste al Espíritu  
y a la carne del Verbo.  
Linda muchacha embarazada;  
llena de gracia,  
llena de vida,  
llena de fuerza,  
llena de esperanza.  
Yo te miro en Graciela,  
en María y Juan Angel:  
sus dos hijos sin padre.  
Yo te veo en los chicos y chicas  
de la calle.  
Te descubro en los presos,  
varones y mujeres.  
Y pienso...  
¡Cómo te hemos pateado y marginado!  
Y te echamos la culpa, además.  
Pero vos sos capaz, todavía,  
de juntarnos  
alrededor del Hijo-Hermano.  
“Hagan lo que él les diga”.  
Y él dice  
que el Reino es de los pobres,  
que el Reino es del que sufre,  
del que llora,  
de los que luchan codo a codo

para seguir viviendo  
y compartiendo la esperanza.

### **Epílogo para el lector internético**

La primera impresión de este libro es del año 2004 y la segunda, del año siguiente.

Mucha agua ha seguido corriendo bajo los puentes del mundo entero, y la tecnología se sigue desarrollando en progresión geométrica. Por eso me ha parecido buena la idea de subir a Internet este humilde testimonio. Lo hago gracias a **Amerindia**, que generosamente me da lugar en sus páginas.

La historia no comienza ni termina con cada uno de nosotros. Pero no hay duda de que cada generación debe transmitir su experiencia a las siguientes, para celebrar los logros y aprender de los fracasos. En el Libro de los Salmos encontramos muchas expresiones en ese sentido, referidas a la liberación de Egipto, a la tierra prometida, a la vuelta del destierro, en definitiva, a la intervención de Dios en la historia de su pueblo. Por ejemplo:

*“Él mandó a nuestros padres  
que lo enseñaran a sus hijos,  
para que lo supiera la generación siguiente,  
y los hijos que nacieran después.”* (Salmo 78, 5-6)

Como descubrir la presencia y la acción de Dios en los acontecimientos es importante para nosotros, los creyentes, este es mi aporte desde la fe cristiana y desde mi experiencia personal, en la esperanza de que sirva también para los que no comparten nuestra fe. Los recuerdos no son sólo nostalgia compartida cuando motivan e impulsan nuestra esperanza.

Juan Ángel Dieuzeide  
Párroco de Nuestra Señora del Carmen  
San Carlos de Bariloche – Río Negro – Argentina.-